Serie Kari Voss

ASESINATOS EN SORN



JOHANA GUSTAWSSON

THOMAS ENGER

Un pequeño pueblo. Demasiadas mentiras

UN OSCURO SECRETO SE ESCONDE EN EL CORAZÓN DE SON.

La experta en lenguaje corporal y colaboradora de la policía de Oslo, Kari Voss, lleva siete años sumergida en la desesperante búsqueda de su hijo pequeño, desaparecido años atrás, un caso que parece no tener ningún cabo del cual tirar.

Mientras tanto, dos adolescentes son asesinadas con violencia en una casa de verano en el cercano pueblo de Son. A pesar de que existe un acusado y parece que el caso está cerrado, Kari no está convencida. Así que, utilizando sus habilidades y su instinto, inicia su propia investigación que la lleva a descubrir que en ese pueblo nadie, incluidas las víctimas, es lo que parece, y que incluso la desaparición de su propio hijo y su propia vida podrían estar vinculados a ese lugar.

Thomas Enger
Johana Gustawsson

Asesinatos en Son

Kari Voss
1

Título original: *Son*
Thomas Enger y Johana Gustawsson, 2025
Traducción: Ana Guelbenzu, 2026

Revisión: 1.0

 12/04/2026

La memoria funciona como una página de Wikipedia: puedes entrar y cambiarla. Pero también pueden hacerlo otras personas.

DOCTORA ELIZABETH LOFTUS,
Profesora de psicología y experta en memoria

PARA KAREN, LA AUTÉNTICA SEÑORA ORENDA

1

Mi hijo ha desaparecido.

Mi niño, mis raíces, mi cielo.

Estoy en mi terraza, contemplando las nubes, cubiertas de rosa en el este, naranja en el oeste, como si les costara mucho acordar qué ropa ponerse. Esta tarde el sol se pone lento, pero el aire ya está impregnado del frescor nocturno.

Un escalofrío me recorre. Me ajusto la chaqueta de punto en el pecho. No es el frío lo que me provoca el temblor, sino el miedo. Un miedo que me forma un nudo en la garganta y me revuelve el estómago.

Esta mañana, al abrir los ojos, me he preguntado si el pronóstico de tiempo estival para hoy se convertiría en uno de esos días traicioneros de junio en Noruega, cuando los rayos del sol solo calientan el corazón. He pensado en todos los niños que llegarían tarde a la fiesta en la piscina para celebrar el cumpleaños de mi hijo. En toda la fruta que había que cortar para sumergirla en la fuente de chocolate; la máquina de hacer algodón de azúcar que había que probar; el pastel en capas que estaba en la bodega, acabado pero aún poco firme. He cerrado los ojos un instante para evocar el recuerdo desdibujado de la sonrisa de mi difunto marido e imaginar cómo habríamos pasado la mañana celebrando el noveno aniversario de nuestro hijo.

Se oye la puerta de la galería acristalada que da a la terraza.

Me doy la vuelta. Mi padre está en el umbral, con el cuerpo rígido y los rasgos petrificados por la angustia. Queda claro que todavía no hay novedades.

—Ha venido Ramona —dice.

Me levanto y entro, cierro la galería y el aire viciado de la cocina me asfixia al instante. Los vasos sucios y las montañas de platos, manchados de chocolate y azúcar rosa, se acumulan en la encimera de la cocina como vestigios de una vida anterior.

La fiesta en la piscina de Vetle había sido todo un éxito. Mi padre y yo nos habíamos pasado el tiempo corriendo como pollos sin cabeza, probablemente tan felices como los niños, que se comunicaban solo con gritos de júbilo y carcajadas, jugando a un juego tras otro, con los flotadores en forma de rosquilla y las pistolas de agua siempre en el centro de sus aventuras. Como de costumbre, Vetle había formado equipo con Eva, Hedda y Jesper, nuestros Cuatro Fantásticos, como los habíamos apodado los padres: nuestros hijos eran inseparables desde el primer año de infantil.

Hacia el final de la tarde, los niños se reunieron en el salón y Vetle le pidió a mi padre, el «abuelo jefe de policía», que les enseñara su placa y les contara las anécdotas más emocionantes. Con los ojos desorbitados, los niños no se perdieron ni una palabra mientras mi padre les hablaba de angustiosas persecuciones en coche y detenciones dramáticas.

—Pero ¿quieres decir que… eras tú quien les ponía las esposas? —preguntó Hedda, rodeando el cuello de Vetle con un brazo y con el otro el de Eva; Jesper sentado junto a mí en el sofá, como tantas veces.

—Sí, a veces sí.

—Vaya —dijo Eva, sonriente, y Jesper se rio de la emoción y le daba palmaditas en la espalda a Vetle como si las detenciones las hubiera practicado él. Yo no sabía quién estaba más orgulloso, si mi

padre o mi hijo.

Cuando William Bülow llegó a las siete de la tarde a recoger a Hedda y Eva para ir al estreno de una película plagado de estrellas en el centro de la ciudad, los Cuatro Fantásticos seguían aún muy unidos, jugando al fútbol.

—Estás viva —se burló William—. Veintitantos terroristas llenos de azúcar gritando en tu jardín. Estoy oficialmente impresionado.

—Gracias —contesté con una sonrisa.

—Debes de estar agotada.

—No, no, estoy bien.

Se rio.

—Pensaba que la mayor experta mundial en detección de mentiras sabría mentir mejor.

—No eres el primero que me lo dice.

Los dos nos reímos.

—¿Kari?

La voz de mi padre.

Parpadeo.

Sigo frente a los platos sucios; no paran de venirme fragmentos del día, como vídeos que se reproducen en mi mente. Sin embargo, cada vez acaban más distorsionados, así que pronto los únicos recuerdos que tendré de hoy serán esas imágenes deconstruidas y reorganizadas de forma arbitraria, repintadas y retorcidas.

—Ven.

Lo sigo por el pasillo. Mi padre se da la vuelta, me observa un momento antes de seguir andando a zancadas con aire autoritario. El hecho de que ya haya superado con creces la cuarentena no ha cambiado nada: sigo siendo su única hija y él continúa siendo mi pilar. Tras la muerte del padre de Vetle, mi padre se convirtió en mi cuerda salvavidas y en la red de seguridad que garantizaba que yo no tuviera que escoger entre mi hijo y mi carrera. La historia se había repetido: yo me crie sin madre, y mi hijo se estaba abriendo

paso en la vida sin padre. Aun así, para Vetle la ausencia de su padre era solo algo abstracto, y «papá» solo era un concepto para él. Su «abuelo jefe de policía» lo había arreglado todo.

La superintendente de policía Ramona Norum está ocupada hablando con un agente de uniforme cuando me ve. Este responde a sus instrucciones haciendo gestos rápidos y atentos con la cabeza, y luego Ramona se acerca a nosotros.

La conocí hace ocho años. Me puse en contacto con ella después de ver una entrevista en televisión en la que un abogado defensor, al preguntarle por la inocencia de su cliente, mintió de manera descarada. El hecho de que al final yo tuviera razón marcó el inicio de una fructífera colaboración, que más adelante devino en una bonita amistad que también se extendía a la familia formada por Ramona, Linnea y sus dos pares de gemelos.

Ramona me envuelve en un abrazo maternal. No me hace falta imaginar su dolor, el de una madre que observa esta pesadilla sin duda prefiriendo que sea mía antes que suya, como haría cualquier madre; lo noto en su cuerpo.

Me separo de ella, plenamente consciente de que me voy a desmoronar del todo si me dejo atrapar en el calor de su abrazo.

Cuando Hedda y Eva se fueron con William, Vetle me preguntó si podía ir a casa de Jesper.

—¿Ahora? —Miré el reloj. Eran casi las siete y media.

—Por favor… —Se puso a dar saltitos delante de mí, a tirarme de la chaqueta, con un brillo de ilusión en los ojos.

Sabía qué pasaba: Jesper había invitado a mi hijo a jugar al *Fortnite* o a cualquier otro videojuego que yo jamás permitiría en mi casa. Los padres de Jesper eran distintos. Miré a mi hijo y le pasé un dedo por la frente sudorosa para retirarle los restos de hierba que tenía pegados en sus rasgos proporcionados.

—Una hora —dije, y me arrepentí al instante.

—Una hora y media —repuso Vetle—. Se tarda un poco en ir y

volver, mamá, aunque coja la bici. Estaré en casa a las nueve. Te lo prometo.

Sonreí y me incliné para darle un beso. Mi hijo olía a cloro y al aroma veraniego de la crema solar.

—De acuerdo. Ni un segundo más.

—¡Bien!

Y así, Vetle y Jesper se fueron, como tantas otras veces. Cuando Vetle llamó desde casa de Jesper para decirme que había llegado bien, mandé a mi padre a casa, me puse a trabajar un poco y aplacé el momento de recoger la cocina y el jardín.

Estaba ansiosa por que volviera Vetle.

Aunque se haría tarde, quería darle el capricho de ver otro episodio de la última serie que seguíamos juntos. Al fin y al cabo, aún sería su cumpleaños durante unas horas más.

No era nada fuera de lo común que mi hijo llegara unos minutos tarde, pero, al ver que no había vuelto a las nueve y cuarto, llamé a Anita Bach-Hansen, la madre de Jesper. Me dijo que Jesper había acompañado a Vetle hasta medio camino, como solía hacer, pero que llevaba en casa ya unos veinte minutos. Noté una bola de angustia en el pecho que me paralizó en el acto.

Entonces llamé a mi padre, que insistió en que probablemente había una explicación razonable para que Vetle no hubiera vuelto a casa aún. A veces los niños perdían la noción del tiempo o se desorientaban. Era algo habitual. La policía esperaría un rato antes de mandar una orden de búsqueda, dijo, aunque los llamáramos ya. Esto es diferente, le dije a mi padre. Lo notaba. Vetle sabía lo importante que la puntualidad era para mí, y se conocía las carreteras y caminos de los bosques de Bygdøy como la palma de la mano. Aun así, mi padre me dijo que me quedara en casa por si Vetle volvía y que llevara el teléfono encima en todo momento. No lo contradije: mi padre había estado más de media vida en el cuerpo de policía. Sin embargo, todo mi ser me empujaba a salir a buscar a mi hijo.

Es raro, pero en ese preciso instante empecé a recordar el parto

de Vetle. La comadrona me decía que dejara de empujar. El cordón umbilical se había enredado en el cuello y lo estaba estrangulando, y el ritmo cardiaco había bajado a un nivel peligroso, así que aguardaba a que me trasladaran a quirófano para practicarme una cesárea de urgencia. Todo el cuerpo me pedía que empujara para dar a luz a mi hijo, pero la comadrona me estaba ordenando que combatiera la naturaleza para salvarlo.

Pasó una hora y Vetle seguía sin aparecer. Entonces fue cuando mi padre cedió y llamó al séptimo de caballería.

De eso hacía cincuenta minutos.

—Según Jesper, Vetle y él se separaron en Paradisbukta —dice Ramona—. Y Jesper se fue directo a casa. No vio a nadie al acecho, eso ha dicho.

Miro a mi padre. Por primera vez en la vida, veo que mi pilar se desmorona. Está inclinado, a la defensiva, desaparecida ya la asertividad. El corazón empieza a latirme a tal velocidad que no oigo nada más. Huelo a Vetle como si tuviera la nariz pegada a su cuello. Noto los mechones de pelo mojados rebeldes escurriéndose de las manos mientras los cepillo. Sus ojos risueños, provocadores, afectuosos, dulces.

Mi hijo.

Mi precioso hijo.

—Como le contaba al jefe… —Ramona desvía la mirada y la posa en mi padre, su superior—. Estamos hablando con toda la gente a la que hemos visto en el bosque, pero a estas horas no serán muchos. También estamos llamando a las puertas cerradas por si alguien ha visto algo fuera de lo común. He convocado a todos los recursos que tenemos disponibles, y estamos haciendo una batida en el bosque. Seguiremos buscando durante la noche. Como sabéis, la zona boscosa es bastante amplia y está llena de caminos y senderos. Pero estamos de suerte: todavía queda un rato de luz, y la temperatura tampoco está mal.

Sacudo la cabeza para ahuyentar las horribles imágenes que me genera el miedo, pues todas y cada una de ellas me provocan

náuseas.

—Has reaccionado rápido —prosigue Ramona—. Eso está muy bien. No puede haber ido muy lejos. —Me agarra la mano entre las suyas—. Intenta no preocuparte, Kari —me aconseja—. Lo encontraremos. Encontraremos a tu Vetle.

2

Unos minutos después de la medianoche, encuentran su bicicleta.

Estaba al pie de una pendiente a no más de un metro del fiordo, tirada con una llanta delantera retorcida y la cadena salida. No han recuperado el casco, pero han encontrado rastros de sangre en algunas piedras afiladas cercanas, un indicio de que alguien, lo más probable es que mi hijo, se ha visto implicado en un accidente de algún tipo. Analizarán la sangre para comprobar si hay alguna coincidencia.

El hecho de que el accidente se produjera tan cerca de la orilla hace que mis temores escalen. Ramona intenta tranquilizarme: los árboles y ramas de alrededor han evitado que caiga al fiordo. Pero no puede evitar que me dé un ataque de pánico. Si no está en el agua, ¿dónde diantres está?

Mi teléfono suena a las ocho de la mañana con brusquedad. La casa es un hervidero de actividad. Veo caras desconocidas que planean sobre ordenadores y monitores, y sus susurros apremiantes conforman un constante siseo de fondo. Estoy sentada en el sofá del salón, tratando de respirar, de alejarme de la situación para conservar la calma. Fracaso. Estrepitosamente.

En la pantalla del teléfono leo «Desconocido».

Veo la alerta en las caras de Ramona y mi padre. El aire parece volverse espeso, dificulta la respiración.

—Contesta —dice Ramona, con voz cansada, pero firme—. Podría

ser un vecino preocupado o algo así, para ofrecer su ayuda. ¿Tal vez un cliente tuyo?

Con los dedos temblorosos, deslizo el pulgar por la pantalla. El «¿Diga?» me sale en un susurro prudente.

—Pon TV2. —La voz al otro lado de la línea suena robótica.

—¿Qué? —El corazón me late tan fuerte que noto el pulso en la garganta—. ¿Quién es?

—Pon TV2 —repite la voz—. Tenemos a tu hijo.

Se interrumpe la conexión.

Me quedo helada. Primero miro a mi padre, y luego a Ramona.

—¿Lo… lo habéis oído? —balbuceo.

Ramona frunce el ceño un segundo, y chasquea los dedos para atraer la atención de los demás presentes. A una orden al agente de policía que se queda más cerca, este enciende el televisor. Necesita la ayuda de mi padre para encontrar el canal correcto.

La pantalla parece más grande que de costumbre. En TV2, una presentadora rubia del telediario que lleva una chaqueta roja está terminando una sección. Espera que el teleprónter pase a la siguiente información.

A continuación:

—Treinta y ocho mil muertes. Y llegarán más. Una mezcla de miedo, esperanza y codicia ha causado ahora un récord espantoso.

Noto el latido del corazón en los oídos. ¿De qué muertes está hablando?

La presentadora de noticias continúa:

—Se ha superado el máximo histórico de personas ahogadas en el mar Mediterráneo. Por lo menos treinta y ocho mil. Son casi noventa a la semana, casi treinta al día. Barcas desvencijadas que jamás deberían haberse hecho a la mar. Traficantes sin escrúpulos ni respeto por la vida. Y personas desesperadas que lo están arriesgando todo…

No lo entiendo. La voz robótica está en bucle en mi cabeza. Me sube la bilis.

«Tenemos a tu hijo».

A mi alrededor, los técnicos han empezado a moverse. Se dan órdenes en silencio, veo brazos en el aire, manos que señalan algo que yo no veo. Mi padre está de pie junto a la mesita de centro, mirando el televisor, de brazos cruzados. Me caen gotas de sudor por el cuello y la columna vertebral. También las noto bajo los brazos. Ramona se agacha a mi lado y me pone las manos sobre los hombros.

Cuando la presentadora de noticias empieza a hablar de José Mourinho, la pantalla de mi teléfono vuelve a iluminarse.

Otra vez «Desconocido».

Ramona me indica que espere unos segundos mientras sus técnicos conectan un programa para grabar la llamada. Le hacen la señal de que están listos. Alguien apaga el volumen del televisor. Se impone un silencio insoportable en la sala, interrumpido solo por el ritmo de mi teléfono al sonar.

Ramona lo coge: yo soy incapaz de hacerlo. Activa el altavoz.

—Hola, Kari. —Es la misma voz robótica.

Se me escapa un gemido involuntario de la garganta.

—Y hola a todo el mundo.

Miro a mi padre: escucha con atención. Sea quien sea, sabía que ya estaríamos con la policía, y que le harían un seguimiento a mi teléfono.

Trago saliva y me obligo a trasmitir fuerza con la voz.

—Soy Kari Voss. ¿Dónde está mi hijo?

La respuesta es inmediata.

—Has recibido un mensaje de correo electrónico.

Se interrumpe la conexión, y yo me quedo ahí con el estruendo de mi corazón en los oídos.

Suelto un grito ahogado, paralizada.

Esto no está pasando, no paro de repetírmelo en la cabeza. Mi mente es un torbellino de incredulidad. Esto no puede estar pasando.

—¿Tienes una aplicación para el correo electrónico en el móvil? —pregunta Ramona.

Consigo asentir. Ella me vuelve a coger el móvil y repasa mis aplicaciones. Al cabo de unos instantes, dice:

—Te han enviado un vídeo.

Se aleja unos pasos de mí. Y comprendo por qué. Empieza a temblarme todo el cuerpo. Quiere dejarme tranquila por si…

Cierro los ojos y descarto el final de ese pensamiento.

Mi padre se acerca y me agarra del brazo como si fuera una pinza. Vuelvo a cerrar los ojos y sacudo la cabeza para ahuyentar unas imágenes demasiado horribles como para entenderlas.

—Buenas noticias —asegura Ramona—. Vetle está bien.

Vuelve a mi lado, se agacha una vez más y deja el móvil apoyado en una pila de libros sobre la mesa de centro. Reproduce el vídeo.

Tengo un ataque de hipo al ver a mi hijo sentado en una silla, en un salón en algún sitio, es imposible saber dónde.

Está vivo.

Mi hijo se mueve.

Respira.

Me llevo una mano a la boca para reprimir un grito. Lleva la misma camiseta de fútbol de Zlatan Ibrahimovic que llevaba durante la celebración de su cumpleaños. Y una tirita grande en el brazo izquierdo. Se ve un vaso de leche en la mesa que tiene delante.

Tras él, en la pared, aparece un televisor en el que la presentadora de las noticias de TV2 dice a los espectadores que treinta y ocho mil personas han fallecido intentando cruzar el mar Mediterráneo.

—Dios mío —dice mi padre.

El vídeo dura seis segundos.

Ramona lo reproduce cuatro veces seguidas. La quinta se ve interrumpida por otra llamada entrante. De nuevo, en la pantalla aparece «Desconocido». Esta vez contesto enseguida, sin esperar la aprobación de Ramona.

—¿Qué quieres? —suelto, con tono firme, endurecida por la rabia.

—Cinco millones de coronas noruegas —contesta la voz robótica

—. Recibirás instrucciones.

3

Han pasado dos días, y el silencio me está volviendo loca.

Ramona ha sacado los expedientes de todos los casos policiales en los que he participado durante los últimos ocho años en busca de personas con motivos para tenerme en el punto de mira, ya sea por venganza o por cualquier otro propósito, pero no ha encontrado posibles sospechosos. Mi padre, por supuesto, al ser el jefe de la policía de Oslo, también sería un candidato evidente si fueran delincuentes despiadados con deseos de venganza, pero esta gente, o ese tipo, quiere dinero, y por algún motivo me ha elegido a mí, a Vetle, a nosotros, como víctimas.

Han pasado dos horas y cincuenta y siete minutos desde que hemos hecho una transferencia de cinco millones de coronas noruegas a una cuenta de criptomonedas, según las instrucciones del secuestrador. He tenido que hipotecar la casa, y mi padre ha conseguido otro préstamo sobre la suya. Pese a la poca antelación, lo hemos sacado adelante.

Sin embargo, no hemos tenido noticias desde entonces. Ni llamadas, ni mensajes. Ni correos electrónicos. Nada.

Ramona y su equipo están pegados a las pantallas las veinticuatro horas del día. No quiero saber los detalles de lo que hacen. No me importa el «seguimiento del rastro del dinero». Tampoco me importa quién sea ese tipo. Lo único que me importa es recuperar a mi hijo, vivo.

El tiempo pasa con una lentitud realmente insoportable. Es como si cada segundo fuera la cuenta de un rosario, y cada minuto una oración.

He empezado a rezar. A orar a un Dios en el que nunca he creído, pero que se manifestó con elegancia en cuanto me arrebataron a mi hijo.

Se me cae la barbilla al pecho. Me obligo a abrir de nuevo los párpados para huir de las imágenes aterradoras que no paran de imponerse en mi cabeza. Oigo a mi padre, sentado frente a mí a la mesa de la cocina; presa del pánico, me pregunta si estoy bien. Asiento unas cuentas veces, procurando controlar la ponzoña antes de se extienda por toda mi mente.

De pronto, un agente de policía grita:

—Han establecido contacto otra vez. ¡Tenemos las coordenadas!

Mi corazón deja de latir desbocado. Me levanto de la silla.

—Está…, no está lejos de Ytre Enebakk —dice Ramona, que observa de cerca la pantalla—. A poco más de media hora de aquí.

—Está cerca de un aparcamiento —añade el agente, al tiempo que señala el mapa—. En el bosque. De acuerdo con sus instrucciones, Vetle nos espera en una casa del árbol improvisada. Los niños las construyen constantemente —aclara cuando lo miro con rostro inexpresivo—. Yo también lo hacía.

—Vale —dice Ramona—. Vamos.

4

Ramona se pone al volante. Mi padre va en el asiento del copiloto. Por algún motivo, yo voy detrás, agarrada al asidero de encima de la ventanilla con ambas manos cuando salimos a toda mecha de la ciudad.

Pronto volveré a ver a mi hijo.

Solo puedo pensar en eso.

Nos iremos a casa, le prepararé su comida favorita y esta noche me tumbaré a su lado mientras se queda dormido, para vigilarlo y que nadie vuelva a quitármelo jamás. Me voy a quedar despierta toda la noche viéndolo respirar y soñar.

Mi hijo, me digo.

Mi niño.

Ya voy. Casi hemos llegado. Voy a buscarte.

No tengo ni idea de dónde estamos, ni de cuánto tiempo llevamos en el coche, pero de repente hemos llegado a una pequeña carretera rural rodeada de árboles. El navegador por satélite le dice a Ramona que gire a la izquierda y se adentre en el bosque.

Las piedras y las ramitas crujen y se rompen bajo los neumáticos. Al cabo de minutos, llegamos a un aparcamiento.

—Tiene que haber un camino por aquí —masculla mi padre desde el asiento delantero. Mira el teléfono, donde ha introducido las coordenadas del GPS que han dado los secuestradores—. Ahí.

Ramona maniobra con el coche hacia el otro extremo del

aparcamiento. Después de parar, descendemos y echamos a correr hacia el bosque por el camino que ha encontrado mi padre.

Apenas siento los pies.

—No debería estar muy lejos —dice mi padre.

Voy un paso por detrás de él, buscando rastros de mi hijo en el suelo boscoso.

—¡Vetle! —grito—. ¿Estás ahí? ¿Dónde estás, Vetle?

No hay respuesta.

Seguimos avanzando. Solo puedo pensar en oír su voz, notar su piel. Tenerlo acurrucado en mis brazos.

—¡Ahí! —Mi padre grita mientras señala un abeto cercano.

Entorno los ojos y veo unos tablones por encima de nosotros, ocultos entre unas ramas oscuras. Pero no veo a Vetle. ¿Está atado? ¿Amordazado? Vuelvo a gritar su nombre. Una vez más. Tengo un nudo en el estómago.

No hay respuesta.

Corro entre los arbustos y me pongo a trepar al árbol, agarrándome a una rama tras otra, presa del pánico por el silencio, la ausencia de movimiento en lo alto. Me impulso hacia arriba, araño con los dedos la corteza áspera y por fin llego a la casa en el árbol. El silencio es ensordecedor.

Entonces un grito atraviesa el aire.

Tardo un momento en reparar en que soy yo.

La casa del árbol está vacía.

Mi hijo no está aquí.

5

SIETE AÑOS DESPUÉS

El efecto es inmediato, y afecta a Eva Eek-Svendsen de un modo diferente a como había imaginado, tal vez incluso temido. No hay cambios súbitos ni radicales; ni las paredes se disuelven, ni el suelo se vuelve gelatinoso bajo sus pies. Los colores se mantienen, y no percibe sensaciones psicodélicas. No se derrite en otra dimensión donde todas las formas, voces y sonidos están completamente mezclados y son intercambiables.

Sus amigos le dijeron que sería así. Jesper incluido. Todos le habían prometido que sería increíble, salvaje y loco.

—Solo te arrepentirás de no haberlo probado antes —decían.

Sin embargo, todo sigue casi exactamente igual. La única diferencia, bastante notable, es que de pronto lo siente y lo percibe todo con mucha más intensidad. Es como si alguien hubiera subido el volumen de sus sentidos a mil. Nunca ha sido tan feliz. Se ríe de esto y de aquello. Cualquier aperitivo o bebida es como una explosión en la boca. La vida es tan bonita. ¿Cómo es que no se había dado cuenta hasta ahora?

Eva también siente un amor profundo y tierno hacia sus padres, y por Hedda. Incluso por Erik, su hermano. Qué majos son todos. Y qué buenos. Madre mía, son buenos. Siente la necesidad imperiosa de decirles cuánto los quiere y los aprecia, lo agradecida que se

siente por tenerlos en su vida, a todos y cada uno de ellos.

Tal vez debería disculparse por todo lo que ha dicho y hecho a lo largo de los años. Su actitud desagradecida, las palabras a veces duras, sobre todo con su hermano. Busca con la mano el teléfono para hacerlo en ese preciso instante, pero no lo encuentra. Da igual. Se hace una nota mental para agradecer a sus padres que le hayan permitido disponer de la residencia de verano este fin de semana por primera vez. Y por dejarle organizar una fiesta de Halloween aquí al día siguiente. ¡Va a ser muy divertida!

Le asalta un pensamiento que la entristece. Antes de darse cuenta, está derramando lágrimas. Es por Samuel, pues las cosas se han agriado entre ellos. ¿Debería enviarle otro mensaje? ¿Decirle lo mucho que le quiere y lo echa de menos, y que los que de verdad importan, en términos generales, son ellos y solo ellos? ¿No pueden olvidarlo todo?

A lo mejor es demasiado orgulloso, piensa. Está muy enfadado. Puede que todo se haya roto para siempre.

—¿Por qué lloras? —Hedda baja el volumen del equipo de sonido y se ajusta el tirante del top.

—Es por Samuel. —Eva se seca las lágrimas de las mejillas y la barbilla.

—No te preocupes —contesta Hedda—. Mañana estará aquí. Le daremos un poco de algo y se olvidará de todo. —Se encoge de hombros para restarle importancia y hace una pirueta mientras estira las manos sobre la cabeza, canta con la música, ríe.

Eva sonríe viendo a Hedda bailar. Es la chica que todo el mundo quiere ser, o con quien quiere estar. Eva piensa que no le extraña. Es preciosa. Pese a estar a finales de octubre, la piel de Hedda brilla como si estuviera bajo el sol, no en el salón oscuro. Huele a vainilla y verano.

Así, sin más, Eva vuelve a sentirse fenomenal. Los pensamientos tristes han desaparecido. Va a ser una noche increíble, un fin de semana fantástico. La gente hablará de esta fiesta durante años. Ha invitado a veinte personas, siguiendo las estrictas instrucciones de

sus padres, pero espera por lo menos el doble. Irá bien.

Una ventana se abre de una ráfaga, el viento irrumpe atravesándola y la hace sentir aún más viva. Eva se acerca a la ventana, cierra los ojos y se deja envolver por el aire frío, la brisa se aferra a su piel cálida y le provoca un hormigueo. Cuando abre los ojos, el vello diminuto de los brazos está erizado como si también bailara.

De pronto, un movimiento en el césped hace que Eva parpadee varias veces. Una sombra se ha desplazado. Quizá solo era el viento que movía los árboles. O las farolas del jardín, que siempre crean siluetas extrañas. Tiene que ser eso.

Ahí está otra vez. El movimiento.

Ahora Eva está segura.

La sombra parece humana. Como una pierna que se mueve. Justo detrás de ese árbol. ¿Eso es una mano en el tronco?

—¿Qué pasa? —pregunta Hedda, que aparece por detrás.

—Hay alguien ahí fuera.

—¿Dónde?

Eva señala hacia la oscuridad, pero solo ve sombras, formas oscuras sobre la hierba húmeda. Otra ráfaga de viento arranca suspiros a los árboles.

—Buen intento —dice Hedda—. Pero Halloween no es hasta mañana. Tendrás que esforzarte más si quieres asustarme. —Camina hacia la isla de la cocina y anuncia—: Necesitamos más.

Hedda mete la mano en la bolsa de plástico que hay sobre la mesa y vuelve con Eva con dos pequeños cristales envueltos en papel. Eva coge uno y se lo pone en la lengua. Hedda la imita.

Las dos tragan.

El sabor es amargo, pero pronto pasará. Un sorbito de champán, unas cuantas patatas fritas.

—¡Yuju! —Hedda sube la música y levanta las manos como si acabara de marcar un gol.

Eva vuelve a mirar por la ventana. Antes había alguien ahí fuera, está segura.

Pero no importa.

Ya nota el subidón, y esta vez será aún mejor.

Madre mía, piensa, cierra los ojos, sonríe, los graves resuenan en todo su cuerpo mientras la atraviesa cada nota. Si se muere ahora, será la chica de dieciséis años más feliz del mundo.

6

Sentado en el autobús, Samuel Gregersen está nervioso. La sensación le recuerda a esos momentos antes de subirse a un escenario o cuando se sienta para empezar una sesión de grabación especialmente complicada. Revisa el móvil y ve que el autobús llegará a Son con unos minutos de retraso. Intenta distraerse, desconectar, meditar, algo así. Ser consciente y todo eso.

El sol brilla alto en el cielo despejado, como si de pronto el verano hubiera revivido. Samuel, urbanita de toda la vida, siente una atracción extraña por ese paisaje, tal vez por lo desconocido. Examina los campos junto a la carretera, casi esperando ver un ciervo o un alce, pero solo encuentra una extensión de tierras. La hierba, cortada hasta la raíz, se ve desnuda y gris, descomponiéndose bajo el sol implacable.

Por la mañana Samuel ha dudado si ir a Son, pese a tenerlo planeado desde hacía meses. Pero sabe que todo el mundo espera que aparezca en la fiesta, pues al fin y al cabo Samuel es el señor Halloween, es conocido por llevarlo hasta las últimas consecuencias y a veces incluso más allá. Sus amigos de clase no hablan de otra cosa: de lo increíble, divertido y terrorífico que va a ser. Nadie parece haberse percatado de que últimamente Samuel no va con Eva y Hedda, como de costumbre.

Durante su rutina de maquillaje de la mañana, Samuel ha entendido que no podía cancelarlo con la excusa de una enfermedad

repentina. Con ello, solo suscitaría todo tipo de preguntas. No, tiene que encararlo de frente. Aun así, la perspectiva de ver otra vez a las chicas lo aterroriza, y eso alimenta su estado nervioso.

Por la mañana, su madre se unió a él en el baño, intrigada, como siempre, por dónde había estado la noche anterior y a qué horas había llegado a casa. Samuel contestó con todas las evasivas que pudo, consciente de lo mucho que le preocupa cómo afectan esas juergas a sus estudios, su futuro. Siempre lo ha instado a esforzarse, a intentar alcanzar las estrellas. «Lo tienes todo para ser el próximo Leif Ove Andsnes de Noruega», no paraba de repetirle. Ante sus protestas, su madre lo frenaba y decía: «Lo único que quiero es que no eches a perder tu vida, Samuel. Si yo hubiera tenido la mitad del talento que tú…».

Samuel sabe que es cierto. Tiene un don. Desde niño, la música es su lenguaje. Recuerda esconderse de muy pequeño debajo de la mesa del comedor durante un funeral televisado, conmovido hasta las lágrimas por la música lúgubre. En ese momento no cayó en la cuenta de que había buscado refugio porque le daban una vergüenza inexplicable esos sentimientos. Pese a que ya era un prodigio, esa experiencia no hizo más que acrecentar su devoción por el piano, con el que descubrió que sentía una conexión única. Para Samuel, el piano no es solo un instrumento: es un portal, una máquina del tiempo, una manera de contar historias. Sus dedos pintan emociones en las ochenta y ocho teclas, tejen relatos a los que no puede poner palabras. Es como si las manos hablaran por él.

Sin embargo, en ese momento Samuel anhela normalidad. Quiere ir de fiesta como todos los muchachos de su edad, explorar la vida con sus propias reglas. No es mucho pedir, ¿verdad? Julliard o la Royal Academy of Music seguirán ahí cuando esté preparado.

Poco después de las diez, Samuel se apea del autobús en Son. Se coloca la bolsa de accesorios al hombro y emprende el camino sinuoso que lleva a la residencia de verano de los Eek-Svendsen. A cada paso se endurece el nudo que nota en el estómago.

En el jardín que da a la casa, las chicas han puesto alguna que

otra calabaza, talladas de manera que parezcan fantasmas y monstruos. En uno de los parterres de flores, un esqueleto se está dando un festín con una muñeca de trapo. Samuel piensa que es muy ingenioso. Muy de *Walking Dead*.

Detecta rastros de suciedad en el asfalto de la entrada, luego marcas de caucho chamuscado. Unas profundas huellas de neumáticos cortan el césped detrás de él, pero no parecen coincidir con la furgoneta negra que hay aparcada frente a la casa. En el portón lateral se lee «Solsiden Catering», adornado con el logo de un girasol, una dirección web y un número de teléfono.

Un silencio inquietante envuelve la casa.

De pronto se oyen unos pasos pesados en el interior. La puerta principal se abre de golpe y sale un hombre que se desploma a gatas junto al garaje y sufre violentas arcadas.

Samuel duda y se acerca al hombre con cautela.

—¿Está…, está bien?

El hombre escupe y se limpia la boca con la manga. Se vuelve hacia Samuel, sin aliento, con el rostro ceniciento y los ojos desorbitados por el terror.

—Están… —Señala la casa con un dedo tembloroso.

Samuel se acerca, el miedo le atenaza el pecho.

—¿Qué ha pasado?

—No entres —advierte con voz ronca—. No entres ahí.

A Samuel se le acelera el corazón, nota el eco del latido en la garganta.

—¿Por qué? ¿Qué…?

—Están… —La voz del hombre se convierte en un susurro.

Sacude la cabeza, cierra los ojos apretando. Cuando los vuelve a abrir, tiene la mirada perdida.

—Las chicas de ahí dentro… Las han asesinado.

7

Mia cruza las piernas y abre los ojos despacio.

Se da la vuelta y busca el teléfono en la mesita de noche.

Descubre horrorizada que se ha dormido. Se sienta rápido y percibe la culpa en el pecho. La pantalla está llena de notificaciones y mensajes. Sin embargo, después de revisarlas rápido todas, ve que nada parece urgente. Al fin y al cabo, es sábado.

Respira hondo y se relaja casi en el acto.

No le gusta quedarse dormida. Prefiere empezar el día por lo menos una hora antes de que se levante el resto de la casa para hacer ejercicio y meditar, tener algo de tiempo para ella. Para ella, la sensación de haber hecho algo antes de que el mundo despierte no tiene precio. No recuerda la última vez que se quedó dormida así.

Además, ha dormido bien. Ha sido un sueño profundo, pesado, lleno de ensoñaciones extrañas, aunque no recuerda ninguna.

Por suerte, Eivind está fuera por trabajo.

Por lo general, una noche de viernes habría tenido que acostarse pronto si quería evitar sus acercamientos. Las mañanas de fin de semana era aún más difícil mantenerlo a raya. Tras rechazarlo una vez más, lo vería salir de la cama y caminar fatigoso hasta el baño con unos pasos que con los años se han vuelto más pesados poco a poco, de un modo casi imperceptible. Lo vería dejar la puerta abierta, sin esforzarse por disimular los ruidos de la naturaleza. Después, volvería con las manos aún mojadas y se las secaría en el

pelo de la barriga prominente.

Por un momento, que desaparece a la misma velocidad a la que ha llegado, Mia siente un destello del amor que sintió en tiempos por ese hombre que sabe que está plena y profundamente enamorado de ella, igual que durante los últimos veintitrés años. Haría cualquier cosa por ella. Al mismo tiempo, Mia siempre se encargaba de que disfrutaran de algo de tiempo para ellos solos de vez en cuando. Entradas para un concierto, o una mesa en un restaurante especial. Pero cuando renunció a esa función, Eivind no le cogió el relevo. Nunca entendió del todo por qué. ¿Era cosa de la edad? En cuanto cumples los cincuenta, ¿dejas de sentirte aventurero, o con ganas de complacer a tu pareja?

Mia observa el lado vacío de la cama. Estira el brazo izquierdo, agarra las sábanas por un momento y espera.

«Deberías estar trabajando», se dice. Un cliente se ha mudado a una casa antigua en Tasen y quiere que decore el salón al estilo *art déco*. Ha estado allí para inspirarse, pero apenas ha empezado con los bocetos. La entrega es el martes. Este martes. Sin embargo, ahora mismo lo único que quiere es café y desayunar.

Maldita sea. ¿Cómo ha podido quedarse dormida de esa manera?

Eivind le vuelve a la cabeza.

Piensa que tal vez sea por una mañana así. Cómo podrían ser las cosas.

Un futuro por el que merezca la pena vivir.

¿Ese futuro incluiría a su marido o no? Esa es la cuestión. Si se queda, todo seguirá igual o irá a peor poco a poco. Eso es un hecho. Eivind ya no cambiará. Habrá menos diversión, menos alegría, menos de todo lo que Mia desea en su vida cotidiana. Aun así, pese a que una vida sin Eivind abriría las puertas a una existencia más libre, también ella y su familia quedarían sumidas en la incertidumbre. Económica, sentimental: no tiene ni idea de cómo afectará una ruptura a sus hijos. O a Eivind, por ejemplo. Pero ¿no debería pensar en sí misma por una vez?

Su reflexión se ve interrumpida por el sonido de un teléfono.

Mia no reconoce el número. Por regla general, no contesta a menos que sepa quién llama. Hay muchos idiotas por ahí intentando vender algo por teléfono. No lo soporta. Lo deja sonar hasta que para, luego comprueba el número en internet por si es alguien conocido. El número no aparece en ningún sitio. O sea, que es un vendedor. Probablemente.

Mia apoya la cabeza en la almohada y se queda mirando el techo. Decisiones, decisiones, decisiones.

Elija lo que elija, alguien acabará decepcionado, enfadado, deprimido, herido. Puede que incluso sienta odio. Ella se odia a sí misma por acabar en semejante situación.

Echa de menos a su padre. Sin él, ya no tiene con quien hablar. Por lo menos no de verdad. No tiene a nadie en quien confiar. En esta situación, su padre habría dicho las palabras justas, como siempre. Le habría explicado qué camino escoger y por qué.

Mia vuelve a pensar en los niños, y recuerda haber leído en algún sitio que, para cuando los hijos tengan doce años, habrán pasado tres cuartas partes del tiempo que estás con ellos. Ahora que lo recuerda, la idea casi la deja sin aliento. Sus hijos tienen dieciséis y veintidós. ¿Cómo va a conseguir pasar el poco tiempo que le queda con ellos? ¿Cómo será ese tiempo si abandona a su padre?

El teléfono vuelve a sonar.

Es el mismo número. El mismo vendedor, probablemente.

Mia suelta un profundo suspiro.

Por otra parte, los vendedores no suelen volver a llamar enseguida, piensa. Por lo general prueban más tarde, incluso otro día. Además, es sábado. ¿De verdad los vendedores trabajan tanto el fin de semana?

Podría ser un cliente, piensa Mia mientras se sienta y se apoya en el cabecero.

Duda un momento más y luego atiende la llamada, presentándose con el nombre completo.

La voz que hay al otro lado de la línea es firme y seca.

—Me llamo Ramona Norum. Soy comisaria en la policía de Oslo.

¿La… policía?

—¿Pasa… algo? —tartamudea Mia.

—Estoy en la puerta de su casa. Acabo de llamar al timbre, pero no contesta nadie. ¿Está en casa?

—Eh…, no.

—Vale. Usted es la madre de Eva Eek-Svendsen, ¿correcto? Mia traga saliva.

—Sí. ¿Qué pasa? ¿Eva está bien?

Se produce una breve pausa al otro lado de la línea.

—Lo…, lo siento, señora Eek-Svendsen, pero me temo que tengo noticias horribles.

8

Desde mi habitación en la trigésimo primera planta del hotel Oslo Plaza, la capital se extiende ante mí, mientras una capa de nubes espesas amenaza a lo lejos sobre las islas, unos chubascos limpian las calles sucias más cercanas, todas ellas de un gris de última hora de la mañana. Es como si la noche no acabara de irse. Hasta el fiordo parece abatido, como si guardara oscuros secretos. En el suelo, entre los edificios que parecen bloques de Lego, los coches se mueven a trompicones a través de un laberinto de luz. Me alegro de que las ventanas amortigüen la mayor parte del ruido de la ciudad y pueda concentrarme en preparar el seminario que estoy a punto de impartir después del almuerzo.

En la pantalla del ordenador que tengo delante, una mujer encantadora llamada Inés sigue hablando en su bonito *espanglish*. Con el esmero y la reserva de una colegiala entusiasta, contesta a todas las preguntas que le hago detrás de la cámara.

Dejo de grabar, retrocedo unos segundos y vuelvo a pulsar el botón de reproducción.

Tenía razón. Cuando le he preguntado a Inés si alguna vez ha cometido un delito, se ha puesto el dedo índice sobre la escotadura yugular. Sonrío para mis adentros y escribo una nota rápida en mi montón de papeles que ya parece una torre.

Espero que el seminario no dure mucho. El margen que tengo para coger el vuelo a California, donde voy a pasar la semana

siguiente dando clases, es un poco justo a mi entender. No tendré tiempo ni para comer algo rápido en la elegante sala de espera del aeropuerto de Oslo.

Casi es mediodía cuando llaman a la puerta.

La abro y veo a Jessica Marler, una mujer de sonrisa amplia y omnipresente, rizos secados con meticulosidad y la extrema seguridad estadounidense. Jessica dirige el departamento de comunicación de SecureArts, un gigante internacional del sector de los seguros, de objetos de arte, para ser más exactos. Como Jessica dijo en cierta ocasión: «Tenemos que ponerle precio a un Chagall, aunque no tenga precio».

—Hola, Kari —dice, y se seca unas cuantas gotitas de sudor del labio superior—. ¿Estás lista? Siento llegar tan tarde.

—No pasa nada. Déjame coger el ordenador y mis notas.

Una vez recogidas mis cosas, me paro un segundo de más en el espejo de cuerpo entero, me arreglo un poco el pelo y luego digo:

—Tú primera.

—Pero antes, te presentaré —dice Jessica mirando hacia atrás mientras nuestros tacones marcan un ritmo suave en la mullida alfombra del pasillo del hotel—. Luego el escenario será todo tuyo. ¿Te parece bien?

—Por supuesto.

Jessica me dedica otra de sus características sonrisas exuberantes.

En la planta baja, tras el escenario de la sala de conferencias más grande del hotel, un técnico de sonido con cola de caballo se ocupa de nosotras, nos pone los micrófonos y nos sujeta las baterías en los cinturones, en mi caso, de rayas.

—Por favor, ponga el móvil en modo avión —indica—. Puede interferir en algunas señales del equipo de sonido.

—Claro.

Lo saco del bolsillo de la chaqueta, arrugo la frente al ver la pantalla llena de notificaciones, la última un mensaje de mi padre, enviado unos minutos antes:

¿PUEDES LLAMARME?

Escribo una respuesta rápida:

NO, ESTOY A PUNTO DE SUBIR AL ESCENARIO.

Unos puntitos bailarines aparecen en la pantalla. Espero la respuesta de mi padre.

ES POR LOS ASESINATOS EN SON.

¿Los asesinatos? ¿Qué asesinatos? Llevo toda la mañana preparando el seminario, sin prestar atención a las noticias.

Reviso rápido las notificaciones anteriores, y veo que todas las publicaciones serias del país hablan de «los asesinatos de Son». No tengo tiempo de entrar en detalle porque Jessica Marler se dirige al escenario, a punto de presentarme.

Siempre que salta una noticia sobre el hallazgo de un cadáver pienso en Vetle. Pero mi padre ha escrito «asesinatos», en plural, lo que significa que no pueden ser sobre mi hijo. Mi padre lo habría dicho de haber guardado alguna relación con Vetle, y me habría llamado, en vez de enviarme un mensaje.

Entonces ¿de qué quiere hablar conmigo?

¿La policía necesita mi ayuda?

No, mi padre está jubilado. Si el cuerpo policial tuviera una petición, la harían Unni Flem, que es su sucesora, o Ramona.

Respiro hondo y cierro los ojos unos segundos, en un intento de borrar la imagen de mi hijo, la que siempre aparece primero: la cara de felicidad de Vetle al romper la superficie de la piscina del jardín el último día que lo vi, el día en que celebramos su noveno cumpleaños. La imagen siempre despierta una avalancha de recuerdos, pero la mayoría provocan un tsunami de dolor.

Contrólate, me digo, y abro los ojos. Ponte en modo trabajo, colócate la máscara de «estoy bien». Solo otros expertos en lenguaje corporal te descubrirán.

Pongo el pie izquierdo sobre el pequeño tramo de peldaños que

tengo delante. Me tiemblan las piernas cuando subo por detrás de la cortina. El ruido ambiental de la sala de conferencias se aplaca.

—Buenas tardes, damas y caballeros —dice Jessica Marler en un tono fuerte y confiado—. Hace un año, cuando supe que la siguiente convención se celebraría en Oslo, la ciudad natal de nuestra próxima ponente, enseguida pensé en que tendríamos una oportunidad inmejorable de pedirle que nos hiciera un hueco en su ajetreada agenda para honrarnos con una conferencia. Por suerte, así ha sido. La brillante doctora Kari Voss ha dedicado su vida al estudio de la memoria y el lenguaje corporal, hasta el punto de que uno de los periódicos de aquí, noruego, la ha apodado «la detectora de mentiras humana». La doctora Voss es consultora de la policía criminal noruega, y catedrática de las facultades de Ciencias Sociales de Lund, en Suecia, y de Irvine, en California. ¡Por favor, recibamos como merece a la doctora Kari Voss!

Una ronda de aplausos acompaña mi entrada. Mientras Jessica se dirige a los bastidores, yo salgo al centro del escenario, con las palmas abiertas y un mar de personas sonrientes enfrente.

—Hola, hola, gracias. Muchas gracias. Y gracias, Jessica, por tu generosa presentación. Estoy encantada de estar aquí con vosotros hoy. Para ser sincera, es una manera agradable de dejar de atrapar a delincuentes, empresarios deshonestos o incluso de leer a jugadores de póquer con cara no tan de póquer.

El público se ríe.

—Estar aquí para enseñaros a atrapar ladrones a todos, los mejores agentes del sector internacional de los seguros de arte, hace que me sienta como si formara parte del reparto de *Ocearís Eleven*.

Otra ola de risas recorre la multitud.

Hago una pausa y dejo que el silencio se prolongue un poco.

—Sí, todos lo hacemos, y la primera persona a la que mentimos somos nosotros mismos. Empezando por nuestros recuerdos. ¿Sabéis ese recuerdo que tenéis de vosotros mismos con un año en brazos de vuestra abuela? Pues no existe. Es pura invención. No se

puede recordar nada antes de los dos años. Es improbable desde el punto de vista biológico. El cerebro todavía no está preparado para recordar nada tan pronto.

Escudriño al público para asegurarme de que cuento con toda su atención.

—Siento decepcionaros, pero nuestra memoria no es tan fiable como creemos. La mayoría de la gente cree que podemos sumergirnos en nuestros recuerdos como si fueran cintas de vídeo que podamos reproducir a nuestro antojo. Sin embargo, no es el caso. Nuestros recuerdos se entrelazan con nuestras experiencias vitales, y ambos se funden como cuando se añade leche al agua. Una vez se mezclan, no se pueden distinguir.

Una persona tose en primera fila.

—Lo creáis o no —prosigo—, podemos crear recuerdos a propósito. Así de maleable es nuestra memoria. Como dice un colega mío: «Somos *hackers* de la memoria: hacemos que la gente crea en cosas que nunca ocurrieron». No, damas y caballeros, no es un truco de magia, ni hipnosis. Es pura psicología.

Sonrío a mi público.

—Pero antes de sumergirnos en nuestros recuerdos, vamos a centrarnos en nuestros cuerpos. Porque nuestros cuerpos hablan un idioma silencioso que debéis dominar en vuestro trabajo. Y ese idioma, damas y caballeros, es la única verdad de la que os podéis fiar. Absolutamente la única.

Doy unos pasos hacia la parte derecha del escenario.

—Para aprender a descifrar y leer ese lenguaje corporal silencioso, vamos a centrarnos en esa parte de nuestro cerebro llamada «sistema límbico». Es nuestro centro emocional. Es el responsable de nuestra supervivencia, pero nunca se toma un respiro. Le dice a nuestro cuerpo, la cara, los brazos, el torso, las piernas, los pies, cómo reaccionar para asegurarnos la supervivencia. Os enseñaré a reconocer y leer esas reacciones, a extraer la verdad, porque simplemente no podemos fiarnos de las palabras. Solo podemos fiarnos de este lenguaje no verbal

silencioso, como lo llamamos los psicólogos. Lo fascinante es que ese lenguaje corporales universal. Trasciende las culturas e incluso algunas discapacidades. Por ejemplo, hasta las personas ciegas de nacimiento se taparán los ojos cuando estén en una situación en la que preferirían no estar.

Advierto que una persona en primera fila abre los ojos de par en par.

—De acuerdo, seguro que me diréis que el lenguaje corporal debe de ser una parte minúscula de nuestra comunicación si la comparamos con el habla, ¿no?

Aprieto los labios mientras muevo la cabeza de izquierda a derecha.

—Pues no podríais estar más equivocados. Algunos expertos afirman que intercambiamos más de ochocientas señales no verbales durante una conversación normal, que representan entre el sesenta y el sesenta y cinco por ciento de nuestras comunicaciones diarias. Y, si me permitís decirlo así… —me tapo a medias la boca con la mano como si estuviera a punto de contarles un secreto—, cuando hacemos el amor se llega al cien por cien…, si se hace bien.

El público suelta una carcajada.

Espero a que enmudezca antes de continuar.

—Antes Jessica me ha presentado como una «detectora de mentiras humana». Tal vez suene un poco pomposo, pero en realidad el periodista que me adjudicó ese apodo no pudo dar más en el clavo. Lo que capta un detector de mentiras no es la mentira en sí, sino las sensaciones que la mentira nos provoca. Y eso es lo que vamos a hacer hoy, juntos: vamos a detectar mentiras fijándonos en lo que nos dice el cuerpo. Porque, damas y caballeros, todos somos Pinochos. Literalmente. Cuando mentimos, nuestra nariz crece, en sentido literal.

Me toco la punta de la nariz. El público se ríe de nuevo.

—Os lo aseguro, no me lo invento. No lo vemos, claro, pero mentir provoca una diminuta inflamación que despierta un picor que hace que los mentirosos se rasquen la nariz.

Esta vez la gente permanece en silencio.

—Nuestro lenguaje corporal esconde multitud de señales reveladoras como esa. No os las podré enseñar todas hoy, ya que son fruto de décadas de investigación y observaciones, pero sí os puedo dar un esquema simplificado que os ayudará a evitar caer en la trampa de las generalizaciones, por ejemplo al pensar que la persona que se cruza de brazos no está de acuerdo con algo o se está distanciando de una situación. De hecho, puede ser lo contrario. Lo que estoy a punto de enseñaros, además de ayudaros a desentrañar la verdad de las mentiras con las que topáis en el trabajo, podría seros útil también en casa.

Los susurros se extienden por la sala como un escalofrío.

—Sí, sí —digo—. Niños que mienten, adolescentes…, cónyuges.

Una explosión de risas de alivio recorre la multitud.

—Para empezar nuestra tarde juntos, propongo un pequeño juego.

Mi sugerencia es recibida con un aplauso entusiasta.

—Esta mañana, Inés, vuestra encantadora colega de la oficina de Barcelona, ha accedido a colaborar conmigo en un pequeño experimento.

Una luz enfoca a Inés en primera fila. Se levanta cohibida y saluda con la mano a sus compañeros.

—He entrevistado a Inés y la he hecho mentir a propósito al contestar a algunas preguntas personales. Voy a dejar que veáis la entrevista que hemos grabado, y luego nos reuniremos de nuevo unos quince minutos después para jugar a ser detectives y destapar sus mentiras solo con fijarnos en lo que nos dice su cuerpo. Os veo dentro de un ratito.

En la pantalla que tengo detrás se ilumina el logotipo de Secure-Arts. Cuando salgo del escenario, se inicia la grabación.

Mientras Inés responde a la primera pregunta, abro la puerta de atrás y salgo. Saco el teléfono a toda prisa para desactivar el modo avión, y enseguida veo que mi padre me ha enviado otro mensaje para pedirme que lo llame en cuanto esté disponible.

Sobre el escenario he conseguido olvidar el desasosiego que notaba en la garganta. Ha vuelto con todas sus fuerzas.

9

—¿Qué pasa?

La comisaria de policía Ramona Norum cruza la mirada en el espejo con su colega, Henrik Meyer. El ascensor los lleva despacio al sótano, donde se aparcan los coches patrulla.

Meyer se guarda el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Puedes iluminarme —dice, y suelta aire con fuerza— sobre por qué consideras imprescindible que respondamos a un caso de asesinato en Son en un sábado que, por lo demás, es muy tranquilo? La última vez que lo comprobé, Son no entraba en nuestra jurisdicción.

Ramona se sonríe. Henrik Meyer ha cumplido los sesenta y tres y son sus últimos años de servicio activo. Ha pasado la mayor parte de su carrera procurando evitar las labores administrativas. Se enorgullece de ser uno de los soldados de a pie del cuerpo, un policía de verdad, no un profeta del PowerPoint. Se crece en el trabajo real de detective en la calle. Sin embargo, eso no le impide quejarse cada vez que el trabajo les exige levantarse de sus cómodas sillas de oficina.

Ramona esperaba su protesta.

—Porque la residencia de verano donde anoche asesinaron a dos adolescentes es de un matrimonio que vive aquí, en Oslo, en Bygdøy. Igual que las víctimas. Lo que significa que este caso va a acabar en nuestro escritorio nos guste o no. He pensado que sería

buena idea anticiparnos un poco. De todos modos, hoy no hay mucha actividad.

—Salvo los diez partidos de la Premier League —replica Meyer con un bufido—. Tenemos el derbi local de Mánchester, entre otros.

—Mierda, se me olvidaba. Error mío. Vale, entonces vamos a la tienda. Ve a buscar unas cervezas antes de que cierre.

Meyer gruñe.

Ramona sonríe. Pese a las excentricidades de Meyer, ha aprendido a apreciarlo. Sabe que, cuando haya lío, él siempre estará a su lado, arremangándose.

En el sótano, Ramona abre las puertas de un BMW nuevo con un clic en un mando a distancia.

—¿Conduces tú?

—No me digas que también te parece mal.

Meyer no contesta y rodea el vehículo a desgana hasta el asiento del copiloto. Ramona sonríe de nuevo y se pone al volante.

Ramona sigue la E18 por el fiordo de Oslo. El tráfico del fin de semana es denso; el día, frío y gris. En el interior, una fina capa de neblina cubre la superficie del agua.

—Las víctimas —dice Meyer, y se aclara la garganta—. ¿Sabes algo de ellas? ¿Tenemos sus nombres?

—Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow —contesta Ramona—. Amigas del alma, ambas de dieciséis años.

—Virgen santa.

—Eva es la hija de los dueños de la casa. Hedda es la hija de William Bülow. El presentador del telediario ¿sabes?

—Mierda.

—Iban a celebrar Halloween allí este fin de semana.

Los árboles robustos en ambos lados de la carretera están muy juntos, es como si se abrazaran. Ramona pisa el acelerador para adelantar a un semirremolque.

—¿Debo suponer que ya se ha notificado a los padres?

—Sí, lo he hecho esta mañana.

—¿Tú?

—Sí, antes de llegar. La policía local estaba ocupada con el escenario del crimen. Vanja Ebeltoft, la jefa de allí, es una buena amiga mía. Fuimos juntas a la academia. Me lo pidió como favor.

—Habérmelo dicho —comenta Meyer—. Habría ido contigo. —Lo sé, Henrik. Y gracias. Pero el tiempo apremiaba.

Meyer asiente.

—¿Cómo se lo han tomado? —pregunta. Tras una breve pausa, añade—: No importa, la pregunta es absurda.

—Solo he podido ver en persona a William Bülow —responde Ramona—. Estaba… desolado, claro. Ninguno de los Eek-Svendsen estaba en casa. He tenido que llamarlos.

—Madre mía —dice Meyer—. Eso siempre es duro.

Ramona respira hondo.

—Se suponía que hoy me iba de compras con los niños.

Cuarenta y cinco minutos después de salir de Oslo llegan al centro de Son, y Ramona aminora la marcha. Son es una localidad muy poblada, pero pequeña y pintoresca. Considerada desde el siglo XIX una joya junto al mar, su cercanía al fiordo y sus antiguas casas de madera y callejones angostos sirven de fuente de inspiración a los artistas, pero también de residencia. Una vez Ramona cogió el ferri hasta allí desde Aker Brygge, en una excursión de día con Linnea y los niños. Atracaron en el moderno puerto deportivo y dieron una vuelta por el pueblo antes de almorzar en uno de los restaurantes con vistas al fiordo. Estaba repleto de veraneantes. Ahora las calles están desiertas.

Al llegar a la residencia de verano ven a un tumulto de periodistas y mirones junto al cordón policial. Ramona aparca el BMW detrás de un Volkswagen, se apea y se identifican ante el agente que vigila el escenario del crimen. Tras una inspección rápida de sus placas, los deja pasar.

Ramona y Meyer suben por la entrada en forma de ese hacia la casa, y Meyer enseguida se queda unos pasos rezagado. Una vez en

el garaje, la comisaria oye que le cuesta respirar.

Desde la fachada de la casa se extiende el césped hacia el estrecho que se forma entre tierra firme y las islas del fondo. La hierba, amarillenta por el frío, no desmerece en absoluto la indiscutible belleza del lugar. Se extiende como un manto hasta las rocas que bordean el mar oscuro, donde rompen las olas. En un mástil blanco erigido entre las piedras lisas ondea la bandera noruega, que baila como si hubiera algo que celebrar esa mañana.

—En serio —dice Meyer—. ¿Qué le pasa a la gente de este país? ¿Necesitan otra casa a una hora de donde viven? ¿Qué sentido tiene?

Ramona no contesta.

Meyer avanza.

—¿Sabes quién encontró a las víctimas? —pregunta.

—El conductor de una empresa de *catering* de la zona. Estaba entregando la comida para la fiesta de esta noche. Y Samuel Gregersen, un amigo de las chicas, llegó hacia la misma hora. —Ramona ve un gesto comprensivo en el rostro de Meyer.

—Es el hijo de Irene Gregersen —dice—. La cantante, ¿sabes?

—Oh, mierda.

—Por lo visto, él también es un buen pianista. El año pasado leí un artículo sobre él en *Aftenposten*.

—Madre mía, la cantidad de famosos en este caso va a ser imponente. La jefa va a estar encima de nosotros.

—Razón de más para conseguir algo de ventaja. Nos vestimos y nos ponemos en marcha.

La unidad a cargo del escenario del crimen ha plantado la tienda delante del garaje, y tapa parte del camino que da a la casa. Ramona y Meyer entran y se ponen los monos blancos antes de sumarse a la corriente de técnicos que entran y salen de la casa.

Una vez dentro, se aseguran de poner los pies solo en los espacios que los técnicos han marcado como despejados.

—Madre mía, qué cantidad —dice Meyer, con la voz amortiguada por la mascarilla. El pasillo está repleto de huellas dactilares y de

pies ensangrentadas o, para ser más precisos, lo que parecen huellas de calcetines. El rastro de sangre continúa por la escalera que conduce a la primera planta y en la barandilla. Alguien se ha agarrado a ella.

Suben despacio la escalera, los pasos quedan amortiguados y se paran en el rellano. Ante ellos, un salón y una cocina abierta. El aire se corta con un cuchillo por el hedor agrio a orina y el nauseabundo olor metálico a sangre, demasiado familiar. Los técnicos trabajan en medio de un silencio pesado, casi palpable, que impregna todos los escenarios del crimen donde las víctimas son niños. Es como si todos los presentes cargaran con el peso de la pérdida inimaginable de un padre.

Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow están sentadas una al lado de la otra en sillas de la cocina, de cara al televisor, con las manos atadas en la espalda. Las barbillas descansan en el pecho. Las han degollado. Incluso a distancia, Ramona ve los bordes de las heridas abiertas en ambos lados de los cuellos.

Antes de salir de Oslo, Ramona había encontrado fotografías de las chicas en internet. Reconoce a Hedda a la izquierda. Parte del pelo rubio está manchada de sangre, y tiene algunos mechones pegados a la mejilla. Le han bajado el top y el sujetador ensangrentados, y un pecho queda expuesto.

Ramona sigue las huellas de sangre hasta el salón y se para un metro delante de las chicas muertas. Parecen marionetas gigantes a las que les han cortado los hilos, con los cuerpos cubiertos de pintura roja.

Ramona no ve bien las manos o las uñas de las chicas, así que resulta difícil valorar si han peleado con su agresor. No lo parece. No hay sillas volcadas, ni cristales rotos. No se ven rasgaduras en la ropa.

Las patas delanteras de las sillas están en el borde de un charco de sangre granate que se extiende delante de las víctimas. El borde de la alfombra de color gris claro, a un metro más o menos, está empapado y sobre el suelo de parqué blanco hay restos de sangre.

Ramona cree que es de los pies del atacante, mientras las mataba o después. Eso explicaría las huellas de calcetines en la escalera y el pasillo, donde se habría vuelto a calzar los zapatos.

Ramona se acerca.

El agresor debía de tener sangre por todo el cuerpo, no solo en los pies. Si estaba frente a las víctimas cuando las mató, la presión de las arterias carótidas lo habría alcanzado con las salpicaduras. Ramona calcula la dirección en que habría ido la sangre y ve que hay marcas de sangre en el televisor, a metro y medio. También hay sangre en la pared de detrás del aparato.

No, se corrige, sacudiendo la cabeza: no puede haber ocurrido así. Tenía que estar detrás de ellas cuando les cortó el cuello. Lo que lleva a otra pregunta: ¿por qué pisó la sangre después? No solo eso: parece que el asesino fuera a gatas, esparciendo la sangre, intentando crear… ¿una obra de arte?

Ramona regresa a la cocina. Meyer está junto a la encimera, estudiando los restos de una noche loca: unas cuantas botellas de Breezer vacías, una magnum de champán Bollinger casi seca, una botella medio llena de chardonnay, un tapón de corcho, una bolsa de patatas abierta y un cenicero con cinco colillas.

Con un gesto mudo, Meyer desvía la atención de Ramona hacia la mesa de la cocina. Cuando se acerca, evita por poco chocar con un técnico que está de rodillas. Masculla una disculpa, se inclina sobre la mesa y abre los ojos de par en par cuando ve el contenido de una bolsita de plástico: un surtido de drogas, demasiadas para solo dos adolescentes.

Se da la vuelta una vez más para mirar a Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow.

Piensa que tiene que haberlo hecho un monstruo.

Alguien que ha disfrutado viéndolas morir.

10

Le digo a mi taxista que me lleve a casa en vez de al aeropuerto. Ya le he escrito un mensaje de correo electrónico a mi secretaria de la Universidad de Irvine para pedirle que cancele todas mis clases y citas de la semana que viene. No puedo ir a California de ninguna manera esta noche sin saber qué les ha pasado a Eva y Hedda, las amigas del alma de la infancia de Vetle.

No paro de oír la voz de mi padre, susurrándome palabras vacilantes para contarme cómo habían muerto. Cierro los ojos y me permito unas cuantas respiraciones calmantes.

De las dos, era a Hedda a la que conocía mejor. Vivía en la casa de al lado con su padre, William. Un día oyó el sonido de un coche patrulla de juguete a través del seto que separaba nuestros jardines. Ahí empezó todo: empezaron a jugar juntos, fue una amistad instantánea que luego nos abarcó a William y a mí.

La madre de Hedda había fallecido de cáncer de mama de joven, así que tanto William como yo estábamos criando a nuestros hijos solos. Como familias monoparentales en un país donde la familia tradicional es el centro de todo, a menudo sufríamos el mismo síndrome del impostor.

Cuando se llevaron a Vetle, William utilizó su nombre y sus contactos en el mundo de los medios de comunicación para ayudarme a que mi hijo no cayera en el olvido cuando se enfriaran las cosas. Sin embargo, incluso él, reputado periodista de

investigación con años de televisión en el currículo, pronto acabó aburriendo a sus colegas. Otros escándalos más atractivos le robaron el primer plano a la desaparición sin resolver de mi hijo.

Salvo unas cuantas excepciones menores, los periodistas dejaron de hurgar, de empujar y probablemente de interesarse.

Durante los años inmediatamente posteriores al secuestro de Vetle, me encontraba con frecuencia a Hedda en nuestro jardín, de pie junto a la sección pelada del seto, sin hojas de tanto atravesarlo ellos a lo largo de los años. Nunca me atreví a unirme a ella. Supongo que me daba miedo; miedo a abrazarla con excesiva fuerza o a llorar demasiado alto. Pero yo soñaba con abrazarla y engullir su dolor con el mío, las dos aferradas a la esperanza de volver a ver a Vetle.

De vez en cuando, William y yo nos encontrábamos de casualidad, casi siempre andando por el vecindario. Siempre nos prometíamos tomarnos ese café o esa copa pendiente desde hacía tanto, pero nunca llegábamos a hacerlo. Sin duda, William sabía lo difícil que me resultaba verlo con Hedda, oírla jugar en su jardín, sumergirse en su piscina. Solo el sonido de su voz ya me recordaba la ausencia de Vetle.

Ahora el jardín de William estará en silencio. Tan vacío y tranquilo como el mío.

Mientras el taxista me lleva por el tráfico de última hora de la tarde, empiezo a escribir un mensaje, a William y a Mia y Eivind, los padres de Eva. Tampoco he tenido mucho contacto con los Eek-Svendsen durante los últimos años. Mia me envía una tarjeta siempre por Navidad para desearme lo mejor para el año nuevo. Espero que no hayan cambiado de número.

No paro de reescribir y de corregir, en busca de las palabras adecuadas. Al final acepto que no existen. Díga lo que diga, no podré de ninguna manera aliviar la angustia y el tormento que están sintiendo. Mientras escribo, no puedo evitar recordar a las niñas durante la fiesta de cumpleaños de Vetle, Eva gritando de alegría y Hedda con su bañador de color azul celeste, las pestañas largas

blanqueadas por el sol y la punta de la nariz salpicada de gotas de agua.

Pulso el botón de enviar y dejo el teléfono a mi lado, trago saliva para intentar aplacar una náusea. Mientras nos acercamos a Bygdøy, la Royal Farm nos saluda a la izquierda, con sus establos propagando el hedor habitual. Hoy parece más penetrante, y empeora aún más mis bascas.

Jamás habría imaginado que me iría del número 100 de la calle Gullerásveien, la casa que Michael y yo compramos en 2011 en Vestre Aker, el noroeste de Oslo. Allí era donde íbamos a criar a nuestro hijo y envejecer, a un tiro de piedra de Nordmarka, el vasto bosque con todas sus pistas de esquí y sus senderos para bicicleta, los dos anhelando la paz y tranquilidad, la ausencia de asfalto.

Durante los meses inmediatamente posteriores al accidente mortal de Michael, apenas hice nada. Me encadené a su fantasma y solo vivía en mis recuerdos de nuestra vida en común. Tardé un tiempo en librarme de eso y encontrar el valor para echar raíces en otro sitio. Los recuerdos seguían allí, desde luego, erosionados y a la vez magnificados, como acaban todos, pero ya no impregnaban cada habitación y cada pensamiento. Poco a poco, Vetle y yo nos asentamos en Bygdøy, la preciosa península a un trayecto rápido en taxi del centro de Oslo. Nuestra nueva vida iba tomando forma.

Cuando giramos en mi calle, veo coches y furgonetas aparcados junto a la valla de madera que rodea la casa de William, todos con logotipos de canales de televisión en las puertas o capós. Le digo al taxista que pare en la esquina. Al apearme del taxi, una serie de cabezas se vuelven hacia mí con un movimiento tan uniforme que parece coreografiado. Las hordas de periodistas me observan, con los micrófonos en la mano, las cámaras colgadas al hombro, los ojos entornados, los cuerpos tensos, como perros de caza, escudriñándome para ver si soy una presa, una sospechosa.

Entro a toda prisa y le envío otro mensaje a William:

HAY UN MONTÓN DE PERIODISTAS FUERA. VEN A MI CASA SI NECESITAS REFUGIO O A ALGUIEN CON QUIEN HABLAR. PASA POR EL JARDÍN.

Empiezo a sudar al instante por el calor del pasillo. Me quito el abrigo y los zapatos, abro la funda del ordenador y saco el Mac.

Cruzo el pasillo que da a la cocina, donde aún persiste el olor al pan de masa madre que se ha quemado esta mañana en la tostadora. Dejo el ordenador en la encimera y me siento en uno de los taburetes.

Cuando mi padre viene de visita, siempre comemos en la mesa redonda de la cocina, pero nunca me siento ahí sola: la ausencia de mi hijo aún hace que resulte insoportable. Hay cosas a las que nunca te acostumbras.

El doble asesinato está en todas las noticias y redes sociales. En Instagram, las imágenes de cordones policiales, agentes y forenses son tendencia. También hay algunas de la residencia de verano y su jardín, de las decoraciones de Halloween y la innegable belleza del fiordo. El contraste es grotesco. Mí padre me dijo que solo era cuestión de tiempo que el caso acabara en la policía de Oslo, teniendo en cuenta que las víctimas residían en la capital. Eso me hace pensar en Ramona.

Aún la veo allí, en mi cocina, hace siete años, con el pelo rizado metido en el cuello de la chaqueta tejana y la vergüenza y la culpa marcada en todo el cuerpo mientras me explica que la policía no tiene la más mínima pista de dónde tienen los secuestradores a mi hijo ni de qué han hecho con él. Sus rastreos de la criptomoneda en la que convirtieron nuestra corona noruega quedaron en nada. Incluso cuando me aseguró que seguirían buscando, levantando cada piedra, me quedó claro que no tenían ni idea de cuál debía ser el siguiente paso.

Siguen igual.

Otra náusea me fuerza a buscar aire. Me levanto de la silla y saco una lata de Coca-Cola Zero de la nevera. Seguro que no haber comido nada durante horas no ayuda, pero sé que seré incapaz de engullir un solo bocado.

Cuando cierro la nevera, un ruido sordo contra la puerta del patio me da un susto. Me doy la vuelta y veo a William al otro lado de la

galería acristalada. Solo lleva unos vaqueros y una camiseta.

Corro a la puerta y la abro. Una ráfaga de aire frío lo sigue al interior. Cierro la puerta tras él. Se queda petrificado un momento, con el rostro demacrado y los brazos con piel de gallina.

Parpadea y, cuando cruzamos la mirada, entierra la cara en las manos y suelta el ruido de un animal herido, agitando los hombros. Doy un paso adelante y lo abrazo, el cuerpo me tiembla al ritmo de su llanto.

11

William la mira a los ojos y sujeta por el asa la taza tibia de café. Un silencio tenso y pesado satura la cocina.

—Esta mañana —dice con la voz ronca, sin quitarle ojo al café— reinaba el silencio habitual de sábado en la casa. —Le tiembla el labio inferior—. ¿Sabes? Como si estuviera durmiendo. La puerta de su dormitorio estaba cerrada. Esperaba oír sus pasos por el pasillo en algún momento, y luego sus brazos en mi cuello.

William levanta la vista hacia mí. Me muerdo el labio para no dejarme llevar por su dolor y su pena.

—La mochila del colegio sigue en el suelo, junto a la puerta de entrada —prosigue, parpadeando, y una lágrima se abre paso por la mejilla derecha. Enseguida se la limpia con el dedo índice—. Justo en medio del pasillo. Con sus zapatos. Iba a dejarlos ahí hasta que volviera mañana, estaba muy cansado de recoger detrás de ella.

Cierra los ojos.

—Los zapatos en la entrada —repite, y gira el café como si fuera una copa de vino.

En realidad, William no me está hablando a mí. Está en la primera etapa del duelo. La conmoción. Algunas personas la pasan en silencio, fue mi caso, otras hablan consigo mismas para intentar encontrar sentido y lógica al horror.

Las famosas etapas del duelo. Unos creen que son cinco, otros nueve, pero para mí son siete. Tras la conmoción y la negación llega

la rabia, luego la depresión, seguida de la resignación, la aceptación y por último la reconstrucción. La resignación y la reconstrucción se olvidan con frecuencia. Sí, sin reconstrucción no podemos avanzar, y no podemos pasar directamente de la rabia a la aceptación. La resignación es el puente entre esas dos etapas: la amargura y el pesimismo siguen ahí, y miramos al pasado, nos identificamos como víctimas, antes de aceptar nuestra nueva realidad: una vida sin la persona a la que hemos querido y perdido.

Yo aún no he llegado del todo a la aceptación.

De hecho, ni siquiera me acerco.

A veces creo ver a Vetle en la calle, o por lo menos a un niño que se parece a él, y luego reparo en que ahora sería siete años mayor. Todos los años creo una imagen informatizada de cómo sería, la envío a todas las plataformas que se me ocurren para alentar y animar a todo el mundo a seguir buscando.

A veces también hago búsquedas aleatorias en internet, sondeo periódicos de todo el mundo en busca de posibles bandas de secuestradores infantiles o personas relacionadas con ellas, con la esperanza de que tengan algún vínculo con Noruega, y con Vetle. Mi padre me ayuda todo lo que puede. De vez en cuando Ramona nos pone al día, pero nunca hay nada en firme.

William se aclara la voz, saca el móvil del bolsillo de los vaqueros y lo deja en la mesa. La pantalla está llena de notificaciones.

—No paro de mirar las últimas fotografías que tengo de ella —dice, lo desbloquea y marca el icono de Instagram. Sigue hasta llegar a la cuenta de su hija; abre su última publicación, del día antes. Deja el teléfono en la mesa para que ambos podamos verla. La espléndida sonrisa contagiosa de Hedda llena la pantalla. Se me retuerce el estómago. El vídeo está grabado en modo selfi en lo que parece el garaje de la casa de verano de Son.

—¿Qué pasa, zorras? Nos estamos preparando para la fiesta. ¡Mirad esto!

La cámara gira hacia el suelo, donde hay sacos y cajas llenas de decoración de Halloween.

Aparece Eva.

—¿Estáis preparados para pasar miedo hasta… morir? —dice, y saca la lengua.

Luego las dos imitan una risa demoníaca, antes de que Hedda añada:

—Mañana a las seis, chicos. ¡No lleguéis tarde!

William sale del vídeo y repasa otras imágenes de ella. Unos minutos después sale de Instagram y vuelve la imagen de la pantalla bloqueada en la que aparecen Hedda y él en un barco, mientras el sol se pone en el mar tras ellos.

Un silencio nuevo y prolongado se instala entre las paredes de la cocina.

William respira despacio por la nariz.

—No puedo… No sé si puedo volver ahí dentro. —Señala con la cabeza su propia casa—. No creo que pueda… ver todas sus cosas…

—Puedes quedarte aquí —dice—. Si quieres.

—No, no. No quiero molestar más de…

—William, no molestas. En absoluto. Puedes quedarte todo el tiempo que necesites.

Guarda silencio unos segundos, mirando la imagen de fondo de su teléfono.

—Gracias —susurra.

—¿Te apetece algo de comer? —le pregunto—. ¿O algo de beber que no sea un café?

—Gracias, pero… creo que necesito tumbarme un rato.

—De acuerdo, entonces ven. Te llevo al cuarto de invitados de arriba.

12

El teléfono de Samuel está lleno de mensajes a los que no ha contestado. Siguen entrando, sin parar.

Ha desactivado todas las notificaciones porque no soporta el ruido y las vibraciones en la palma de la mano cada vez que alguien hace un comentario sobre lo conmocionado que está, la mierda que es todo esto o el dolor que siente y lo mucho que llora.

Todo el mundo quiere saber cómo asesinaron a las chicas.

También quieren saber dónde está él, por qué está tan ausente en las redes sociales. Es como si su ausencia en internet, el no contestar, sea sospechoso. O tal vez esté sobreinterpretando.

Está tumbado en el sofá en la sala del televisor de arriba, con una manta gruesa envolviéndole las piernas. El televisor no está encendido, ni las luces. Solo quiere estar en silencio y a oscuras. Se oye un ruido al otro lado de la ventana del sótano: un coche se detiene en la entrada. Una puerta que se abre y se cierra. Luego pasos, luz y prisas. Por lo general sabe quién es por la velocidad, el ritmo y el peso de la persona, pero no tiene referentes para esa frecuencia en concreto.

Suena el timbre arriba.

Samuel afina el oído.

Solo oye una voz, la de su padre, pero, a juzgar por el movimiento ahí arriba, queda claro que alguien acaba de entrar en casa.

Pasos en el suelo: su madre. Samuel visualiza sus andares, cómo levanta los brazos un poco por delante de ella al caminar. Por algún motivo, siempre lo recalca cuando tienen invitados. Pecho fuera, espalda arqueada, la cabeza un poco levantada.

Abre la puerta del sótano. El peldaño superior cruje cuando le pone el peso encima. Al cabo de unos segundos está al pie de la escalera.

—¿Samuel?

No se molesta en contestar.

Al final, su madre se asoma al cuarto del televisor.

—Ahí estás —dice con ternura—. ¿Cómo…?

Para y da otro paso.

—Ha venido una mujer… de la policía —dice—. Le gustaría hablar contigo. Le he dicho que no te encontrabas bien…

Samuel suelta un bufido. No se encuentra bien…

—Pero insiste en hablar contigo. Dice que es importante. ¿Qué te parece? ¿Estás lo suficientemente bien como para hablar con ella? A mí me parece bastante amable.

«Sé fuerte», se dice.

—Ha dicho que era…

—Vale.

Samuel se levanta, tal vez demasiado rápido. Se agarra al reposabrazos para recuperar el equilibrio.

—Puedo preguntar…

—He dicho que vale —la interrumpe de nuevo Samuel—. Entiendo por qué ha venido.

Por fin alza la vista y topa con los ojos azul hielo de su madre, llenos de pena. Pasa dando zancadas por su lado y sube la escalera. Necesita la barandilla para aguantarse, apenas le queda fuerza en las piernas.

La policía se presenta como la comisaria Ramona Norum. Samuel le saca una cabeza. Rostro alargado, sin maquillaje, algunas pecas en los lados de la nariz, no son simétricas. El pelo corto, ve que una parte es canosa. Samuel no puede evitarlo: fotografía con la mente

a todas las personas a las que conoce y con las que habla y guarda la imagen para después. Sus amigos no entienden cómo puede recordar a todo el mundo, y todo.

—¿Nos sentamos en la cocina? —propone Norum.

—Claro.

Su madre pregunta si quieren café o té o agua.

—Yo no, pero gracias —responde Norum.

—Estoy bien —dice Samuel.

La policía se sienta en una de las sillas de la cocina.

—Como aún eres menor de edad, tienes derecho a que uno o ambos progenitores estén presentes durante nuestra charla.

—No, no pasa nada. No los necesito.

La madre de Samuel se pone tensa un segundo mientras estira el brazo para cerrar la puerta del armario de encima del lavavajillas. Endereza los hombros, levanta la barbilla y sale de la cocina a paso ligero, sin mirar a Norum ni a Samuel, y cierra la puerta con excesiva firmeza.

Norum lo mira con una sonrisa.

—Gracias por permitirme hablar contigo. —Deja una libreta sobre la mesa de la cocina y aprieta el botón del bolígrafo—. Entiendo que debe de ser muy difícil para ti.

A Samuel le gusta su voz. Es amable y suave. Sabe que canta bien, pero por algún motivo no cree que cante muy a menudo.

—Los inicios de una nueva investigación siempre son un poco caóticos —dice—. Hay muchas preguntas y muy pocas respuestas. Es imprescindible que nos pongamos manos a la obra lo antes posible.

—Entiendo.

—Intentaré ser breve —prosigue Norum—. Háblame de tu relación con Eva y Hedda.

Samuel se tapa la boca con las manos y tose.

—Eran mis mejores amigas —dice, y nota que se le seca la garganta—. Lo son desde tercero, cuando se mudaron a la ciudad. Yo tenía ocho años.

—¿Eres de la misma edad?

—Sí, estamos en el mismo curso.

Norum asiente y apunta algo rápido en la libreta.

—Estáis en el primer año de la secundaria superior, ¿es correcto?

—Sí. En el Handelsgym de Oslo.

Norum le sonríe con ternura.

—Vale, Samuel. Gracias.

Espera un momento antes de hacerle la siguiente pregunta.

—¿Se te ocurre alguien que pudiera tener un motivo para hacer daño a tus amigas?

Samuel sacude la cabeza muy deprisa.

—No entiendo nada de esto. Eva y Hedda son… eran simpáticas. Dulces. Populares, eran… Quién…, ¿quién iba a matarlas así?

—Y, que tú sepas, ¿no habían discutido con nadie?

Samuel se para como si estuviera a punto de contestar.

—No —responde al fin, y nota que se ruboriza.

—Te lo habrían contado si fuera el caso —afirma más que pregunta.

Samuel se remueve un poco en la silla.

—No estoy seguro.

—¿No te contaron nada de eso?

—No.

—¿No publicaron nada de eso en redes sociales?

—No que yo sepa, no.

Norum apunta algo más, pero Samuel no puede leer su letra.

—Según tengo entendido —continúa ella—, se iba a celebrar una fiesta de Halloween en Son esta noche.

—Sí.

—¿Solo para invitados especiales? ¿O era para cualquiera de vuestro círculo de amigos?

—Creo que la madre de Eva puso un límite a la cantidad de personas a las que podía invitar. Si no, habría venido medio Oslo.

Los labios de Norum dibujan una sonrisa genuina.

—De acuerdo. ¿Sabes los nombres de todos los que estaban

invitados?

—Probablemente, sí. No es que hubiera… en plan… una lista oficial o algo así, pero conozco a la mayoría de los amigos de Eva y Hedda. Creo que me hago una idea bastante acertada de quién se suponía que iba a ir.

—Te agradecería mucho que me dieras los nombres de esas personas, si puedes. Antes de irme.

—Por supuesto.

—Gracias, Samuel. ¿Alguien que sepas que podría haberse sentido excluido?

—Ah, probablemente medio colegio, imagino. Como decía, Eva no podía invitar a todo el mundo. Seguro que algunas personas se enfadarían.

—¿Alguien en concreto podría tener un motivo para estar especialmente ofendido?

Samuel piensa en la respuesta un momento.

—Mire, entiendo por qué lo pregunta, pero nadie mata porque no lo hayan invitado a una fiesta. Es… es una locura.

Norum asiente despacio.

—¿Qué hiciste anoche, Samuel?

La pregunta lo coge con la guardia baja.

—Salí con unos amigos —se apresura a decir, y se aclara la garganta—. Aquí, en la ciudad.

—¿Estuviste por ahí, o te quedaste en algún sitio?

—Estuvimos en el piso de mi amigo en Grünerløkka. Jugando al póquer.

—¿Cuánto tiempo te quedaste?

De nuevo, piensa cómo contestar.

—No mucho. Estaba cansado.

—¿A qué hora te fuiste?

Intenta recordar.

—Puede que a eso de las once, creo.

—Es pronto para un viernes por la noche. —Le dedica una sonrisa rápida.

—Como he dicho, estaba cansado.

—Entonces ¿luego te fuiste a casa?

Necesita carraspear de nuevo.

—Sí. Cogí una moto.

—Muy bien… Encontramos drogas en la casa de verano —prosigue Norum—. Según la madre de Eva, ninguna de las chicas tomaba drogas. —Lo dice como si fuera una pregunta—. Claro, una madre no tiene por qué saberlo, pero… ¿tú sí?

Samuel no responde enseguida. Necesita pensar.

—No creo que hubieran probado nada antes de anoche —dijo al fin.

—¿Sabías… sabías que iban a hacerlo?

—Sí.

—¿Cómo lo sabías, Samuel?

—Me lo contó Eva. En un mensaje.

—¿Qué dijo?

—Dijo que iban a probar un poco de éxtasis.

—Éxtasis… ¿Te refieres a MDMA?

—Sí. También me envió un mensaje después de que lo probaran. —¿Sabes cómo consiguieron las drogas?

Samuel espera un momento, y luego niega con la cabeza.

—¿Qué pasa? —pregunta Norum.

—Yo… —Agacha la mirada—. Por favor, no quiero meterlo en problemas.

—¿Quién, Samuel? ¿Quién les proporcionó la droga?

Suspira.

—Probablemente Jesper.

—Jesper —dice Norum, mientras apunta el nombre—. ¿Sabes su nombre completo?

—Mire, no sé si fue él, pero se lo conoce por ser el referente en ese tipo de cosas. Todo el mundo lo sabe.

—¿Cuál es el apellido de Jesper?

Samuel respira hondo y dice:

—Bach-Hansen. Se llama Jesper Bach-Hansen.

13

Hay sangre en su toalla.

—Mierda.

Jesper inspecciona primero las manchas, luego la mano, y ve que el corte de la palma de la mano se le ha vuelto a abrir.

—Mierda.

No se ha dado cuenta al salir de la ducha. Solo había visto las marcas rojizas que le habían dejado las cintas de plástico en las muñecas.

Arranca un buen trozo de papel higiénico y se envuelve la herida. Tendrá que bastar de momento.

Se seca el resto del cuerpo, espera que esté limpio, no se siente seguro de que el jabón y el agua hayan eliminado toda la sangre. «Vas a tener que lavar también la toalla», se dice, mirando la montaña de ropa que yace en el suelo, delante de la lavadora. «Tal vez tendrías que repasar toda la casa, por si hay manchas en algún sitio».

Jesper está a punto de meter toda su ropa en la lavadora cuando se le ocurre que tal vez sería mejor tirarla. No puede estar seguro de que se eliminen todas las manchas. Y no tiene ni idea de cómo funciona la maldita lavadora.

Está sudando, y la humedad que ha dejado la ducha en el baño no ayuda. Abre de un empujón la puerta que da al pasillo, y el aire fresco le procura un alivio inmediato y muy necesario.

Se pone ropa limpia y baja corriendo a buscar una bolsa grande y negra de debajo del fregadero. Al cabo de unos minutos, la ha cerrado bien fuerte con toda la ropa ensangrentada dentro.

También se ha vendado lo mejor que ha sabido, consciente de que no pasará mucho tiempo hasta que tenga que cambiar la venda. Con suerte sus padres, cuando vuelvan, no se darán cuenta. De todas formas, nunca se dan cuenta de nada.

Intenta calmarse, pero una sensación punzante en el pecho le dificulta la respiración. De regreso a su cuarto, coge el teléfono y observa todos los mensajes que han ido entrando durante la última media hora. Niklas quiere un poco más de eme. Harald necesita coca. De hecho, Jesper no está seguro de cuánta coca le queda. Y no tiene muchas ganas de quedar con nadie. Por lo menos, hoy no.

Vuelve a pensar en las chicas, con los ojos cerrados.

«Madre mía, joder».

Suena el timbre.

«Mierda».

Tú quédate quieto, piensa. No te muevas. Quienquiera que sea, tendrá que volver otro día.

El timbre vuelve a sonar.

Unos segundos de silencio. Luego, llaves en la puerta.

«Mierda», se dice.

Es Svetlana.

Jesper sale de un salto de la cama y baja corriendo la escalera; levanta las manos por delante cuando Svetlana entra en el recibidor.

Al principio ella no lo ve, los auriculares bloquean el ruido de los pies. Al verlo, da un salto. Se quita el auricular izquierdo.

—Hoy no hay limpieza —dice Jesper, un poco más alto de lo que pretendía.

—Pero… la señora dijo…

—Sí, probablemente lo dijo, pero no pasa nada, ya me he encargado yo.

Ella lo mira como si hubiera dicho algo raro.

—¿Y la comida? ¿Necesitas que…?

—No, no, pediré una *pizza* o algo así.

Svetlana lo escudriña con la mirada.

—Gracias, pero no hace falta. Ya me las arreglo —dice Jesper, ansioso por echarla.

Al final se encoge de hombros, da media vuelta y se va. Jesper cierra la puerta tras ella, apoya la espalda y cierra los ojos bien fuerte.

Había olvidado por completo que Svetlana venía hoy. Ni había pensado en ello.

«Vas a tener que ser más listo», se dice, sacudiendo la cabeza.

Bueno, ¿de qué más tiene que ocuparse?

El coche ya está. A esas alturas, los asientos deberían estar secos; tendría que comprobar si las manchas han ido. Pero seguramente estará bien. Una vecina lo ha visto antes, de pie con la cabeza metida en el Porsche. Tal vez la vieja ha pensado que era un poco raro, un poco impropio de él estar lavando el coche, pero al final de día lo habrá olvidado todo. Y, aunque no sea así, todo el mundo lava el coche de su padre de vez en cuando, ¿no?

¿Qué más?

Jesper vuelve a abrir los ojos.

No se le ocurre nada.

Exhala aire con fuerza.

«De momento, todo bien».

14

—Madre mía.

Henrik Meyer se inclina hacia delante, la cara casi le toca el parabrisas del coche patrulla.

—Imagínate vivir así.

Están a punto de parar frente a una mansión en Madserud Alié. De lejos, parecen tres casas una encima de otra. Ramona Norum distingue por lo menos dos balcones y un porche. Los cimientos de la casa están pintados de verde oscuro, la fachada de madera de blanco cegador y el techo de negro brillante, como si acabaran de reformarla. Delante de la casa, el jardín está tan cuidado que parece de plástico. Cuando Ramona se apea del coche, ve una versión reducida de su árbol favorito: un haya llorona violeta, con las hojas que aún se aferran a toda costa, pese a la promesa de invierno que pende en el aire.

—Me encantaría vivir así —dice Ramona—. Diecinueve habitaciones, o las que tengan. Me encanta.

—Pero tienes que pasar la aspiradora todos los días. También hay un montón de ventanas que limpiar.

—Si te puedes permitir algo así —dice Ramona, y señala la casa con la cabeza—, estoy segura de que también puedes permitirte una persona de la limpieza.

—Bien visto.

Bajan del coche y Ramona se encamina hacia la casa. Meyer se

queda rezagado, inspeccionando el Porsche junto al cual han aparcado.

—Vamos, Meyer, ya soñarás después con eso. Vamos.

—Mira esto.

Ramona retrocede con un profundo suspiro y se para delante del coche.

—¿Qué pasa?

Meyer da un paso atrás y señala la ventana del conductor. Ella le da el gusto de mirar dentro. Sobre el asiento de piel beis, Ramona ve una gran zona oscura, como una mancha, y otros rastros parecidos pero más pequeños esparcidos aquí y allá. Sin embargo, no hay nada semejante en el asiento del copiloto.

—¿No te parece sangre? —pregunta Meyer.

Ramona no está segura.

—Por lo menos parece mojado.

Da un paso atrás y mira a Meyer, y luego a la casa. Hay luces encendidas en el salón.

—Vamos a comprobarlo con el propietario.

Han pasado siete años desde la última vez que Ramona habló con los Bach-Hansen, con Jesper. Desde el secuestro de Vetle, se ha preguntado muchas veces qué fue de ese niño.

Llaman al timbre, pero nadie acude a abrirles. Ramona lo vuelve a intentar, con idéntico resultado.

Meyer saca el teléfono y marca el número de Jesper, y activa el altavoz para que Ramona también pueda oír. Suena un tono, dos… Ramona ha perdido la cuenta cuando por fin contesta.

—¿Hola? —dice una voz cansada.

—¿Jesper Bach-Hansen? Soy Henrik Meyer, de la policía de Oslo. ¿Estás en casa?

—Eh… —Meyer intercambia una mirada rápida con Ramona—. Sí.

—Bien. Estamos en la puerta. Tenemos que hablar contigo.

Ramona vuelve a pulsar el timbre. Se oye un fuerte timbrazo en el altavoz, pero Jesper sigue sin contestar.

—¿Vas a salir?

Más silencio.

—Dos minutos —dice al final.

Los dos minutos se han convertido en como mínimo cinco cuando por fin se abre la enorme puerta. Asoma un chico muy flaco. El rostro casi carece de color, salvo por el acné violeta oscuro que le arruina la piel. La sudadera que lleva le va por lo menos dos tallas grande. Los tejanos son tan anchos que apenas le van, el bajo le arrastra por el suelo. Lleva una gorra blanca del revés.

—Hola, Jesper —dice Ramona—. ¿Te acuerdas de mí? Soy la comisaria Ramona Norum.

No está segura de si asiente o no; se limita a mirarlos con apatía.

—¿Estás solo en casa? —pregunta Ramona.

Asiente.

—¿Dónde están tus padres?

Se encoge de hombros.

—¿No lo sabes?

—Puede que dijeran adonde iban antes de irse —responde, con aspereza—. Pero no me acuerdo.

—Necesitamos hablar contigo sobre lo que ha pasado en Son. Jesper, supongo que te has enterado.

Traga saliva una vez y dice:

—Sí.

—¿Sabes algo de eso?

—¿Yo?

Ramona espera a que conteste.

Niega con la cabeza.

—¿Por qué iba a saberlo? —se apresura a contestar, mientras se rasca el cuello.

—Eres de la misma edad que Eva y Hedda, ¿no? Creo recordar que pasabas mucho tiempo con ellas de niños.

—Sí —responde—. Es verdad. Pero de eso hace mucho tiempo.

—No tanto —replica Ramona.

Jesper no contesta.

—¿De quién es ese coche? —La pregunta es de Meyer. Está

señalando el Porsche verde.

—De mi padre.

—¿Alguien más a parte de tu padre conduce esa preciosidad?

—No creo.

—¿Qué hiciste anoche? —interviene Ramona.

Jesper se encoge de hombros de nuevo.

—No mucho.

—¿Qué significa eso?

—Significa que no mucho. Estaba aquí. Con la calma. —El tono adquiere un matiz agresivo.

—¿Estabas invitado a la fiesta de Halloween de Son esta noche?

Niega con la cabeza.

—¿Ya no formabas parte de su círculo de amigos?

—No.

—Y dices que anoche estuviste aquí.

—Eso he dicho.

—¿Toda la noche?

—Ajá.

—¿Y estuviste solo todo el tiempo?

—¡Sí! —exclama, de pronto exasperado—. ¿Por qué habéis venido a preguntarme todo eso? No sé nada de los asesinatos. No estuve ahí.

Le ha aparecido una mancha de color en el cuello.

—El motivo por el que estamos aquí —aclara Ramona, con la mirada fija en él— es que hemos encontrado el teléfono de Hedda Bülow en el escenario del crimen. Según su registro de llamadas, marcó tu número tres veces ayer por la tarde, la primera llamada fue a las 17:57. No contestaste. Luego te volvió a llamar, solo un minuto después.

Se acerca y pone un pie en el peldaño inferior.

—¿Por qué te llamó, Jesper?

Parpadea unas cuantas veces.

—Por nada en particular.

—Hablasteis durante tres minutos y treinta y seis segundos. Es

bastante para no hablar de nada en particular.

Jesper se muerde el labio inferior. No mira a los ojos que lo interrogan.

—Jesper —dice Ramona—. El registro de llamadas del teléfono de Hedda se remonta a hace seis semanas. Durante ese tiempo, no te llamó una sola vez, pero ayer por la tarde te llamó tres veces. ¿Qué quería? ¿De qué hablasteis?

Jesper chasquea los labios, pero no dice nada. Agarra el pomo de la puerta con más fuerza.

—La tercera conversación entre vosotros dos tuvo lugar a las 19:32. Esa llamada solo duró veinticuatro segundos. ¿Te llamaba para ver si estabas de camino, quizá?

Jesper levanta la mirada con brusquedad, como si estuviera a punto de decir algo, pero se detiene.

—Jesper, sabemos que había drogas en esa casa anoche y que las chicas las consiguieron ayer.

El chico vuelve a bajar los ojos. Sigue con la boca cerrada.

—Ahora mismo las drogas no nos importan, nos preocupa más qué les pasó a las chicas. ¿Nos puedes contar algo de eso?

A Jesper ha empezado a temblarle el labio inferior.

—Estuviste ahí anoche, ¿verdad, Jesper? Estuviste allí con Eva y Hedda.

Se le están empezando a llenar los ojos de lágrimas.

—¿Ahí te hiciste esa herida?

Señala la venda en la mano. Jesper se la tapa con la otra.

—¿Te cortaste con el cuchillo que usaste para matarlas?

La pregunta de Meyer hace que Jesper Bach-Hansen suelte un grito ahogado y se tape la cara con las manos.

Luego rompe a llorar.

15

Son casi las tres de la madrugada.

Estoy sentada frente al ordenador. Fuera, un viento persistente intenta abrirse paso por la fuerza y se aferra a mis ventanas.

Estoy contestando unos cuantos mensajes de correo electrónico de mis alumnos de California. Es lo único que he encontrado para hacer a estas horas de la madrugada: definitivamente, no puedo dormir.

De hecho, rara vez lo consigo.

Después de la desaparición de Vetle probé unos cuantos medicamentos con receta para que me ayudaran a descansar, si no a dormir. Todos me convertían en una zombi. Me despertaba aún más agotada que antes de cerrar los ojos y, con las incipientes náuseas, era casi imposible sentarse erguida. La confusión mental era la misma que cuando estaba embarazada.

En ese momento, mi médico me sugirió que probara también con los antidepresivos, pero siempre he apostado más por el poder de la palabra hablada. Caroline Mikkelsen, la psicóloga que escogí al final y a la que acudí con regularidad, hizo mucho más por mí que toda la medicación del mundo, sin los insidiosos efectos secundarios, a veces del todo devastadores. Aun así, me sigue costando dormir.

Un ruido en la habitación contigua me asusta.

Oigo unos pasos en el pasillo. El chirrido de un pomo.

William.

Le oigo abrir la puerta del cuarto de invitados, caminar con cuidado por el pasillo y bajar la escalera, tal vez pensando que estoy dormida. Espero unos minutos antes de bajar yo también. Me lo encuentro en el salón, sentado a oscuras, con la mirada fija al frente.

—Ahí estás.

No levanta la vista. No contesta.

Me siento a su lado, los pies se tocan un instante. Los suyos están fríos. La respiración es lenta. Tiene el móvil agarrado, la pantalla se ilumina de vez en cuando. Son alertas y mensajes, sin duda, incluso en plena noche. Declaraciones de apoyo y horror, supongo, gente que le tiende la mano desde todo el mundo: William tiene amigos y conocidos por todas partes.

—Tengo un cargador extra por algún sitio, si lo necesitas.

Gira la cabeza hacia mí, como si no hubiera advertido mi presencia hasta entonces.

—Gracias.

Tras unos momentos de silencio, dice:

—No hace falta que te quedes aquí sentada conmigo.

—Lo sé. Pero lo voy a hacer de todas formas. A menos que necesites estar solo.

—No, no. —Me sonríe un momento, y recupera la mirada vacía.

Pienso en algo que me dijo hace unos años un alumno mío, un chico de Trivandrum, en la India. Si perdemos a nuestros padres, quedamos huérfanos. Si mueren nuestros cónyuges, somos viudos, pero la mayoría de idiomas, como el inglés o el noruego, no tienen una palabra que describa lo que somos William y yo: padres que han perdido a sus hijos. El sánscrito sí: *vilomah*, que significa «contra el orden de la naturaleza». Es cierto, no hay nada que vaya más en contra del orden de la naturaleza que perder a un hijo.

William está contestando un mensaje.

—Eivind tampoco puede dormir —dice mientras teclea—. Por lo visto, Mia lleva todo el día y la noche en la habitación de Eva, con la cara enterrada en sus sábanas.

Un aroma que, con el tiempo, y pese a todos nuestros esfuerzos, desaparecerá del todo. Lo sé. Queramos o no, acabaremos olvidando la dulce fragancia de nuestros hijos. Olvidaremos también la melodía de su risa. Incluso sus voces.

—Eivind pregunta si me apetece pasar a verlo por la mañana. Aunque probablemente es Mia quien lo pregunta. —Suelta una breve carcajada—. Para pasar el duelo juntos o algo así —continúa—. No lo sé.

—Podría ser buena idea —le digo—. Puedo llevarte si quieres. No quiero que conduzcas.

Parece pensárselo durante unos segundos. Luego asiente.

Preparo una cafetera. Nos sentamos a dar sorbos a las tazas, y la noche da paso al día. Durante algunos ratitos en que William ha conseguido no pensar ni sentir demasiado, veo que le pesan los párpados, pero luego vuelve enseguida a la realidad que ahora es la suya. El horror y la pena se apoderan de nuevo de él.

Son cerca de las nueve cuando nos dirigimos a casa de Mia y Eivind en mi coche. La familia Eek-Svendsen vive tan cerca que se podría ir a pie, pero queremos salir de mi casa sin que nos vean los periodistas que han pasado la noche en la puerta de casa de William. Parece que todos los medios de comunicación de Escandinavia están cubriendo la noticia. Cuando salimos, hay cuatro furgonetas de televisión y media docena de periodistas esperando fuera en el frío, pero apenas se fijan en mi coche. Están concentrados en detectar alguna señal de vida en casa de William.

Una bruma matutina pende sobre Bygdøy, una parte parece atrapada en las copas de los árboles peladas. Pese a que el aire es fresco, tanto William como yo bajamos la ventanilla unos centímetros. Suelo hacerlo cuando necesito ahuyentar el letargo matutino que, tras una noche más en vela, puedo arrastrar durante horas. En el caso de William, no estoy segura de que funcione.

Cuando aparco delante de casa de los Eek-Svendsen unos minutos después, me asalta de nuevo otro recuerdo, me pongo rígida y me estremezco. Me veo recogiendo a mi hijo, como hacía

tantas veces, después de pasar una tarde o un domingo con Eva, Hedda y Jesper. Vetle acercándose a mí a paso ligero, ansioso por presentar una protesta formal porque había llegado demasiado pronto. ¿No se podía quedar un poco más?

Eivind se materializa en la entrada. Cruzamos la mirada un instante. Se da la vuelta y vuelve dentro.

Lo último que quiero es entrometerme. Al mismo tiempo, ya que estoy aquí, sería raro no ofrecer mis condolencias en persona. Me desabrocho el cinturón de seguridad. A mi lado, William ya va de camino al coche.

Lo sigo de cerca, con la mirada clavada en las suelas de sus zapatillas, que están de color marrón oscuro del barro que ha pisado la víspera al cruzar mi jardín. Enfrente, Mia abre la puerta de un empujón. Con pasos inseguros, agarrada a la barandilla, baja los peldaños. Lleva un chal sobre el torso, y el pelo rubio claro recogido en un moño desaliñado en la nuca.

Mia recibe a William con un abrazo largo y cálido. Se le ven rastros de rímel inundado por las lágrimas bajo los ojos. Los cierra, y acto seguido se le humedecen las mejillas con lágrimas nuevas.

Cuando vuelve a abrir los ojos, me está mirando.

—Mia. —Doy un paso adelante—. Lo siento mucho.

Sin decir palabra, me estrecha también entre sus brazos. Yo también la abrazo con fuerza, escuchando cómo le falla la respiración, notando el temblor. Pasados unos segundos, estoy llorando. Es imposible contener las lágrimas. Por encima del hombro de Mia, veo que Eivind y William se dan un abrazo junto a los peldaños, los dos hombres altos hechos también un mar de lágrimas.

—Gracias —me susurra Mia.

Nos miramos unos segundos; a ambas nos faltan las palabras.

—Por favor —dice al fin—. Pasad.

Sacudo la cabeza y digo:

—Solo quería daros el pésame y deciros que estoy aquí si necesitáis algo.

—Por favor… —El tono de Mia tiene un matiz de impotencia y desesperación—. Creo que eres la única persona que conozco que puede entender cómo me siento.

Se tapa la boca con ambas manos, las palmas amortiguan el sonido de su llanto. Las lágrimas le vuelven a rodar por las mejillas, las manchas negras del rímel se abren paso despacio hacia el borde de los labios.

—Por supuesto.

—Gracias —dice Mia, y saca un pañuelo de la manga del jersey. Se limpia la cara y la nariz y lo vuelve a guardar.

Eivind y yo nos damos un abrazo breve. Susurro un «Siento mucho tu pérdida» seco. Él asiente rápido, con los ojos clavados en el suelo cuando se aparta para dejarnos pasar al resto.

—Hola. —En el pasillo hay un chico vestido con unos pantalones de pijama raídos y una camiseta negra desteñida. Lleva el pelo sin peinar, pero parece intencionado. Tardo un segundo en caer en la cuenta de que es Erik, el hijo de Mia y Eivind. Hace años que no lo veo.

William le da un abrazo. No me parece natural hacer lo mismo, pero estiro el brazo y le toco el hombro mientras estudio su rostro, con la idea que me viene a la mente siempre que estoy en presencia de chicos jóvenes: ¿cómo sería Vetle a esta edad? Erik debe de tener veintipocos años.

—Estaré en mi habitación —les dice Erik a sus padres—. Gritad si hay algo —añade, y sube la escalera arrastrando los pies.

—¿Os apetece un café o algo? —pregunta Mia cuando nos seguimos adentrando en la casa—. ¿Un desayuno?

—No, gracias —contestamos William y yo al unísono. Mia escoge el sillón de la derecha. Eivind se queda junto a la chimenea, con las manos en los bolsillos de los pantalones, apoyado en la pared, incapaz de encontrar una postura cómoda. Según mi interpretación, veo que su pena es lo opuesto a la de Mia. No nos quiere aquí. Ansia paz y tranquilidad. Pero Mia, incluso en privado, en casa, necesita gente alrededor. Lo más probable es que a Michael y a mí nos

hubiera ocurrido lo mismo. Él se habría perdido en el abismo de la tristeza, y yo habría necesitado actuar.

Un silencio doloroso se impone en la estancia.

—Estoy recibiendo muchos mensajes —dice Mia por fin—. Todo el mundo me dice lo maravillosa que era Eva y lo horrible que es todo esto. No saben qué hacer, dicen.

Eivind cambia el peso de un pie al otro.

—Nosotros tampoco —masculla, mirando al suelo.

William se pasa una mano por la cara.

—Tal vez la gente de la comunidad quiere hacer algo —dice—. Una ceremonia de recuerdo o… No lo sé. Estoy seguro de que la iglesia abrirá sus puertas a todo el que lo necesite.

Mia niega con la cabeza.

—No creo que sea capaz. De salir y… ver a gente. Desconocidos. Todavía no. Apenas me tengo en pie, no puedo…

Suspira profundamente, y después se desplaza hacia el borde del sillón.

—Lo sé —dice William—. Solo digo que puede que ocurra, hagamos lo que hagamos. Porque esto es algo que afecta a toda la comunidad. Mucha gente conocía a nuestras hijas. No haría falta que estuviéramos presentes, por supuesto.

Mia parece aceptarlo.

El silencio incómodo inunda de nuevo el salón.

—¿Sabéis? —exclama de pronto Mia, y se aclara la garganta—. Estaba nerviosa. Siempre lo estaba antes de sus fiestas. Ya sabéis, por la cantidad de alcohol y… a saber qué más.

William cierra los ojos.

—Aun así, accedí. A que las chicas organizaran esa fiesta —prosigue Mia, con los ojos pegados al suelo, como si hablara consigo misma—. Porque creo en darles responsabilidades y en demostrar que confío en ellas. Y pensé que, si algo iba mal, no soy idiota, sabía que iban a beber, por lo menos estarían en una casa conocida. A salvo.

Suelta un profundo suspiro y reprime otro llanto.

—Incluso ahora, que sé lo que ha pasado, estoy convencida deque fue la decisión correcta. Solo es que… Desearía con toda mi alma haber tomado otra.

Mia ya no puede contener las lágrimas.

—Dime —dice en un tono estridente—. Por favor, Kari, dime que este dolor, esta pesadilla, desaparecerá algún día. —Me lanza una mirada suplicante.

—Sí —digo, contenta de que no pueda ver que es una mentira piadosa—. Irá a mejor.

Porque, en cierto modo, así será.

En un momento dado, el día a día se vuelve un poco más soportable. Pero lo cierto es que solo es un matiz más claro dentro de la oscuridad.

Mi dolor es muy distinto del suyo, desde luego. Siete años después, sigo albergando una mínima esperanza de que mi hijo siga vivo y bien, en algún sitio. A la espera de volver conmigo. Ese atisbo de luz, por pequeño que sea, es lo que me empuja a seguir adelante. Consigue que me levante por la mañana, ansiosa por empezar, impulsada por la posibilidad de que podría ser el día en que encuentro a Vetle. William, Mia y Eivind tendrán que vivir sabiendo que sus hijas murieron sufriendo, aterrorizadas. Para ellos, no hay manera de eludir el hecho de que no lograron protegerlas. Jamás podrán perdonárselo de verdad.

Me vibra el teléfono en el bolsillo. Lo saco con discreción.

Es Ramona.

—Lo siento —le digo a la sala, y señalo el teléfono—. Tengo que cogerlo.

Salgo al pasillo, huyendo del espeso silencio que se ha vuelto a imponer.

—Hemos detenido a Jesper Bach-Hansen —dice Ramona cuando contesto.

—¿Qué?

—Por los asesinatos en Son —continúa.

Me sienta como un puñetazo en el estómago. Necesito sentarme

en la escalera que da a la primera planta. De fondo oigo a gente hablar, un teléfono que suena. Ramona está en comisaría.

—Estuvo ahí esa noche. Las pruebas en su contra son aplastantes.

Jesper…

Me recompongo para afrontar lo que Ramona va a pedirme.

—Vamos a hacerle un interrogatorio formal aquí, en comisaría, dentro de una hora. ¿Puedo pedirte que vengas a observar?

16

El techo es bajo, y crea un espacio muy justo para el gusto de Jesper. Se muere por salir de esa caja cerrada, aunque lo único que haya fuera del ascensor sea la sexta planta de la comisaría de Oslo.

Está junto a su abogado, un hombre de pelo blanco y corto y la cara llena de manchas de la edad. Tiene la nariz chata, como si alguien hubiera hecho un esfuerzo por empujarla hacia el cráneo. Cada vez que espira, unos pelos largos y negros vibran en sus fosas nasales. A Jesper le pone enfermo.

Además, el abogado huele. No mal, sino que desprende ese aroma de loción para el afeitado de viejo mezclada con un tufillo a tabaco rancio que ha pasado a formar parte de su traje gris oscuro, por lo demás inmaculado. Hay un agente de policía uniformado junto al abogado; mira a Jesper con la concentración imperturbable de un verdugo.

Nada más poner un pie fuera del ascensor, más gente se para a mirar. El abogado de Jesper, Arne Jan Dahl, le da la mano a uno de los detectives. Jesper anula sus voces manteniendo la mirada fija en el suelo mientras los conducen a una de las salas de interrogatorio. Otra caja hermética sin ventanas y paredes color ceniza, solo una fracción más grande que la celda donde ha pasado la noche. Jesper toma asiento en la silla del rincón.

—La inspectora de policía Ramona Norum estará enseguida con vosotros.

Arne Jan Dahl le da las gracias a la agente de policía, que lanza a Jesper una mirada severa al cerrar la puerta. El abogado ocupa la silla de al lado de Jesper. Sobre la mesa que tienen enfrente hay una garrafa de agua y dos vasos apilados uno encima de otro. Dahl los coge, le cuesta un rato separarlos y, cuando por fin lo consigue, sirve agua en los dos y se sale un poco del de Jesper. Unas cuantas gotas se derraman por el borde y acaban en la mesa.

—Deberías beber un poco —dice Dahl, y se lleva su vaso a los labios como para dar buen ejemplo.

Jesper suelta un bufido.

¿Qué sentido tiene?

¿Qué sentido tiene nada ahora?

Apoya los brazos en la mesa y reposa la cabeza encima.

—¿Estás nervioso?

Jesper no dice nada. No sabe lo que siente. Es como si habitara el cuerpo de otra persona.

—¿Has podido dormir algo esta noche?

Jesper niega con la cabeza.

—Si quieres —dice el abogado—, puedo intentar conseguir algo para que sea más fácil. Dormir, me refiero.

«Sí, por favor», piensa Jesper, «dame diez de Rohypnol y luego puede que todo esto desaparezca».

—¿Puedo conseguirte algo más? —pregunta Dahl—. ¿Necesitas algo?

Jesper echa de menos su móvil. Solo poder volver a tenerlo y chatear con Niklas o Harald, o ver vídeos cortos, tontos y escogidos al azar. No tiene ni idea de cuándo podrá hacerlo de nuevo. Tal vez nunca.

—¿Qué… dicen… mis padres? —Jesper apenas oye su propia voz.

Arne Jan Dahl saca un montón de papeles del maletín. Por algún motivo, el olor a cuero viejo le recuerda a Jesper tensas reuniones familiares. Sin embargo, en ese momento daría cualquier cosa por estar en una de esas en lugar de ahí, en esa sala.

—No dicen mucho —contesta Arne Jan Dahl.

«Mentiroso», piensa Jesper para sus adentros. Seguro que están maldiciendo el día en que nació.

—¿Están en casa ya?

—Su vuelo sale esta tarde.

Jesper ni siquiera sabe dónde han estado. Probablemente es otro de sus «viajes para desconectar». Como si necesitaran más tiempo para ellos.

—¿Quieres que les diga algo?

Jesper vuelve a bufar.

—A lo mejor te sentaría bien poner en palabras lo ocurrido —añade el abogado—. Aligerar un poco la carga, tal vez.

«Aligerar un poco la carga».

Jesper niega con la cabeza. ¿Qué mierda quiere decir?

Vas a hundirte por esto, se dice. Ni siquiera tu abogado piensa que pueda ser otra persona.

¿Cómo diantres vas a salir de esta?

17

Aparto unos cuantos mechones de pelo y me ajusto los auriculares en las orejas.

Estoy en la sexta planta de la comisaría, en el departamento de investigación criminal. Estoy sentada en una sala sin ventanas, poco más grande que un armario de la limpieza, equipada solo con un escritorio, dos sillas de oficina y tres monitores, y en todos aparecen las imágenes en directo de Jesper Bach-Hansen. Está esperando con su abogado en una sala de interrogatorio unas puertas más allá en el pasillo.

Es raro ver de nuevo a Jesper, sobre todo en semejante escenario: el niño que estaba todo el tiempo en nuestra casa. Han pasado años, pero la cara se parece mucho a la del Jesper de nueve años que yo conocía.

Aparte de los primeros días tras la desaparición de Vetle, no lo he visto ni he hablado con él o sus padres. Me enteré de que se mudaron de Bygdøy en algún momento, pero no sé adonde fueron. No tengo ni idea de qué ha sido de la vida de Jesper desde esos horribles días de junio de hace siete años.

Como siempre que veo a alguien sentado, a la espera de que lo interroguen, pienso en las salas de interrogatorios estadounidenses y sus espejos unidireccionales que recuerdan a los sospechosos que los observan tanto en la sala en sí como desde fuera. Pero ahí no hay nada de eso, y las cámaras que obtienen las imágenes en

directo están colocadas en sitios discretos. Aun así, es un lugar horrible donde estar, sobre todo si solo tienes dieciséis años.

Dejo escapar un profundo suspiro y dirijo las cámaras para que graben a Jesper desde tres ángulos distintos. Con la del medio le enfoco la cara, el pecho y los brazos. Para la de la derecha escojo un ángulo amplio de la sala entera. Cuando Ramona prenda la grabadora, también tendré sonido.

Arne Jan Dahl, el abogado de Jesper, deja dos vasos de agua en la mesa. Con una destreza inusual, se desabrocha la chaqueta del traje antes de sentarse al lado de su cliente. Jesper no parece notar que su abogado le habla; tiene la mirada fija en la pared de enfrente.

La puerta se abre detrás de mí.

Cuando me doy la vuelta, veo un rostro afilado, suavizado por unas arrugas de expresión que afloran poco a poco alrededor de los ojos y coronado por un pelo tan rubio que es casi blanco.

—Hola, Kari —dice Unni Flem—. Gracias por venir pese a haberte avisado con tan poca antelación.

Han pasado dos años desde que Unni sustituyó a mi padre cuando este se jubiló de jefe de policía. Aun así, nuestros caminos rara vez se cruzan, porque suelo trabajar directamente con Ramona.

—Es un placer, Unni. —Le dedico una sonrisa rápida y vuelvo a mis pantallas.

Unni se sienta en la silla que tengo al lado.

—Es probable que pasemos toda la noche aquí —prosigue ella, y se agencia unos auriculares—. Me revuelve las tripas cuando los monstruos que atrapamos son niños. Pero a este… —señala los monitores—, a este lo van a juzgar como a un adulto. Y no tengo nada que objetar.

En el momento justo, Jesper se encoge en su silla, como si hubiera oído las palabras de Unni.

En el monitor de la derecha, veo que Ramona entra en la sala, con su colega Henrik Meyer siguiéndola unos pasos por detrás. Lleva en la mano el expediente del caso y gesticula al hablar. No oigo lo

que dice aún, pero el abogado de Jesper asiente para mostrar su acuerdo. La mirada de Jesper cae al suelo, la cabeza se hunde hasta los hombros, como una tortuga que busca refugio en su caparazón.

Los detectives se sientan enfrente de Jesper y su abogado.

Ramona deja el expediente entre ellos e inicia la grabación de sonido e imagen.

—Domingo, 29 de octubre, 2023 —anuncia en un tono mecánico, y echa un vistazo al reloj de muñeca.

Jesper se agarra a los reposabrazos con ambas manos, los nudillos palidecen.

—Son las once y trece de la mañana. Primer interrogatorio grabado de Jesper Bach-Hansen en presencia de su abogado, Arne Jan Dahl, agente Henrik Meyer y yo misma, la comisaria Ramona Norum.

Se vuelve hacia Jesper y pone las manos encima de la carpeta. Jesper la mira, con la mandíbula apretada. Se lame los labios.

—¿Puedes empezar por decirnos tu nombre completo?

—Eh… Jesper Bach-Hansen. Jesper Tor Bach-Hansen.

Meyer arruga la nariz.

—¿Cuántos años tienes, Jesper? —continúa Ramona.

—Dieciséis. Pronto diecisiete.

—¿Dónde vives?

—Madserud Alié 28, en Oslo.

—¿Vives con tus padres?

Jesper se toca rápido un párpado.

—Sí —contesta por fin.

—¿Y cómo se llaman tus padres?

—Tor y Anita Bach-Hansen.

—¿A qué colegio vas?

—Eh…, al Hartvig-Nissen.

Ramona asiente y se inclina un poco hacia delante. La expresión es relajada, sincera, cordial. Veo que está jugando la carta de la «madre».

—De acuerdo —dice Ramona—. Gracias, Jesper. —Termina la

frase con una sonrisa triste y fugaz—. Bueno, cuando nos vimos ayer, pusimos fin a nuestras preguntas en el momento en que admitiste que habías estado en Son el viernes por la noche, la noche en que Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow fueron asesinadas. Vamos a retomarlo donde lo dejamos. Explícanos cómo acabaste en Son y por qué hemos encontrado sangre de las víctimas tanto en tu ropa como en el coche de tu padre.

Jesper alza la vista con brusquedad. De nuevo, traga saliva varias veces y mira a su abogado, que, con un leve gesto de la cabeza, lo anima a responder.

A Jesper empiezan a temblarle los labios.

—No…, no fui yo —gimoteó—. Yo no lo hice. No las maté.

—Empecemos por el principio —dice Ramona—. Recibiste dos llamadas de Hedda Bülow a las 17:57 y las 17:58 de la tarde del viernes. La segunda llamada duró tres minutos y treinta y seis segundos.

Jesper asiente despacio.

—Yo… Hed… Hedda quería… quería saber si iba a pasar a verlas con… con alguna sustancia.

—Sustancia… ¿Te refieres a drogas?

Jesper lanza una mirada rápida a su abogado, que asiente de nuevo.

—Sí.

—¿Por qué te llamó a ti?

—Porque… probablemente sabía que podía ayudarlas con… eso.

—Ya. ¿Y no tuviste reparos en ir hasta Son un viernes por la noche? Para vender droga.

Sacude la cabeza.

—En realidad, no.

—¿Cómo fuiste hasta allí?

Jesper baja la mirada.

—Yo… cogí el coche. —Su voz es poco más que un susurro.

—El coche… Te refieres al Porsche de tu padre.

—Sí.

—Acabas de decir que tienes dieciséis años.

—Sí…

—Entonces, aunque no tienes edad suficiente para tener permiso de conducir, ¿cogiste el coche?

El chico se aclara la garganta.

—Sí.

—¿Sabes conducir?

—Sí, he practicado un poco con el padre de un amigo.

—¿De verdad?

—Sí. Ha sido así de majo.

Ramona espera unos segundos antes de seguir.

—Entonces, te llevaste algo de droga del alijo que tienes en casa, y luego cogiste el Porsche de tu padre y te fuiste a Son.

—Sí.

—¿Por qué no fuiste en autobús o en tren?

Jesper se encoge de hombros.

—No utilizo el transporte público.

—¿No… utilizas el transporte público?

—No, odio ir en autobús. Ni siquiera sé si existe un autobús o un tren que llegue hasta ahí. Pensé que molaría…, ya sabe…, llegar en coche.

—Ya, ayúdame con eso, Jesper, porque me cuesta un poco entenderlo. ¿Por qué decidiste infringir la ley de esa manera y poner en riesgo la vida de otras personas, por no hablar de la tuya, para hacerles un favor a las chicas?

Jesper hunde de nuevo la cabeza hacia los hombros. Las mejillas se han teñido de un tono rojo fuego.

—Porque… porque quería… —Se encoge de hombros—. Porque quería… estar de fiesta con ellas, supongo. ¡Eran Eva y Hedda!

Ramona enarca las cejas.

—Os conocéis desde niños, ¿verdad?

—Sí. Fuimos amigos del alma una temporada.

Siento un dolor punzante en el pecho.

—¿Y ya no erais amigos del alma?

—No. Supongo que nos distanciamos. Pero…

Ramona espera unos segundos, pero Jesper no acaba la frase.

—Pero Hedda te llamó a ti, Jesper —dice.

—Creo que mi cliente ya ha contestado a esa pregunta, comisaria —interviene Arne Jan Dahl.

—¿Qué pasó cuando llegaste? —prosigue Ramona.

—Les… les enseñé cómo tomar… la sustancia.

—Te refieres a la droga.

—Sí.

—¿No tenían experiencia con eso?

—No.

—Ya. ¿Qué ocurrió a continuación?

—Luego… nos pusimos a beber un poco y tal.

—Nos pusimos… ¿Te refieres a los tres?

—Sí.

—¿No había nadie más con vosotros?

—No.

—¿Alguien más llegó después?

Jesper niega con la cabeza.

Ramona se detiene un momento.

—¿Sabes si habían invitado a alguien más?

—No.

—¿No, no habían invitado a nadie, o no, no lo sabes?

—No lo sé.

Ramona aprieta los labios.

—Entonces, bebisteis algo de alcohol, y os colocasteis con droga. ¿Qué más hicisteis?

—Eh… Estuvimos escuchando música. Charlando.

—¿Y ya está?

Advierto que a Jesper se le inflan las fosas nasales. Cierra los ojos, las arrugas de la frente se acentúan. Se aparta un poco de la mesa, se rodea el torso con los brazos, como si abrazara a un fantasma.

—¿Quieres que repita la pregunta?

—Nada —dice—. No hicimos nada más que… eso.

Ramona abre el expediente y lo observa un momento.

—¿Cuándo fue la última vez que las viste vivas?

—No lo sé. En algún momento me quedé dormido.

—¿Cuándo fue eso?

—No me acuerdo.

—¿Puedes darme una estimación?

—Le estoy diciendo que no lo sé.

Ramona se inclina un poco más y clava la mirada en él. Jesper sigue mirando el borde de la mesa, y la toquetea con un dedo.

—¿Entonces te acostaste?

—Sí. Eh…, no, no me acosté, exactamente. Me quedé dormido en… en el suelo del baño.

—¿Cómo acabaste ahí?

—Me encontraba mal, así que… fui al baño a vomitar.

Aparecen unas arrugas en torno a los ojos de Jesper. Deja de rascar la mesa.

—¿Qué pasó después?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No.

—¿No sabes qué hicieron las chicas después de que entraras en el baño?

—No.

—¿No viste nada, Jesper? ¿No oíste nada? ¿No oíste si entró alguien más?

Jesper traga saliva varias veces, como si tuviera algo atragantado.

Tiene una frase en la punta de la lengua. Toma aire rápido y continúa.

—No recuerdo nada después de eso… hasta que desperté la mañana siguiente.

—¿Qué pasó cuando despertaste?

—Entré en el salón y… entonces fue cuando… las encontré. Ahí

sentadas como… como estaban.

—¿Quieres decir atadas a las sillas de la cocina y degolladas?

Jesper coloca las palmas de la mano en la mesa un momento, pero las retira al instante, como si la mesa estuviera ardiendo. —Sí.

Al lado de Ramona, Henrik Meyer tose y carraspea. Jesper se limpia las palmas en los muslos y se mira las manos, se las retuerce, el crujido de los huesos llega hasta mis auriculares.

—¿Qué hiciste después de eso?

—Al principio… yo… no entendía qué estaba pasando. Pensé que me estaban gastando una broma o algo así.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

—Era Halloween…, pero… entonces me di cuenta de que estaban muertas. De verdad. Y… me dio un ataque de pánico.

—¿Qué ocurrió? ¿Qué hiciste?

—No… no me acuerdo muy bien.

—No llamaste a la policía.

Jesper no contesta.

—¿Por qué no llamaste a la policía, Jesper?

Parece estar pensando qué decir. Sus labios apretados forman una fina línea.

—No sabía qué hacer. Tenía… miedo, supongo. Me daba miedo que pensarais que lo había hecho yo. Tenía sangre por todas partes, yo…

—¿Por qué tenías sangre por todas partes, Jesper?

—Porque…

Se le tuercen los labios, parecen una u invertida. Se hunde todavía más en la silla. Se pone una mano en cada mejilla y se las masajea con movimientos circulares.

—No lo sé. Debí de caerme al suelo o algo. Me resbalé con tanta sangre. No lo recuerdo.

Ramona y Meyer intercambian una mirada rápida.

—¿Comprobaste si estaban vivas? —pregunta.

Niega con la cabeza, sin apartar la vista de la mesa.

—¿Estás seguro de que no lo comprobaste, Jesper?

—Sí, claro.

—Entonces… ¿no fuiste tú quien le quitó el sujetador a Hedda?

Jesper se queda petrificado. El cuerpo entero deja de moverse, como si Ramona hubiera apretado el botón de pausa.

—No. No, no, no. ¿El sujetador? No, no fui yo.

Ramona se vuelve a sentar. Espera un instante antes de seguir.

—Encontramos un cuchillo ensangrentado en el baño. En el suelo, para ser más precisos.

Esta vez no es una pregunta, solo está describiendo un hecho mientras observa a Jesper. Está agarrado a la silla.

—Sí, yo también lo vi —dice a media voz—. Cuando me desperté esa mañana. Así me hice esto.

Levanta la mano derecha para enseñarles la venda.

—Me desperté. Estaba buscando mi móvil. Agarré el cuchillo sin querer y… me corté.

Henrik Meyer mira a Ramona y pone los ojos un poco en blanco.

—Lo solté enseguida —añade Jesper.

—Entonces, dices que agarraste el cuchillo por la hoja.

—Sí.

—¿No lo agarraste de ninguna otra manera?

El chico sacude rápido la cabeza. Ramona espera un momento antes de formular la siguiente pregunta.

—Entonces ¿puedes explicarme por qué encontramos tus huellas también en el mango del cuchillo?

Jesper la mira a los ojos. Se le desencaja la mandíbula.

—Hablo del tipo de huellas que dejas cuando sujetas el cuchillo…, ya sabes, normal. —Une los dedos de la mano derecha, como para mostrárselo.

Jesper empieza a sacudir la cabeza, al principio con calma, luego cada vez con más insistencia.

—Yo no las maté —dice—. ¡Yo no lo hice! Jamás podría hacer algo así. ¡No fui yo!

Ramona apoya las manos en la mesa.

—¿Quién fue, entonces, Jesper? ¿Quién rebanó el cuello a tus

amigas?

No contesta.

—Antes nos has dicho que solo estabais tres. Las otras dos están muertas. Eres el único que queda, Jesper, el único que sobrevivió.

—¡No lo sé! —Ahora grita—. ¿Cómo voy a saberlo? Te lo he dicho. Me desperté y las encontré así. Eso fue lo que pasó. ¡No fui yo, joder!

Los gritos acaban en llanto. Empuja la silla hacia atrás de un fuerte tirón, y las piernas raspan el suelo al ponerse en pie. Ramona le pone una mano en el antebrazo a Henrik Meyer para que no intervenga. A Jesper le tiemblan las manos sin control, como si lo atravesaran unas ondas de descargas eléctricas aleatorias. Pese a ser un niño flacucho, de pronto intimida.

—Tal vez deberíamos hacer una pausa, comisaria —propone su abogado—. ¿Es posible? —Arne Jan Dahl añade una sonrisa torcida.

—Solo me queda una pregunta —dice Ramona—. De momento. Después de verlas, te dio un ataque de pánico, y saliste corriendo de la casa. ¿Es eso lo que estás diciendo?

Jesper asiente, está llorando.

—¿Te metiste en el Porsche y condujiste de vuelta a casa en Madserud Alié?

Jesper asiente de nuevo.

—No me suena a algo propio de una persona con un ataque de pánico —dice Ramona.

Jesper no contesta. En cambio, se tapa la cara con la mano buena.

Ramona le lanza una mirada rápida a Meyer, luego dice:

—Interrogatorio terminado. Son las 11:42 de la mañana.

Apaga la grabadora, cierra el expediente, lo recoge al levantarse y sale de la sala en tres zancadas rápidas. Meyer mira a Jesper un rato antes de seguirla.

Jesper se sienta, apoya la frente en la mesa y deja los brazos colgando a los lados.

Me quito los auriculares.

Unni Flem deja escapar un profundo suspiro.

—Culpable como una casa, si me preguntas —dice. Se muerde el labio inferior, despellejado y con restos de pintalabios—. Todo apunta a que fue él —continúa—. Hasta yo he visto que estaba estresado y nervioso. ¿Tú qué crees?

Suelto aire despacio, mientras ordeno las ideas.

—Estaba estresado y nervioso, sí, de eso no cabe duda —contesto al final—. Jesper sentía dolor, desde el punto de vista emocional. Está hecho un manojo de nervios y de malestar. No sé si te has fijado, pero no ha parado de frotar las manos en los muslos y la cara. Son gestos clásicos para apaciguarse a los que suelen recurrir las personas cuando intentan calmarse. Para tranquilizarse. Era como si intentara darse un abrazo a sí mismo, decirse que todo iba a ir bien. Y cuando le pedían detalles que evocaban la imagen de sus amigas muertas, cerraba los ojos con fuerza; no quería recordar esas imágenes.

—Porque estaba avergonzado —dice Unni—. Se ha dado cuenta de lo que ha hecho.

Sacudo la cabeza para expresar mi disconformidad.

—No era vergüenza, Unni, era puro horror. Le resultaba insoportable pensar en ellas así: sus amigas muertas, masacradas. Y al final, cuando se ha levantado de la silla, gritando que no fue él, no tenía las manos agarrotadas, como sería el caso si intentara controlar la rabia. Tampoco estaban tranquilas y quietas, como habría ocurrido si mintiera, porque entonces centraría toda la atención en controlar lo que decía. En cambio, le temblaban, no las controlaba. Por eso te digo que estaba aterrorizado y nada más, Unni.

—Claro que estaba aterrorizado —suelta Unni—. Ha matado a dos chicas y se muere de miedo de pensar que va a ir a la cárcel.

—Le daba miedo que no le creyéramos, Unni.

—¡Venga ya, Kari! —grita Unni, y gesticula con la mano delante de la cara como si intentara espantar a un bicho—. No me digas que le compras esa tontería de que no recuerda nada. En serio, son

chorradas.

—Lo siento —me disculpo, con toda la calma posible—. Pero mi interpretación es distinta. Ese chico no intenta actuar ni engañar a nadie, Unni. Al contrario: ha demostrado la máxima sinceridad posible.

—Entonces ¿qué estás diciendo, de verdad? —replica ella.

Espero un momento y sonrío en un intento de mitigar la tensión en la sala.

—Sé que estás sometida a mucha presión —dijo—. Todo el mundo espera un resultado rápido de ti. Que saques de la ecuación al malo para que el país entero pueda pasar página de alguna manera. Pero has pedido mis conocimientos. Que observe y analice el comportamiento y el lenguaje corporal de Jesper, y eso es lo que estoy haciendo. Jesper te está diciendo la verdad. No intenta ocultaros nada, no a propósito. Si lo hace, es en contra de su voluntad, y sí, me lo creo cuando dice que no recuerda nada. Es muy común cuando la gente, sobre todo los jóvenes, mezclan alcohol y drogas. Dicho esto… —Unni parece cada vez más furiosa, así que levanto una mano—. Dicho esto, es muy posible que haya sufrido un período de amnesia que le impide recordar con mucho detalle lo ocurrido durante esa noche traumática. Eso explicaría por qué no veo que mienta. O tal vez…, quizá lo hizo otra persona y habéis detenido al monstruo equivocado.

Unni no contesta.

Termino mirándola a los ojos:

—Pero eso debéis averiguarlo tú y el resto del equipo. No yo.

18

—¿Kari?

La voz suena amortiguada y distante, como si alguien me hablara en el agua. Una serie de golpes fuertes y rápidos me hace pensar que tengo la cabeza metida en un altavoz. O en un tarro de vidrio. Un dolor apagado palpita en mi sien izquierda, y se propaga hasta la mandíbula.

—¿Kari?

Me siento de un respingo al comprender que tenía la cabeza apoyada en el volante. Un daño ardiente me recorre el cuello, apenas puedo moverme. Intento parpadear unas cuantas veces: unos rayos cegadores me deslumbran. Se me llena la boca del sabor metálico de la sangre. Parece que tengo el paladar cubierto de arena.

Otra sucesión de golpes me sobresalta. Miro a la izquierda: mi padre está al otro lado de la ventanilla. Presiona la frente contra ella, mira dentro y el vapor de su aliento empaña parte de la cara. Intenta abrir la puerta, pero está cerrada.

—Kari, ¿estás bien?

Asiento, y el dolor de cuello empeora al instante. Miro alrededor con cuidado y veo que estoy aparcada delante de mi garaje. No recuerdo cómo he llegado ahí. Recuerdo subir al coche para ir a casa desde la comisaría, pero no llegar, ni me acuerdo de nada del trayecto en sí.

Dios mío…

Agarro el bolso cuando siento que una ola de escalofríos me recorre la espalda. Abro la puerta del coche despacio y me apeo.

—Por Dios, pensaba que te habías desmayado o algo así —dice mi padre, que me escruta con la mirada.

Cierro la puerta detrás de mí y me cuelgo el bolso al hombro.

—Debo de haberme quedado dormida. Anoche no pegué ojo.

—¿De verdad?

—Sí.

Con las piernas temblorosas, empiezo a recorrer el caminito que lleva a la casa. Me agarro a la barandilla y subo los peldaños del porche dándome impulso. Necesito varios intentos para abrir el bolso. No localizo las llaves. Dejo el bolso en el suelo y me agacho, apoyando una mano en la pared fría para no perder el equilibrio.

—Déjame a mí —murmura mi padre. Pasa por mi lado, con las llaves repiqueteando. Me cuesta un esfuerzo incorporarme, los músculos de los muslos se quejan.

Una vez dentro, me siento en el banco de la entrada. Reparo en que mi padre ha traído una bolsa de plástico con comida.

Claro. Mi padre suele preparar la cena del domingo. Es domingo. Había cancelado mi viaje a California. Confundo del todo los días.

Cierra la puerta detrás de mí y pasa el cerrojo, se quita la chaqueta y los zapatos y sigue inspeccionándome.

—No te preocupes, papá. Solo estoy cansada.

Me observa un poco más, nada convencido de que esté bien, pero al final acepta que es todo lo que voy a decir sobre el tema.

—Voy a calentar este *boeuf bourguignon* —contesta antes de desaparecer en la casa.

Respiro hondo y me llevo un dedo al punto donde se nota el pulso en el cuello, el dolor en la sien ha evolucionado de leve a punzante.

«Cinco años», me digo.

Cinco años sin una sola pérdida de conocimiento. Espero que sea una excepción.

Me levanto con cautela y dejo las botas y la chaqueta en el armario de la entrada. Saco el móvil y me dirijo a la cocina, donde mi padre está ocupado vaciando la bolsa de comida y sacando sartenes. Me lavo las manos en el fregadero antes de sentarme en uno de los taburetes al otro lado de la encimera.

—Verter una botella de vino tinto en una fuente tiene algo desgarrador —dice mi padre con una sonrisa, mientras coloca el contenido de un recipiente de plástico en una de mis sartenes, «solo para que se evapore el alcohol».

Me mira para comprobar que presto atención.

—Se dice que cuando haces este guiso lloras dos veces —continúa, y mueve la mano en el aire con vehemencia—. Primero, cuando lo haces. Segundo, cuando te lo comes.

Se ríe y saca un cucharón de madera.

Mi padre nunca ha sido de sacar temas de conversación serios. Por lo general soy yo quien toma la iniciativa, pero ahora mismo necesito un momento para prepararme para hablar de Jesper. Cojo la botella de vino que ha traído.

—Cotes du Rhône del 2019 —digo con admiración, mientras estudio la etiqueta.

—Un plato como este necesita una o dos copas de buen vino —comenta papá, que ahora ajusta la temperatura de los fogones.

—¿A lo mejor quieres preguntarle a William si le apetece? Si va a quedarse aquí también esta noche, yo puedo dormir en el sofá de tu despacho.

—No, esta noche quiere probar a dormir en su casa. Le he dicho que venga si resulta demasiado insoportable.

Mi padre asiente y busca un sacacorchos. Medio minuto después, saca una copa para cada uno.

—Los periodistas siguen merodeando por la zona —comenta.

—Seguro.

Como es lógico, el maldito desmayo me impide recordar si los he visto de camino a casa, pero no voy a decírselo a mi padre.

—Parecen un poco más agresivos que de costumbre —digo, en

cambio—. Es por el tipo de caso, supongo. El factor del famoso, el que Hedda sea hija de William y las dos sean amigas del hijo de Irene Gregersen. Dos chicas jóvenes y guapas. En las imágenes que sacan los medios parecen ángeles.

Mi padre bebe un sorbo de vino.

—Y ahora… —Sacudo la cabeza—. Con la detención y todo eso, la cosa solo va a empeorar. Van a destrozarle la vida.

—Deduzco que hablas de Jesper.

—Sí… Dios, papá. Tendrías que haberlo visto. Le temblaba todo el cuerpo: era miedo, pavor…

Pruebo el vino, incapaz de distinguir los distintos aromas que contiene.

—No recuerda lo que pasó. Como le he dicho a Unni: o bien perdió del todo el conocimiento, o bien han detenido a la persona equivocada.

Mi padre hace girar el vino en la copa, con los ojos cautivados por los círculos que aparecen y se disuelven y la película de alcohol que permanece en los laterales.

—Aún son los primeros días —dice—. Queda mucho por investigar.

—No estoy segura de que tus antiguos secuaces de la comisaría se planteen siquiera la posibilidad de que sea otra persona. Y menos ahora que tienen a Jesper bajo custodia.

—Claro que sí —replica mi padre—. Hace veinte o treinta años, compartiría tus inquietudes. Pero ahora no. Hemos aprendido de antiguos errores.

—Puede que fuera así cuando trabajabas allí. No creo que tu sucesora sea muy innovadora, ni muy amplia de miras.

—Puede que Unni esté un poco chapada a la antigua —dice—. Es muy diligente. Una esclava de los hechos. Y eso no es necesariamente malo, Kari. Además, si se me permite, no me sorprende en absoluto que Jesper haya acabado implicado en algo… violento.

Desconcertada, miro a mi padre.

—¿De verdad? ¿Y cómo es eso?

—¿No te acuerdas de cómo era de niño?

—¿A qué te refieres?

—No era muy bueno, Kari. Ni con Vetle, ni con nadie más, de hecho.

—Recuerdo que era un poco desafiante e inseguro —digo—. Algunos niños son así, sobre todo cuando sus padres se ausentan mucho, como Tor y Anita en esa época.

—No me digas que se te ha olvidado lo de la carta de Lionel Messi…

Espera un momento antes de continuar.

—Vetle la buscaba por todas partes, lloraba desconsolado, pensando que había desaparecido. Tú y yo sabíamos que era imposible que la hubiera perdido; significaba mucho para él. Podía ser un descuidado con muchas cosas, nuestro Vetle, pero no con esa carta de fútbol. Jesper la cogió.

—Lo sé, papá, fui yo quien te lo dijo.

—Y recuerdo lo que dijiste en ese momento, cómo se comportó Jesper después. Como si disfrutara viendo sufrir a Vetle. Era cruel, incluso para un niño de su edad. En teoría, el «mejor amigo» de Vetle.

Mi padre se inclina hacia delante y apoya las palmas de las manos en la encimera de la cocina.

—También hubo otros incidentes. Nimiedades, y cosas importantes. Nunca me gustó ese chico. Tenía una vena maligna. Además, era agresivo y disfrutaba viendo cómo sufrían los demás. Y ya sabes que estaba celoso de la relación que Vetle tenía contigo.

Se impone el silencio en la cocina, el único sonido que se oye es el suave borboteo del estofado al fuego. El olor que desprende me recuerda otros domingos mucho más felices. Una cocina llena de la cháchara incesante de Vetle.

En cierto modo, tiene sentido que Jesper acabara vendiendo droga. Un niño desesperado por que le presten atención y le den amor, de pronto ve que sus amigos lo necesitan, lo escogen. Y no lo

hacía por el dinero, sino por la emoción de quebrantar la ley, siempre provocando a sus padres. Jesper incluso cogió el coche de su padre para ir a Son, pese a carecer de carné de conducir.

—Aunque todo eso sea cierto —digo al fin, cuando salgo de mi ensimismamiento—, eso no convierte a Jesper en un asesino hoy, ¿no? Más de siete años después. Y Unni Flem, ¿dices que es esclava de los hechos? Pues no parece mostrar especial interés en los míos, que, por cierto, son hechos. Mi visión no está sesgada. Y no veo al antiguo compañero de juegos de Vetle a través de un recuerdo distorsionado, edulcorado.

—Lo sé, Kari, no lo decía en ese sentido.

Me pone una mano en el hombro y la deja ahí unos segundos. Luego se da la vuelta y abre el armario donde se guardan los platos. Empieza a poner la mesa. De pronto, me siento aún más agotada que cuando he bajado del coche.

Suena el teléfono y doy un respingo.

—Es Ramona —le digo a mi padre, y deslizo el dedo en la pantalla para atender la llamada—. Hola.

—Hola, Kari. Te has ido sin que pudiera hablar contigo.

Cierro los ojos y exhalo con fuerza.

—Sí… Lo sé, lo siento.

—Pero he tenido una charla con Unni. Me ha explicado lo que le has dicho de Jesper.

Espero en cierta medida que Ramona también me ataque.

Sin embargo, dice:

—Pese a la montaña de pruebas que pesan en contra de Jesper, tú y yo hemos trabajado juntas demasiadas veces como para descartar tus valoraciones. Sería idiota si lo hiciera. Nos has salvado el culo demasiadas veces. —Oigo que está a punto de llegar un «pero»—. Y es pronto para sacar una conclusión en un sentido u otro, pero ¿por qué no repasamos juntas lo que hemos averiguado hasta ahora, y así te haces una idea más completa? ¿Te parece bien?

—Claro.

Ramona espera unos segundos, lo más probable es que esté ordenando las ideas.

—Según el forense, el corte en el cuello de las chicas estaba hecho de izquierda a derecha. A juzgar por el flujo libre de la sangre, podemos concluir que, en primer lugar, el autor estaba de pie detrás de ellas cuando las mató; y en segundo, que es diestro. Después, se separó de las sillas en dirección al descansillo, sin pisar la sangre y sujetando el cuchillo en la mano. Luego entró en el baño. Lo sabemos porque hemos encontrado las gotas de sangre que apuntan a que cayeron en vertical de un objeto que se movía en esa dirección. En resumidas cuentas: el patrón de la sangre es como un rastro. Además, la forma de las gotas y la distancia entre ellas indican que el autor caminaba rápido.

Se detiene un momento, y luego continúa:

—El arma asesina fue un cuchillo de la cocina que se encontró más tarde en el suelo del baño donde Jesper, según su propia declaración, se quedó dormido después de vomitar la noche antes. Sus huellas, como has oído en el interrogatorio, están por todas partes. Y sí, Jesper es diestro.

Datos que comparte entre el ochenta y el noventa por ciento de la población de la mayoría de países occidentales, pienso para mis adentros, pero no le veo el sentido a mencionárselo.

—Hablando de huellas —prosigue Ramona despacio, probablemente para asegurarse de que no me pierdo ningún detalle —, esta semana la madre de Eva había contratado a una empresa para limpiar la casa. Hizo lo mismo, por cierto, poco después de que terminaran las vacaciones de verano. No quería que su hija organizara una fiesta en una casa polvorienta, de modo que, cuando Eva y Hedda llegaron el viernes por la tarde, estaba inmaculada. Así que, aparte de las de Jesper, las únicas huellas que hemos encontrado en la casa son de Hedda, Eva y Mia Eek-Svendsen, que entró al acompañar a las chicas a Son el viernes. No había más huellas dentro. Ni siquiera no identificadas.

—Eso no tiene por qué significar nada. El asesino podría llevar

guantes.

—Cierto, pero también es un hecho que a las chicas las mataron entre las nueve y las doce de la noche, en un momento en el que Jesper, según él mismo ha reconocido, aún estaba ahí, en principio inconsciente. Lo que, por cierto, es toda una hazaña teniendo en cuenta que a las chicas las mataron a solo unos metros de donde él afirma que estaba. Aunque estuviera bajo la influencia de las drogas, las chicas no tenían la boca tapada de ninguna manera, y creo que es justo deducir que no se dejaron matar sin gritar y suplicar una o dos veces por su vida. Aunque demos por bueno, atendiendo a este argumento, que la puerta del baño estaba cerrada, esta no habría amortiguado mucho los gritos.

Nada que objetar a eso.

—Lo que hace que sea aún más plausible que las matara él —continúa Ramona— y se desmayara en el suelo del baño después de los hechos. Además, Jesper salió de la casa a la mañana siguiente cubierto de sangre de las víctimas. Huyó del escenario del crimen y mintió al decir que no había estado allí. Trató de eliminar las pruebas tirando la ropa que llevaba e intentó limpiar el interior del coche de su padre, que estaba manchado con mucha sangre, no con una poca. Entonces ¿por qué iba a hacer todo eso si no tuviera nada que esconder?

—Quizá porque estaba asustado —contesto—. Él mismo lo dijo: le dio un ataque de pánico. Sabía lo que parecía, partiendo de la base de que había estado allí para entregar droga. No fue muy sensato por su parte, de acuerdo, sobre todo si es inocente, pero no sería la primera persona en la historia que reacciona así. Y tampoco será la última.

—Muy bien. Pero sabes tan bien como yo que no es raro que la gente entre en un estado parecido al trance cuando mata a alguien. Además, como tú misma le dijiste a Unni: Jesper estaba muy colocado con un cóctel de alcohol y drogas, y es bien sabido que eso produce desmayos.

—Pero no explica por qué entró en el salón a la mañana

siguiente, una vez sobrio, y pisó la sangre o se resbaló en ella delante de las chicas. ¿Por qué diantres iba a hacer eso? ¿Por qué nadie iba a hacer eso?

—Tal vez quería revivir lo que había hecho o algo así. Absorberlo, por así decirlo. No lo digo en broma.

—¿De verdad crees que eso fue lo que pasó?

—No lo sé, Kari. Pero lo que sí sé es que casi siempre la solución correcta es la que tenemos delante de las narices. No está escondida en ningún sitio.

Ninguna de las dos dijo nada durante un rato.

—Mañana voy a llevar al padre de Eva a la casa de verano —añade Ramona al final.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Porque vamos a comprobar si falta algo de valor. He hablado con Vanja Ebeltoft, el jefe de la policía local, y me ha contado que ha habido un aluvión de robos en la zona desde que los propietarios cerraron las casas de verano de cara al invierno. En teoría, y el abogado de Jesper también insiste en ello, alguien en busca de un botín habría matado a las chicas, y las ató y las mató para evitar que hubiera testigos del delito.

—Bueno —digo, mientras asiento—, no es una mala teoría.

—Pero tampoco es muy creíble. Si no ha cambiado nada, no es muy habitual que la gente asesine solo por un par de objetos de valor. Por lo menos no aquí, en Noruega. Además, si quieres entrar a robar en una casa, escogerías una que estuviera vacía, no una donde se está celebrando una fiesta. Pero, como he dicho, ahora mismo no descartamos nada, y por eso iremos mañana a Son a investigar. El padre de Eva, el pobre, ha accedido a ayudarnos. Me siento fatal al pedirle que lo haga, la verdad.

Hace una pausa. Luego dice:

—¿Por qué no te apuntas? Estoy segura de que a Eivind no le importará, os conocéis bien. Podemos recorrer juntas el escenario del crimen. Comentarlo todo. Ver si le encontramos algún sentido.

La propuesta de Ramona me pilla desprevenida. Al principio de la

conversación estaba convencida de que iba a apartarme del caso. En cambio, me está invitando a profundizar en él.

Me aclaro la garganta.

—¿Han… limpiado la casa?

—Lo habrán hecho para cuando lleguemos mañana.

No sé qué decir, ni qué pensar.

—¿Cuentas con el apoyo de Unni Flem para esto?

Se hace el silencio un momento, lo que sirve de respuesta.

—Es mi investigación. Haré lo que considere necesario.

Miro a mi padre, que finge estar preocupado por la comida. Sé que está a la escucha, rellenando los huecos de la conversación.

—Iré a buscar a Eivind a eso de las diez —continúa Ramona—. Podemos parar en tu casa luego. ¿Qué me dices? ¿Te apuntas a una excursión al campo?

19

Eivind Eek-Svendsen tiene la cabeza apoyada en la ventanilla, contemplando un mundo de colores desteñidos y árboles que tiritaban, desnudos por los últimos estertores del otoño.

Se paran en un semáforo en rojo junto a un estanque. La superficie es de un color tan gris que parece casi negro. Ni siquiera refleja el cielo. Un cisne se desliza en dirección a su compañero, y sumerge el cuello alargado en el agua. El movimiento crea ondas que se extienden despacio hacia las orillas frondosas. Unos metros más allá en la carretera hay una anciana sentada en una parada del autobús, con unas bolsas blancas y azules en el suelo, a su lado, y un bolso en el regazo. También hay tres niñas que esperan, apiñadas, con la mirada clavada en algo que muestran los teléfonos.

Para ellas, la vida sigue.

Para todo el mundo, la vida sigue.

Para Eivind no.

Ni para su mujer, ni para su hijo. Ni para William.

Una voz penetra en los pensamientos de Eivind.

—¿Quieres que suba un poco la calefacción? ¿Tienes frío?

La comisaria Ramona Norum se inclina hacia delante y hace algunos ajustes en la climatización.

—Mi cuerpo está contento a diecinueve grados —continúa—. Mi mujer siempre me incordia con eso. Necesita veintidós o veintitrés grados para funcionar con normalidad. Es un milagro que sigamos

casadas. —Le esboza una sonrisa rápida.

—Está bien —contesta él.

—¿Y tú, Kari? —Norum la mira por el retrovisor—. ¿Estás bien?

—Sí —contesta Kari desde el asiento trasero—. Todo bien, gracias.

Norum se sienta y vuelve a conducir con su estilo tranquilo, cauteloso, bebiendo de vez en cuando un sorbo de la taza de café para llevar.

De unos días a esta parte, Eivind le ha cogido aprecio a la comisaria. Los ha recibido con cordialidad y comprensión, calmada, siempre haciendo hincapié en que tiene un trabajo que hacer. Ha dicho que todo lo que puedan hacer para ayudarlos será muy valioso para la investigación. Por eso Eivind ha accedido, aunque a regañadientes, a acompañarla a la casa de veraneo.

No había manera humana de que Mia fuera capaz de pasar por algo así. Hoy no, tal vez nunca. A decir verdad, no está seguro de cómo lo va a llevar él, pero alguien tiene que hacerlo. Forma parte de la maldición de ser un hombre, deduce, ser «el fuerte». La idea le parece una burla. En cualquier caso, en algún momento tiene que volver. ¿Por qué no acabar con eso de una vez?

Mia le ha sugerido que se tome un Valium antes de irse, su tirita para todo lo que duele. Sin embargo, si quiere ser de ayuda, tendrá que conservar los sentidos intactos.

Han pasado trece años desde que compraron la casa de verano. Era un antro de mala muerte, así que la tiraron abajo y la reconstruyeron desde cero. Fue el gran proyecto de Mia durante una época en que Eivind sentía que necesitaba algo para distraer su mente preocupada. Llevaba callada mucho tiempo, y él no había reunido el valor para preguntarle qué ocurría. Le daba miedo la respuesta.

Pese a que Mia estaba en los inicios de su formación como interiorista, Eivind le había dado rienda suelta para expresarse en la casa de verano. Nunca iba a calcular los millones de coronas que se habían gastado en ella. Solo por ver florecer de nuevo a Mia valía la

pena. Ahora, tantos años después, la idea le revolvía el estómago.

Parece que haya transcurrido una eternidad desde la última vez que fue a la casa, pero solo han pasado dos días. Eivind no tiene ni idea de cuánto había bebido esa mañana, antes de que llamara la policía. Había conducido hasta allí tan rápido, casi esperando a que alguien lo parase o que él se saliera de la carretera. Un accidente.

—Recuérdemelo —dice Ramona Norum cuando aminora la marcha en la entrada de la casa—. Su esposa ya estaba aquí cuando llegó usted esa mañana, ¿correcto?

La pregunta devuelve a Eivind justo al momento en que aparcó detrás del Audi granate de Mia y la vio sentada en un banco del jardín, encorvada y envuelta en una manta gris mate. Una agente de policía la rondaba, sin duda con muchas preguntas. Igual que él.

—Sí —responde Eivind, y se aclara la garganta—. Sí, así es.

—Según tengo entendido, había ido de compras por la zona, ¿correcto?

El coche se detiene. Se le encoge el estómago. Eivind no lograr mirar de frente hacia la casa. Ahí dentro, piensa. Ahí pasó todo.

—Mia iba a ayudar a las chicas a preparar la fiesta —prosigue Norum.

Eivind se mira las manos. Se las retuerce.

—Sí —dice—. Es… correcto.

Norum apaga el motor. Eivind desvía la mirada a la copa de un árbol cercano. Ve a una multitud que sale disparada con un chillido, con rumbo desconocido. Se muere de ganas por hacer lo mismo.

—Una cosa antes de entrar —dice Ramona Norum, que se vuelve hacia él una vez más—. Si le resulta difícil o ve imposible continuar, hágamelo saber. Pararemos y lo dejaremos ahí. —El tono es afable y trasmite auténtica preocupación.

Eivind traga saliva y suelta un profundo suspiro.

—No pasa nada —dice, con un aire valeroso que sabe que no va a convencer a nadie—. Acabemos con esto de una vez.

20

Me quedo rezagada y dejo que Ramona y Eivind vayan por delante. Él camina con paso lento y constante, arrastra los pies por la superficie pavimentada, con el torso un poco inclinado hacia delante.

Salvo por la cinta de la policía, todo en la casa de verano de los Eek-Svendsen respira normalidad. La fachada parece recién estrenada. Las ventanas casi relucen. En el jardín hay parterres de flores y arbustos ornamentales por todas partes. Bajo un manzano, la hierba sigue helada. Veo también un cortacésped eléctrico, aparcado con el cargador aún enchufado en la pared de ladrillo. Pese a la aparente normalidad, el solo hecho de estar aquí me da escalofríos.

Noto que me vibra el móvil. Lo saco.

William me ha enviado un mensaje de texto.

¿ESTÁS EN CASA?

Escribo una respuesta rápida:

VUELVO DENTRO DE UNAS HORAS. ¿ESTÁS BIEN?

Tres puntos bailan en la pantalla y me indican que está respondiendo.

NECESITO ENSEÑARTE ALGO. ES SOBRE LAS CHICAS.

Luego añade:

¿PUEDES PASAR A VERME CUANDO VUELVAS?

Contesto: «Claro», intrigada con lo que haya descubierto William.

Delante de mí, Eivind recupera las llaves de casa del bolsillo del pantalón. Abre la puerta con cuidado y nos deja pasar primero a Ramona y a mí.

Dentro, se quita los zapatos y los deja en un estante junto a un par de zapatillas negras. Ramona y yo lo imitamos. Ninguno de nosotros se quita la chaqueta.

—Lo que quiero que hagas —dice Ramona— es que lo examines todo, cajones, estantes y demás, y me digas si falta algo. Nos interesa todo.

Eivind respira hondo y empieza a adentrarse en la casa. Pasa por una puerta, pero no la abre. En cambio, se agarra a la barandilla de la escalera que lleva a la primera planta, como si necesitara algo a lo que aferrarse. Despacio, paso a paso, avanza hacia el descansillo, donde se detiene y mira la puerta que tiene enfrente. Un letrero de madera en el medio dice «Lavabos».

Caigo en la cuenta en que ahí fue donde Jesper dijo que se había quedado dormido y no había oído nada. Ahí dentro se despertó a la mañana siguiente.

Eivind gira un poco a la izquierda, sin mirar al salón y la cocina abierta, y sigue por un pasillo que nos lleva a los dormitorios. Entramos en el que está al fondo del todo. El mobiliario, sobre todo el tocador, aún cubierto de discos de algodón usados, con manchas de base de maquillaje y antiojeras, me indica que es la habitación de Eva.

No puedo ni imaginar lo horrible que tiene que ser todo esto para Eivind, estar en el dormitorio de su hija muerta, rodeado de todas sus cosas, cada objeto con su propia historia, su recuerdo.

Eivind revisa unos cuantos cajones más, con las manos temblorosas, y los vuelve a cerrar enseguida. Mientras recorremos el otro dormitorio, procuro no mirarlo; no quiero que se sienta

estudiado ni observado. Tiene un aire decidido. Parece concentrado y desconectado a la vez. Ya no considera que esa casa sea suya, se ha desapegado de ella.

Regresamos al descansillo y nos paramos una vez más frente a la puerta del baño. Pero ahora Eivind mira al frente, hacia el salón.

Se tapa la cara con una mano y baja la cabeza. En un instante, el cuerpo empieza a sufrir temblores y convulsiones. Le sale un gemido de la boca: es un llanto reprimido. Parece estar clavado en el suelo, incapaz de moverse, petrificado mientras camina hacia el espacio vacío que tiene delante, lo que representa: los hechos indiscutibles y espantosos que ya no se pueden obviar más.

Deja caer la mano y la entrelaza con la otra, las retuerce. Cierro los ojos para bloquear la imagen que no puedo evitar evocar: Eva y Hedda, muertas, atadas en las sillas de la cocina. Cuando vuelvo a abrir los ojos, Eivind señala el espacio desnudo que tiene delante.

—¿Dónde está la alfombra… y las sillas y… el sofá? —Su voz es como un susurro.

—Hemos tenido que llevarlo al laboratorio para hacer unas pruebas —responde Ramona.

Eso significa que había manchas y salpicaduras de sangre. Aunque el suelo esté limpio, imagino la sangre que iba desde el salón hasta donde nos encontramos.

Eivind da unos pasos hacia la sala. La piel del rostro parece más macilenta que unos segundos antes. Ramona lo sigue de cerca, pregunta por los cuadros de las paredes y si hay algo más de valor en la estancia. Eivind revisa unos cuantos cajones más. Niega con la cabeza.

Continúa hacia la cocina. Pasea la mirada y se detiene en el bloque de cuchillos que hay junto al horno. Hay un hueco en el medio. Enseguida respira hondo por la nariz y sigue, casi en actitud robótica, abriendo armarios y cajones.

—No falta nada —dice con un hilo de voz.

Quince minutos después hemos pasado por todas las habitaciones de la casa sin encontrar nada fuera de lo común.

Volvemos a salir, y el aire frío nos quema en las mejillas.

Con un mando a distancia, Eivind abre la puerta del garaje. Se asoma y deduce que también ahí todo está normal.

—De acuerdo —dice Ramona—. Valía la pena intentarlo. Gracias, Eivind… Es una pregunta absurda, pero ¿cómo te sientes?

Le dedica una sonrisa fugaz.

—La verdad es que no lo sé. En cierto modo, me alegra haberlo hecho. Quiero decir, que hayamos hecho esto. Cuanto más lo hubiéramos pospuesto, peor habría sido. —Suspira con fuerza—. Pero no tengo ni idea de cómo vamos a quedarnos este sitio.

«No lo vais a hacer», pienso para mis adentros.

—Déjenme guardar el cortacésped en el garaje —dice—. No tardaré ni un minuto.

—Tómese su tiempo —contesta Ramona.

La miro cuando él se dirige al jardín.

—Pobre hombre —digo cuando ya no puede oírnos.

Eivind pone un pie en el césped y casi pierde el equilibrio. Aparto la vista. Pese al viento frío, el fiordo resulta casi tentador. Unas cuantas gaviotas vuelan en círculos, chillando.

—Las huellas de calcetín ensangrentadas dentro de la casa —digo—. ¿Las han identificado como las de Jesper?

—Es difícil decirlo con un cien por cien de precisión, aunque sí encontramos sangre dentro de los zapatos de Jesper que obviamente procedía de los calcetines que estaban en su casa. Y la sangre de los calcetines coincidía con la de Eva y Hedda. Así que diría que es muy probable que fuera él quien dejó esas huellas.

—¿Algún vecino vio u oyó algo? ¿O alguien?

Ramona mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

—Nada, salvo el Porsche de los Bach-Hansen saliendo a toda mecha a primera hora del sábado.

—¿Están seguros de que era ese?

—Dudo que hubiera muchos Porsche de color verde oscuro saliendo de aquí a esa hora del día.

Asiento con gesto de conformidad.

—Solo hay una alarma… estaba desactivada, claro, porque las chicas estaban dentro.

—¿Supongo que la puerta de entrada estaba abierta porque entró la empresa de cáterin?

—Sí, así es.

—Entonces…, la puerta pudo quedarse abierta toda la tarde y toda la noche. Las chicas estaban drogadas, así que podrían haber olvidado cerrarla, ¿no crees? Entonces, cualquiera podría haber entrado en la casa.

—Supongo.

—Y este sitio lo debe de conocer mucha gente, ¿no? Que también sabía que las chicas estarían aquí solas el viernes por la noche, ¿verdad?

—Estamos hablando con todo su círculo de amigos cercano —contesta Ramona, recelosa—. De momento, nadie está aportando nada que tenga valor o interés para el caso.

Noto que comienza a hartarse de que yo haga de abogada del diablo.

De todos modos, sigo.

—También eran chicas populares. Jóvenes y guapas. Y el hecho de que Hedda tuviera un pecho al descubierto, sin duda es un indicador de un componente sexual de algún tipo, ¿no?

—En eso sí que estoy de acuerdo contigo.

En el jardín, Eivind está llevando el cortacésped hacia el garaje, concentrado en la tarea que tiene entre manos. Entra, deja la máquina en el suelo de cemento, entre un soplador de hojas y una bicicleta de carretera. Lo observo mientras se quita los restos de hierba muerta que se le han quedado pegados en las palmas de las manos.

Vuelve a salir y cierra la puerta del garaje con el mando a distancia. Mientras la puerta baja con lentitud, emitiendo un chirrido, Eivind tiene la mirada perdida al frente. No se mueve ni un centímetro. Ni siquiera parpadea, ha perdido todo el color de la cara.

Acaba de darse cuenta, pienso. Es el momento en que es

consciente de que vida no volverá a ser igual. Su hija no está. Su vida, la de todos, tal y como la conocía, ha terminado.

Una gélida ráfaga de viento nos hace estremecer a todos. Eivind se aclara la garganta y dice:

—Vámonos de aquí.

21

—Hedda Bülow es la que te gustaba más, ¿verdad?

Sentado enfrente de Jesper, Henrik Meyer hace una fotografía del expediente, lo estudia con detenimiento, con la cabeza un poco inclinada, y los mira desde todos los ángulos. Chasca los labios.

—No te culpo. Es… —Sacude la cabeza, como si no pudiera creer lo que ve. Suspira con fuerza—. Tío, lo que daría por volver a tener dieciséis años. O veintitantos, con un poco más de experiencia. Sabiendo un poco más qué les gusta a las chicas…, ya sabes a lo que me refiero.

El agente sonríe con aire irónico y se inclina hacia delante sobre la mesa.

—Probablemente no habría ocurrido si se pusiera un poco más de ropa, ¿no?

—En serio, Meyer —lo interrumpe el abogado de Jesper. Luego se vuelve hacia el chico—. No tienes por qué contestar a eso.

Meyer junta las manos.

—¿Qué pasó, Jesper? ¿Querías algo que no podías tener?

Meyer observa la fotografía, y luego pasa a otra. Jesper no ve qué imagen es, pero se las han enseñado todas, a saber cuántas veces. Probablemente sea esa en la que Hedda aparece sentada encima de él en la silla de la cocina, y Eva hace la foto con su teléfono.

—Te ofreció un cheque que no podías canjear, ¿eh? O sea,

sexualmente. ¿Y eso te tocó las pelotas?

Jesper ha perdido la cuenta de las veces que le han hecho esa misma pregunta exacta. Están dando vueltas en bucle.

Está cansado. Exhausto, de hecho. Odia la sala donde lo han metido. Hace demasiado calor. No deja de intentar encajar en su mente las piezas de lo que ocurrió esa noche, pero no puede pensar con ese calor.

—No te culpo —repite Meyer, y se toca la cadena que lleva colgada al cuello—. Algunas chicas se comportan y se visten como si lo pidieran a gritos, ¿no? Mucho hablar, pero cuando llega la hora de la verdad… —Levanta las manos al aire, y sacude la cabeza—. Créeme, he pasado por eso. Puede ser muy molesto, joder.

—Pero no fue mi caso —insiste Jesper, un poco más tembloroso de lo que pretendía—. Yo no las maté.

—¿Se rieron de ti? —pregunta Meyer—. ¿De verdad pensabas que ibais a «enrollaros», no es así como lo decís ahora, con Hedda?

Se echa a reír.

—Eso también puede ser muy molesto. Yo también me enfadaría.

—Agente, por favor —interviene Dahl de nuevo, esta vez en un tono más severo.

—Pero ¿qué sentido tenía atarlas de esa manera? —continúa Meyer.

Jesper agarra el vaso y le da unas cuantas vueltas, estudiando los movimientos del agua. Siente náuseas, espera poder vomitar. Así lo dejarán salir de ahí.

—¿No te acuerdas?

Meyer lo escudriña con la mirada.

—¿No recuerdas por qué las ataste? No se dejaron así como así, digo yo. Una, podría ser factible, pero las dos, no. Voluntariamente, quiero decir. ¿Era un juego sexual, tal vez?

—Venga ya —protesta Arne Jan Dahl.

Jesper cierra los ojos.

—Primero, avanzaban contigo, y luego tú…

—Agente —exclama el abogado—. ¿Debo recordarle que está

hablando con un chico de dieciséis años?

—La juventud de hoy en día. —Meyer silba, como si no hubiera oído la objeción de Dahl—. Las cosas son muy distintas de cuando yo era joven.

Jesper no dice nada.

El agente de policía se reacomoda en la silla.

—Encontramos restos de semen en tus calzoncillos, por cierto.

—¿Qué?

—Esperma —dice Meyer—. En tu ropa interior.

El abogado se vuelve hacia Jesper. Ve la mirada de asombro.

—¿Cómo explicas eso? —pregunta Meyer.

Jesper piensa en cómo contestar. Pasados unos instantes, se encoge de hombros.

—Bueno, esa noche ocurrió algo de carácter sexual —afirma Meyer—. Por lo menos, en tu caso.

Jesper frunce los labios.

—¿A lo mejor tampoco te acuerdas de eso?

Se le han atragantado las palabras.

—Y una mierda —dice el agente—. Cuando tenía dieciséis años, me costaba mucho olvidar…

—Meyer —lo interrumpe de nuevo Dahl—. ¿Podemos dejar a un lado su propia base de datos de recuerdos? Esto empieza a dar vergüenza.

Meyer sonríe.

—¿Te tiraste primero a Eva? —pregunta, con la mirada clavada en Jesper.

—Meyer…

—¿A lo mejor solo querías jugar un poquito? —continúa el agente de policía, sin hacer caso de las protestas del abogado—. ¿Tal vez no querías hacerle un corte, por lo menos no tan profundo? Pero cuando mataste a una y te diste cuenta de lo que habías hecho, tuviste que matar también a la otra, ¿no? No tenía sentido parar después de una, tenías que hacerlo con las dos.

—¡Meyer!

El policía se reclina en la silla despacio, mirando a Jesper.

El chico quiere protestar, pero no encuentra las palabras adecuadas.

—Es comprensible —continúa Meyer, más calmado—. No podías dejar a una testigo. Probablemente… —dice, y levanta una mano al aire—. Probablemente —repite— no te diste cuenta de lo grave que era todo esto hasta más tarde.

Jesper agacha la mirada.

Meyer saca otra fotografía, Jesper sabe de inmediato cuál es. No quiere mirarla, pero no puede evitarlo: Hedda muerta, con el pecho al descubierto, empapada de sangre.

—O tal vez empezaste por Hedda —sugiere el policía—. Primero la mejor. ¿O te dejaste lo mejor para el final?

Jesper está mareado, tiene náuseas.

—A lo mejor tu cuerpo tomó el mando —sigue Meyer—. No sabías lo que estabas haciendo. ¿Quién iba a saberlo, con todas las drogas que habíais tomado? Y luego, al día siguiente, te despertaste con la conmoción de tu vida.

22

Cruzo mi jardín y entro en el de William. Las hojas heladas crujen como papel arrugado bajo mis pies. Llamo a la puerta lateral que da al lavadero; las manos me tiemblan del frío.

Unos segundos después, William abre la puerta. Le ha crecido la barba, blanca e irregular, y tiene una parte del pelo canoso levantada, como si lo hubieran interrumpido mientras se peinaba.

—Ven a echar un vistazo —dice, y se aleja unos pasos por delante de mí.

Me quito los zapatos y lo sigo cruzando la cocina, por el pasillo donde unos retratos en blanco y negro de Hedda adornan una pared. Ver su preciosa cara y su sonrisa contagiosa duele.

William gira hacia la última habitación a la izquierda, su estudio. Solo había estado ahí una vez, poco después de que desapareciera Vetle. Recuerdo las vistas al jardín y la estatua inspirada en Giacometti de un hombre de una delgadez extrema junto a la ventana, como si esperara el regreso de alguien a casa.

William se sienta en el sofá, de cara al ordenador que está sobre la mesita junto a un termo, una botella de agua y una caja de paracetamol, con un corazón de manzana encima. Los cojines del sofá están aplastados y los han empujado contra los reposabrazos.

—No te lo vas a creer —dice, y acerca el ordenador. Piso la manta que hay en el suelo, me pregunto si ha pasado la noche ahí, y me siento a su lado.

Tiene abierta la última publicación de su hija en Instagram: el vídeo que grabó con Eva delante del garaje. Hedda lleva en las manos bolsas con decoraciones de Halloween. William ha apagado el sonido, pero la alegría silenciosa de las chicas y sus sonrisas son desgarradoras. La publicación lleva ya más de cuarenta mil «me gusta» y algo más de seis mil comentarios.

William baja en la pantalla. En la sección de comentarios, los emojis de corazones rotos y caras llorosas superan las palabras. Se detiene y toca la pantalla.

—Ahí —dice, señalando un comentario de un tal @viking01.

Leo en silencio:

ESAS ZORRAS TUVIERON SU MERECIDO.

William abre el hilo y salen a la luz las reacciones al comentario, la mayoría de las cuales responden con asombro y horror, diciéndole a la persona, quienquiera que sea, que se explique o se vaya a la mierda.

A uno de los comentarios, @viking01 ha contestado:

PREGÚNTALE A CECILIE HOFF, SEGURO QUE ESTÁ DE ACUERDO CONMIGO.

William se vuelve hacia mí.

—No tengo ni idea de quién es Cecilie Hoff; Hedda nunca me habló de ella. Y ninguno de los comentarios arroja luz sobre quién puede ser. No encuentro información sobre ella en internet: no parece que esa tal Cecilie Hoff esté presente en ninguna red social o, si está, se mantiene en el estricto ámbito privado.

Giro el ordenador un poco hacia mí y hago clic en la imagen de perfil de @viking01: es un dibujo de una calavera con un casco con cuernos.

—Tiene veintidós seguidores —comenta William.

—Sí, y probablemente los consiguió después de su atroz observación. No ha publicado nada más, por lo que es harto probable que esa persona creara el perfil ex profeso para hacer ese comentario, siempre ocultando su identidad.

William se levanta y me mira, se lleva una mano a la coronilla y se peina una y otra vez con los dedos la mata de pelo desgreñado.

—¿Por qué iba a querer alguien hacer eso?

No sé qué decir. Aunque lo más probable es que William ya lo sepa, no quiero decirle que muchos padres no tienen la más mínima idea de en qué andan sus hijos cuando no están en casa. Cómo son. Los padres creen que sí, pero en realidad no. Y tal vez sea bueno, una manera de preservar intacta la imagen ficticia de sus hijos. Hay muchas cosas que los niños preferirían no compartir con sus familias, y en ese sentido son iguales que sus padres.

—Voy a preparar café —dice William—. ¿Te apetece?

—Si, me encantaría. Gracias.

Cuando sale del despacho, me acerco el portátil y sigo revisando los comentarios, tratando de encontrar otra mención de Cecilie Hoff, aunque dudo que a William se le haya escapado algo, el periodista que lleva dentro está programado para proceder con la debida diligencia y no dejar ni una piedra por levantar.

Desde la cocina oigo que la máquina Nespresso empieza con el zumbido. Al cabo de unos minutos, William vuelve con dos tazas humeantes.

—A lo mejor las asesinaron por eso —dice cuando se sienta a mi lado—. Me refiero a algo que tenga que ver con esa tal Cecilie Hoff. —Bebe un sorbo del café ardiente.

Se hace un silencio prolongado.

William y yo tenemos eso en común: la acción es nuestra terapia; no parar, encontrar tareas que absorban nuestro cerebro para así poder reprimir nuestros sentimientos. En realidad es como empujarlos con una pala hacia delante o barrerlos bajo la alfombra. Pero, como decía mi psicóloga, Caroline, en algún momento siempre acabamos tropezando con ese bulto.

—Eso no excluye ni exonera necesariamente a Jesper —añade William, que se vuelve a sentar con la taza en la mano—. Tal vez fuera muy amigo de esa Cecilie Hoff y ha planeado una especie de venganza en su nombre. O… en nombre de los dos.

—Cierto —concedo—. Supongo que aún no se lo has contado a la policía.

—No, antes quería saber tu opinión.

De nuevo, ninguno de los dos habla durante un rato, ambos sumidos en nuestros pensamientos.

—Tenemos que encontrar a Cecilie Hoff —digo al cabo de un rato —. Y a ese «viking0l».

—¿No quieres dejárselo a la policía?

Lo pienso un segundo.

—No.

William asiente despacio.

—Entonces, primero vamos a hablar con Samuel Gregersen —dice—. Era muy amigo de las chicas. Si alguien sabe algo de alguien, ese es él.

23

Si no sabes dónde está la iglesia de Bygdøy, es fácil pasarla de largo sin verla porque está ubicada en una loma, tapada por todos lados por árboles altos de cuerpos tupidos y piernas delgadas. Cuando estoy cerca, intento no pensar en la última vez que estuve ahí. Lo intento, pero nunca lo consigo.

Hace siete años, la parroquia de la zona organizó una reunión para todo miembro de la comunidad que necesitase apoyo o consuelo tras la desaparición de Vetle. Para mí, el acto implicaba rendirse. Por muy irracional que fuera esa interpretación, juntarse en una iglesia en memoria de Vetle me parecía como decir que estaba bien que mi hijo hubiera desaparecido, y que había llegado el momento del duelo. No estaba preparada para eso, ni de lejos. Quería seguir librando una guerra contra quienquiera que se lo hubiera llevado, como ya llevaba semanas haciendo, día y noche. Para mí no había tiempo que perder en lágrimas o abrazos.

No obstante, mi padre me convenció para ir. Llegado el día, aparqué el coche en la carretera con la idea de hacer solo una breve aparición para agradecer a la gente que acudiera a mostrar su amor y apoyo. Sin embargo, mientras subía la colina hacia la iglesia, como ahora mismo, justo detrás de William, fue como si las piernas dejaran de funcionarme. No me podía mover. No podía hacerlo; no podía subir a lo que para mí era como un funeral. La idea me asfixiaba. Tuve que dar media vuelta y obligar a mis piernas a que

me llevaran de vuelta al coche.

Volver aquí es como retroceder en el tiempo, o más bien es como si el tiempo se detuviera. Fuera de la iglesia, los periodistas se dan una vuelta, igual que entonces, algunos ya metidos en entrevistas con el cura y chicos que en teoría conocían a las víctimas. También hay muchos equipos de televisión grabando fragmentos para el noticiario de la tarde, tal vez incluso para un directo. Nada más llegar, un periodista se acerca a William. Este gesticula con una mano y dice:

—No, lo siento, ahora no.

No sé cuántas llamadas o mensajes de texto ha recibido de periodistas de todos los países nórdicos durante los últimos días. Si yo fuera la destinataria, me habría muerto de cansancio, por no hablar de la frustración y la rabia. Pero William, que es periodista, sabe que es su trabajo. Ninguno de los que han acampado en la puerta de su casa están aquí, pero supongo que es cuestión de tiempo que lleguen.

Una mujer, tal vez una madre, o puede que solo sea alguien que quiera aprovechar la luz de un famoso de televisión de luto, se acerca a William y le llora en el cuello. Noto que le está incomodando.

William acepta otro abrazo, esta vez de una chica con el pelo largo y rizado que parece de la edad de Hedda.

—Gracias, Thea —dice después de que ella le dé las condolencias en un susurro lloroso.

Mientras William sigue estrechando manos y abrazando a gente que no conozco, me aventuro a entrar en la iglesia. Me recibe un murmullo sigiloso. La gente forma grupitos aquí y allá, nadie se atreve a hablar en un tono de voz normal. Las luces, suspendidas del techo abovedado en filas a cada lado de la isla central, proyectan un matiz dorado sobre las paredes de ladrillo de color beis, el suelo de mármol verde y los bancos de madera.

Rara vez piso iglesias, pero, cuando lo hago, siempre enciendo una vela por Michael y Vetle, y por las demás personas a las que

sigo llevando en el corazón. Nunca me he considerado una persona de fe, pero eso no significa que no valore una iglesia como lugar donde encontrar fuerza o consuelo. La gente reunida por Eva y Hedda me lleva a pensar en que de eso trata la religión, o debería: no de una fe ciega en un ser divino o la creación, sino la creencia en el bien que habita en todas las personas. Al mismo tiempo, me obliga a plantearme si el bien del mundo puede existir sin el mal.

Me desabrocho el abrigo; sorprende el calor que hace en la iglesia.

Los adultos han formado varios grupúsculos, han tenido el juicio de dejar a su prole solos con sus amigos. Algunos están sentados, otros de pie muy juntos, muchos lloran. El aire está impregnado de un leve aroma a café, así como del olor dulce que desprenden las velas. Cera de abeja, creo.

Veo al hermano de Eva, Erik, sentado en el extremo derecho de uno de los bancos de primera fila. Lleva un abrigo oscuro con el cuello levantado hasta las orejas. Parece que esté mirando algo en el regazo. No me sorprende en absoluto que Mia y Eivind no estén, pero Erik, pobre, está ahí sentado, solo. Es cinco o seis años mayor que su hermana. Los amigos de Eva no son los suyos; ni siquiera estoy segura de que sepan quién es. No parece que nadie se haya acercado a darle el pésame o un abrazo.

Me planteo acercarme a él cuando veo que Ramona y Henrik Meyer han llegado. Recorren la sala con paso lento, intercambiando alguna palabra que otra. Cuando Ramona me ve, cruza la mirada conmigo con una sonrisa afable. Parece cansada.

Dedico un pensamiento a Linnea y los niños, e intento recordar cuándo los vi por última vez. Tal vez una cálida tarde de verano, hace año y medio. Hicimos una barbacoa en su jardín. Linnea y yo fumamos cigarrillos hasta que se nos irritó la garganta áspera.

Echo otro vistazo al lugar y me pregunto si Cecilie Hoff y «viking0l» están aquí. Especulo con cómo se conocieron y qué diantres había pasado para que ese tal viking0l dijera en público que «esas zorras tuvieron su merecido». Era una afirmación muy

violenta, incluso para una red social. ¿Eso no es cruzar una línea, por mucho que te hicieran cuando estaban vivas?

William se acerca y me susurra al oído:

—Ese de ahí es Samuel Gregersen. —Señala con la cabeza el fondo del pasillo—. Al final, junto al piano.

Antes de salir hacia la ceremonia de conmemoración, he leído un artículo en internet sobre Samuel y su futuro como virtuoso del piano. El pelo largo, negro azabache, recogido en un moño alto, hace que sea fácil de reconocer. Es un joven guapo, sin duda, con unos rasgos bien definidos. La barbilla puntiaguda, los pómulos altos.

Abre la tapa del piano y pasa la mano por las teclas. Por un instante pienso si nos va a tocar algo, pero luego vuelve a cerrar la tapa de golpe, y el ruido lo pilla por sorpresa, a él y los que están cerca. Samuel levanta las manos en un gesto de disculpa.

Ramona se acerca a él con paso lento y le pone una mano en el hombro. Estoy lejos para oír de qué hablan, pero sobre todo es ella quien mueve los labios. Samuel ha cruzado los brazos en la espalda, el ejemplo perfecto de lo que se suele llamar «postura regia», un indicador de que quiere guardar las distancias con la comisaria. Evita su mirada, mira al suelo, y presiona la punta de un zapato contra la otra. Ramona enseguida vuelve con Meyer, amable y delicada como siempre.

Me doy cuenta de que no es el momento ni el lugar para hablar con Samuel.

A continuación, una mujer de vestido negro se acerca a él. Tardo un momento en reparar en que es Irene, la madre de Samuel, sobre todo porque David, el padre, la sigue dos pasos por detrás. David Gregersen es fácil de reconocer por el pañuelo de seda roja que siempre lleva al cuello.

Intercambian unas palabras con su hijo, que sigue con la vista clavada en el suelo. De repente, la levanta hacia Irene, arruga la nariz en un gesto de desagrado y masculla algo con la boca torcida a la izquierda.

—¿Has visto eso? —susurro a William.

—¿Eh? ¿El qué?

Señalo con la cabeza la familia Gregersen, que sigue de pie junto al piano absorta en una conversación susurrada.

Otro hombre se acerca a William con una expresión triste. Le tiende la mano. Él la acepta.

No sé qué le dice Irene Gregersen a Samuel, pero el lenguaje corporal del chico rezuma desprecio. Aun así, es habitual que los adolescentes discutan con sus padres. William me había contado esa misma mañana que Hedda podía llegar a ser bastante desagradable a veces, sobre todo en presencia de sus amigos. Todo lo que él decía o hacía era una tontería, daba vergüenza o era directamente una estupidez.

Fuera cual fuera el tema del que hablaba la familia Gregersen, la conversación termina con Samuel metiéndose entre sus padres y saliendo de la iglesia. Luce una mirada rebelde.

No vuelve.

24

—Sé que ya lo he dicho, pero… de verdad que no entiendo cómo lo haces.

Samuel Gregersen levanta la vista de las manos y las llaves con las que está jugueteando. Sentada en una silla junto a la batería, Thea mira el móvil con atención, y los pulgares se mueven por la pantalla a la velocidad de la luz.

—Quiero decir… Suena como si estuvieras tocando siete pianos a la vez, o algo así.

Samuel sonríe.

En ese momento ninguno de los dos tiene clase. Aunque la tuvieran, seguramente no asistirían o no se concentrarían en clase. Aun así, los dos han ido al colegio esta mañana. Cualquier cosa con tal de evitar el vacío de sus habitaciones, supongo. El silencio. La nada.

Samuel toca unos cuantos pasajes más al azar. Por lo menos, las teclas están bien ajustadas. Por lo demás, el piano huele a barato: el sonido es sintético, el piano en sí está fabricado en plástico duro, la pantalla digital es más propia de un juguete infantil. Micrófonos, monitores, sintetizadores, baterías. En el Búnker, la sala de música del colegio, todo es de bajo presupuesto. Para el nivel básico, cumple la misión del colegio, que es «ofrecer al talento joven un estudio bien equipado y un espacio para ensayar».

Sin embargo, Samuel no ha ido a ensayar. Solo necesita tocar un

rato, llenar los oídos de un ruido distinto. Le gusta que Thea lo disfrute. De un tiempo a esta parte se han hecho muy amigos. Puede que ahora sea una de las mejores que le quedan.

Cierra los ojos y se deja llevar por los dedos, frustrado consigo mismo por no ser capaz de evocar algo único. En cambio, sus manos se limitan a seguir patrones conocidos. Con todo lo que está pasando, debería extraer algo memorable de su alma, algo en lo que poder trabajar e interpretarlo en el funeral de Eva y Hedda, tal vez. Quiere honrarlas con algo nuevo que refleje todo lo que siente o ha sentido por ellas. Cualquiera puede aprender a interpretar los *Nocturnos, op. 9* de Chopin o *Gymnopédie no. 1* de Erik Satie.

Pero Samuel tiene que tocar ahí, en el Búnker.

La sola idea de entrar en el estudio de su casa, incluso con su piano de cola Steinway, le produce una gran aversión. Ahora mismo no soporta la idea siquiera de tocar algo relacionado con sus padres.

La pantalla del móvil se ilumina. Es un mensaje de texto de Víctor, el tercero o cuarto desde el sábado. Samuel deja de tocar para abrirlo.

SÉ QUE ES UN MOMENTO DURO, PERO SI QUIERES SALIR O HACER ALGO ESTA NOCHE DÍMELO.

Samuel sacude la cabeza. ¿Por qué todo el mundo cree que la vida seguirá como si no hubiera pasado nada?

Samuel deja el teléfono sobre el piano con la pantalla hacia abajo. Está a punto de posar los dedos sobre las teclas de nuevo cuando se abre la puerta.

—William… —Samuel siente un pinchazo en la garganta—. ¿Qué…? Perdona, no esperaba verte aquí.

—Hola, Samuel —dice William Bülow, y avanza un paso, indeciso —. Ah, hola, Thea. No sabía que también estarías aquí. Esperamos no interrumpir. —El tono es cálido y amable, como de costumbre.

—No, no. Para nada, solo es que… —Samuel no sabe qué decir.

Ve a una mujer detrás del padre de Hedda, que le sonríe con amabilidad y también saluda con la cabeza a Thea. La vio ayer en la

ceremonia. Estaba al lado de William.

—Nos hemos encontrado con un amigo vuestro fuera —continúa William—. Ahora no me acuerdo de cómo se llama. Bajito, con el pelo a lo militar. Me ha dicho que estabais aquí.

—Ah, vale.

Samuel se levanta del taburete del piano cuando William se acerca a él, con los brazos abiertos. El chico acepta el abrazo. Como siempre, el padre de Hedda huele bien. Probablemente sea el frasco de Terre d'Hermès que vio una vez en su baño.

—Esta es Kari Voss, mi vecina —dice William, que retrocede un paso y deja que avance ella. Samuel acepta la mano menuda y delgada que le tiende ella. Tiene los dedos suaves. Su presencia ahí, en ese momento, hace que Samuel se pregunte si son más que amigos. Es guapa. Tiene los ojos de un impactante color azul claro.

—No os entretendremos mucho —dice William—. Solo tenemos una pregunta: ¿conocéis a alguien llamado Cecilie Hoff?

Samuel le lanza una mirada rápida a Thea, y luego entorna los ojos.

—¿Cecilie? ¿Por qué…?

—Lo siento —se disculpa William, y levanta las manos—. Estoy empezando por el final. Ayer topé con un hilo en una de las publicaciones de Instagram de Hedda. Se mencionaba el nombre de Cecilie Hoff en relación con algo que supuestamente Eva y Hedda habían hecho. A ella. Algo… no muy bonito, por lo visto.

Samuel nota que le arde la cara.

—¿Sabéis de qué hablo? ¿Sabéis quién es Cecilie Hoff?

Samuel traga saliva mientras intenta pensar en una respuesta.

—Conozco a Cecilie, sí —responde, con menos fuerza de la que pretendía—. El año pasado iba a nuestra clase.

—¿De verdad?

Samuel asiente y mira de nuevo a Thea, que ahora parece muy ocupada con su móvil; las mejillas se le están poniendo granates.

—Qué raro —comenta William—. Hedda nunca me habló de ella. ¿Sabéis a qué incidente se refiere el hilo?

Samuel niega con la cabeza y dice:

—Lo siento, no tengo ni idea.

—¿Seguro? Hedda siempre me decía que lo compartía todo contigo… y con Eva, claro.

Samuel se mete la mano en el bolsillo, y la vuelve a sacar de inmediato.

—Seguro —asiente.

—La persona que lo escribió utiliza el usuario de Instagram @viking01. ¿Sabéis quién es?

Samuel hace clic en la imagen de perfil la noche anterior, y ve el cuerno y el casco.

—No. Lo siento.

Se impone un silencio incómodo.

—Cecilie siempre fue un poco rara —dice Samuel, sin saber por qué—. Un poco dramática, ya sabes. Decía que de pequeña se hacía cortes y ese tipo de cosas, para hacerse la interesante. En realidad, nadie la creía. No tenía cicatrices en el brazo ni nada.

—Y su relación con Eva y Hedda…, ¿cómo era?

Samuel solo desea salir de allí cuanto antes.

—Creo que Cecilie se moría por ser su amiga, porque Eva y Hedda eran muy populares y todo eso. Pero no se puede obligar a alguien a ser tu amiga. No funciona así. A lo mejor se sintió rechazada de alguna manera…, no lo sé.

William asiente despacio.

—¿Ya está? ¿No había nada más, que tú sepas?

—Ya está —asegura Samuel.

William se lleva una mano a la barbilla, como suele hacer cuando sale por televisión. Samuel nota el ardor en la cara.

—Has dicho que el año pasado iba a vuestra clase. Entonces ¿este año no?

—No. De hecho, hace mucho que no la veo.

—¿Y tú, Thea? —William se vuelve hacia ella.

—No, lo siento.

William asiente con aire distraído. Se dirige de nuevo a Samuel.

—¿Sabes dónde vive?

Samuel piensa en la fiesta solos en casa a la que los invitó por su cumpleaños el invierno anterior. «No traigáis regalos, para mí es más que suficiente con que vengáis».

—En algún sitio en Bygdøy. No recuerdo la dirección. Pero su padre es el que está detrás de T.H.e Club. Ya sabéis, esos gimnasios pijos que aparecieron por todas partes hace unos años.

William le sonríe.

—De acuerdo, gracias, Samuel. Has sido de gran ayuda. Ya os dejamos ensayar.

—No pasa nada.

—Hasta luego, Thea. —William le sonríe, luego se va, y su vecina lo sigue de cerca.

Cuando la sala vuelve a quedarse en silencio, Thea se levanta de la silla y dice:

—¿Estás bien?

Samuel lo piensa.

—No, no estoy bien —responde—. Odio a esa zorra de Cecilie, joder.

25

William lleva razón; Cecilie Hoff no tiene ningún tipo de presencia en internet, pero no es el caso de su padre, sin duda.

Antes del covid, Truls Hoff amasó una fortuna importando un concepto de gimnasio de Nueva Zelanda, especializado en *crossfit* de lujo. Tiene clubs en Trondheim, Bergen, Stavanger y Bodø, además de Oslo. Según las fotografías que he encontrado por internet, las filiales de T.H.e Club parecen casi clubs de caballeros. Su éxito hizo que la familia se mudara a Bygdøy justo antes de la pandemia, tras reconstruir una casa desde cero y diseñarla para que se pareciera a las majestuosas mansiones de principios del siglo XX.

Lo ideal para mí habría sido que me acompañara William, pero regresar al colegio de Hedda lo ha dejado extenuado. No ha dicho una palabra durante el camino de vuelta. Lo he acompañado a casa y me he ido a la mía a trabajar un poco. Sin embargo, no podía concentrarme, y no paraba de ver cómo pasaba el tiempo a la espera de que llegara la tarde, que es cuando pensaba que tendría más opciones de encontrar a los Hoff en casa.

Algo grave había ocurrido entre Hedda, Eva y Cecilie Hoff, y Samuel lo sabía. Mientras procesaba las preguntas que le planteaba William, Samuel contraía con fuerza los labios y los párpados, una orden instintiva e inconsciente de su cuerpo para cerrarse en banda y no decir una palabra. Quise señalárselo por si conseguía que nos contara la verdad, pero al final lo descarté. Mi papel era de mera

observadora y, lo que es más importante, no quería arriesgarme a que Samuel se cerrara del todo o incluso avisara a quien también conociera el incidente cuando nos fuéramos. Visto ahora, podría hacerlo de todos modos. Y, si no lo hacía él, puede que Thea sí. Sabía más de lo que decía, eso seguro.

La cuestión es: ¿qué sabía? ¿Qué pasó?

Pese a que no son ni las seis de la tarde, el cielo sobre Bygdøy está oscuro. Ha caído un chubasco antes y ahora una capa gruesa de hojas mojadas convierte las carreteras en pegamento. Si no te orientas bien en Bygdøy, puede resultar bastante lúgubre a oscuras: las calles son estrechas, los setos altos rodean los jardines de la gente. Cuando Vetle y yo nos mudamos a la zona, solía cruzarme la península en bicicleta para familiarizarme con cada recoveco y grieta.

Aparco en la calle contigua a la pared revestida de madera de la propiedad de los Hoff y recorro a pie el camino adoquinado que conduce al porche, cubierto por un tejado inclinado que descansa sobre cuatro falsas columnas toscanas cubiertas de hiedra.

Saco una tarjeta de visita del bolso y llamo al timbre, retrocedo unos pasos y me desplazo a la derecha para que mi intrusión no sea tan frontal. Es una táctica probada para atenuar lo que de lo contrario parecería una agresión. Soy plenamente consciente de que estoy a punto de hacer algo que tal vez no sea muy bien recibido por Ramona y Unni Flem, pero en mi defensa debo decir que no creo que ellas hubieran pensado en llamar a esta puerta.

Un hombre con la cabeza afeitada, unas pobladas cejas negras y una barba bien cuidada abre la puerta de un tirón tan fuerte que me asusta. Reconozco de inmediato a Truls Hoff por las imágenes que he visto en internet. Lleva un jersey ceñido de color beis para hacer alarde de su impresionante al tiempo que intimidatoria colección de músculos. Se coloca de lado, lo que me indica que no soy bienvenida y que no tiene intención de perder el tiempo hablando conmigo.

—Buenas tardes, ¿el señor Hoff? —pregunto con una sonrisa, y ladeo la cabeza. La postura es ideal cuando te enfrentas a alguien

que tal vez no quiere hablar contigo. Al inclinar la cabeza, muestras literalmente tu lado más vulnerable al exponer la principal arteria del cuerpo, la misma a la que hincarían los dientes los depredadores para inmovilizar a su presa o acabar con ella. Te presentas como inofensiva y simpática.

Acto seguido acerca los pies hacia mí: mi postura le ha dado seguridad y cuento con toda su atención.

—¿Sí?

—Me llamo Kari Voss. Soy psicóloga y asesora de la policía de Oslo. Los ayudo con la investigación de las muertes de dos compañeras de clase de su hija, Cecilie: Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow.

Truls Hoff se frota los ojos un momento con la mano derecha. No es que se muera de ganas por abordar el tema.

—Estamos hablando con todos los amigos y conocidos de Eva y Hedda —continúo—. Siento molestarlo en casa, pero he ido al Handelsgym de Oslo esta mañana y no hemos encontrado a su hija. Pero hemos hablado con algunos amigos suyos y…

—Cecilie ya no estudia en el Handelsgym de Oslo —anuncia Truls Hoff—. Empezó en el Hartvig-Nissen en agosto. Hace un tiempo que no ve a nadie de su antiguo colegio. —Se frota la punta de la barbilla con vehemencia, lo que demuestra el efecto Pinocho. Truls Hoff acaba de mentirme.

—¿Quién es? —Suena una voz masculina desde el interior de la casa.

—La policía —contesta Truls Hoff, subiendo el tono—. Bueno…, una loquera de la policía, o algo así —añade, y se aparta para dejar espacio a un chico veinteañero. Aparte del pelo castaño corto, el parecido con Truls es asombroso: tiene los mismos ojos azules enmarcados en unas cejas oscuras, la misma nariz pequeña y la barbilla con un hoyuelo profundo.

—Quiere hablar con Cecilie sobre los asesinatos —prosigue Truls, como si yo no estuviera.

—Kari Voss. Hola. —Espero conseguir una sonrisa convincente,

pese a forzarla—. ¿Eres el hermano de Cecilie?

—Sí, pero no entiendo por qué quiere hablar con ella.

—Como le contaba a tu padre… Perdona, ¿cómo te llamas?

—Fredrik.

—Solo intentamos entender todo lo que podamos de las vidas de Eva y Hedda. Tu hermana las conocía.

Fredrik arruga la nariz, y la parte izquierda de la boca sube un poco. La mención de los nombres de Eva y Hedda le ha provocado aversión.

—Cecilie no está bien —contesta—. No está en condiciones de contestar a ninguna de sus preguntas.

Coloca las manos en las caderas, y los brazos formando un ángulo en ambos lados del cuerpo. Esa posición «con los brazos en jarras» que adoptan a menudo militares y policías es un potente signo territorial que me demuestra que no quiere que me acerque a su hermana.

—Vaya, lo siento —digo, y le ofrezco una falsa rendición. Hago una pausa con una sonrisa triste antes de continuar, esta vez dirigiéndome a Truls a propósito—. Entonces ¿tal vez puedo volver mañana? No quiero que Cecilie tenga que ir hasta comisaría.

—Cecilie no tiene nada que decir sobre esas chicas —replica Fredrik, que da un paso hacia mí—. No era su amiga.

Noto que Truls esconde los pulgares en los bolsillos de los pantalones de deporte, el resto de los dedos cuelgan, un indicio, muy a su pesar, de que la confianza en sí mismo se ha visto erosionada. Me hace pensar en qué demonios ha pasado en esa familia para que el hijo mayor asuma el papel de padre y protector de forma tan evidente.

—Pues no —añade Fredrik—, no tiene sentido volver mañana ni llevarla a comisaría: no va a ir.

Luego me dedica una sonrisa automática, tan breve como forzada, antes de cerrarme la puerta en las narices.

26

—¿Mamá? —pregunta Vetle, con la mirada clavada en las tortitas empapadas en sirope de arce que devora para desayunar—. ¿Puedes no abrazarme delante de mis amigos hoy?

Toma un bocado demasiado grande, pero lo engulle de todos modos. Frunzo el ceño y le doy un sorbo a mi café mientras espero a que termine de masticar. En realidad, no tengo tiempo de sentarme con él. Sus invitados al cumpleaños llegarán dentro de unas horas, y aún tengo que hacer mil cosas.

—Con Hedda, Jesper y Eva aún no pasa nada, están acostumbrados. Pero los demás no. Soy mayor para eso.

No puedo evitar sonreír, aunque ese momento me da pavor: el primer indicio de desapego. Sabía que iba a llegar, como a todos los padres; aun así, escuece, aunque de una manera reconfortante.

Mi hijo se está haciendo mayor. Ya va a cumplir nueve años.

Dejo mi taza y me inclino hacia delante, fingiendo cubrirlo de besos ansiosos, y su risa se mezcla con el chasquido de mis labios.

—¡Para! —grita, sin parar de reír. No paro, ni un segundo, hasta que consigo plantarle un beso largo y húmedo en la frente, con la nariz enterrada en su pelo, absorbiendo ese olor dulce a sol.

Noto una corriente eléctrica en el cuello.

Abro los ojos y parpadeo, del todo desorientada, y una luz cegadora me deslumbra. Penetra a través de la ventana que tengo delante. Procede de una farola.

Estoy en mi coche, sentada al volante. Desconcertada, busco el teléfono con la mirada y al final lo noto encajado entre mis piernas. Con un toquecito en la pantalla veo que son las 22:41.

—Mierda.

La última vez que miré la hora estaba a punto de llegar a Son y eran las siete en punto clavadas. Recuerdo aparcar en la calle de debajo de la residencia de verano de los Eek-Svendsen, pero no quedarme dormida.

Me invade una capa de sudor frío.

Ha vuelto a pasar. Otra pérdida de conocimiento.

La pantalla de mi teléfono está llena de notificaciones. Ramona ha intentado localizarme unas cuantas veces, y también me ha dejado un mensaje de voz.

Lo abro.

HOLA, KARI, ESPERO QUE TODO VAYA BIEN. SOLO PARA QUE SEPAS QUE TE HE ENVIADO TODOS LOS INTERROGATORIOS GRABADOS QUE LE HEMOS HECHO A JESPER HASTA AHORA. LOS ARCHIVOS ESTÁN ENCRIPTADOS, COMO SIEMPRE. CONFÍRMAME QUE TE HAN LLEGADO BIEN. BESOS.

Se ha adelantado a mi solicitud, genial. Pero me da la sensación de que ello se debe más a nuestra amistad que a un interés profesional. ¿O tal vez Ramona alberga dudas, en el subconsciente o no, sobre la culpabilidad de Jesper?

En todo caso, mi breve encuentro con Truls y Fredrik Hoff demuestra que en esta historia hay mucho más de lo que se ve a simple vista. Cuando mencioné el doble asesinato, la reacción de Truls fue fuerte, un indicio claro de que no se sentía cómodo hablando del tema. Justo después, mintió con descaro al decir que Cecilie no había visto a nadie de su colegio de un tiempo a esta parte, lo que me suscita dos preguntas: con quién se ha visto Cecilie, y por qué iba a mentir su padre sobre eso. No estoy segura de que nada de eso guarde relación con el asesinato de Eva y Hedda, pero necesito estarlo.

Me he ido de casa de los Hoff a última hora de la tarde dudando de la culpabilidad de Jesper más que nunca. He subido al coche y he

caído en que, solo unos días antes, más o menos a la misma hora, Jesper condujo el Porsche de su padre para encontrarse con Eva y Hedda en Son. Por eso, por lo menos en parte, decidí hacer el viaje a Son yo, en ese momento. Pensé que resultaría útil ver cómo eran los alrededores más o menos a la misma hora en que asesinaron a las chicas: cómo era la luz, o más bien su ausencia. También quería ver con mis propios ojos si la casa de verano era accesible de cualquier otra manera que no fuese por la entrada. Cuando estuve allí con Ramona y Eivind no hubo tiempo de hacerlo bien.

Reprimo un bostezo, agarro el bolso, me bajo del coche y me estremezco cuando me envuelve el frío nocturno. Se acerca el invierno. Enciendo la linterna del móvil para ver dónde pongo los pies, ya que no hay luces instaladas a los lados del sinuoso camino que lleva hasta la casa.

A mi derecha se alza imponente una colina con una pendiente peligrosa. Aun así, un sendero se abre paso entre los árboles, sube hasta la cima, se ve desde la carretera.

Parece traicionero. El suelo está cubierto de hojas muertas, lo más seguro es que mojadas, e incluso escarchadas en esta época del año. Puede que haya raíces resbaladizas debajo, o piedras sueltas. Despierta del todo, envalentonada por el frío, decido arriesgarme.

Guardo el teléfono, pues necesitaré las dos manos para subir con seguridad. Al cabo de unos minutos ya me estoy maldiciendo por no haber tenido la previsión de ponerme guantes. Las ramas a las que me agarro están heladas, igual que la pared rocosa que necesito tocar de vez en cuando para mantener el equilibrio.

Logro ascender sin romperme nada, pero sudo. Vuelvo a sacar el teléfono y pronto me veo zigzagueando por el terreno, bordeando el camino mientras me acerco a la propiedad de los Eek-Svendsen. Me detengo al llegar a un pequeño saliente con buenas vistas a la casa, un poco a mi derecha. Veo que hay dos casas más cerca, ninguna con vistas directas a la entrada o el jardín de Mia y Eivind.

Se puede llegar a la propiedad desde la orilla, pero, aparte de la

entrada, por lo que veo es la única alternativa existente para entrar.

Sigo el camino bajando hacia la entrada, y advierto que no es un gran atajo, tal vez solo un sendero creado con los años por niños aventureros. Me paro delante del garaje, donde aún hay montoncillos de flores en el suelo, algunas ya se han marchitado. Sin la cinta policial, la casa casi parece apacible. Incluso hay una bonita luz exterior encendida.

—¿Quién eres y qué haces aquí? —Una voz cortante me da un buen susto.

Me doy la vuelta. Una mujer de cincuenta y tantos años, con unas botas de agua amarillo chillón, un gorro de lana oscuro y un abrigo demasiado grande para ser suyo está plantada frente a mí con una linterna en la mano y las piernas separadas al estilo vaquero, exigiendo una respuesta.

—Esto es una propiedad privada —continúa en tono severo.

—Hola, lo siento —contesto, y hurgo en el bolso en busca de una tarjeta de visita—. Me llamo Kari Voss; trabajo con la policía en la investigación del doble asesinato que tuvo lugar aquí hace unas noches. Un segundo…

El haz de luz de la linterna se desvía hacia la puerta del garaje y me ilumina el camino.

—Dónde estará… —mascullo, mientras sigo revolviendo el bolso —. Aquí.

Por fin encuentro una tarjeta y se la doy a la vaquera. Me la acepta y utiliza la linterna para estudiarla con más detenimiento.

—No dice nada de que sea usted agente de policía.

—No lo soy. Soy una asesora especial. Si quiere comprobar mis credenciales, estaré encantada de llamar a Ramona Norum ahora mismo. Es la agente al cargo del caso. Tal vez haya leído sobre ella en la prensa.

Estudia mi tarjeta unos segundos más.

—De acuerdo —dice, y me la devuelve con un tono una pizca menos suspicaz—. No hará falta. Siento haberla recibido con tanta brusquedad. Soy Gunhild Bjork. Vivo al final de la carretera —dice, y

señala con un gesto—. Soy una buena amiga de los Eek-Svendsen. Me he asignado la tarea de vigilar la propiedad ahora que cualquier tipo con su perro quiere un poco de fama. Han venido muchas visitas desde la tragedia. Pero no vienen a presentar sus respetos. Vienen a empaparse del horror. He visto a alguno incluso haciéndose selfis, es increíble.

Sacude la cabeza, pero no me quita el ojo de encima.

—He visto una luz en lo alto de la colina —dice, y señala hacia arriba con la cabeza—. Me he preguntado qué pasaba. Ya que está aquí, ¿puedo ayudarla en algo?

Dudo un momento antes de contestar.

—Puede ser. ¿Sabe cuál es el mejor camino para llegar a Oslo desde aquí?

—¿De verdad? ¿Por eso está aquí a estas horas?

—Solo vuelvo sobre algunos pasos. Detalles prácticos, sobre todo.

—Ah… Bueno —dice, se baja un poco el gorro de lana y hace que el haz de luz nos baile alrededor—. Sé que ir en coche, o incluso en moto, para los más aventureros, es un poco más rápido, pero yo prefiero ir en transporte público. Es muy cómodo: el autobús pasa con bastante frecuencia, y no tienes que preocuparte de aparcar, que en Oslo es una auténtica pesadilla. Te subes al 545B, la parada está en Kappelveien, a cinco minutos a pie de aquí. Luego el trayecto dura diez minutos hasta la estación Sonsveien, donde coges el tren R21 hasta Oslo Central. Es poco menos de media hora, todo incluido. No es ninguna molestia.

—¿Sabe a qué hora deja de funcionar el servicio de autobús?

—A eso de la medianoche, creo.

—De acuerdo, gracias. Ha sido de gran ayuda. Por cierto: ¿notó algo raro por aquí la noche de los asesinatos? ¿Alguien que merodeara o…, bueno…, cualquier cosa?

—Como le dije el otro día a la policía, el viernes me acosté bastante pronto.

—Ah.

—Sí que vi a alguien merodeando, pero eso fue al principio del verano. No me pregunte cuándo exactamente. Mia y Eivind aún no habían llegado para el verano.

—Ya.

—No llegué a ver bien al tipo. Era más bien una silueta, con una gorra o algo así, o a lo mejor era una capucha, a saber. Pero estoy bastante segura de que era alguien, ya sabes, que comprobaba quién había llegado para pasar el verano y quién no. —Señala con la barbilla la casa de los Eek-Svendsen—. Por lo menos esa fue la impresión que me dio. En ese momento pensé que podría ser un posible ladrón, inspeccionando.

Desvía la mirada hacia la casa, y vuelve a sacudir la cabeza.

—Pobre gente. Me revuelve el estómago pensar que yo dormía mientras asesinaban a esas chicas un poco más allá. Ella también era un amor, esa Eva.

Gunhild Bjork suelta un suspiro prolongado.

—Muy bien —dice, y se da una palmada en el muslo—. La dejo a lo suyo. Buena suerte con todo. —Da media vuelta y regresa por el camino.

Desbloqueo el teléfono y llamo a mi padre.

Me responde al primer tono.

—¿Estás bien? —me pregunta de sopetón; suena tenso.

—Sí, sí, todo bien. Estoy en Son.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Nada. Solo tenía que comprobar… unos cuantos detalles.

—Son más de las once de la noche, Kari.

—Lo sé. ¿Te he despertado? Lo siento, he perdido la noción del tiempo.

—No, no, no pasa nada. Estaba despierto. ¿Qué pasa?

—¿Crees que podrías conseguir los registros de los coches que estuvieron en Son la noche de los asesinatos?

—¿Qué?

—Quiero decir…, ¿podemos conseguir una lista de los coches que fueron a Son esa noche? ¿O los que salieron de allí? ¿Con las

cámaras de vigilancia de la autovía o el registro de los peajes o… algo? Desde Oslo, para empezar: es más probable que el asesino llegara a Son desde la capital.

—Kari… —Hace una pausa, sin duda para escoger con cuidado las palabras. Sin éxito—. ¿Para qué diantres lo necesitas?

—Para ver si alguien del círculo más íntimo de Hedda o Eva fue a Son esa noche. O del círculo no tan íntimo.

Mi padre suspira. Es su manera de contener su impotencia, a un paso del enfado.

—Tiene que haber cámaras en la estación de tren de Sonsveien o en Oslo, ¿no? —continúo—. A lo mejor podemos…

Me detengo, porque casi lo oigo pensar.

—Kari, aunque todavía pudiera pedir algunos favores en comisaría, es mucho trabajo. Es como buscar una aguja en un pajar: la lista será gruesa como una guía telefónica. Además, hay muchas otras maneras de llegar a Son. Se puede ir en autobús o en ferri. Es que hasta se puede ir en bicicleta; no está tan lejos. ¿Y quién sabe de dónde llegó el asesino, si es que no estaba ya allí?

Oigo el silbido de una botella de agua con gas al abrirse. Y luego, un vaso que se llena.

—¿Y qué te hace pensar que la policía no está en ello? Estoy seguro de que, mientras hablamos, revisan registros telefónicos y comprueban antenas móviles por si algún amigo de Eva y Hedda estuvo en la zona esa noche.

—Espero que tengas razón, pero de todos modos me gustaría ver esos registros de matrículas. No estoy segura de que tus amigos lo estén haciendo bien.

Se oye otro suspiro, esta vez de cansancio.

—Vamos —añado, prácticamente suplico—. Es por mi paz mental. Tenemos que estar muy seguros de todo. Hacerlo bien. ¿No crees?

27

«Eres demasiado joven», decían. Te falta experiencia. No tienes ni idea de lo que implica llevar tu propio negocio.

Fredrik Hoff ha soltado un potente «que os den» a los sabelotodos, a los escépticos, y lo ha hecho igualmente con la ayuda de un adelanto de su herencia familiar y una buena dosis de arrojo juvenil. Había actuado con arreglo a su visión nítida de lo que sería su microcervecera: una experiencia sensorial de cervezas artesanas bien combinadas, servidas en un bar pequeño pero decorado con gusto, un guiño a los métodos antiguos de producción.

Y así fue. En su local, Hoff Pub & Microbrewery, unas auténticas herramientas antiguas para fabricar cerveza colgaban del techo. Las paredes estaban decoradas con recetas antiguas de cerveza enmarcadas y cuadros de monjes y cerveceros a lo largo del tiempo. Se veían los tubos por los que fluía su deliciosa bebida, y olía a fábrica cervecera. Por todas partes se veía historia y cultura de la cerveza, hasta en los tablones bajo los pies y las mesas a las que te sentabas. Si las bisagras de las macizas puertas de madera hechas a medida no chirriaban, había hecho algo mal.

Fredrik ardería en el infierno antes que admitir que hacer que todo funcione ha sido mucho más duro de lo que imaginaba. Todas las cosas de las que tiene que ocuparse y que debe recordar: permisos, plazos, normativas de higiene, cuotas de alquiler y préstamos, por no hablar de los ingredientes que tiene que pedir,

almacenar y conservar. Y eso antes de empezar a elaborar cerveza. A veces, el solo hecho de que la gente se presente en su maldito puesto de trabajo ya es un incordio. Los estudiantes al final se largan para hacer algo tan provocador y absurdo como estudiar de verdad, y las mujeres de entre veintidós y treinta y cinco siempre acaban teniendo uno o dos hijos, o se ponen enfermas todo el rato. Por eso Fredrik, pese a ser el dueño, maestro cervecero y jefe, tiene que abrir hoy el *pub*.

¿Por qué no puede ser todo un poco más fácil, ir un poco rodado?

Thea sale del lavabo. Se oye un golpe fuerte cuando la puerta se cierra tras ella.

—Tengo que irme —dice—. ¿Paso por aquí cuando acabes esta noche?

—Claro, debería terminar hacia las diez. A menos que salga un imprevisto.

—Vale. —Se acerca para besarlo—. Tengo que hablar contigo de una cosa —anuncia—. Pero puede ser más tarde.

—¿No quieres hablarlo ahora?

—No…, no tengo tiempo. Tengo que ir al instituto.

La mira un momento.

—Vale. Entonces nos vemos esta noche, guapa.

Ella le sonríe y se va.

Fredrik acaba de abrir la caja registradora cuando las bisagras de la puerta principal protestan con fuerza, un sonido que por lo general sería música para sus oídos, pero que en ese momento le molesta.

—Aún no hemos abierto —grita Fredrik mirando hacia atrás, con más contundencia de la que pretendía. Siempre hay alguien que no lee el letrero o ni se molesta en consultar el horario en internet.

—No he venido a tomar una cerveza —asegura una voz firme.

Fredrik se vuelve hacia la puerta y ve entrar a una mujer que se dirige despacio a la barra. Los zapatos repiquetean en el suelo.

—Hola otra vez —saluda—. ¿Me recuerdas de ayer?

A Fredrik no se le dan muy bien las caras, pero le ha costado olvidar la de la mujer que tiene enfrente.

—Kari Voss —dice—. Psicóloga que juega a ser policía y a la que le encanta presentarse sin avisar por ahí. Lee la mente, o lo que diga su tarjeta de visita.

—Es una manera de decirlo —contesta ella con una sonrisa indulgente—. Me dedico a interpretar el lenguaje corporal, entre otras cosas. Puedo darle un ejemplo aquí y ahora, si quiere.

Le sorprende la sugerencia, pero también le intriga.

—Claro. «Interprete».

—Cuando hablaba de mi tarjeta de visita hace unos segundos, ha hecho esto. —Se coloca el dedo anular en una mejilla y la frota arriba y abajo—. No creo que su intención fuera necesariamente hacerme una peineta, pero me ha dejado claro que no tiene en mucha estima a las personas como yo. O, para ser más precisa, que siente cierta hostilidad hacia mí.

Fredrik no recuerda en absoluto qué hacía con las manos hace unos segundos, pero no se equivoca. Retrocede unos pasos y se cruza de brazos.

—Y eso —dice ella, mientras lo señala directamente— significa que rechaza o no cree en la base científica que hay detrás de lo que le cuento.

Fredrik abre la boca, pero no dice nada. En cambio, se mete las manos en los bolsillos de los pantalones.

Kari Voss le sonríe y dice:

—No te preocupes, no eres el primero.

Fredrik no sabe qué decir.

Kira echa un vistazo rápido alrededor.

—Esto es muy bonito. Hay muchas cosas bonitas colgadas de las paredes. ¿Son de la era vikinga o algo así?

Fredrik suelta un bufido.

—En este país no tuvimos cerveceras propias hasta el siglo XIX.

—Y yo que pensaba que nacíamos con un vaso de cerveza en la mano y un casco con cuernos en la cabeza.

—Bueno —exclama él, con una sonrisa—. Hace casi tres mil quinientos años que se bebe cerveza en Noruega. Pero no tenían ese tipo de instrumentos en eBay.

Eso la hace reír.

—¿Qué…? —Fredrik se aclara la garganta—. ¿Puedo preguntarle a qué se debe la visita? Pensaba que quería hablar con mi hermana.

Kari Voss se acerca un paso a él y deja el bolso sobre la barra. Junta las manos delante y dice:

—He venido porque han asesinado a Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow, y porque algunas personas en las redes sociales creen que se lo habían ganado.

Hace una pausa y sigue con la mirada fija en Fredrik.

—En ese contexto aparecía el nombre de tu hermana: al parecer, Eva y Hedda le hicieron algo. El hecho de que ni tú ni tu padre tuvierais ningún interés en hablar conmigo sobre los asesinatos y que no quisierais que me acercara a tu hermana no hizo más que aumentar mi curiosidad, y mi intención de averiguar de qué va todo esto.

Sigue mirándolo, sin mover los ojos.

Fredrik traga saliva. Una vez más, no sabe qué decir. ¿De verdad ha sido tan fácil interpretarlos?

—Pensaba que la policía había detenido a alguien por los asesinatos.

—Es cierto —replica Kari Voss—. Pero todavía estamos investigando.

Fredrik piensa en su hermana, se pregunta qué hará en ese momento. Lo más probable es que no mucho.

—Cecilie no tiene nada que ver —dice en un tono más bajo.

—No digo que fuera ella.

Kari Voss inclina la cabeza y le sonríe. Es una sonrisa compasiva, como si ya lo supiera todo.

—Fredrik, creo que eres el tipo de persona que valora la sinceridad —dice—. No te van las tonterías, ¿verdad?

Se le dibuja una sonrisa fugaz en los labios, como si Fredrik

hubiera contestado «sí». Se pregunta si ha asentido sin darse cuenta.

—A mí tampoco —prosigue ella—. Es mucho más fácil así. Entonces, si no te importa, me gustaría contarte lo que noté ayer. ¿Te parece bien?

Fredrik contrae los dedos en los bolsillos y traga saliva. Quiere pedirle que se vaya, pero tiene unas maneras amables y respetuosas. Incluso dulces.

—De acuerdo… —consigue decir, un poco tenso.

—Cuando tu padre abrió la puerta ayer —empieza—, vi a un hombre que venera su físico como símbolo de masculinidad, pero al mismo tiempo era evidente que se tiene en poca estima. Escondía los pulgares en los bolsillos, un gesto típico de las personas que se sienten inseguras o se encuentran en una situación en la que se sienten inferiores. Ese rasgo no encaja en absoluto con su perfil de hombre de negocios de éxito que vive en una magnífica mansión en uno de los barrios más elegantes de Oslo. Luego apareciste tú y tomaste el mando absoluto. Tu padre retrocedió un paso, en sentido literal y simbólico, y dejó que manejaras la situación como si Cecilie fuera tu hija, y no la suya. Además, en ese momento vi un punto de desdén y decepción en ti, hacia tu padre. Vi un punto, pero parecía grande. Como si le hubieras perdido el respeto del todo.

Fredrik sonríe con aires de suficiencia.

—¿Y todo eso lo deduce basándose en un encuentro de dos minutos?

—No deduzco nada —dice—. Vosotros me lo dijisteis. O, más bien, vuestros cuerpos.

Fredrik está a punto de protestar, pero ¿por qué debería? A fin de cuentas, tiene razón.

—No digo que nada de eso tenga que ver con el doble asesinato —añade—. En absoluto. Y sé que no es cómodo verse en el punto de mira, pero por lo menos ahora no necesitas pensar que todo es perfecto en tu familia. Puedes relajarte un poco.

Voss hace una pausa y suelta un largo suspiro. Parece que

Fredrik exhala con ella, que libera un suspiro que retiene desde hace mucho tiempo.

Se apoya en la barra que tiene detrás y se pregunta hasta dónde debería contar, si explica algo. Sin el consentimiento de Cecilie, en realidad no debería decir nada. Pero, una vez más, ¿por qué no, maldita sea? No es el único que sabe lo que ocurrió, pero ¿no es mejor que venga de él que de otras personas? Además, todo apunta a que esta tal Kari Voss no va a parar hasta llegar al fondo del asunto.

—Entonces ¿qué le pasó a Cecilie? ¿Qué le hicieron Hedda y Eva?

Fredrik deja escapar un profundo suspiro.

—Cecilie… —Se detiene y se replantea por dónde empezar—. Vinimos a Oslo cuando Cecilie estaba en secundaria. Había discutido con el grupo de amigos donde nos criamos, y mis padres pensaron que le iría bien un cambio de aires. Y creo que así fue al principio. Empezó a hacer de animadora, entre otras cosas, y creo que estaba mejor. Pero cuando pasó la mierda del covid y… —Sacude la cabeza —. Se pasó la mayor parte de los dos años en su cuarto, sin apenas contacto social. Cuando los colegios reabrieron, no sabía cómo comportarse, creo. En cualquier caso, le costó hacer amigos nuevos, y no tenía la misma historia que los demás en la comunidad local. A lo mejor se esforzó demasiado, no lo sé. Además, hoy en día empiezan con las fiestas y esas cosas muy pronto. Mucho más que cuando yo tenía su edad. Alcohol. Drogas.

Gira la cabeza y advierte que la puerta de la nevera está un poco entreabierta. Molesto, se acerca y la cierra empujándola con el pie.

Vuelve con Kari Voss:

—Era abril, y se acercaba el momento de la graduación. Era oficial el *russetid*, ese momento del semestre en que los estudiantes alquilan autobuses y dan vueltas sin rumbo, montando fiestas salvajes durante tres o cuatro semanas. Todos, en especial las chicas que no tenían edad suficiente, querían formar parte, aunque no fuera su graduación. Puede que sea el momento más destacado del año, en cuanto a fiestas, y si subes a uno de esos autobuses, eso

significa que eres popular. Para algunas chicas, a los dieciséis años, eso es lo único que importa. Pero hay que pagar una especie de precio: como una entrada sin la que no puedes subir. Y las cosas que algunas chicas tienen que hacer… —Menea la cabeza—. Digámoslo así: a veces no basta con dinero. Y Cecilie…, ella… —Fredrik suelta un profundo suspiro—. Se moría por formar parte del grupo, ¿sabe? Quería que la miraran igual que a Eva y Hedda. —Hace una mueca —. Eran las chicas más populares. Y Eva y Hedda…

Solo pensar en esos monstruos hace que apriete los dientes.

—Le dijeron a Cecilie que, si de verdad quería ser una de las suyas, tenía que… jugar para el equipo, según sus palabras, asegurarse de que las tres conseguían entradas para uno de los autobuses. Tal vez se imagine adonde va a parar todo esto.

Kari Voss agacha la mirada unos instantes y asiente.

—Para conseguir las tres entradas tenía que… —Para y mira al suelo—. Atender a tres chicos. Ya sabe a lo que me refiero. La noticia se propagó enseguida, todo el mundo se reía de ella y la llamaban puta. Cecilie se sintió fatal. Un día…

Se detiene. El recuerdo es igual de crudo y doloroso que cuando ocurrió.

—Se hizo daño —dice Kari Voss a media voz. No era una pregunta.

Fredrik asiente, con la mirada clavada en la barra.

—Le dije a mi padre que necesitaba ayuda. Profesional. Pero no quiso ni oír hablar de ello. Quería mantenerlo en secreto. —Fredrik sacude la cabeza—. Además de ser un idiota por esquilmar los ahorros de la familia con tal de mantener su mansión en Bygdøy y su posición social intactas después de que el covid acabara con sus aventuras empresariales, es un puto ignorante. Cree que, si necesitas ir al psicólogo, eso significa que algo no funciona en tu cabeza. O sea…

Hace una pausa, nota que la rabia va a más.

—Al cabo de unas semanas, mis padres no estaban en la ciudad y fui a ver a Cecilie. La encontré en el baño. Se había tragado todos

los analgésicos que había encontrado y otras pastillas que también había conseguido. Creo que lo hizo poco antes de que llegara yo. Le metí dos dedos en la garganta para obligarla a vomitar y llamé a una ambulancia. Sobrevivió. Por suerte.

Se hace el silencio en el *pub*, como si le hubieran absorbido todo el aire.

—Así que…, sí, estoy más que un poquito enfadado con mi padre.

—Lo siento —dice Voss—. Por ti y por tu familia.

—Cecilie no ha vuelto a clase desde entonces —continúa—. Hice que mi padre la cambiara de centro, pero le da ansiedad salir de casa. Tiene mucha ansiedad social. Y nos daba pavor que…, ya sabe…, le salga bien si lo vuelve a intentar.

Se impone otro silencio, y parece hundir poco a poco el ambiente en la sala. Fredrik baja un vaso un poco sucio colgado encima de la barra. Abre la puerta del lavavajillas y lo mete.

—Como se imaginará, en nuestra familia no les tenemos mucho cariño a Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow —continúa.

—Ya lo veo —admite Voss.

—Pero eso no nos convierte en asesinos.

Se produce otra breve pausa. La interrumpe con una risa de desdén involuntaria.

—¿Sabe? Vinieron a casa después de las vacaciones de verano. Se habían enterado de lo ocurrido y querían disculparse. —Sacude la cabeza—. Mi padre las mandó a la mierda.

Voss asiente como si ella hubiera hecho lo mismo.

—Ese mensaje en Instagram —dice—, sobre que las chicas merecían morir. ¿Sabes quién lo escribió?

Niega con la cabeza y dice:

—No tengo ni idea. Pero dudo que Cecilie fuera la única a quien esas zorras habían tratado fatal.

28

Ramona Norum mira el reloj de la pared que tiene delante, incrédula, y se pregunta en qué se le ha ido el día. Apenas ha tenido tiempo de almorzar, y ya ha pasado buena parte de la tarde. Y aún no ha terminado: hay muchas más reuniones a las que asistir e informes que redactar, por no hablar de los demás casos en los que trabajan, investigaciones que también necesitan atención.

Coge el teléfono y llama a casa.

—Pero bueno, mira quién llama. —Linnea suena animada. Ramona no está segura de si es sarcasmo o si su mujer está realmente de buen humor. Como los niños están a punto de acostarse y se ha quedado sola defendiéndose, Ramona se inclina por la primera opción.

—Siento no haber tenido tiempo de llamarte antes.

—No pasa nada —dice Linnea—. Sé que ahora mismo es duro.

Ramona siente la culpa como un puñetazo en el estómago. De un tiempo a esta parte, la cantidad de tareas que generan los niños han acabado en la balanza de Linnea, de hecho hace mucho tiempo que es así, por suerte sin quejas graves por su parte.

—¿Cómo va? —pregunta Ramona—. ¿Están todos en la cama?

—Bueno —se burla Linnea—. Según cómo se mire. Ahora mismo, Magnus está del revés en el extremo equivocado de la cama, y August… —suspira— acaba de tirar la tableta de su hermano al suelo. Por suerte, esos trastos son de plástico. Me alegro de que

llames; si no, los habría estrangulado.

Ramona oye la riña de fondo.

Hace ocho años que conoció a Linnea, en preescolar, cada una con su par de gemelos, pero no en el mismo curso. Sin embargo, las aulas estaban la una al lado de la otra, así que Ramona y Linnea se encontraban a menudo al dejarlos por la mañana o recogerlos por la tarde. Una sonrisa al pasar dio paso a un par de frases amables junto al coche. Linnea, que se gana la vida como autora e ilustradora de libros infantiles, más tarde describió su primer contacto físico, un simple apretón de manos, como «de transformación celular». Dos años después, Ramona y sus gemelos se mudaron a la casa familiar de Linnea en Hasleveien.

—Un momento —dice Ramona, y tapa el micrófono cuando Unni Flem se acerca a su mesa. Los andares son rápidos y decididos.

—Acaba de llamar el abogado de Jesper —dice la jefa de policía, y se para delante de Ramona—. Jesper quiere hablar con nosotros.

—¿De verdad? ¿De qué?

—No lo sé, no lo ha dicho.

—De acuerdo.

Levanta el dedo índice para señalar que necesita un minuto más al teléfono. Unni Flem asiente y se va.

—Tengo que irme —anuncia Ramona—. Dales un beso de mi parte a los gremlins. Diles que los detendré si no se duermen pronto.

Es un mal chiste que Ramona ha utilizado demasiadas veces, pero Linnea se ríe igualmente.

—Lo siento, pero no sé a qué hora volveré a casa —se disculpa Ramona—. Ha salido algo y…

—No lo sientas —contesta Linnea—. De todos modos, yo también me voy a acostar pronto.

Ramona echa un vistazo alrededor para ver si alguien escucha la conversación.

—Te despierto cuando vuelva —susurra.

—Hummm —dice Linnea en tono burlón—. No sé si podrás. Estoy

muy cansada.

—Será lento. Y suave.

—Bueno, ¿cómo negarse a eso?

—¿Quieres decirnos algo, Jesper?

Jesper se ha sentado en la silla y mira al frente con atención. Arne Jan Dahl le lanza una mirada para animarlo a contestar. Jesper se incorpora un poco y coloca las manos sobre la mesa.

Ya era un chico flaco cuando lo llevaron a comisaría, pero Ramona ve que ha perdido un par de kilos desde su detención. Se le ven unas ojeras profundas y oscuras. Los pómulos ya cincelados ahora se ven afilados como una cuchilla.

—Yo… —Agacha la mirada. Intenta hablar una vez más, pero se le atragantan las palabras. Las piernas están inquietas, como si tuviera toda la intención de levantarse y echar a correr.

Por fin, dice:

—Fui…, fui yo.

Ramona mira a Meyer primero, luego de nuevo a Jesper, y resiste el impulso de pedirle que lo repita.

—Yo… Dios.

Jesper sacude la cabeza con vehemencia. Ramona nota el eco de su latido en el pecho.

—Lo hice yo —dice Jesper, ahora tragándose las lágrimas—. Yo las maté.

Hunde la cara en las manos y empieza a mecerse adelante y atrás, temblando. Ramona intercambia una mirada rápida con el abogado de Jesper, que parece igual de impresionado por esa súbita revelación que Ramona.

—Madre mía —repite Jesper, sollozando—. Madre mía.

Ramona lo mira, esperando a que disminuya el llanto. Cuando por fin Jesper retira las manos, tiene la cara hinchada y húmeda.

Ramona sabe que los siguientes minutos son cruciales. Todo lo que se diga y haga en esa sala se analizará y estudiará hasta el

último detalle. Tiene que asegurarse de que formula las preguntas adecuadas.

—Jesper —empieza—. En interrogatorios anteriores has declarado que no recordabas lo que ocurrió esa noche. ¿Significa que has recuperado la memoria?

Se limpia la cara con la manga del jersey. Lanza una mirada rápida a su abogado. Este asiente para darle ánimos.

—Sí —responde Jesper, con un hilo de voz.

—¿Recuerdas lo que hiciste? ¿Te acuerdas de lo que pasó?

Asiente.

—De acuerdo. Cuéntamelo todo, tal y como lo recuerdas.

Jesper cierra los ojos durante unos minutos.

—Yo…

De nuevo, se inclina hacia delante y rompe a llorar, sacudiendo la cabeza, revolviéndose en la silla.

—Se reían de mí —dice al fin—. Jugaban conmigo, me hacían… No me gustaba.

—¿Qué no te gustaba, Jesper?

—Que abusaran de mí —dice un poco más fuerte—. Eran, literalmente, las dos contra mí.

—¿En qué sentido, Jesper? ¿Qué te hicieron?

No contesta, solo vuelve a hundir la cara en las manos. Ramona cambia de opinión: puede que funcione mejor un enfoque diferente.

—En tus declaraciones anteriores dijiste que esa noche entraste en el baño a vomitar. ¿Eso fue antes o después de matarlas?

Jesper necesita unos segundos para contestar.

—Antes.

—Vale. Vamos a empezar por ahí. Estás en el baño, acabas de vomitar. ¿Qué pasó después?

—Las oí reír en el salón. Volví al cabo de un rato. Empezaron a reírse de mí otra vez.

—¿Por qué se reían de ti, Jesper?

—No lo sé. Se reían.

—¿Era por algo que hubieras dicho o hecho?

—No lo sé. Algo me pasó en la cabeza. Estaba harto de ser el hazmerreír, así que… salté.

Mira a Meyer, luego a Ramona.

—Saltaste… ¿Eso significa que te enfadaste?

—Sí, aún estaba colocado después de… ya sabe…, así que… las maté.

—¿Cómo las mataste, concretamente?

—¿A qué se refiere?

—¿Cómo llegaste a matarlas?

—Las até.

—¿Te refieres a las sillas de la cocina?

—Sí —dice Jesper—. Eso me habían hecho ellas a mí, esa misma tarde.

—¿Cómo es que te dejaste atar?

—Dijeron que solo era un juego. Querían jugar conmigo.

—Ya. ¿Y luego te tocaba a ti?

—Sí.

—¿Cómo conseguiste que se dejaran?

—¿A qué se refiere?

—Se estaban riendo de ti. Burlándose. Aun así, conseguiste que se sentaran en esas sillas de la cocina para que pudieras atarlas. Jesper espera unos segundos, y luego asiente.

—No recuerdo con precisión lo que les dije.

Junto a Ramona, Meyer tose en la palma de la mano.

—¿De dónde sacaste las bridas de plástico? —pregunta Ramona.

—Ya estaban ahí, en la mesa de la cocina.

Ramona asiente despacio.

—Continúa —dice—. Después de atarlas, ¿qué hiciste?

—Luego… cogí un cuchillo de la cocina y… —Jesper deja la mirada perdida al frente.

—¿Qué pasó después, Jesper?

—Luego… las degollé.

—Una por una, las degollaste.

—Sí.

—No fue un accidente. Las degollaste a propósito.

Asiente de nuevo.

—¿Porque estabas enfadado con ellas?

—Sí. Quería que se callaran.

Ramona bebe un sorbo rápido de su café. Sabe amargo, metálico.

—¿A quién mataste primero?

Parece pensarlo un momento.

—A Eva.

—¿Por qué Eva?

—Porque… estaba sentada a la derecha.

—A la izquierda, querrás decir.

La pregunta le genera inseguridad.

—Sí, sí. A la izquierda.

—A menos que estuvieras enfrente de ellas, claro. Delante de las sillas. Entonces Eva estaba a la derecha. Pero estabas detrás de ellas cuando las mataste, ¿no?

Jesper se retuerce las manos.

—Sí —asiente—. Sí.

Ramona espera unos instantes antes de continuar.

—¿Qué hora era cuando ocurrió todo esto?

—No…, no me acuerdo.

—Pero aún era de noche, ¿verdad?

—Sí, sí. Aún era de noche.

—De acuerdo. ¿Qué hiciste después de eso?

Jesper piensa un momento.

—No…, no lo sé. Tengo la mente un poco confusa a partir de entonces.

—Vale. Has dicho, Jesper, en repetidas ocasiones, que te despertaste en el suelo del baño a la mañana siguiente y que había un cuchillo ensangrentado a tu lado. ¿Cómo acabaste en el baño después de matarlas?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No… Debí desmayarme.

—¿Fuiste ahí a dormir?

—No lo sé.

—¿O a lo mejor tuviste que vomitar de nuevo?

—He dicho que no lo sé.

Ramona intercambia una mirada con Arne Jan Dahl, que mira el reloj de pulsera.

—De acuerdo, podemos volver a eso más tarde —dice Ramona—. Me gustaría hablar contigo un momento de Hedda.

Jesper alza la vista hacia ella.

—Hedda Bülow —prosigue Ramona, y le enseña otra fotografía hecha por Eva. Hedda envía un beso a la cámara del móvil—. ¿Qué pasó con ella?

—¿A qué… se refiere?

—Tenía un pecho al descubierto. ¿Qué pasó ahí, Jesper? ¿Por qué expusiste el pecho así?

Ramona presenta otra imagen, un primer plano del torso de Hedda retratado en la escena del crimen.

Jesper vuelve a bajar la mirada.

—No…, no me acuerdo.

—¿Cómo es posible que te acuerdes de matar a Eva y a Hedda, Jesper, te acuerdes de degollarlas, pero no recuerdes levantarle el top a Hedda y quitarle el sujetador?

Jesper cierra los ojos y rompe a llorar de nuevo.

—¿Jesper?

El llanto gana intensidad.

—Sin duda, eso tuvo que ocurrir al mismo tiempo que las asesinabas —continúa Ramona—. ¿O lo hiciste esa mañana cuando las viste ahí sentadas, muertas? ¿Solo querías un subidón antes de «que te diera un ataque de pánico»?

Ramona imita unas comillas con los dedos.

Jesper apenas puede respirar, toma aire en bocanadas breves por la nariz, y tiembla sin control.

—Tal vez —empieza Arne Jan Dahl, se aclara la garganta y pone

una mano en el hombro a Jesper—, quizá hasta aquí podemos llegar ahora mismo, ¿no le parece, comisaria?

Ramona mira a Jesper un buen rato, a la espera de una respuesta que no llega.

—De acuerdo. Interrogatorio finalizado a las 21:33. —Recoge sus notas y montones de papeles y se levanta dispuesta a irse—. Haré que impriman el interrogatorio para que su cliente lo firme cuando esté preparado.

Dahl asiente.

Fuera, Ramona para un momento y se apoya en la pared. Nota la adrenalina en todo el cuerpo. Le entran ganas de ir al gimnasio del sótano: el cuerpo pide a gritos un desahogo.

Una palmada en el hombro de Meyer la saca de su estupor.

—Buen trabajo, jefa —la felicita, y suspira de contento—. Por fin lo tenemos.

29

Caroline Mikkelsen me espera en la puerta de su casa. La casita, situada en el interior de Sørkedalen, está sumida en ese tipo de silencio sereno que solo se encuentra en las profundidades del bosque, con la naturaleza como compañera más íntima. Casi parece engullida por la vegetación, la densidad de los árboles que la rodean la aíslan del mundo que hay más allá.

Aun así, la vecina más cercana a Caroline no está muy lejos, y la carretera que recorre el valle, que utilizan sin cesar para hacer ejercicio una gran cantidad de ciclistas y padres que enseñan a sus adolescentes a conducir, transcurre apenas a unos cincuenta metros de la casa. Pese a todo, ahí nos envuelve el silencio, como si fuéramos las únicas personas sobre la faz de la tierra.

Caroline se coloca en los hombros el chal de lana de color rosa y verde, da unos pasos hacia mí y las delicadas arrugas alrededor de los ojos se agudizan al dedicarme una de sus sonrisas tan características, amplias y genuinas. Ivy, que baja del techo de cristal del porche, se roza contra el impecable moño gris en lo alto de su cabeza.

—Mi querida Kari —trina—, qué maravilla volver a verte.

Le da un abrazo y con una palma de la mano le frota entre los omóplatos.

—Gracias por recibirme avisándote con tan poca antelación —contesto.

Sonríe de nuevo, luego abre la puerta para dejarme pasar.

—¿Café? —pregunta, se quita el chal y lo cuelga de un gancho en la entrada.

—Gracias, me encantaría —dijo, y me quito la chaqueta y los zapatos.

La sigo a la cocina y, aunque hace tres años que no pongo un pie en la casa, me invade de inmediato la misma sensación de familiaridad que tenía cuando la frecuentaba: la de volver al vientre materno. Es una sensación deliciosa de redescubrimiento. Caroline fue la única psicóloga capaz de sacarme del agujero negro en el que caí tras el secuestro de Vetle. Dos años después de nuestra primera sesión se jubiló y dejó su consulta en manos de Thomas Heftyes, pero me ofreció verme en su casa. Esos trayectos de media hora desde Bygdøy se convirtieron en un agradable preludio de nuestras sesiones, me daban tiempo de entrar en el estado de ánimo adecuado antes de llegar. Sin embargo, esta vez no sé si el viaje ha funcionado.

—Siéntate —dice, y abre una lata metálica, enciende la cafetera y pone un poco de café molido. Me coloco junto a la ventana en uno de los sillones orejeros situados frente a una preciosa mesa pedestal antigua. Desde ahí tengo una vista preciosa del jardín trasero, que da a una arboleda de castaños que separa el terreno de Caroline de la propiedad del vecino.

—Céntrate, por favor —dice, y vierte agua en la cafetera.

Separo las piernas y coloco los pies planos en el suelo. Cierro los ojos, hago una respiración larga y profunda, y luego exhalo despacio. Repito el patrón unas cuantas veces hasta que mi cuerpo se asienta en una respiración natural. El sonido del agua que gotea a través del filtro anticuado encaja a la perfección con los pies que Caroline arrastra en el suelo de madera todo el tiempo. Pronto unos aromas magníficos bailan en la habitación y me hacen anhelar esos primeros sorbos divinos del café recién hecho.

La llamada de Ramona de la víspera me impresionó hasta la médula.

Tuve que sentarme después de que me contara que Jesper había confesado los asesinatos de Eva y Hedda. Pensé en lo que había dicho su cuerpo durante su primer interrogatorio en comisaría. Desde luego, sabía que seguía existiendo la posibilidad de que fuera culpable, teniendo en cuenta la amnesia y las contundentes pruebas contra él. Y, por supuesto, la clara falta de otros posibles sospechosos. Sin embargo, jamás pensé que confesaría, ni mucho menos que daría detalles concretos de los asesinatos. Después de un desmayo, inducido por las drogas o no, los recuerdos no vuelven porque sí. O tienes los recuerdos o no los tienes.

Durante la noche me había sentido cada vez peor, me dio miedo sufrir otro desmayo y, en algún momento, le envié un mensaje de texto a Caroline. Por suerte, se había levantado pronto y me había propuesto que nos tomáramos juntas el café de la mañana en su casa, a las ocho.

—He tenido dos episodios —le cuento cuando vuelvo a abrir los ojos.

Caroline deja mi taza con el platillo sobre la mesa, sujeta la suya en las manos y se sienta frente a mí.

—Hace poco —añado—. Hace solo unos días.

Sacudo la cabeza ante los recuerdos desagradables. Mis «episodios», como los llamo para evitar el término, más bien aterrador, de «amnesia global transitoria», empezaron unos cuatro meses después de que se llevaran a Vetle. La pérdida de consciencia más prolongada duró cuatro horas, casi tanto como la más reciente, cuando me desperté en Son. En mi caso, es pura ironía: ser experta en memoria y anular por completo la mía, aunque solo sea durante unas horas, es francamente ridículo. Al final mis «episodios» desaparecieron cuando encontré maneras de expresar mis miedos y trabajar mi pena, y Caroline había sido una ayuda inestimable en ese viaje.

Se coloca la taza de café en los muslos y sujeta el asa con el dedo anular.

—Sabes lo que haces, ¿no? —me pregunta, después de relatarle

los hechos de los últimos días, que culminan en la impactante confesión de la noche anterior. Desvía la mirada nítida de la taza a mí y sonríe—. Por supuesto, sabes por tu profesión y por tu campo de investigación que nuestros cuerpos a veces dicen más que las palabras. Bueno, tu cuerpo te está gritando, te dice que todo esto te viene grande ahora mismo. Y cuando no escuchas, grita aún con más fuerza. Se apaga para obligarte a escuchar. Piensa en él como la caja de fusibles de tu casa que se desactiva para evitar un incendio.

Sigue sonriéndome para tranquilizarme.

—Jesper era uno de los mejores amigos de Vetle. Y ahora está en un grave apuro. Creías que necesitaba ayuda. Para ser más precisos: tu ayuda. Recuerdo muy bien que me contaste que sus padres no estaban muy presentes ni eran muy cariñosos, y que, en el fondo, quería tener una madre como tú. Creo recordar que incluso llegó a decírtelo.

—Madre mía, se me había olvidado —murmuro, casi para mí misma.

—Bueno, no creo que lo hubieras olvidado de verdad, y considero que, por lo menos en parte, por eso estamos aquí otra vez. Para ti, Jesper encarna la fantasía de tener un hijo. En un plano subconsciente, estás reviviendo lo que le ocurrió a Vetle. Pero esta vez es Jesper el niño al que hay que salvar. Hace mucho tiempo que tratas de rescatar a tu hijo, Kari. Podría ser que, con Jesper, esperaras conseguirlo al fin.

—Pero vi… Jesper decía la verdad en ese primer interrogatorio. De verdad no recordaba nada.

—No pongo en duda ni cuestiono tu opinión profesional, Kari. Pero tú pones en duda, cuestionas e incluso rechazas la base científica que da respuestas aún más irrefutables que las tuyas: la medicina forense.

Bebe un sorbo de café y deja la taza en la amplia repisa de la ventana.

—Me gustaría que te planteases algo más, Kari. ¿Te das cuenta

de qué fecha, qué hito, por usar un término mejor, acabamos de pasar?

Sacudo la cabeza, despacio. No la sigo.

—¿Cuánto hace que secuestraron a Vetle?

—Siete años y cuatro meses.

—Exacto.

Estoy a punto de decir que sigo sin entenderla cuando caigo en la cuenta y me quedo sin aire. No puedo respirar.

Caroline se inclina hacia delante y me agarra las manos. Reprimo las lágrimas.

En la mayoría de países, a una persona desaparecida la declaran fallecida pasados siete años. No es el caso de Noruega, pero sí el de listados Unidos, mi segundo hogar. Donde nací y aún trabajo.

—Lo que te ocurre ahora mismo no es ninguna casualidad —dice Caroline con calma, y el tono bajo añade impacto a sus palabras—. Ahora que han pasado siete años, legalmente se podría declarar muerto a Vetle en Estados Unidos. Y eso te está afectando en un plano profundo, subliminal. Estás desactivando tu cuerpo y tu mente porque la realidad es demasiado insoportable. Y por eso intentas salvar al único chico que crees se puede salvar: el amigo de tu hijo, Jesper.

Por fin tomo aire. Es una respiración profunda. Cuando abro los ojos, me llama la atención un movimiento en el jardín: una cervatilla hunde el hocico en el grueso manto de hojas caídas. Levanta un momento la cabeza, mira hacia mí, antes de volver a sus quehaceres como si nada.

—¿Has visto ya la confesión de Jesper?

—Ramona me la envió anoche a última hora —respondo—. Pero no, no la he visto.

—Hazlo.

La miro, sorprendida. He acudido a Caroline casi con la esperanza de que me diga lo contrario.

—No puedes avanzar si no afrontas el problema, Kari. Te haces preguntas sobre la confesión de Jesper. Bueno, pues respóndelas. Si

no ves esa cinta de la confesión o los otros interrogatorios que ha llevado a cabo la policía, no lo sabrás. Tus preguntas te seguirán persiguiendo.

Me suelta las manos, vuelve a su sillón y cruza las piernas.

—Tienes que ver la cinta de la confesión, Kari. Y luego aceptar la verdad. Acepta que Jesper no tiene salvación. Es la única manera de avanzar y no perderte.

30

Suena la alarma del móvil, pero Hans Christian Voss sabe que puede esperar un minuto. El horno aún no ha alcanzado los 190 grados cuando mete los *croque monsieur*.

Aprieta con fuerza con el dedo índice derecho, acalla el ruido, se vuelve a sentar en la silla de oficina y fija de nuevo la mirada en la pared que tiene enfrente, un tapiz de notas e imágenes, fechas clave y teorías, cada una con listas escritas a mano en las que se especula sobre los motivos para secuestrar a Vetle más allá de lo obvio: el dinero.

Durante los siete años transcurridos desde que secuestraron a su nieto, Hans Christian ha invertido innumerables horas en ese despacho en recopilar documentos del expediente del caso, llevar a cabo investigaciones, hacer seguimiento de la investigación oficial y mantener el contacto con varias agencias internacionales, un proyecto serio en el que no ha hecho más que profundizar desde que se jubiló de la policía. Ahora ese es su trabajo: encontrar a Vetle. Dar con la escoria que se lo llevó.

La pregunta que persigue a Hans Christian desde entonces es por qué. ¿Por qué Vetle? ¿Por qué escogerlo como objetivo, y a ellos? Visto con perspectiva, cinco millones de coronas no es una fortuna. Si los secuestradores de verdad hubieran querido ganar dinero, habrían buscado a alguien con unos padres asquerosamente ricos.

No se quita de encima la sensación de que fue personal, y que aún lo es.

El minuto pasa rápido. Hans Christian se levanta y se mete en la cocina. Cuando abre el horno, una ráfaga caliente de vapor lo azota en la cara, y una gruesa capa de niebla se instala de inmediato en las gafas.

«Serás idiota», se dice. «Llevas cocinando desde los doce años y, no sé por qué, sigues cometiendo el mismo error al abrir el horno».

El olor lo compensa.

Oh, bendita cena.

Hans Christian saca la bandeja del horno y la deja sobre los fogones. Un *croque monsieur*, tal y como lo hacen los franceses, derretiría hasta el corazón del más frío detractor de los sándwiches tostados. El matiz característico de la mostaza de Dijon, que resalta los sabores del jamón y el queso emmental, la costra un poco gratinada. La ensalada que va a poner alrededor del pan de masa madre después de aliñarla con una deliciosa vinagreta.

Antes ha invitado a Kari a su casa, pero estaba trabajando; es la misma respuesta que le ha dado los últimos tres días. A Hans Christian no le gusta reconocerlo, pero le preocupa. Imagina que duerme menos de lo que dice, por lo menos a él. No es la única en la familia capaz de detectar alguna que otra mentira.

Hans Christian crio solo a Kari desde que ella tenía siete años. Nunca había reunido el valor de calcular cuántos años habían pasado desde la muerte de su mujer, Eleanor, Ellie, pero perder tan pronto a su madre por un cáncer de pulmón hizo que Kari fuera valiente y fuerte. Independiente, obstinada, tal vez en exceso a veces. En ese sentido, digna hija de su madre.

Fue una decisión difícil llevar a Kari a Noruega cuando falleció Ellie. En ese momento, Kari era estadounidense como solo una niña de siete años podía serlo. Solo conocía la vida que había llevado en Edgewood, en el condado de Pierce, estado de Washington, donde Ellie trabajaba de abogada. Al principio, Hans Christian se arrepintió de la decisión de volver a casa. Kari sufrió acoso escolar por su

«extraño acento», y le costó hacer amigos. Además, la tumba de Ellie estaba demasiado lejos.

En cuanto a él, añoraba la vida de ciudad pequeña, sus vecinos, amigos y colegas, por no hablar del carácter abierto de los estadounidenses. Pero, poco a poco, el trabajo en su caso y el colegio en el de Kari los convirtieron en noruegos de bien. Fue el inicio de un nuevo día a día.

Hans Christian conoció a Ellie cuando ella viajaba por Escandinavia con tres amigas un verano, todas ellas estudiantes de derecho en una especie de misión idealista para estudiar los sistemas judiciales de esa parte del mundo. Al final resultó ser más bien una excusa para viajar y divertirse a lo grande. Hans Christian conoció a Ellie en Justisen, el legendario local de Mollergata donde podrías estar al lado de políticos, periodistas o agentes de la ley. Para Hans Christian y Ellie, fue una de esas situaciones en las que todo encajó al instante.

Él le preguntó por su apellido, Voss, por si tenía ancestros noruegos. Ellie no sabía que Voss era una ciudad de la costa occidental, a una hora en tren de Bergen. Cuando, seis semanas después, Hans Christian voló hasta Washington para verla, sabía que su camino ya había cambiado y que no quería vivir sin ella.

En ese momento hacía dos años y medio que trabajaba de agente de policía en Oslo, patrullando las calles. Para poder acceder al mismo puesto en Estados Unidos necesitaba un permiso de trabajo, y ese fue uno de los motivos por los que se casaron solo ocho meses después de su primer encuentro.

Hans Christian incluso adoptó el apellido de Ellie, y lo mantuvo al fallecer esta. Aún lo pronuncia a la americana, con una a cantarina, mientras que los noruegos siempre ponen el acento en las dos eses del final. Kari, como se percató Hans Christian más tarde con cierta tristeza, al final empezó a hacer lo mismo.

Al casarse, Kari se mantuvo inflexible en la decisión de no abandonar su apellido. Michael, en cambio, tal vez en un intento de adular a su nuevo suegro, según pensó Hans Christian, decidió

adoptar Voss también.

Debe admitir que no le gustó mucho que Kari se casara con un agente de policía. Quería que compartiera su vida con alguien que no pusiera la suya en riesgo todo el tiempo. Sin embargo, su profesión le impedía hacer objeciones. Además, Michael era un buen tipo, cariñoso y trabajador, y encima encajaba a la perfección con Kari, la dejaba prosperar y la apoyaba en su exigente carrera.

Hans Christian sacude la cabeza, como si con eso bastara para ahuyentar el recuerdo de la muerte de su yerno. Michael murió en el chalé de invierno que había heredado de sus padres en Norefjell, a una hora en coche al oeste de Oslo. La cabaña entera quedó reducida a cenizas tras una fuga de gas, con Michael, el pobre, atrapado en su interior.

La conmoción y la pena dejaron a Kari en un estado de parálisis emocional durante meses.

Por muy dolorosa que fuera la pérdida de su marido, Kari había inundado de fotografías suyas la nueva casa de Bygdøy para que Vetle, que en el momento del fallecimiento de su padre aún no había cumplido los cuatro años, siempre recordara su cara. También hablaba de él todos los días, se esmeraba en mantener intacto su recuerdo y le contaba a su hijo lo maravilloso que era Michael como padre. Lo respetado que era como agente de policía. Cómo se conocieron Kari y él. Cuál era su comida favorita, en qué deportes destacaba y las bromas que hacía. Creaba recuerdos duraderos para su hijo, que no recordaba mucho a su padre.

Y ahora…, ahora solo estaban ellos dos, igual que cuando Hans Christian se mudó a Noruega con Kari hacía ya casi cuatro décadas.

Tapa los sándwiches con papel de aluminio porque aún les faltan cinco o seis minutos hasta que se puedan devorar sin sufrir daños. Decide pasar el tiempo delante del televisor, con las noticias de las siete.

Estar al día de las noticias es una parte primordial de la vida de jubilado de Hans Christian. Con todo lo que ha ocurrido estos días, el televisor está encendido día y noche.

Hans Christian entra en el salón justo a tiempo de pillar el último pie de noticia pasando por la parte inferior de la pantalla. El desenfreno inicial de los medios en torno a los asesinatos de Son se ha apagado por fin. Durante los tres días transcurridos desde la confesión de Jesper, las agencias de noticias han tratado de llegar al fondo de la cuestión. ¿Cómo ha podido ocurrir algo así? Como siempre, ha habido argumentos para todos los gustos: a quién atribuir la culpa, si se debe a la situación general de la sociedad, a los efectos de los videojuegos violentos en los jóvenes, a un sistema educativo deficiente, a unos padres negligentes, o a lo fácil que les resulta hoy a los chicos conseguir drogas. Hans Christian no tiene una respuesta satisfactoria para nada de eso. Cuando trabajaba en la policía, tampoco.

Esta noche, el presentador del noticiario abre con un reportaje sobre un accidente de tráfico grave en Bomlo: cuatro personas, incluido un niño pequeño, han fallecido en una colisión frontal. Durante los siguientes minutos lo siguen secciones breves sobre políticos de izquierdas que discuten sobre el reparto del poder en un posible gobierno de coalición, un grupo de manifestantes por el clima que se han encadenado a la valla exterior de la entrada al Parlamento, y un reportaje preocupante del Ministerio de Salud noruego sobre la cantidad creciente de niñas que han muerto estando bajo la tutela de los servicios de protección de menores. También existe una crisis de vivienda galopante en la capital, oye Hans Christian. «Vaya una novedad», piensa para sus adentros.

El presentador de noticias ha vuelto a la pantalla.

—Más tarde contaremos en el programa con la reputada profesora Kari Voss en el estudio, psicóloga y experta en memoria y lenguaje corporal, que ha trabajado con la policía en una serie de casos importantes, el más reciente en relación con los asesinatos de Son.

—Pero ¿qué…?

Hans Christian entorna los ojos mirando la pantalla y nota que se le acelera el pulso.

—Oiremos que la profesora Voss no confía mucho en el trabajo de la policía en este último caso, ni da credibilidad al relato que ofrece el propio acusado del incidente. Cree que la policía ha detenido a la persona equivocada. Pero primero…

Hans Christian agarra el respaldo de la silla que tiene más cerca y se aferra a él mientras las imágenes parpadean en la pantalla del televisor.

—Kari, Kari, Kari —dice en voz alta—. ¿Qué diantres estás haciendo?

31

Tengo el maquillaje en polvo repartido en una fina capa por toda la cara. Mientras pone en práctica su magia, la mujer que me está poniendo más guapa de lo que soy me está contando su vida entera. Es intensa, estoy segura, pero no me estoy enterando de una sola palabra. Me preocupa mantener la calma y recuperar el control sobre el nudo que crece a marchas forzadas en mi estómago. También tengo la boca seca y noto como si la lengua hubiera doblado el tamaño normal.

No me importa que me falten solo unos minutos para salir en un programa en directo en el canal de noticias más importante de Noruega. Lo que me angustia son las repercusiones de lo que estoy a punto de hacer. Decir que Ramona no está contenta con mi teoría sobre Jesper es quedarse corta. Cuando hemos hablado del caso esta mañana, nuestra conversación ha alcanzado temperaturas volcánicas. En nuestros ocho años de colaboración, nunca habíamos discutido así.

Me va a odiar por esto. Todos me odiarán. Y mi padre.

Hago un esfuerzo sobrehumano y logro apartarlo todo de mi mente.

Un joven con pintalabios y un maquillaje elaborado llega para acompañarme al estudio. Espera conmigo detrás de un telón que parece de teatro, desde donde veo a Solveig Haugen de pie tras el escritorio de presentadora de noticias. Solo hace seis horas que me

he puesto en contacto con ella.

Solveig y yo nos conocimos en Aker Brygge, en una exposición privada de fotografías de un amigo en común. Entonces Vetle era solo un bebé. En esa época, Solveig trabajaba en *Aftenposten*, uno de los periódicos más antiguos y notables de Noruega. Solveig se interesó por mí y por lo que hacía, y a ella se le ocurrió más adelante el apodo «La detectora de mentiras humana». Era el titular de la noticia de doble página que escribió sobre mí, un artículo que mejoró de verdad mi perfil y que fue uno de los motivos principales por los que mi cartera de clientes se amplió de manera tan radical. Solveig ganó fama poco a poco, y ascendió en la feroz industria de los medios de comunicación. Ahora presenta las noticias de la tarde, con una media de casi un millón de espectadores.

Mi aparición en directo es en medio de otra sección, no consigo averiguar sobre qué. Un hombre bajito y rechoncho con unos auriculares se acerca para darle un mensaje. Solveig asiente.

Está muy concentrada. Y sabe lo que va a ocurrir durante los próximos minutos. Mientras estaba en la sala de maquillaje he oído el adelanto de la entrevista que estoy a punto de dar. Imagino las redacciones de todo el país sacando punta como locos a los lápices, con los transcriptores más rápidos a punto. Ya es tarde para retirarse.

Pienso en Jesper. Pienso en Anita, su madre, la he visto y he hablado con ella ese mismo día, antes de decidirme a hacer esto. Esperaba su apoyo incondicional, tal vez incluso cierto alivio y gratitud porque me niego a creer en la confesión de su hijo.

En cambio, Anita ha dicho:

—Tú ya no conoces a Jesper, Kari. Por una vez, está haciendo lo correcto. Está asumiendo la responsabilidad de lo que ha hecho, por muy monstruosas que fueran sus acciones. Pese a todo lo ocurrido, eso en realidad me hace feliz.

Entonces he comprendido que no tenía sentido tratar de convencerla. También he caído en la cuenta, puede que por primera vez, de que Jesper no tiene a nadie a su lado salvo a mí.

El joven me lleva a una mesa alta junto al mostrador tras el cual está el escritorio de presentador. Ahí es donde reciben a sus invitados en el estudio. Asiento y le digo hola a Solveig en un susurro, y ella me contesta con una sonrisa rápida. Solo tenemos tiempo para eso, porque el productor levanta la mano en el aire y cuenta atrás con los dedos sin decir los números en voz alta.

Solveig se acerca a mí. No lleva apuntes encima. Veo que una luz encima de una de las cámaras se pone en rojo. Solveig la mira y dice:

—Hace poco más de una semana, dos adolescentes, Hedda Bülow y Eva Eek-Svendsen, aparecieron brutalmente asesinadas en una casa de verano en Son, un caso que ha sacudido los cimientos de todo el país. La policía ya ha practicado una detención, y el fiscal ha presentado una acusación formal contra la persona en cuestión. Sin embargo, no todo el mundo cree que la policía haya actuado con la debida diligencia en este caso, o que haya acusado a la persona correcta. Kari Voss es psicóloga y profesora de Psicología Social, y lleva veinte años investigando la decodificación del lenguaje corporal y los recuerdos, tanto en Estados Unidos como aquí en su ciudad natal, Oslo. —Solveig se vuelve un poco hacia mí—. Bienvenida al programa, Kari Voss.

—Gracias.

—Tendrá que explicárnoslo —dice Solveig—. ¿Qué aspecto de este caso ha hecho que dé un paso al frente? La afirmación que hace usted aquí es impactante.

—En primer lugar… —Me aclaro la garganta, en busca de la mejor manera de empezar—. En los casos de gran repercusión mediática, todo el mundo sabe que hay mucho en juego. Se somete a mucha presión, por no hablar del estrés: tanto para la policía, que tiene que encontrar y detener al culpable, como para la persona a la que se interroga. Se lo ha acusado de un crimen y, como es lógico, está aterrado porque se juega su vida y su futuro. Si a eso le añadimos la presión de los medios y de la sociedad en su conjunto, el sospechoso queda en una situación de extrema vulnerabilidad.

Además, las técnicas de interrogatorios estándar, que se usan en todo el mundo, combinan diversas formas de presión psicológica que, si se aplican con destreza, pueden convencer con relativa facilidad a una persona inocente de que es culpable. Y los jóvenes, sobre todo cuando están estresados, exhaustos, traumatizados y sometidos a una hora tras otra de interrogatorios, pueden empezar a albergar serias dudas sobre sus propios recuerdos. Eso puede hacer que confiesen delitos que no han cometido. Y no solo la juventud. Le puede pasar a cualquiera. Incluso a ti, Solveig, y a mí.

—Entonces, dice usted que la persona a quien la policía ha acusado en el caso de los asesinatos de Son, que ha confesado los asesinatos de Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow…, ¿usted no cree que lo hiciera él?

—Me he pasado los últimos tres días revisando todos los interrogatorios que ha llevado a cabo la policía con el acusado. Mi opinión profesional es que el acusado estaba sometido a una enorme presión psicológica, y que…

Solveig me interrumpe:

—¿Dice acaso que los policías del interrogatorio ejercieron esa presión incesante en el acusado para que confesara?

—La naturaleza del caso y el contenido de los interrogatorios me impiden entrar en detalles concretos, pero para mí queda claro que se pusieron palabras en boca del acusado. En el primer interrogatorio el acusado negó que fuera culpable, y lo repitió varias veces en interrogatorios posteriores. No obstante, se le seguía presentando la misma secuencia de acontecimientos como si fueran hechos y certezas. Lo único que tenía la policía para avanzar eran sus propias teorías y deducciones.

—Pero sí contaban con algunas pruebas técnicas que respaldaban sus teorías, ¿no?

—Sí, pero el acusado pasó de negar con vehemencia que fuera el autor a repetir los sucesos que se le habían presentado, incluso utilizando las palabras exactas que había empleado la policía para describir su teoría sobre el orden de los hechos. Acabó convencido

de que eso había ocurrido en efecto tal y como se lo habían contado, y por eso confesó algo que no había hecho.

Solveig inclina un poco la cabeza.

—Insisto, es una afirmación bastante fuerte.

—Soy consciente de ello. Y no estaría aquí si no creyera que es correcta. Espero que, al decirlo, pueda…

—Suponiendo que tenga razón —la interrumpe de nuevo Solveig —. ¿Cómo es posible algo así? ¿Confesar algo que no has hecho?

Trago saliva; tengo la boca seca como papel de lija. La lengua se me está inflando una vez más.

—En contra de lo que dicta la creencia popular, los recuerdos no se almacenan sin más en algún sitio del cerebro, donde permanecen intactos hasta que necesitamos recuperarlos. Los recuerdos son todo lo contrario: son en parte hechos, y en parte ficción, porque se reconfiguran en nuestro cerebro como un rompecabezas. Un colega estadounidense lo expresa de una manera muy acertada: podemos comparar nuestros recuerdos con un artículo de Wikipedia, puedes entrar y cambiar lo que dice. Pero los demás también.

Solveig entorna los ojos.

—¿Dice entonces que nuestros recuerdos se pueden fabricar? ¿Inventar?

—Digo que nuestros recuerdos son en parte fabricación, sí. Los recuerdos no son videoclips que puedes reproducir cuando te haga falta. Al contrario, son el resultado de un proceso creativo continuo. Cada vez que evocamos un recuerdo, reconstruimos trochos de ese fragmento que tenemos en la cabeza, y muy a menudo añadimos los recuerdos e impresiones de otras personas a la mezcla. —Noto en la cara el ardor del foco más cercano—. Cuando necesitamos comprender un hecho complejo —continúo—, sin contar con información suficiente en nuestros recuerdos, tendemos a importar contenido creíble para rellenar esos huecos. Y eso es lo que digo que ha ocurrido aquí: una combinación de pérdida de memoria, presión y la información persistente y detallada que proporcionan fuentes externas. Ha añadido esa información a sus propios recuerdos, y

rellenado los huecos, y el resultado final es que se ha creído su propia invención.

—Aun así, hay una gran diferencia, digo yo, entre dudar de tus propios recuerdos y confesar un delito que no has cometido, ¿no?

—En realidad, no. Y eso alude a lo que he mencionado al principio. Una gran cantidad de presión y estrés reduce de forma radical nuestra capacidad de procesar información y almacenarla como recuerdos. En psicología se conoce como la ley de Yerkes-Dodson. En efecto, la policía podría haber repetido cualquier cosa al acusado, una y otra vez, y él habría creído a la postre que era su propio recuerdo, porque es joven y manipulable, y porque estaba aterrado. Esos datos se introdujeron en los huecos de sus propios recuerdos, y los convertía en falsos. Sin embargo, para el acusado, ahora los experimenta como reales y del todo ciertos.

—Falsos recuerdos —dice Solveig, y se aparta un mechón de pelo de los ojos—. Entonces ¿estamos hablando de mentiras?

—No, no es una mentira, en absoluto. Porque ni siquiera somos conscientes de que mentimos. Nuestros cerebros se reconfiguran, por así decirlo. Los recuerdos nos engañan y nos hacen creer que eso es justo lo que pasó. Es como si nuestros cerebros hubieran creado una película que consideramos un recuerdo. Así, los falsos recuerdos se perciben como reales, aunque nunca ocurrieran. O, por lo menos, no como los recordamos.

—Me suena un poco a ciencia ficción.

—Entiendo por qué lo dices, pero así es como están conectados nuestros cerebros. Los falsos recuerdos son muy comunes. Te daré un ejemplo: el célebre psicólogo Jean Piaget tenía un recuerdo muy vivido de haber sido secuestrado con su cuidadora de niño. Ella le hablaba de ello con frecuencia. Más adelante descubrió que ese secuestro no ocurrió en realidad. Era una invención detallada que había ideado su cuidadora para entretenerlo. Más tarde se lo confesó. El hecho es que Jean Piaget había creado un falso recuerdo. Su propio cerebro había creado imágenes que le hacían sentir la certeza de que había ocurrido de verdad.

—Entonces, para resumir —dice Solveig Haugen—, ¿cree usted que al individuo acusado del doble asesinato de Son lo presionaron hasta el punto de creer que lo había hecho él, pero que en realidad es inocente?

Tomo aire rápido antes de contestar:

—Sí.

—Entonces, lo que dice en realidad es que aún hay un asesino por ahí suelto.

Respiro hondo.

—Eso es justo lo que digo, sí.

32

La noche es fría y clara. Encima de mí, las estrellas rutilantes salpican el cielo despejado. En torno a la luna llena, un halo fantasmal nos advierte de que el día siguiente será aún más frío.

Paro el coche en el cruce de Majorstua cuando el semáforo se pone en verde y la gente que tengo delante cruza la calle en tromba. Todos parecen absortos en sus pequeños mundos, ajenos o sin importarles lo que ocurre alrededor, con la mirada fija en el teléfono o en los pies, y el vaho elevándose desde sus bocas abiertas.

Cuando me alejo, lo hago con tanta calma que el coche no emite ningún sonido más que el ronroneo amortiguado del motor y mi corazón, que aún late con fuerza tras mi intervención en el programa de noticias de la tarde de Solveig Haugen. Necesito paz y tranquilidad, pero dentro, la voz de Jesper aún me persigue: «¡Yo no fui, joder!».

Paso junto al estadio Frogner siguiendo el tráfico lento, bañado en la oscuridad vespertina. Un grupo de corredores se mueven entre las esculturas de Vigelandsparken mientras el tranvía número 12 pasa por mi izquierda y rueda con un chirrido contra los raíles, como siempre. Dentro, los pasajeros me miran y me dicen que soy idiota.

O esa es mi sensación.

Estoy exhausta después de pasar tantas horas delante de la pantalla del ordenador durante los últimos tres días. La tensión de

mi cuerpo fue en aumento, la rabia se impuso, la frustración, el miedo, todo me llevó a los estudios de NRK en Mrienlyst y encontraron un desahogo en mis dos minutos y treinta y cinco segundos de televisión en directo. Cuando hablo en público, suelo tener una idea bastante acertada de si he dado en el blanco o no, pero esta vez, sin un público al que mirar para ver la reacción inmediata, no tengo ni idea.

Con un vistazo rápido al teléfono veo que mi entrevista no ha pasado desapercibida, por lo menos. Además de las numerosas llamadas perdidas y mensajes, *VG* y *Dagbladet* ya han publicado artículos de última hora sobre el tema. Por lo que veo, leyendo por encima los artículos mientras estoy en un atasco, nadie del departamento de policía ha hecho ningún comentario aún, pero supongo que solo es cuestión de tiempo.

Cuando llego a casa, mi padre ya está ahí.

Debí haber imaginado que acudiría corriendo. Ha intentado localizarme, antes de la emisión y después. Ahora está en el recibidor con las manos en los bolsillos, apoyado en el marco de la puerta del salón.

—Hola —dice. El tono trasmite cierta rabia.

—Hola, papá. —Se me escapa un suspiro de cansancio.

Me quito los zapatos y la chaqueta, saco el teléfono del bolsillo, noto su mirada clavada en mí todo el tiempo. Me siento como cuando era adolescente y llegaba a casa más tarde de lo acordado.

Me vuelvo hacia él. Parece mayor. Más delgado. Un poco más pálido, tal vez. Unas arrugas nuevas adornan la frente. ¿Cuándo ha ocurrido?

—Yo… no sabía cuándo ibas a estar en casa —dice—. Pero te he traído algo de comida.

—Gracias —contesto, con la boca aún seca—. No como desde… ya ni me acuerdo.

—Bueno, has estado… ocupada.

Nos quedamos en la entrada en un cara a cara silencioso. Se me hace eterno.

—No puedo creer lo que acabas de hacer —confiesa al fin—. Ir a la televisión estatal y asestar una puñalada por la espalda a todo el cuerpo policial. A Ramona, tu amiga, más que a nadie. Gente con la que llevas años trabajando. —El tono es firme, no hay temperatura añadida. Es raro que mi padre se altere. Los ojos, en cambio, cuentan una historia distinta.

—Papá, no sabía qué más hacer. Jesper es…

—¿Y si lo hubieras hablado conmigo primero? ¿Y si lo hubieras comentado como es debido? Hablas como si fuera tu última y única opción. Seguro que los dos juntos habríamos encontrado una manera mejor que…

—¿Y cuál sería esa manera, papá? —Hago un gesto de claudicación con la mano—. ¿Qué manera habría sido más útil para Jesper si las personas que se supone deben defender la justicia y buscar la verdad no tienen interés? ¿De qué otra manera podría haber conseguido tensar lo suficiente la cuerda como para que alguien estudie a fondo este caso? He intentado hablar con Ramona, papá. Pero tiene a Unni Flem soplándole en el cogote, observa todos sus movimientos. Le han cerrado la puerta a Jesper. ¿Qué otra cosa se supone que debía hacer? ¿Mirar hacia otro lado? ¿Olvidar lo que he visto? ¿Seguir adelante? ¿Fingir que no hay un asesino por ahí suelto? —Señalo la puerta de la entrada.

—Siempre hay opciones, Kari, mucho mejores que morder la mano que te da de comer. Podríamos haber trabajado en ello, los dos. Yo podría haberles pedido un par de favores a algunos amigos. Lo que has hecho es quemar todos los puentes con cualquiera que lleve uniforme y echar a perder la confianza y la reputación de la que dependemos para seguir haciendo nuestro trabajo. La misma gente, debo añadir, que sigue buscando a tu hijo.

—Nuestro trabajo —repito, me niego a picar en el anzuelo y permitir que la conversación derive hacia Vetle. Ahora mismo no se trata de él—. Ya está, ¿no? —continúo—. Crees que estoy mancillando tu legado.

Se burla.

—Mi legado no tiene nada que ver con esto, Kari, es el tuyo el que me preocupa. Después de esto, nadie del cuerpo va a querer trabajar contigo nunca más.

—Bueno —digo—, a mí me preocupa más atrapar a la persona que de verdad mató a Eva y Hedda. Y lo que me sorprende, y me asusta, más que nada es que por lo visto soy la única.

—Eso no es justo, Kari. Siempre te he apoyado y siempre lo haré.

Noto que los hombros se me relajan un poco.

—Lo sé, papá. Lo siento. No quería decir eso.

Suelta un profundo suspiro.

—Es que no entiendo por qué has decidido hacer esto tan rápido. ¿Cuánto tiempo ha pasado desde los asesinatos? ¿Ocho días, nueve? ¿Y cuántas veces has hablado con Ramona? ¿Una? ¿Dos?

Solo esta misma mañana, pero no se lo digo.

—Todo esto da la sensación de ser forzado y precipitado, Kari. De rozar lo irracional. Apuesto a que ni siquiera les has dicho a William o Mia o Eivind que ibas a hacerlo.

Bajo la mirada al suelo.

—No —reconozco, en un tono apenas audible incluso para mí.

Los dos guardamos silencio unos instantes. Me ha caído una buena bronca y noto que me arde la cara. Sin embargo, al mismo tiempo estoy tiritando de frío.

—Pareces agotada —dice mi padre al final.

—Puede que sea la frase que menos justicia haga a la verdad del año.

—Vamos a prepararte algo de comer, entonces.

El equilibrio, como tal, se ha recuperado entre nosotros.

Lo sigo a la cocina. En el horno hay una bandeja tapada con papel de aluminio.

—*Croque monsieurs*. Se han quedado fríos, pero puedo recalentarlos si quieres.

—Ya está bien así, papá.

Nos sentamos. Como en silencio, y me meto por obligación cada trozo de sándwich en la boca, aún no consigo ralentizar la frecuencia

cardiaca.

—Llevo más de una década estudiando confesiones falsas —digo de repente, incapaz de contenerme ya—. He hecho experimentos para averiguar cómo puede ocurrir algo así. Y estas cosas pasan. No me lo invento.

—Lo sé, Kari.

—Por eso he ido hoy a televisión. Alguien tiene que alzar la voz. Y no podemos fiarnos solo de que el asesino real meta la pata, se emborrache y le cuente a un amigo sus crímenes.

—No, pero…

—Y una cosa más: por la manera en que puso las manos y los pies por todas partes, Jesper podría haber destruido un montón de pruebas reales de una manera fácil y disimulada al salir de la escena del crimen. Pero nadie habla de eso. Nadie se lo plantea siquiera.

Exhalo con fuerza.

—A veces —digo—, una confesión, aunque sea falsa o el implicado se haya retractado, significa más para la policía, los jueces y los miembros del jurado que incluso una inmaculada prueba de ADN que indique con claridad que existe otro agresor. ¿Recuerdas el estudio sobre testigos que hice hace unos años? De cincuenta y nueve investigaciones en las que había una falsa confesión, descubrimos errores graves en cuarenta y nueve. ¡Cuarenta y nueve! Los relatos de los testigos resultaron ser erróneos, exámenes forenses con conclusiones deficientes. Y había una proporción mucho mayor de ese tipo de errores en los casos que en los que no había ninguna confesión. En treinta de ellos, treinta, papá, la confesión era la primera prueba que la policía había registrado. Y luego construyeron todo el caso en función de ella. Es un indicador importante de que, cuando la policía obtiene una confesión, luego se asegura de que el resto de las pruebas la respalden.

—¿Dices que estamos manipulando las pruebas ahora también?

—No… Digo que, cuando ya existe una confesión, es fácil cometer errores, sean intencionados o no. Mucha gente sabía que Eva y Hedda iban a estar solas en esa casa esa noche, pero dudo de

que Ramona o Meyer, o alguien de comisaría, haya tenido tiempo, o lo haya invertido, en comprobar dónde estaban todas esas personas cuando mataban a las chicas, o si alguien más tenía un motivo real para matarlas. Y, por cierto, William y yo encontramos a alguien con un motivo tras solo unas horas de búsqueda.

—No pongo en duda tu base científica, ni tus conclusiones, solo digo que, como estrategia, creo que podrías haber encontrado una solución menos explosiva que gritar desde la cima de una montaña como has hecho esta noche. Aunque, desde luego, ya es tarde.

La cocina queda en silencio. Mi padre se levanta y se acerca al fregadero. Coge un vaso del escurreplatos y lo mete en el lavavajillas.

—Puede que me haya exaltado un poco rápido, papá, pero sé que tengo razón. Jesper es inocente. Y no voy a parar hasta demostrarlo.

33

Me quedo despierta hasta casi las cuatro.

Casi todas las publicaciones informativas en internet recogen la noticia y escriben sobre las afirmaciones que he hecho. NTB, la agencia de prensa estatal, ha conseguido arrancarle una declaración a Unni Flem diciendo que la policía agradece mi dedicación al caso, pero que están seguros de haberlo hecho todo como es debido, y que las pruebas hablan por sí solas. Además, el acusado, por voluntad propia, confesó el crimen. No hay pruebas que impliquen a alguien más. «Las críticas de la profesora Voss no están justificadas —añade Unni—. Creo que todo el mundo lo ve».

El jefe del sindicato policial ha dicho a *Dagsavisen* que mis acusaciones a la policía son «desafortunadas». La única manifestación de apoyo es de un analista en *Nordlys*, un periódico de Tromsø: cree que hay buenos motivos para tomar en serio mis afirmaciones, teniendo en cuenta que el acusado es un menor sin antecedentes ni motivación. «No sería la primera vez que Noruega ha encarcelado a alguien siguiendo un razonamiento equivocado y con escasas pruebas». Menciona el caso de Birgitte Tengs y, sin entrar en detalles, asegura que lo mismo vale para los casos de Per Liland y Fritz Moen: todos acusados y condenados por error.

Resulta difícil juzgar si el tribunal de la opinión pública ha optado por un veredicto ya. Las redes sociales están muy revueltas, pero mucho menos de lo que esperaba.

En algún momento entre la segunda y la tercera copa de vino me planteé de verdad enviarle a Ramona un mensaje, pero cuando despierto tras unas horas turbulentas, me alivia ver que no lo he hecho. De todos modos, ya sé lo que piensa y siente. No es difícil de imaginar o entender. Mi padre tiene razón: podría haber esperado un poco, probar otros métodos para convencerlos en lugar de desacreditar en público a todo el cuerpo de policía. Sin embargo, pese a la tormenta que se ha desatado, mantengo de corazón todo lo que he dicho.

En algún momento de la mañana, William llama a mi puerta. Al principio no dice nada; solo me mira. Noto que él tampoco ha dormido mucho. Antes de que tenga oportunidad de hacer preguntas o emitir una valoración, me disculpo por no avisarlo antes de ir a televisión a decirle al mundo entero que el asesino de su hija sigue ahí fuera. Le digo lo mucho que lamento no haber sido más considerada con él, con Mia y Eivind, por supuesto. Al fin y al cabo, son los más afectados por esta tragedia.

No estoy del todo segura de que William entienda mis motivaciones o acepte mis disculpas. No dice nada que apunte en ningún sentido. Sin embargo, tras media taza de café en mi cocina, dice:

—Tal vez sería de ayuda contar con otros candidatos sólidos a asesino que sustituyeran a Jesper.

—Los hay —replico—. Solo que aún no los hemos encontrado.

Se queda un rato, sentado conmigo en la cocina. Creo que añora compañía. El peso de su pena es palpable, un manto incómodo de tristeza que nos envuelve. Me cuenta anécdotas de Hedda, viajes que habían hecho, actividades, y que aún dormía con su osito de peluche azul. En sus ojos no solo veo aflicción: hay un destello de algo más. La necesidad de comprender, quizá. El instinto de encontrar algún tipo de significado en toda esa locura.

Me parece admirable. No creo que yo hubiera sido capaz de mostrar ese tipo de entereza. Si algún día encuentro a la persona que se llevó a mi hijo, estoy bastante segura de que no querré

explicaciones ni excusas. Lo único que necesitaré es justicia, de una forma o de otra, y el abrazo cálido de mi hijo.

Cuando William se va, envío un mensaje a Mía y Eivind. Me siento fatal por ponerme en contacto con ellos tanto tiempo después de mi aparición televisiva, pero hay que hacerlo.

Un poco después de la una, aparece un mensaje en mi bandeja de entrada del correo electrónico.

DE: SUSIE22 (SUSIE22@HOTMAIL.COM)
ASUNTO: E-S
PARA: KARIVOSS@GMAIL.COM

DEBERÍA ESTUDIAR MÁS A LA FAMILIA EEK-SVENDSEN. SON MONSTRUOS.
S.

Leo el mensaje varias veces, solo para asegurarme de que lo he entendido bien.

Monstruos.

Ellos.

Eso implica más de uno.

Cuesta entender si Susie22 se refiere a la familia inmediata de Eva (Mia, Eivind y Erik) o a otros parientes. Contesto enseguida a Susie22, pidiéndole, suplicando, para ser sincera, que se explique. Antes de enviar el mensaje añado que me gustaría saber quién es y por qué ha escogido ponerse en contacto conmigo por esa vía. ¿Cómo puedo fiarme de lo que dice?

Se me ocurre que Susie22 puede corresponder a Susanne o Susanna, y que tiene veintidós años. O tal vez tenía esa edad cuando creó la cuenta de correo y ahora es mayor. De todos modos, hago una búsqueda rápida de Susie22 en las redes sociales y encuentro muchas más cuentas de las que imaginaba. Hay tantas que no tendría sentido investigarlas. No tengo más referencias que me ayuden, nada que la identifique.

—Monstruos —me repito.

¿Qué diantres habían hecho para que los llamaran monstruos? ¿Y quiénes son «ellos» exactamente?

La tarde transcurre con un mensaje de texto de mi padre en el

que me pregunta si estoy bien y si necesito algo. Sí, pienso. Necesito que Susie22 me conteste. Pero respondo: «Todo bien. Gracias».

Investigo un poco a los Eek-Svendsen en un intento de hacerme un resumen de su familia extensa, pues ahora soy consciente de que no sé nada en absoluto sobre ella. Resulta que son unos cuantos. Por ejemplo, Eivind tiene un hermano, Johannes, que vive en Nueva York. No recuerdo haberlo visto por aquí cuando los niños eran pequeños. Una fotografía de la página web de MoneyMentors, la empresa de la que es director general, me indica que no se parece en nada a su hermano pequeño.

Le envío otro mensaje a Susie22 en el que reitero lo mucho que necesito hablar con ella. Hago hincapié en el hecho de que hay un chico de dieciséis años bajo custodia cuya vida va a quedar totalmente destruida si la verdad no sale a la luz. Cualquier cosa podría ser relevante para mis declaraciones y la investigación, y la insto a que lo comparta conmigo.

Incluyo mi número de teléfono y digo que puede llamarme a cualquier hora, del día o de la noche. Si *Teams o Zoom* es más fácil, podemos hacerlo o, aún mejor, podríamos quedar en persona…

Sueno desesperada, pero no me importa.

La respuesta llega a las 18:33.

DE: SUSIE22 (SUSIE22@HOTMAIL.COM)
ASUNTO: RE: E-S
PARA: KARIVOSS@GMAIL.COM

NO ME FÍO DE LOS TELÉFONOS. NI DE NADA DE MICROSOFT, EN REALIDAD.
A SABER QUIÉN PUEDE ESTAR OBSERVANDO O ESCUCHANDO. NO DEBERÍA HABERME PUESTO EN CONTACTO CON USTED. LO SIENTO, NO PUEDO QUEDAR.
NO VIVO EN NORUEGA.
BUENA SUERTE.
S.

Contesto al cabo de unos minutos, diciéndole que no importa dónde esté, que puedo viajar adonde haga falta, en cualquier momento.

Me quedo mirando el teléfono un buen rato.

No hay respuesta.

Dejo escapar un suspiro de frustración e intento recapitular acerca de los detalles del caso, sin incluir necesariamente a los Eek-Svendsen en las posibles explicaciones.

Es un hecho que la manera de matar a Eva y Hedda fue muy salvaje. Degollar a alguien es lo más cercano a una ejecución directa. Sin embargo, esto parece más personal. Como si el asesino enviara un mensaje con ello.

¿Es por dinero? ¿Las chicas estaban en deuda con alguien?

¿O sabían algo que el asesino quería mantener oculto a toda costa?

Justo antes de medianoche, se oye una notificación de nuevo en mi bandeja de entrada. Es otra respuesta de Susie22:

DE: SUSIE22 (SUSIE22@HOTMAIL.COM)
ASUNTO: RE: RE: E-S
PARA: KARIVOSS@GMAIL.COM
SI PUEDE VIAJAR A LONDRES, NOS VEREMOS ALLÍ.
S.

34

Ramona suelta la mano de Linnea cuando se levanta de la silla, el aplauso llena las paredes del comedor privado de la tercera planta de Brasserie France. Rostros sonrientes alzan la vista hacia ella con amor y admiración, mientras se alisa la blusa y procura cruzar la mirada con todos los presentes, sus colegas, personas clave de su editorial y libreros, todos reunidos para celebrar su increíble hazaña: haber vendido medio millón de ejemplares de su serie de libros infantiles solo en Noruega.

Acaban de devorar un exquisito filete de lubina al horno con crema de hinojo, chalotas, repollo relleno y una soberbia *beurre blanc* infusionada en tomate. Los sabores perduran en el paladar de Ramona. Cuando los aplausos se apagan, bebe un sorbo de vino delicioso, mira a su mujer y la invade un profundo sentimiento de orgullo.

—Gracias —dice Linnea, sonriendo, con las mejillas sonrojadas.

Ramona sabe que no le gusta hablar en público. Hace semanas que teme ese momento.

—Gracias, a todos. Gracias por estar aquí, y por organizar una velada tan maravillosa en honor a mi pequeña serie de libros. Cuando supe que habíamos alcanzado este hito, tuve que sentarme un buen rato para asumirlo todo. Incluso ahora, aquí, me resulta irreal. Empecé a dibujar de niña, pero lo de ser escritora nunca fue lo mío. Odiaba las redacciones que nos mandaban en el colegio,

pero si me dabas un par de lápices y un trozo de papel, empezaban a aparecer historias en mi cabeza. Jamás pensé que esos cuentos alocados me llevarían a ningún sitio, ni mucho menos aquí, a esta sala, esta noche con todos vosotros, encantadores.

Se detiene un segundo, una breve pausa que suscita otra ronda eufórica de aplausos. Ramona nota el corazón henchido cuando se une a la ovación, las manos se le van calentando con cada aplauso.

—A medida que me hacía mayor, he aprendido a amar la escritura tanto como el dibujo, utilizando de inspiración mi propia vida y mis experiencias como madre y esposa, inventando historias que por lo visto resuenan no solo en los niños, sino también en los adultos, lo cual es genial, si tenemos en cuenta que son ellos los que de verdad compran los malditos libros.

El público se ríe.

—De vez en cuando, la gente me pregunta por qué creo que esta serie se ha vuelto tan popular, y siempre he contestado: no tengo ni idea.

De nuevo, la gente se ríe.

—Pero alguien me dijo una vez que los personajes parecen personas reales que viven vidas reales. Como todos sabéis aquí, recurro mucho a mis propias experiencias de madre de cuatro hijos. Soy sincera sobre la vida, no rehúyo nada. —Mira a Ramona, y le dedica una sonrisa cálida y afectuosa—. Y a lo mejor es eso —continúa—. Creo que todas las madres y padres de ahí fuera se sienten reconocidos de alguna manera por mis historias. Les confirma que no son los únicos que quieren estrangular a sus retoños de vez en cuando. ¡Y no pasa nada! Los niños pueden ser odiosos.

Otra ola de carcajadas recorre la sala. Linnea también sonríe.

Mientras Ramona escucha la frecuencia calmante de la voz familiar de su esposa, su mente se aleja de la sala y, de nuevo, acaba en Kari.

¿Qué demonios le pasó anoche?

Verla en televisión fue como ver explotar una bomba a cámara

lenta, con los efectos de la onda expansiva haciéndose eco en todas las paredes de comisaría. El despacho de Unni Flem se convirtió en zona de guerra incluso antes de que terminara la emisión. Luego, Ramona hizo lo posible por entender y defender a su amiga, pero ninguna de las dos cosas le salió muy bien.

Esta mañana, Ramona se había planteado llamar a su antiguo jefe, el padre de Kari, para preguntarle si sabía qué le pasaba. ¿Estaba en sus cabales? Pero Ramona conoce lo suficiente a Kari para saber que jamás pondría en juego su carrera si no pensara que era su deber. Y lo más molesto es que, en los ocho años que hace que colaboran, Kari nunca se ha equivocado.

Entonces ¿qué demonios ocurre?

Cuando Linnea termina su discurso, se produce otra ronda de aplausos. El director general de la editorial les pide a todos que brinden por Linnea, por su increíble éxito y por los muchos libros que vendrán. Ramona vuelve al presente y se suma, bebe otro sorbo de ese vino magnífico, contempla la sonrisa radiante de Linnea cuando se vuelve a sentar y le aprieta la mano.

—Has estado brillante —dice Ramona, y le besa la mano a Linnea.

Ella se ríe.

—¿Estás segura de que me escuchabas? —dice, le guiña el ojo y Ramona se ruboriza. Linnea se inclina hacia delante y le da un beso en la mejilla a Ramona—. No pasa absolutamente nada. Solo te despellejaré en mi próximo libro.

Parece justo.

35

No he conseguido dormir ni un solo segundo del vuelo a Londres, pese a tener los ojos cerrados durante casi todo el trayecto. Mi mente solo piensa en Susie22. Mi imaginación desborda ideas sobre lo que tiene que contarme de la familia Eek-Svendsen. ¿Y si alguna parte de su historia abre una grieta en la investigación, y tal vez incluso ayuda a exculpar a Jesper?

He informado a mi padre y a William de que voy a hacer un viaje rápido a Londres. Los dos han contestado con un simple «vale», y se lo agradezco. No tengo ni ganas ni energía para explicarlo todo o defender mis decisiones, que tal vez sea lo que debería hacer.

Acaban de dar las diez en punto cuando me apeo del Heathrow Express y paso a formar parte de una multitud de londinenses ajetreados que se mueven con tal educación y elegancia que me genera dudas sobre si los noruegos pertenecemos a la misma especie.

Paro un taxi negro en Paddington. El conductor es un británico parlanchín y jovial que, cuando se entera de que soy psicóloga, insiste en que interprete un sueño que lo ha despertado dos noches seguidas. Me cuenta que empieza con él abriendo la nevera, pero, una vez abierta, es grande como una sala de refrigeración industrial, y se encuentra a su suegra dentro, ordenando, ajena a su presencia. Sonrío y le explico que lo más probable es que el sueño exprese su frustración con su suegra, que, con toda probabilidad, ocupa

demasiado espacio en su configuración familiar. Añado, con otra sonrisa, que podría ser el sitio donde a él le gustaría verla: en un depósito de cadáveres. Mi explicación es recibida con una carcajada ensordecedora y sincera. Es justo lo que necesito: una explosión de endorfinas que me relaje.

El taxista soñador me deja en la esquina de Queen Street con Curzon Street, delante de Little House Mayfair, el club privado donde voy a ver a Susie.

Ya he estado en Mayfair, en un congreso organizado por Scotland Yard en Park Lane. Hice una presentación sobre lapsos de memoria en testigos. Uno de mis colegas había organizado el lanzamiento de un libro en ese club, pero no pude asistir porque tuve que tomar el vuelo de regreso a Noruega antes de lo previsto. Probablemente porque Ramona me necesitaba para un caso. Al pensar en ella una punzada de culpa me recorre el estómago. O tal vez solo la echo de menos. Me digo que no tengo por qué sentirme culpable. Siento otra punzada.

Abro las puertas de madera y me veo en un vestíbulo estrecho y recalentado. Hay una chica joven y elegante preparada tras un mostrador. Los ojos, adornados con una línea de lápiz de ojos complicada y sombra azul, me recuerdan a Elizabeth Taylor en *Cleopatra*. Me dedica una media sonrisa cansada y me pide que firme y espere un momento mientras ella notifica mi llegada a Susie.

Me desabrocho la chaqueta y miro alrededor. El club en forma de ele tiene una barra a lo largo de la pared de enfrente de la entrada, que se abre a una sala cuadrada con paredes de ladrillo visto y una serie de reservados semicirculares, tapizados con terciopelo de color rosa palo, todos vacíos en ese momento. A mi derecha hay una estancia que parece la gran sala de estar de una casa rica de la campiña inglesa, lo que por un momento hace que me olvide de que estoy en el centro de Londres. La sala está amueblada con gusto al estilo clásico, con unos sofás de terciopelo color burdeos a juego con las cortinas, mesitas de café de madera oscura y butacones de cuero con el respaldo alto, lo que permite esconder las caras de los

clientes.

Veo a una mujer joven cuyo pelo liso y largo le cae sobre el cuello ancho y blanco de una camisa masculina ancha. Lleva pantalones vaqueros desteñidos y zapatos de tacón negros. Me sonríe y cruza la sala de estar.

—Buenos días —saluda—. Puede llamarme Susanne. —El acento apunta a que es de la zona de Bergen.

Nos damos un apretón de manos firme y breve, como a mí me gusta.

—El restaurante aún no está abierto —anuncia—. Pero podemos entrar de todos modos, si le parece bien.

Asiento, y Susanne le hace una señal a Cleopatra para indicarle adonde vamos. Ella se yergue, fuerza una sonrisa y asiente con un súbito entusiasmo exagerado.

Nos dirigimos a la parte trasera del restaurante. Susanne me invita a sentarme primero, y luego se sienta a mi lado. Un camarero entra presuroso y apunta nuestro pedido.

—O es usted famosa y yo me he perdido algo —digo cuando se va el camarero—, o es la jefa de todo esto.

Susanne sonríe.

—La segunda opción, por suerte —dice, y pone los ojos en blanco—. Estoy en la junta directiva. —Termina la frase con una sonrisa falsa y automática que se desvanece con demasiada rapidez. Acaricia las vetas de la mesa redonda de madera en actitud ausente. Sigue con la mirada los movimientos de los dedos que bailan por la madera.

Cuando el camarero llega con nuestro café, Susanne le da las gracias con la misma sonrisa forzada y dice, cuando se ha ido el hombre:

—Gracias por venir hasta aquí para verme. Una vez más, le pido disculpas por tanto secretismo, pero he aprendido a protegerme a base de haberme quemado muchas veces.

—Seguro —respondo—. Gracias por confiar en mí. —Giro las palmas de las manos hacia arriba, un gesto que dice «vengo en son

de paz».

Me mira fijamente. Se le dibuja una sonrisa en la boca, que esta vez sí le llega a los ojos. Me aguanta la mirada unos instantes, tal vez me está estudiando e intenta averiguar si hace lo correcto: contarle su historia a una completa desconocida.

—Mi verdadero nombre no es Susanne —dice al fin—, pero me da la sensación de que ya lo habrá deducido.

—Se me ha pasado por la cabeza, sí.

—Me lo cambié —dice—. Ahora mismo entenderá por qué.

Junta los dedos en oración, y espero a que continúe.

—Cuesta encontrar las palabras adecuadas —dice, con una sonrisa nerviosa.

—Tómese su tiempo. Pero, si me permite una sugerencia, siempre ayuda empezar por una fecha o un año. Puede sonar absurdo, pero hace que sea más fácil seguir.

Susanne asiente varias veces y agacha la mirada hacia la taza que sostiene en las manos.

—Ocurrió hace tres años. Un poco más, de hecho: este verano hizo tres años. Acababa de terminar mis estudios en la escuela de negocios, fui a BI Oslo, y acabé en una beca de verano en un fondo de inversión de Nueva York. Era la única becaria chica. Había oído hablar de que había cierta misoginia en el sector de los fondos de inversión de Estados Unidos, pero me llevé una sorpresa agradable. Era un equipo pequeño, y trabajábamos muchísimas horas, a menudo íbamos a la oficina durante el fin de semana, pero el ambiente era genial.

Hace una pausa, se humedece los labios con la lengua y continúa.

—Un sábado por la noche, probablemente a eso de las nueve, el jefe, Johannes, nos dijo que su familia acababa de llegar de Noruega, y nos invitó a los becarios a tomar algo en su piso, un ático impresionante en Upper East Side. Madre mía, qué sitio.

El rostro, que durante unos momentos había cobrado vida, de pronto se ensombreció.

—Ahí conocí a Erik. Su sobrino.

Me quedo boquiabierta del asombro.

Susanne baja la mirada y se da unos golpecitos en la clavícula con el dedo anular, un gesto instintivo que usa la mayoría de las mujeres para calmarse.

—Parecía mayor de la edad que tenía. También maduro. Era encantador… y guapo, claro. Iba a estar en Nueva York durante el verano. Hicimos buenas migas y quedamos al día siguiente y… —el tono baja hasta convertirse casi en un susurro—, bueno, intimamos, al final. Nos vimos mucho durante unas semanas. Entonces, una noche volvimos al piso donde se alojaba durante el verano. Como habíamos hecho en ocasiones anteriores. —Traga saliva—. Empezamos a mantener relaciones sexuales, pero… pasó algo… con él. De pronto se volvió mucho más físico. Me agarró, fuerte. Yo…

Para y vuelve a frotarse el cuello con una mano. Traga saliva y continúa:

—Le dije que parara, le supliqué, pero él siguió. Cada vez más fuerte. Su cara, la mirada, le había cambiado. Él… No lo sé. Ya no era el mismo chico. Me puso las manos en el cuello y apretó. Con fuerza. —Oigo que la respiración de Susanne es rápida y superficial —. Tan fuerte que la sensación era que estaba a punto de desmayarme. Me resistí. Grité, y al final… me soltó.

Coloca las palmas de las manos en los muslos y las desliza arriba y abajo, como si intentara secarse las manos. Ese movimiento purificador no podía ser más apropiado.

—Se lo conté a Johannes, mi jefe. Le dije que su sobrino me había agredido, aún tenía cardenales en el cuello, y que iba a denunciarlo porque estaba convencida de que Erik era peligroso y de que lo más probable era que no fuese la primera mujer a la que agredía, y tampoco sería la última.

Desvía la mirada de la taza a los dedos.

—Johannes fue muy considerado. Dijo que se ocuparía de todo y que debería tomarme un tiempo, irme a casa y descansar. Y que volviera al cabo de unos días. Eso hice.

Sacude la cabeza.

—Pero cuando llegué, me pararon en la entrada. El guardia no me dejó entrar en el edificio. Resulta que Johannes me había rescindido el contrato por «conducta inadecuada».

Le temblaron los labios de la rabia.

—Después de aquello, todo se paralizó para mí. No conseguí otro empleo en Nueva York que encajara con mi experiencia y estudios. Ni uno. Ni siquiera cuando llegaba a la ronda final de entrevistas. No me contrataban.

Bebe un sorbo del café. Hace una mueca: tal vez está frío.

—No me cabe la menor duda de que Johannes se aseguró de que ninguna otra empresa de la ciudad me contratara. Para mí el mensaje quedaba claro: tenía que cerrar la boca sobre lo que había ocurrido, o de lo contrario convertiría mi vida en un infierno. Pero yo no estaba dispuesta a ceder y hacerme la muerta. Decidí luchar. Fui la policía.

Suspira de nuevo, abatida.

—Al cabo de unas horas, descubrí que un vídeo sexual en el que salía yo había aparecido en una página porno y estaba corriendo como la pólvora en varias plataformas sociales.

Las manos se mueven de nuevo arriba y abajo en los muslos.

—No era difícil imaginar quién movía los hilos. Así que… al final decidí retirar los cargos. Me rendí. Los dejé ganar. Estaba sola. No tenía un imperio que me respaldara. Así que, después de todo eso, me cambié el nombre de Tone a Susanne y me mudé a Londres. Empecé de cero. Y eso me salvó.

Por fin me mira.

—Erik es un sádico. Está loco de atar, y su familia no es mucho mejor. Son una panda de manipuladores. Gente peligrosa. Yo era la víctima, y me trataron como si fuera la culpable. A lo mejor es lo que le está pasando al chico al que intenta ayudar. A saber en qué andan esos delincuentes, o con quién se han enemistado. Al fin y al cabo, fue en su casa donde se produjeron los asesinatos, ¿no?

36

Antes de que su vida se partiera en dos, de que todas las células de su cuerpo cambiaran de carácter y color, antes de que todo lo que hacía perdiera sentido, a William Bülow le encantaba el silencio. La ausencia de movimiento, de cambio. A veces, incluso lo fomentaba, en la montaña o pasando ratos en su cabaña junto al mar, solo. Ahora el silencio es ensordecedor, lo impregna todo. La más mínima interrupción inesperada le hace dar un respingo.

Está sentado en el salón, con la taza de café en la mesa, junto a tres latas de cerveza vacías y una bolsa de patatas abierta. El suelo está sucio. La alfombra es un montón de tela arrugada. Los cojines del sofá están hechos un desastre. Ha corrido las cortinas, no soporta la luz.

Mira alrededor.

Paredes, fotografías, muebles.

No sabe si será capaz de seguir viviendo ahí o no, rodeado de la vida que había construido para Hedda. Al fallecer su marido, Kari se mudó de casa, pero se quedó tras la desaparición de su hijo. Tal vez, imagina William, porque aún tenía la esperanza de que Vetle volviera a casa algún día. Y, cuando eso ocurriera, ella estaría ahí.

Lo ha visitado una psicóloga de la policía, puede que también a Mia y Eivind, en varias ocasiones. Él guardaba silencio mientras la oía hablar sobre el duelo y sus sugerencias para sobrevivir sin Hedda. Había admitido que no tenía hijos, pero sabía y comprendía

lo que estaba pasando. William no hizo comentarios ni la contradijo, no tenía fuerzas para discutir. Tan solo se negó a verla más veces.

El funeral es dentro de tres días.

¿Cómo va a superar todo esto, cielo santo?

El entierro de las chicas va a ser simultáneo, gracias a Dios, así nadie tendrá que pasar por ese espantoso calvario dos veces.

William piensa en flores, y en qué himnos deberían cantar. También necesita encontrar una fotografía de Hedda. Lo ha estado aplazando.

Mia quiere que Samuel toque algo que ha compuesto. Quiere pedirle a Irene, su madre, que interprete también una o dos canciones, a poder ser «Into the Abyss», la que la lanzó a la fama hace unas décadas. William apenas puede disimular la aversión que siente hacia Irene y sus canciones aburridas. O tal vez sea David, su marido, al que no soporta: siempre tan pagado de sí mismo, siempre pavoneándose cuando entrevistan a Irene, luciendo el mismo pañuelo estúpido de seda roja como si fuera una especie de declaración sobre moda o un sello distintivo. Ese tipo tiene algo sórdido.

Las fotografías, se recuerda William. La funeraria necesita imágenes. El plazo es «antes del final del día», en palabras del agente de la funeraria. Necesitan tiempo para imprimir la tarjeta con la que se recibirá a todo el que entre en la iglesia, el pequeño panfleto que siempre hace que se entienda la realidad: una cara que todos conocen bajo una cruz, además de las fechas de nacimiento y muerte abajo de todo.

William reprime un sollozo.

Cada respiración es una agonía, le duele todo el cuerpo.

Abre el móvil y empieza a revisar la galería de la cámara. Han pasado años desde que Hedda le dejaba hacerle fotos. Tal vez podría escoger una de la infancia, pero, bien pensado, es desgarrador. Con cada fotografía que contempla afloran más recuerdos, que implican aún más dolor. Decide que tiene que ser una imagen reciente de Hedda. A lo mejor Samuel tiene una.

William piensa en el iPad viejo de Hedda.

Una noche hace unos meses, William lo cogió prestado cuando su lector electrónico se quedó sin batería. Aún está en el cajón de la mesita de noche de William. Y sabe que el iPad sigue conectado a la nube. Todas las fotografías que haya hecho Hedda con el teléfono aparecerán también ahí.

Se incorpora y se dirige al dormitorio. El iPad no tiene batería. Lo enchufa y espera a que cobre vida. Pasados unos minutos, tiene energía suficiente para introducir el código de seis dígitos y abrir la aplicación de fotografía.

Han pasado siete semanas desde la última sincronización con la nube, pero al cabo de unos minutos empiezan a aparecer, una por una, centenares de imágenes, tal vez miles. William se siente como un intruso; son las fotografías personales de Hedda, de una parte de su vida que en teoría él no debería conocer. Solo un vistazo rápido, se dice. Escoge una. Acaba con esto.

Las primeras imágenes en llegar son las últimas que captó, el día de su muerte.

Se queda sin aliento.

Ahí están, las chicas, en plenos preparativos para la fiesta, jugando, divirtiéndose. Vivas.

El vídeo del garaje está ahí, el de las decoraciones de Halloween. «¡Qué pasa, zorras!».

William deja el iPad. Durante unos minutos se queda sentado en el borde de la cama, apenas sólido, licuado por el llanto.

«Contrólate», se dice. «Tú busca una fotografía».

Hay montones de imágenes de Eva. Algunos primeros planos, pero la mayoría a poca distancia. Eva posando, frunciendo los labios, montando el espectáculo. Mia y Eivind tienen que verlas, piensa William, si pueden soportarlo.

Sigue revisando.

Un vídeo nuevo: Eva baila. La grabación está hecha en el dormitorio de Hedda. Hay un montón de vídeos como ese: Eva bailando la misma canción. A lo mejor ensayaban para algún tipo de

actuación.

El más largo dura cuatro minutos y doce segundos. Hace clic en él. Más bailes, más música, Eva riendo, Hedda incapaz de mantener el móvil quieto de tanto reír.

William lo adelanta. En torno a la mitad del vídeo, deja que se reproduzca a la velocidad normal. Eva ya no baila, pero la música sigue sonando.

De fondo, suena el timbre.

—¿Quién es? —Se oye la voz de Hedda.

El teléfono sigue grabando, pero, por lo que parece, Hedda no lo sabe. La pantalla aparece en negro. Tal vez tapa la cámara con la mano. William sube el volumen. Oye pasos en el suelo, un crujido de la cama. Una de las chicas se apoya contra la ventana del dormitorio, tal vez para espiar.

—Mierda. —Es la voz de Eva—. Es David —dice.

—¿Qué David? —pregunta Hedda.

—El padre de Samuel.

—Oh, joder.

De fondo, se oyen más sonidos que William no puede definir. Luego, la voz de Hedda de nuevo:

—¿Qué coño hago ahora?

37

Recojo mi coche en el aeropuerto Gardermoen de Oslo y conduzco despacio hasta Bygdøy y la casa de los Eek-Svendsen. Pienso en la mejor manera de abordarlos. ¿Hablar con Erik directamente? ¿O solo con Mia y Eivind? ¿O con los tres, juntos?

Deduzco que ninguno se alegrará mucho de verme, ni tendrá muchas ganas. No los he animado a contestar a mi mensaje después de la entrevista en televisión. Su ausencia de respuesta me dice todo lo que necesito saber sobre cómo se sienten, supongo. ¿Y qué debería decir cuando me ponga en contacto con ellos? Eh, Erik, ¿eres un violador? ¿Has matado a alguien alguna vez en tu vida de protegido y privilegiado?

Tenía que ir con pies de plomo.

Susie22, o Tone, como debería llamarla a partir de ahora, me ofreció un relato potente de lo que le ocurrió. Sentí su dolor y sufrimiento. Pero debo recordarme la necesidad de aplicar mi método científico a su relato, pues sus recuerdos, como los de todo el mundo, pasan por un proceso de edición cada vez que los evoca. Y estoy segura de que Tone lo ha hecho en multitud de ocasiones durante los últimos tres años.

Cuando llamo al timbre, me abre Eivind, que, al verme, retrocede un paso de inmediato. Como si con eso no bastara para demostrarme que no era bienvenida, se coloca a un lado, exponiendo el costado. Luego empieza a juguetear con el cuello de

la camisa, intentando abotonarla hasta arriba del todo con una sola mano. Mi presencia no solo le molesta, sino que además le genera una incomodidad extrema.

Creo que la franqueza es la única vía en este caso.

—Hola, Eivind. Lo siento, probablemente ahora mismo no tienes ganas de verme, pero… necesito hablar contigo de algo importante. ¿Están Mia y Erik?

—No —es su áspera respuesta.

—Bueno, ¿puedo robarte un momento a ti, por favor? —pregunto —. Una vez más, siento mi intervención en televisión del otro día. Debería haberos avisado a Mia ya ti.

El rostro de Eivind ha palidecido. Abre y cierra la boca antes de hacerse a un lado, a regañadientes, para dejarme pasar.

—Gracias, Eivind, te lo agradezco.

—¿Qué pasa? —pregunta, y cierra la puerta. Nos quedamos de pie en la entrada. No piensa tenerme ahí mucho tiempo: aún no ha retirado la mano del pomo.

—Una exempleada de tu hermano en Nueva York se ha puesto en contacto conmigo —empiezo—. Tenía unas cuantas cosas… perturbadoras que contarme sobre Erik.

Antes de continuar, Eivind resopla y suelta el pomo de la puerta. Se relaja de pronto. Me pregunto por qué. ¿Por qué ha recuperado la confianza cuando estamos a punto de abordar un tema tan siniestro?

—Madre mía, ¿y ahora qué quiere? —pregunta—. Dinero no, supongo, pues de lo contrario se habría puesto en contacto conmigo directamente. Bueno, ¿qué te dijo?

El tono es tranquilo, pero veo que la rabia se expande por el cuerpo, tiene los puños y las mandíbulas tensos, pero me mira de frente, no rehúye la situación, una señal interesante, de nuevo.

Aún no hemos terminado, así que espero y dejo que él marque el ritmo.

Sacude la cabeza.

—¿No basta con que haya perdido a mi niña? Tú, más que nadie,

deberías saber lo que se siente.

Sus palabras son un golpe duro. Me gustaría responderle a gritos que sí, que lo sé. Demasiado bien. Pero lo dejo para más tarde. Me alegro de que no pueda interpretar mis reacciones.

Eivind toma aire con fuerza y lo exhala igual de rápido, con la boca abierta.

—Sé que las intenciones son buenas, Kari —dice, casi en un susurro—, y que haces lo posible por salvar a Jesper, pero el incidente al que te refieres se exageró de una manera del todo desproporcionada.

Su respuesta me deja horrorizada.

—Tone me dijo que la violaron, Eivind, y que unos segundos más y Erik la mata estrangulándola.

Clava los ojos en mí, sin parpadear.

—Madre mía, Kari, no tienes ni idea de lo mucho que te equivocas. Como padre de una niña, hay cosas…, violación…, quiero decir, no puedes aceptarlo, no lo haría, ¿entiendes?

Examino todo su cuerpo, el rostro, en busca de señales de engaño, pero no encuentro ninguna, y sigo preguntándome qué pasa aquí en realidad.

—Siento decirlo —continúa Eivind—, pero esa mujer… es el tipo de persona que esperas que no exista. De las que echa a perder todo aquello por lo que luchan y contra lo que se defienden las mujeres ahí fuera. De verdad, odio tener que decirlo porque en el fondo soy como tú, Kari, sé que lo más probable es que hiciera lo que hizo porque tuvo una infancia desgraciada. Pero es una mentirosa, Kari. Una mentirosa horrible y cínica que utiliza cualquier truco de manual para ascender en la escala social.

Respira hondo y sacude la cabeza.

—Por suerte, mi hermano lo solucionó bien. Te podrás imaginar el susto que se llevó cuando esa becaria se presentó en su despacho con todas esas acusaciones contra Erik. Johannes me llamó. Por supuesto, y, desde luego, quería estar presente cuando hablara con mi hijo del tema, pero en ese momento estaba solo con Eva. Mia

estaba en Suecia cuidando de su padre moribundo. Así que tuvo que ser una videollamada, de los tres: Johannes, Erik y yo. Yo estaba muy enfadado, no te haces a la idea, Kari. Es imposible comprender cómo tu propio hijo ha sido capaz de hacer algo así. No con los valores que intentamos inculcarle con los años. También pensaba en Eva, ¿sabes? Si le hubiera pasado algo así a ella…

Hace una pausa de unos segundos y su silencio me da la misma información que sus palabras: dice la verdad.

—Pero cuando se lo dijimos a Erik, no daba crédito a lo que oía. Estaba completamente impactado y confuso. En esa época no tenía mucha experiencia con chicas. Dejaba que ellas tomaran las riendas, por así decirlo. Nos contó que ella era muy dominante, y que él se sumaba a los juegos que ella le proponía. Ya sabes, para satisfacerla. Era cinco años mayor que él. Erik se había enamorado como un loco de esa mujer y, una noche, cuando le pidió que… fuera lo más agresivo que pudiera, Dios mío, no puedo creer ni que te esté contando esto, Erik obedeció. Fue por diversión, ¿sabes? Ella incluso quiso grabarlo.

Se detiene un segundo. He buscado que las cejas se movieran menos, lo que indicaría una implicación menor con el relato, en el sentido de que hay más opciones de que sea inventado, pero lo que veo es coherente y verosímil.

—Pero claro, el día después se planta en el despacho de mi hermano, hablando a gritos de violación e intento de asesinato y a saber qué más. Erik estaba muy avergonzado cuando nos contó su versión de la historia. Nos dijo que esa tal Tone en realidad era la primera chica con la que estaba. ¿Te imaginas compartir algo así con tu padre y tu tío?

Guardo silencio.

—Cuando oímos su versión de la historia, contratamos a un detective privado para que observara mejor a esa mujer. No tardó mucho en descubrir que Tone Solem, ese es su nombre completo, era de Sotra, en las afueras de Bergen, y que su madre había muerto. Su padre seguía vivo, pero no tenía ningún tipo de contacto

con él, ni se hablaba con su hermana. Desde hacía muchos años. Eso es una línea roja, ¿no crees? Bueno, resultó que en BI, donde se sacó la licenciatura, se había acostado con un profesor y consiguió que lo despidieran. Durante su primera beca, en Nordic Solutions, otro fondo de inversiones con sede en Noruega, fingió sufrir acoso de una compañera. Esta vez era una mujer. Como ves, hay un patrón: Tone Solem crea una imagen de sí misma como víctima, y es muy convincente. Después de aquello, probó suerte en Nueva York. Pero allí dio con la familia equivocada.

Eivind contrae la nariz en una mueca, la expresión facial encaja con lo que dice, muestra el desdén que siente hacia Tone.

—Dios —susurra—. Lo siento, necesito una copa.

Lo sigo a paso ligero hasta el salón.

Estoy conmocionada, atónita. Por supuesto, siempre hay dos versiones de una misma historia, pero ¿cuál era la verdad en ese caso? ¿Qué había pasado en realidad entre Erik y Tone?

Eivind se para en una mesa con botellas y vasos y sirve dos dedos de *whisky* para cada uno. Nos sentamos en el sofá, uno al lado del otro.

Eivind observa el líquido ámbar del vaso y lo hace girar. El movimiento tiene un efecto calmante en él, como una nana en un niño. Se lo ve menos alterado de inmediato. Bebe un primer sorbo y se le relaja todo el cuerpo.

El alcohol es su droga. Eivind es alcohólico. No bebe solo para superar la muerte de su hija; no, Eivind bebe desde hace un tiempo.

—Mia no quiere que la gente lo sepa —dice, mirando el vaso—, pero… Erik es adoptado.

—Ah —exclamo, incapaz de disimular mi sorpresa.

—Erik tampoco lo supo hasta bastante tarde. La psicóloga que hay en ti tal vez está indignada…, pero no quería que se sintiera distinto de los demás niños, sobre todo después de que naciera Eva. No quería que sintiera que era menos nuestro, ¿sabes?

Bebe otro trago largo. Unas gotas acaban en su barbilla. Se las limpia con el dorso de la mano.

—Tenía casi dos años cuando lo adoptamos. —Eivind sigue mirando el contenido del vaso—. Su madre había fallecido seis meses antes. Lo encontraron sentado en el suelo, junto a su cadáver. Llevaba dos días muerta.

Suelto un grito ahogado.

—Dios mío, Eivind.

Sacude la cabeza.

—Cuesta creer en estas cosas hasta que las ves de cerca. Somos tan privilegiados aquí… Fue terrible cómo se crio. Su madre… Dios mío, ni siquiera debería usar ese término para definirla. Esa mujer era cualquier cosa menos madre. Drogadicta, vivía en un cuchitril. Erik sufrió abusos de ella y de sus novios, a saber durante cuánto tiempo. Ni siquiera creo que sepamos toda la historia. Probablemente sea mejor así.

A Eivind le ruedan lágrimas por las mejillas, pero deja que caigan. Todo su cuerpo rezuma pena y dolor. Le pongo una mano en el hombro y aprieto un poco.

—Cuando fuimos a la agencia de adopción, Erik nunca nos había visto, claro, pero corrió a nuestros brazos. O, para ser exactos, a los de Mia. Se aferró a ella como si le fuera la vida en ello. No la soltaba. Ahí mismo pasó a ser nuestro hijo.

Eivind deja escapar un suspiro lento. Por fin se ha quitado de encima el peso del secreto.

—Así que no, cuando esa sacacuartos llamó a nuestra puerta, ni nos planteamos permitir que le destrozara la vida de nuestro hijo. Ya había sufrido bastante.

38

Al llegar a la entrada de mi casa, me sorprende encontrar el coche de mi padre aparcado delante. No sabía que se iba a pasar.

Cuando cruzo el umbral, en parte espero encontrar el tentador aroma de una comida casera, pero, aunque sí me encuentro a mi padre en la cocina, no está cocinando, sin duda.

—He conseguido lo que me pediste —dice, y señala con un gesto dos voluminosas pilas de documentos sobre la mesa de la cocina—. Son los registros completos de todos los vehículos que pasaron por las cabinas de peaje de la autopista la noche de los asesinatos, captados por las cámaras de vigilancia más cercanas a Son, con imágenes de ambas direcciones.

Mi padre ya está inmerso en los documentos y al parecer ha revisado una cantidad enorme. Tiene el portátil abierto cerca.

—Es muy laborioso —continúa—. Y mortal de necesidad. Pero menos si lo hacemos juntos. Menos mal que has vuelto. —Se ríe—. ¿Cómo ha ido el viaje?

—Bien. Luego te cuento.

Doy un paso hacia la mesa y miro la hoja de encima del todo del montón que tengo más cerca. Fecha, hora, coordenadas geográficas y, en la columna de más a la derecha, la secuencia inconfundible de un número de matrícula.

—Pero ¿cuántas hojas hay ahí?

—No lo quieras saber. Siéntate. Intenta ponerte al día.

Me abstengo de preguntarle por la fuente de esa documentación: a veces es mejor no saber.

Me siento y abro mi Mac.

—Utiliza la página web de la Administración de Carreteras Públicas de Noruega —me aconseja—. Tendrás que registrarte con tu identificador, pero, una vez dentro, es fácil. Y el motor de búsqueda es rápido.

Hago lo que me dice y entro utilizando mi número de identificador electrónico universal. Me centro en la primera fila de la primera hoja. Mi padre, que me lee la mente, me dice:

—Son los datos de entre las ocho de la tarde y las dos de la madrugada de la noche del asesinato. Puede que sea más fácil encontrar al abominable hombre de las nieves que a alguien que conociera a Eva o Hedda, pero… —Me mira y pone los ojos en blanco. Es un gesto muy ridículo en un hombre hecho y derecho, pero no puedo evitar esbozar una sonrisa.

Me sonríe y retoma la tarea que tiene entre manos.

Con cuidado, introduzco la primera matrícula y le doy a Intro. La respuesta es instantánea.

El vehículo es un BMW 530e de 2019, registrado a nombre de Jens Kvernli, de Kløfta. Una búsqueda rápida revela que trabaja en ventas y márquetin, dirige su propio negocio en una oficina de Lillestrom. Añado los nombres de Eva y Hedda a la búsqueda y acaba vacía. Tacho el número y continúo. Uno menos.

Mi padre tiene razón: buscamos una aguja en un pajar, un rastro digital de un hipotético vehículo vinculado al círculo de amigos o conocidos de Eva y Hedda, que iban o salían de Son esa funesta noche. Las cartas juegan en contra. Aunque alguien hubiera pasado frente a las cámaras, eso no demuestra que se dirigiera a Son o a la residencia de verano de los Eek-Svendsen. Además, solo conozco a una mínima fracción de la gente que tiene algún tipo de relación con Eva o Hedda.

Por no hablar de todas las otras maneras de llegar a Son: en autobús, tren, barco, bicicleta, a pie… Por lo que sabemos, el

asesino podría vivir en la puerta de al lado, o cerca. Aun así, a falta de mejores pistas que seguir, es mejor hacer de tripas corazón y arrancar. Toda investigación tiene empezar por algún sitio.

Número tras número, nombre a nombre, avanzamos en las listas. Los resultados revelan otra vuelta de tuerca: identificar un vehículo no significa necesariamente que fuera su dueño quien lo condujera esa noche. Y muchos coches están registrados a nombre de empresas, lo que complica aún más el proceso.

Mi padre y yo solo hemos acabado tres hojas cada uno, con unas treinta matrículas en cada una, cuando damos un respingo al oír que alguien aporrea la puerta y volvemos a la realidad. Al levantarme para abrir, reparo en que fuera está oscuro. No hemos cenado. Ni tomado café.

William está en el porche, agarrado a un iPad.

—¿Puedo pasar? —pregunta antes de que pueda decir nada.

—Claro —contesto, y abro del todo la puerta—. Mi padre está en la cocina.

—Perfecto. Tengo que enseñaros algo. —Salta a la vista que William está alterado. Exuda rabia por todos los poros de la piel.

Nos dirigimos a la cocina, donde mi padre se levanta y se saludan con un breve apretón de manos.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Ese hijo de puta. —William está que echa humo, y encuentra un sitio en la mesa abarrotada para el iPad—. Mirad esto.

Reproduce un archivo de vídeo.

—Está al final —dice, y camina de un lado para otro mientras mi padre y yo vemos la grabación.

Cuando termina, se me revuelve el estómago, y oigo el eco de las palabras de Hedda en mi cabeza: «¿Qué coño hago ahora?».

David Gregersen es un hombre de cincuenta y tantos años. Debido a su amistad con Samuel, imagino que Hedda es una visita habitual en casa de los Gregersen. Un padre que muestra interés en los amigos de su hijo, una chica joven cautivada por su atención, nada nuevo. Pero ¿eso es lo que ha pasado aquí?

William parece convencido de saber la verdad. Camina arriba y abajo, con una mueca en los labios y los puños cerrados.

—Lo juro, como le haya puesto una mano encima a mi hija, yo…

Se interrumpe, pero no hay duda de hacia dónde va su razonamiento. Imagino a David Gregersen, guapo y famoso, lo más importante. Para según qué personas, resulta muy atractivo.

—¿Cuándo fue eso? —pregunta mi padre.

—Dos días antes… —William aprieta los labios. Es demasiado doloroso terminar la frase.

—¿Y Hedda no te dijo nada de la visita de David?

—No. —Unas manchas rojas se están extendiendo por el cuello de William—. Que yo sepa, ese imbécil nunca ha estado en nuestra casa, pero salta a la vista que sabía dónde vivíamos, y fue a una hora en que todo el mundo sabe que estoy trabajando. Siempre grabo mis programas los miércoles; cualquiera que haya visto la televisión durante los últimos doce años lo sabe. Fue a ver a Hedda, y no quería que yo lo supiera.

La lógica de William era aplastante.

—¿Cómo estaba Hedda la semana antes de…? —Tampoco acabo la frase, pero pregunto—: ¿Notaste algo fuera de lo normal?

Lo piensa un momento.

—No, que yo recuerde… Bueno…, puede ser. Pasaba algo más de tiempo en su cuarto de lo habitual. Pensé que había habido algún drama entre las chicas. Pasaba mucho. —Aparta la mirada.

Una imagen aparece en mi mente: Samuel en la iglesia, discutiendo con sus padres y yéndose hecho una furia. Pero, como pensé entonces, los hijos discuten sin parar con sus padres.

—Eso no significa que David tenga nada que ver con los asesinatos —dice mi padre, más a mí que a William.

—Lo sé —admito.

Cuesta olvidar la frase de Hedda, «¿Qué coño hago ahora?». ¿Y si la estaba presionando de alguna manera?

«Pruebas», me digo. «Encuentra las pruebas».

Además, mataron a las dos chicas, no solo a Hedda. Pero Eva era

su mejor amiga. Sabría de la relación de Hedda y David, por mucha persuasión que hubiera.

—Podría hacer algunas llamadas —dice mi padre—. Ver si…

Veo adonde va a parar su mente, quiere comprobar si hay denuncias contra David Gregersen, retiradas o no, por si tiene un historial con menores o investigaciones en curso contra él de algún tipo.

—Eres muy amable —dice William—. Gracias.

William se va poco después, un poco menos alterado, pero a paso ligero y decidido. Mi padre lo sigue poco después, al parecer ansioso por llegar a casa y empezar a hacer esas llamadas.

Yo me quedo con una torre de listas que roban el tiempo.

De vez en cuando me vienen a la mente ideas sobre David y Hedda, imágenes perturbadoras que procuro ahuyentar. Tacho más matrículas, avanzo despacio.

Pasa una hora.

Un periodista al que no conozco me llama para pedirme una declaración sobre mis afirmaciones en contra de la policía, pero no quiero echar más leña al fuego y cuelgo enseguida. Por desgracia, por lo visto a los medios de comunicación les interesa más mi relación con la policía que mis acusaciones sobre la gestión del caso de asesinato. Ninguno de los periódicos o canales de televisión han aportado nuevas visiones o teorías periodísticas de investigación sobre los asesinatos. Es descorazonados cuando menos.

Un dolor de cabeza se está afianzando, y ejerce presión entre las sienes.

Introduzco un número nuevo: Gjermund Jølster, de Enebakk. Luego Trine-Lise Dahl, de Råholt. Ningún tipo de conexión con Eva y Hedda. Me preparo una taza de té antes de retomarlo. Nuevos números, otros nombres, todos bailan ante mis ojos.

Escribo dos letras, seguidas de cinco dígitos. Dudo un segundo con los dedos encima de la tecla de Intro antes de pulsarla; llegados a este punto, es una acción casi automática.

Me quedo helada, contengo el aliento por instinto.

Vuelvo a hacer la búsqueda, solo por asegurarme.

—La madre que me trajo —mascullo, y mis palabras resuenan en el silencio.

39

La música se apaga poco a poco. Al final solo queda silencio en los auriculares de David Gregersen. Silencio. Y vacío.

Sacude la cabeza.

Otra hoja llena de trocitos de melodía a medio hacer, demasiado monótonos y aburridos para perder el tiempo en ellos; no hay una sola progresión de acordes que no anticipe, ni un solo elemento en la producción que no haya oído antes. Lo peor de todo es que la creó él.

Suelta un quejido.

Necesitan algo más que folk pop comercial y soso, ya abunda mucho en el catálogo de Irene. Debe ser sincero y despiadado consigo mismo. Depende de él, como productor de Irene, bucear en su interior, hacer autocrítica y ponerse en el lugar del público. ¿Me sumaría a cantar esto? ¿Esta canción me diría algo? ¿Me conmovería?

Han pasado tres años y medio desde el último álbum de Irene, formado por doce canciones que la prensa apenas se molestó en mencionar. Solo algunos blogueros insignificantes se dignaron a comentarlo, y todos escribían en esencia lo mismo: «Ya hemos oído esta mierda antes, Irene, ¿no va siendo hora de que te renueves un poco?».

Bueno, sí.

Más que nada, Irene quiere volver a salir de gira. Una de verdad

en la que haga una buena caja, no de cuatro o cinco actuaciones, que se ha convertido en lo habitual en los últimos tiempos, recorriendo el país juntos, llenando iglesias rancias y centros comunitarios apestosos durante las cinco semanas previas a la Navidad. Sin embargo, este año ni un solo mánager de los demás artistas se ha puesto en contacto para preguntar si Irene quería sumarse. Pues muchas gracias, perdedores. Irene lleva décadas aguantándoos, ¿y así es como se lo compensáis?

Sin bolos navideños este año, tendrán que encontrar las cuatrocientas mil coronas que debería haber ganado, un dinero con el que contaban. Por eso David, aunque llegue tarde, busca en bocetos de canciones, antiguas y nuevas, pero casi todas de las primeras. De momento no ha encontrado ni una que merezca la pena revisar. Tiene centenares por ahí, todas compuestas en el mismo estudio casero en el que está sentado ahora, compadeciéndose de sí mismo y sintiéndose casi tan fracasado como en su juventud, cuando llamaba a las puertas con maquetas y el deseo ferviente de llegar a ser una estrella.

La primera vez que oyó cantar a Irene fue en Josefine Vertshus, en la calle Josefines. Era uno de esos martes por la noche en que se invitaba a cualquiera que tuviera media voz a subir al escenario y probar suerte con el público. A mitad de la anodina velada, Irene agarró el micrófono y preguntó si el pianista de la casa conocía «A Natural Woman» de Aretha Franklin. No se la sabía, pero David sí, de modo que levantó la mano y se ofreció a ayudar. Unos minutos después, el bar era suyo.

O, mejor dicho, de Irene.

Qué imagen: joven, guapa, efervescente, y con una presencia en el escenario que le recordó de inmediato a Tina Turner. Era como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida. El recuerdo aún le ponía la piel de gallina.

La edad, piensa David. Qué invención tan cruel. Él ha notado los cambios, sobre todo durante los últimos años. Kilos casi imposibles de mantener a raya, las rodillas que fallan sin motivo aparente, por

no hablar de la espalda. Además está el declive gradual de las ganas y la energía para hacer esto o aquello. Aun así, no todo está perdido. A veces aún siente que la sangre bombea con vitalidad y ambición, cuando topa con una canción o un artista que sabe que va a ser grande. No importa que sean hombres o mujeres, pero ayuda si son jóvenes y guapos. Madre mía, cómo le gustaría guardar esos momentos. Todos sus problemas económicos se desvanecerían al instante.

Se afloja un poco el pañuelo de seda, abre otro archivador y pasa al siguiente boceto de canción. No tiene título, solo una fecha garabateada en la esquina. Mientras lee la música y escucha las primeras estrofas en su cabeza, estira el brazo hacia el vaso que tiene en el escritorio junto al piano. El calor del *whisky* se expande en su pecho. Por desgracia, es lo único que le procura cierta sensación de alivio. La canción carece de toda inspiración, es una estructura de esas piezas que se venden ahora en internet, diez por un penique. Necesitan algo nuevo, emocionante. Y lo necesitan ya.

Se abre la puerta.

Irene entra sin llamar. Otra cosa que ha dejado de hacer. Tampoco se acerca a él, para preguntarle qué tal va o si puede ayudarle en algo. David se quita los auriculares y la mira.

—Tienes visita —anuncia, con ese tono de voz que alberga cierto nivel de desprecio, una sensación que, tras veintisiete años de matrimonio, es como un invitado habitual. David suele sentir que su mera existencia le ofende. Se le ve un mohín en el rostro, es evidente que espera algo más que pasar mensajes a su marido mientras trabaja en su despacho. Por lo visto, no importa que esté ahí dentro intentando salvar su carrera.

—¿Quién es? —pregunta.

—William Bülow.

—Ah…, ¿sí? —tartamudea, y nota en el acto que una llama se enciende en su pecho y se abre paso con rapidez hacia la cabeza—. ¿No lo has invitado a pasar?

—Ah. Vale.

David se pregunta qué quiere decir con eso. Se aparta del escritorio de un empujón. Se tambalea un poco cuando se dirige a la puerta, se arrepiente de haber llevado bebida al estudio. Fue una de las primeras reglas que se impusieron, no mezclar trabajo y alcohol. Otro principio que acabaron tirando por la boda. Lo echa de menos casi tanto como añora la fidelidad.

William Bülow aún lleva el abrigo de invierno y los guantes.

—William —dice David para probar—. Qué… —Está a punto de decir «bien» y se alegra de parar a tiempo. Casi le ofrece sus condolencias, y entonces cae en que ya lo hizo en la ceremonia de conmemoración de la semana anterior. Por los pelos otra vez. Antes de que consiga inventar algo que decir, William habla.

—¿Qué hacías en mi casa el miércoles antes de que mataran a Hedda y Eva?

La mirada de William es penetrante.

—Nada de excusas ni mentiras. Sé que estuviste ahí; te tengo en una grabación.

David traga saliva.

—Eh… ¿Cuándo has dicho?

—El miércoles 25 de octubre. Exactamente a las 17:36. —El tono de William oculta una promesa resentida de agresión.

«Dios mío», se dice David. ¿Qué puede decir?

Se vuelve hacia el salón, en busca de Irene, pero no la ve.

—Tú y yo nunca hemos tenido relación —prosigue William, con las cuerdas vocales aún temblando—. Fuiste a ver a Hedda.

—Sí, pero… —Piensa rápido—. No, a verla a ella no, sino… a ver si Samuel estaba ahí.

Alza la vista enseguida hacia William. Ve que lo que acaba de decir ha hecho que se le dispare la mente.

—Dios mío, William, ¿qué estás…? No es en absoluto lo que estás pensando. ¡Madre mía! ¿Cómo puedes pensar que yo…?

David hace un gesto dramático con los brazos en vez de terminar la frase. Finge que es demasiado ridículo para decirlo en voz alta.

—Yo… no sabía dónde estaba Samuel, así que pensé que a lo

mejor estaba en tu casa. Nada más. Había organizado una reunión para él con un importante gestor de proyectos de Universal Music. Era algo un poco improvisado, tal vez una gran oportunidad para él, pero no contestaba a mis mensajes. Intentaba localizarlo.

David levanta la mirada rápido, dudando de si la historia ha colado o si William ve que está mintiendo.

—Por eso fui a tu casa —añade—, para ver si Samuel estaba ahí y podíamos ir directos al restaurante Ekeberg. De haber sabido que… cielo santo, que pensarías que… no sé qué pensabas, de verdad, William, pero desde luego debería haberte dicho que había pasado por ahí, por si acaso, no sé… —No sabe cómo terminar la frase—. Por si se producía algún, cómo lo diría, malentendido —consigue decir al final. Dios, es un mentiroso lamentable.

William no dice nada.

—Lo siento muchísimo —dice David—. Por todo. No puedo imaginar lo que debe de ser…

Empiezan a formarse gotas de sudor en las entradas, y nota que caen entre los omóplatos.

William se pone una mano delante de los ojos y se queda así unos segundos. Luego da media vuelta y se va, sin decir nada más.

Al cabo de unos minutos, David vuelve a estar en su estudio. Sujeta un vaso de *whisky* y vacía las últimas gotas, el sonido de los cubitos de hielo al repicar es precioso.

Irene está en la puerta, observando.

—¿Qué? —pregunta. Lleva la acusación escrita en la cara.

—Pensaba que me estaba tirando a su hija.

Irene suelta un bufido.

Luego suelta una carcajada estridente, burlona.

Piensa que suena ridículo que alguien como él poseyera el encanto y el atractivo sexual para seducir a una chica de dieciséis años.

«Bueno, mi querida Irene, si tú supieras».

40

Por segunda vez en menos de veinticuatro horas, estoy en la puerta del domicilio familiar de los Eek-Svendsen en Bygdøy, convencida de que otro episodio de náuseas me ha dejado sin color. Anoche descubrí que grabaron a Mia, o a alguien sentado al volante de su coche, en la autopista que iba al sudeste desde Oslo a las 20:32, cinco horas después de que Mia recorriera el mismo trayecto para dejar a Eva y Hedda en la casa de verano. No hay rastro digital del coche volviendo en dirección contraria, por lo menos no dentro del intervalo para el cual mi padre y yo tenemos datos.

Por lo general eso no levantaría sospechas, pero Mia le dijo a Ramona que esa noche estuvo sola en casa. En Oslo.

Luego hice otro descubrimiento.

Y este me heló la sangre.

A las 23:54, el coche de Eivind también fue registrado yendo en la misma dirección. Eivind, que, según su propia declaración, estaba en una cena de negocios esa noche, pasó la noche en un hotel a más de una hora de la E6 donde estaban situadas las cámaras.

Le pedí a mi padre que comprobara si Erik tenía permiso de conducir.

No tiene. Además, ya no vive con sus padres, por lo menos no en el día a día. No obstante, si hubiera decidido ponerse al volante de uno de los dos coches, como hizo Jesper, primero habría tenido que ir a Bygdøy y salir con el vehículo sin que sus padres se dieran

cuenta. No es muy probable. Para colmo, Erik tiene coartada para esa noche. Estaba en una fiesta de Halloween en el centro de la ciudad, y otros invitados confirmaron su presencia. Según Ramona, hay centenares de imágenes en las redes sociales de la misma celebración, y Erik aparecía en muchas.

También uno o los dos Eek-Svendsen podrían haberle dejado el coche a un amigo la noche en cuestión, pero se lo habrían dicho a Ramona, ¿no? Es mucho más creíble que fueran ellos los que estaban en esa carretera.

La pregunta es: ¿adónde iban?

Y, lo que es más importante: ¿por qué mentían a la policía al respecto?

No paraba de oír las palabras de Tone Solem en mi cabeza: «A saber en qué andan esos delincuentes, o con quién se han enemistado. Al fin y al cabo, fue en su casa donde se produjeron los asesinatos, ¿no?».

De los Eek-Svendsen, Mia es a quien conozco mejor. Cuando Vetle quedaba para jugar con Eva en nuestra casa, solía ser ella quien venía a recogerla, y a veces se quedaba a tomar un café rápido o a picar algo. La consideraba una madre muy cariñosa y entregada, y siempre nos llevamos bien. Eivind pasaba más tiempo con Erik, haciendo todo tipo de deportes y actividades de chicos.

¿Ha pasado algo durante estos últimos siete años que ha provocado un cambio radical en uno de ellos, o en ambos? No obstante, aunque algo siniestro se cociera bajo la superficie, ¿qué tipo de padre asesinaría a su propia hija?

Cuando llamo al timbre de su casa, me siento aturdida y revuelta por la adrenalina. Un poco más allá, mi padre me espera en su coche. Solo por si acaso, está escuchando a través de mi móvil: me ha llamado antes de que yo bajara del coche y hemos dejado la llamada activada. En un principio quiso que le contara a Ramona lo que había descubierto. Tenía sentido, pero no he hablado con ella desde mi aparición en televisión, y me gustaría contar con algo más sólido antes de abordarla.

Erik abre la puerta.

La sorpresa me deja petrificada un momento: no esperaba encontrarlo ahí, pensaba que había vuelto a su piso en la ciudad.

En un destello, recupero la imagen de Tone Solem en mi mente. Algunos incidentes de su pasado no la favorecen, desde luego, pero no me mintió y su lenguaje corporal era coherente con el trauma que decía haber vivido. Era raro, pero lo mismo pasó con Eivind cuando decía que ella era una mentirosa. En otras palabras, los dos me estaban diciendo la verdad. ¿Eso significa que Erik mintió a su padre y su tío? Siempre hay dos versiones de una historia, pero, en este caso, no veo cuál sería la de Erik. Además, es muy distinto una agresión sexual que unos asesinatos tan violentos como los de Eva y Hedda. Y, por supuesto, Erik tiene coartada.

—Hola —dice, con tono de sorpresa.

Tiene el pelo mojado y peinado hacia atrás. Por primera vez, me fijo en que no guarda ningún parecido con Mia o Eivind. Es imposible no pensar en los horribles primeros años de su vida. Qué suerte que los cerebros infantiles no sean capaces de crear y almacenar recuerdos a largo plazo. Los traumas están ahí, pero no van acompañados de imágenes.

—Hola, Erik. ¿Tus padres están en casa? —pregunto con más brusquedad de la que me gustaría.

—No, están… fuera, no sé dónde.

—Ah. Vale.

—¿Habías quedado con ellos aquí?

—No, quería… comprobar algo con ellos.

—Estaba a punto de prepararme un café. ¿Le apetece uno?

—No, gracias —es mi respuesta automática, pero cambio de opinión enseguida al ver una oportunidad de conocerlo un poco—. O… sí, de hecho —digo—. Estaría muy bien ahora mismo. —Fuerzo una sonrisa.

—Pase —dice, se aparta a un lado y me deja pasar.

En la entrada, me quito rápidamente los zapatos y lo sigo atravesando el salón hasta llegar a la cocina.

Erik se coloca detrás de la gigantesca isla de la cocina.

—No me sorprendería que se hubieran olvidado de que iba a venir —dice, mientras llena el depósito de agua de la Nespresso—. Lo están pasando mal… ¿Taza grande o pequeña? —pregunta, y abre el armario de encima del fregadero.

—Grande, gracias.

Primero baja dos tazas y se vuelve hacia mí.

—Bueno… ¿Qué pasa? ¿Puedo ayudarla en algo?

Vuelvo a pensar en Tone Solem, y siento rabia y cierta obligación hacia ella. A Tone se le impuso su silencio.

—El otro día quedé con Tone Solem; se puso en contacto conmigo —digo a toda prisa, sin quitarle ojo de encima—. A lo mejor te lo ha contado tu padre.

Al principio, la cara de Erik es de sorpresa. Luego se le hincha el pecho y la comisura izquierda de los labios se eleva. Desprecio.

—No —responde—. Pero imagino por qué lo hizo. Ya intentó cavar mi tumba una vez y no lo consiguió. Ahora ha visto las noticias y ha pensado que tiene una segunda oportunidad. Le hablé de mi difícil relación con Eva, así que…

El borboteo de la cafetera tapa lo que estoy a punto de decir. Erik espera a que pare, luego me da la taza. Enseguida pone otra cápsula y repite el proceso. Medio minutos después, los dos tenemos un café humeante en las manos.

—¿Qué pasó con Tone, Erik?

Comprime los párpados, su cuerpo rechaza a Tone y la conversación que he iniciado.

—Mire, tanto Tone como yo ya hemos hablado suficiente sobre el tema. Ella me culpa a mí, y yo a ella. He intentado seguir adelante. Siento que ella no.

La rabia me enciende. Aprieto los dientes y noto el sabor de la sangre en la boca. Necesito eliminarlo, porque si no encuentro el tono, la expresión facial y las palabras adecuadas, no obtendré las respuestas que busco.

Bajo la mirada hacia la taza y bebo un sorbo de café.

—¿De qué ibas a culparla tú?

—¿Que de qué iba a culparla? —Se burla, deja la taza, extiende los brazos en la encimera de la cocina, con los ojos clavados en los míos—. ¡Ella me pidió que lo hiciera! —exclama, y se da de golpes con el dedo índice en el pecho—. Quiso que le apretara la garganta más fuerte, joder, hice lo que me pidió, incluso lo grabó, ¿y luego va por ahí haciéndose la víctima? ¿Diciendo que se asustó? ¿Poniéndome de vuelta y media?

Sacude la cabeza.

—Se suponía que yo iba a trabajar con Johannes después de la universidad. ¿Crees que ahora va a pasar eso? Además, ¿qué coño tiene que ver con la muerte de mi hermana?

Agarra su taza y bebe, con la mirada fija en la encima de la cocina.

No puedo decirle que Tone no «se hizo la víctima»: lo era. En ese momento, se sintió en peligro. Ahí no cabía discusión. Pero no puedo. Ahora no. No si quiero que conteste a mi siguiente pregunta.

—Parece que esto te altera mucho, Erik —digo, y ladeo la cabeza intentando calmarlo.

Erik se da la vuelta, abre uno de los armarios de encima de la cocina y coge un vaso. Se acerca al fregadero, abre el grifo y lo llena.

Bebe un trago largo, luego se pone de cara a mí.

—Lo siento. Me sienta muy mal volver a pensar en eso.

Contesto con un gesto de la cabeza; es todo lo que puedo ofrecer de momento.

Dejo que pasen unos segundos y luego digo:

—Has mencionado tu relación con tu hermana. ¿Has dicho que era difícil?

—No… No nos llevábamos muy bien, Eva y yo.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—De hecho, es más exacto decir que no teníamos nada que ver el uno con el otro. Para mi hermana, yo era más o menos invisible.

—Es habitual que los hermanos se distancien un poco cuando

uno de ellos llega a la pubertad —le digo—. No significa que el amor haya desaparecido del todo. Solo que ya no es una prioridad demostrarlo.

Erik se lleva de nuevo la taza a la boca, pero se detiene en pleno movimiento, me mira y luego por fin le da un sorbo. Hay algo que quiere compartir conmigo, eso está claro, pero se muestra reticente.

—Mis padres y yo no lloramos a la misma persona.

—¿Qué quieres decir? —Dejo mi taza.

Erik mira la suya unos segundos.

—Quiero decir… que yo no reconozco a la persona por la que mis padres y toda Noruega está de luto. Lo siento, pero es así. Eva no era tan dulce, simpática y buena como la pinta todo el mundo.

Sacude la cabeza al tiempo que gira el torso hacia mí. Erik no se arrepiente en absoluto de lo que acaba de decir, ni rehúye el contenido de la conversación. Sé que va a decir más, probablemente porque por fin puede compartir la verdad con alguien que no esté implicado.

—Vi un comentario en internet sobre Eva y Hedda —digo para ayudarlo a seguir—. Decía que merecían lo que les había pasado.

—Sí, yo también lo vi.

—¿Sabías lo de Cecilie Hoff?

—A duras penas. Algo me contaron amigos de amigos —responde—. Nunca les pregunté a Eva o Hedda.

Las comisuras de los labios se elevaron en un gesto apenas perceptible. Regocijo. La explicación de por qué lo siente no se hace esperar.

—Va a pensar que soy una persona horrible —dice—, pero en realidad me alegré de ver que no era el único que pensaba que las chicas tenían mucha mala leche. A lo mejor porque era, eran, guapas, no lo sé. Eva sí lo era, eso se lo reconozco. Se llega muy lejos en este mundo con una buena imagen. Todo el mundo le iba detrás; nadie podía resistirse. Ese tío que llevaba verduras a nuestra casa de Son. Le doblaba la edad. Aun así, no podía resistirse.

—¿Quién era?

—No sé cómo se llama, ni nada. Tiene una granja no muy lejos de allí.

—¿Eran pareja, Eva y él?

Erik se ríe.

—No tengo ni idea. Un día eran chicos; otro, chicas. Y la edad no importaba. Pero lo que sí sé es que venía mucho a nuestra casa, ese tío. Eso seguro.

41

Todo lo que hace Filip Falch le recuerda a ella.

Vestirse, desnudarse. Preparar café, sentarle a la mesa de la cocina. Comer, servir una copa de vino. Ducharse. Incluso trabajar, que nunca tuvo nada que ver con ella, le recuerda la última vez que sintió su piel en el cuerpo.

Está del todo envenenado y poseído, pero de la manera más dulce y exquisita. No puede evitarlo. No tiene sentido intentar negarlo, ni pararlo.

Filip Falch se mueve por el invernadero con calma. El sistema de riego es automático, pero hay que comprobar que todo funcione como debería.

Sus inspecciones diarias.

Rutinas.

La mayoría de las tareas de la granja funcionan como un reloj, y eso le da demasiado tiempo para pensar. En ella, en el futuro. No saber cómo van a ir las cosas ahora, después de todo lo que ha pasado.

Termina en el invernadero y sale al frío, y el aliento forma unas nubes espectaculares en el aire glacial.

Noviembre. Sin duda el peor mes del año, justo antes de que el frío se asiente del todo. Por lo menos los meses de invierno son bonitos, si nieva, y los días empiezan a iluminarse. No ve el momento de que llegue el solsticio. De momento, los días se acortan

y la oscuridad se alarga. Lo nota en los huesos. En la mente.

Pese a que siempre supo que iba a heredar la granja, jamás se le ocurrió, de joven, hacer de la agricultura una carrera. Cuando su padre empezó con el alzhéimer a los cincuenta y dos años, su madre tomó las riendas, por lo menos al principio. Sin embargo, pronto la superó el cuidar de un marido enfermo y además llevar una granja con más de ciento veinte hectáreas de tierras cultivables.

En esa época, Filip Falch vivía en Oslo, se quedó ahí para terminar sus estudios de gestión empresarial, una elección que no había sentado bien a sus padres, pues la granja llevaba generaciones en manos de la familia. Siempre que iba a casa, que no era muy a menudo, Filip percibía el abandono. Su madre lo estaba pasando muy mal, en el plano físico y mental.

Al final, el padre de Filip acabó en una residencia, y por fin su madre consiguió la cadera nueva que necesitaba con urgencia desde hacía años. Filip volvió a su casa una temporada para ayudar mientras se recuperaba. Sin embargo, las semanas se convirtieron en meses. Luego, cuando su padre murió, su madre quiso vender la granja y probar a vivir en la ciudad. Al fin y al cabo, a Filip no le interesaba hacerse cargo, ¿no?

A Filip le sorprendió ver que le dolía pensar en que la granja se vendiera a otra familia. En esa época no mantenía ninguna relación, y no tenía grandes compromisos en Oslo. Al contrario, antes de volver a casa había buscado trabajo durante un tiempo, sin éxito.

Entonces ¿tal vez era el destino el que lo había llevado hasta casa?

Durante las primeras semanas tras decidir quedarse se planteó esa misma pregunta en más de una ocasión. De pronto, se le presentaba una oportunidad de poner en práctica todo lo que había aprendido sobre gestión empresarial. El hijo reticente del granjero se había convertido en un hombre con olfato para el potencial y el cambio. Así que decidió ir a por todas. Por suerte, el banco aprobó su plan de negocios.

Ahora tiene un gallinero de mil cien metros cuadrados con

calefacción subterránea por agua y ventiladores de convección que obtienen la energía de la planta de biocombustible de la granja. Las gallinas viven en las mejores condiciones posibles. Además, ha reservado veinte hectáreas para la producción de forraje. También va a ampliar la producción de hortalizas. Filip tiene una tienda en internet, una física ahí mismo, en la granja, y, durante la época de cosecha, la opción de recolectar en persona para los más aventureros. O los más bucólicos.

Filip está a punto de poner un pie en la granja cuando oye que un coche se acerca al patio. Es un BMW de alta gama, negro reluciente, que le hace pensar en funcionarios del gobierno. Se queda en el escalón, observando cómo se acerca el vehículo. Lleva matrícula de Oslo. El conductor, un hombre, va solo.

Filip aguza la mirada para ver si lo reconoce.

No.

Sí.

Lo reconoce.

Mierda.

Mierda, mierda, mierda.

Da un paso y de pronto se siente muy flojo.

Al final el coche se para a solo unos metros de él.

La puerta tarda un poco en abrirse. Filip Falch observa al hombre que al final se apea del coche y camina hacia él despacio, sin interrumpir el contacto visual ni una sola vez.

—Hola —dice Filip, procurando emplear un tono fuerte y claro.

No hay respuesta. El hombre se para. Respira agitado, le sale vapor de la boca.

—¿Sabes quién soy? —El tono es firme. Agresivo.

Filip Falch no sabe qué contestar. Termina negando con la cabeza.

—Me llamo Eivind Eek-Svendsen. —Cierra los puños mientras dice—: Me gustaría que me contestaras a unas preguntas.

42

Aparco en una de las calles laterales cerca de la plaza Solli y camino presurosa por el pavimento helado. Tengo el frío metido en los huesos, tanto que me pregunto si estoy a punto de enfermar. El cuerpo me protesta a cada paso; me siento como si acabara de correr un maratón. Me duelen los músculos hasta las plantas de los pies. Sin embargo, en cuanto cruzo la puerta doble de Sommerro, me recibe una deliciosa ventada de aire cálido que me descongela al instante.

Tras un lavado de cara de cinco años, la antigua sede central de Oslo Lysverker, la primera empresa en llevar la electricidad a la capital, se ha transformado en una meca del bienestar y un hotel que incluye un fantástico club de *jazz*. Todos los días un cuarteto fijo de músicos interpretan su repertorio improvisado en el Expedition Hall, uno de los bares-restaurantes del complejo hotelero, para gran deleite de mi padre, que se ha convertido en un habitual. En el centro de la sala de techos altos, una barra rectangular está rodeada de una cadena de taburetes rojizos.

Un hombre corpulento con el pelo liso engominado hacia atrás que deja al descubierto una frente ancha y arrugada me recibe con una sonrisa triunfal. Lleva la camisa blanca arremangada, y cada centímetro de su piel está cubierto de tatuajes. Le informo de que un cliente me espera y me dirijo a uno de los reservados de piel color teja en forma de media luna al fondo de la sala. Mi padre ya ha

llegado y está escuchando la música, repiquetea con los dedos en la mesa.

Mientras me acerco a él, no puedo evitar leer el lenguaje del amor, o más bien del deseo, que hablan los cuerpos de una pareja sentada en su reservado que estudia la carta. Es un baile silencioso. Durante unos instantes parecen distantes, pero los pies siguen en contacto. Las piernas están en pleno modo de cortejo.

Su imagen me recuerda lo que decía mi profesor de psicología social: que todos somos como cisnes. «Pese a parecer del todo calmados en la superficie, las patas no paran de dar patadas por debajo del agua. Cuando observéis a un individuo en un interrogatorio, no miréis solo lo que ocurre encima de la mesa: mirad también debajo». Con los años, he visto muchos ejemplos de ello. Las piernas y los pies son las partes más sinceras de nuestro cuerpo porque no aprendemos a controlarlos igual que las expresiones faciales y los movimientos de los brazos.

Mi padre se levanta cuando llego y me da un abrazo rápido.

Nos sentamos, y llega el camarero para anotar mi pedido. Me muero por un *gin-tonic* de Bombay, pero, como conduzco, me conformo con una Coca-Cola Zero. El camarero asiente y regresa con paso elegante a la barra.

Le cuento a mi padre la visita que William le hizo a David Gregersen, y la tarde que pasamos viendo todos los vídeos de las chicas que William encontró en la nube por si descubríamos algo más sobre esa relación. Sin embargo, no apareció nada, solo las sonrisas desgarradoras y la alegría de vivir de Hedda y Eva.

El camarero llega con mi Coca-Cola. Se lo agradezco con una sonrisa.

—William está seguro de que David mentía más que hablaba —concluyo, y sirvo el refresco en el vaso. Los cubitos empiezan a crujir al instante, y la rodaja de limón a bailar—. ¿Me dijiste que tenías noticias de David e Irene Gregersen?

Mi pregunta llega a la vez que el anuncio del cuarteto de *jazz* de una breve pausa. Volverán con otra sesión, pero, mientras tanto, el

cantante anima a todo el mundo a tomar una copa o dos de algo delicioso en la barra.

—Sí —dice mi padre, y bebé un sorbo de su copa de chardonnay —. Por lo visto los padres de Samuel están mucho peor económicamente de lo que todos pensábamos. Están cada vez más faltos de efectivo. Irene cada vez da menos conciertos, y David no recibe muchos encargos de producción. Supongo que los dos están demasiado chapados a la antigua. Así que, dicho de otra manera, todo su negocio se va a pique, y ya no reciben ni mucho menos tantos regalos de cortesía como antes: viajes aquí y allá, ropa gratis, ese tipo de cosas. Han tenido que recurrir a sus ahorros para mantener el tren de vida. Hasta han tenido que aplazar, es decir, cancelar, la reforma de la cocina y la galería que iba a empezar a mediados de noviembre. No tienen dinero suficiente.

Mi padre sujeta la copa como si estuviera a punto de levantarla y beber un sorbo; en cambio, continúa.

—Pese a todo, siguen haciendo una transferencia de veinte mil coronas todos los meses a un hombre llamado Petter Enerly. Llevan así los últimos seis meses. Hasta ahí ha podido averiguar mi chico sin levantar muchas sospechas.

—Petter Enerly —digo—. ¿Sabes algo de él?

Mi padre se encoge de hombros.

—No mucho. Tiene treinta y un años y nació en Oslo; no ha vivido en ningún otro sitio, por lo que parece. Soltero, sin hijos. Tiene unos cuantos delitos menores en los antecedentes, y ha cumplido un total de ocho meses por ellos. Peleas en bares, hurtos, ese tipo de cosas, nada que lo vincule a la familia Gregersen. No trabaja para ellos, por lo menos no de manera oficial: no recibe ninguna nómina. Así que todo es un poco raro, no parece que tenga ningún tipo de relación con ellos.

—A lo mejor les hace algún trabajo sucio —insinúo—. Y se lo pagan en efectivo en mano.

—Puede ser. Pero, en ese caso, ¿qué tipo de trabajo sucio necesitan los Gregersen?

Sacudo la cabeza.

—Exacto —dice mi padre—. No encaja en absoluto con el perfil de la familia. No hay ningún indicio de que participen de ningún negocio turbio o chanchullo: drogas, robos, esas cosas. Desde luego, podrían estar ayudando a ese tal Petter Enerly de alguna manera, por el motivo que sea. Tal vez lo conocen de antes. Quizá sea lo que más encaja. O…

—O los está chantajeando.

Mi padre asiente.

—Deberíamos ir a su casa —añado. Me precipito, me arrepiento enseguida.

Mi padre niega con la cabeza, sus labios forman una fina línea.

—Hagas lo que hagas ahora, Kari, tiene que ser oficial. ¿De acuerdo? Tienes que implicar a Ramona. No sabemos qué tipo de persona es ese Petter Enerly. No tenemos ni idea. No vayas a su casa sola.

Mi padre hace una pausa, pero sigue con las manos levantadas. Sé que no ha terminado.

—Quiero decir… Podría pasar cualquier cosa. Es… No me gusta. Así que…

Baja las manos a la mesa y presiona con las palmas hacia abajo. Suspira profundamente.

Su teléfono vibra en la mesa y hace que los vasos tintineen. Lo coge y responde con un escueto «sí». La mano y el brazo izquierdos se le ponen rígidos. Cierra la boca. También los ojos.

«Malas noticias», pienso para mis adentros.

La mirada rápida que me lanza mi padre me dice que, sea lo que sea lo que haya ocurrido, también me afecta.

43

El accidente se produjo en la carretera, a unos kilómetros al norte de la salida de Son. El coche que conducía Eivind Eek-Svendsen primero chocó a toda velocidad con la barrera de la línea central, luego viró con brusquedad al lado contrario antes de salirse de la calzada. Debido a la pendiente que empezaba en la carretera, el BMW volcó y dio varias vueltas de campana antes de detenerse en un campo.

Según los informes iniciales desde el lugar del accidente, no había árboles ni rocas grandes donde Eivind tuvo el accidente, lo que significa que tuvo suerte, pero el coche había sufrido graves daños.

Cuando llego al hospital de Østfold, en las afueras de Sarpsborg, consigo atrapar a uno de los miembros del equipo de guardia del departamento de urgencias. Me cuenta que Eivind está bien, dadas las circunstancias. Cuesta saber qué significa eso con más precisión; no me dan más detalles porque no soy una allegada ni familia cercana de Eivind. Mia aún no ha llegado, me informan, aunque han pasado unas horas desde el accidente.

Me siento a esperar.

¿Qué hacía Eivind, una vez más, en las inmediaciones de Son?

Mi padre me pone al corriente de lo que consigue averiguar desde casa. Poco antes de las seis y media de la tarde, me escribe: «Sospechoso de conducir bajo la influencia del alcohol».

«Dios mío, Eivind —me digo—. ¿En qué estabas pensando?».

Son casi las ocho de la tarde cuando me entero de que han trasladado a Eivind de urgencias a otra parte del hospital, donde se quedará en observación. Tardo otros veinte minutos más en localizarlo.

Sé que estoy muy fuera del horario habitual de visitas, pero de todos modos llamo con suavidad a su puerta y me cuelo.

Eivind está tumbado boca arriba, tiene una gran parte de la cara vendada. Los brazos quedan fuera de la colcha, también envueltos en gasas. Es imposible juzgar cómo tiene las piernas, pero si ha conseguido evitar fracturas es un milagro.

Eivind consigue girar la cabeza al verme. La única respuesta que detecto es que empieza a parpadear más rápido.

—Kari —susurra.

—Hola, Eivind. —Me acerco con cautela, procurando no hacer mucho ruido—. ¿Cómo te encuentras?

Se oye un pitido en el pecho cuando toma aire.

—Por un momento he pensado que era Mia —dice. Su voz trasmite cierta tristeza y debilidad. Tiene los ojos vidriosos.

—Estoy segura de que llegará pronto. —Es lo único que se me ocurre decir.

Miro alrededor buscando una silla. Encuentro una y me siento. El ambiente en la habitación es incómodo y tenso.

—¿Qué haces aquí? —pregunta Eivind.

Pienso en qué decir.

—Me he enterado del accidente. Estaba preocupada.

Veo gratitud en sus ojos.

—¿Han… dicho algo de tus lesiones?

—Probablemente, pero no me acuerdo —contesta.

Me apresuro a sonreír.

—Creo que tengo una conmoción cerebral —añade, arrastrando la voz. Está medicado.

De nuevo, el silencio.

—¿Recuerdas lo que ha pasado? —pregunto—. Quiero decir, antes del accidente.

Necesita unos momentos antes de sacudir la cabeza con suavidad.

—¿Habías estado en Son?

Eivind no contesta. En uno de los monitores que tiene al lado, veo que se le ha acelerado el pulso. No estoy seguro de hasta qué punto debería presionarlo o si debería hacerlo.

—Eivind, yo… Le estoy dando vueltas a algo —digo igualmente—. Ese viernes, cuando estabas en una cena de negocios con unos clientes, le dijiste a la policía que te habías quedado en el hotel toda la noche. Pero tu coche aparece grabado en la E6 hacia el sudeste justo antes de medianoche.

Sus ojos saltan a mi cara. No necesito hacerle más preguntas. Sabe que lo he pillado mintiendo, pero no se enfada. Parece asustado, más que nada. Luego se desinfla y se hunde aún más en la cama de hospital.

—Así que también has descubierto eso —dice. El tono tiene un aire de profunda resignación.

Inspira despacio por la nariz y cierra con fuerza los ojos. Tarda un rato, y luego dice:

—Me has preguntado qué ha pasado. Antes del accidente.

Hace una pausa.

—He estado… en casa de Filip.

—¿Filip? —pregunto—. ¿Quién es?

44

LA NOCHE DE LOS ASESINATOS

EIVIND

El chef está en el extremo de la mesa, sonriente, listo para presentar el menú de degustación de esa noche. Acaba de darles la bienvenida: siente una alegría infinita de verlos. El chef está inmensamente orgulloso de lo que va a servirles en el transcurso de la velada.

Como el resto del grupo, Eivind estudia el menú que tiene delante mientras el chef inicia su presentación.

—Empezaremos con langostinos —dice, emocionado—. Los servimos con colinabo, cangrejo y tubérculos, aliñados con una deliciosa vinagreta de crustáceos.

En la mesa, los invitados de Eivind asienten y sonríen ilusionados. El menú resulta tentador, de eso no cabe duda.

Pero Eivind no tiene hambre.

Está mareado.

Está pensando en Mia.

Algo no va bien. Hace siglos que no se dirige a él con una palabra amable o una sonrisa, por no hablar de ningún tipo de contacto físico.

Eivind no se enorgullece, pero hace unos días, cuando Mia inició uno de sus maratones «para mí» en el baño, le cogió el teléfono y

revisó sus mensajes. No tuvo tiempo de verlos todos, había miles, pero, aunque encontró algunos nombres que no reconocía, no vio nada que apuntara a que Mia tuviera una aventura.

Aun así, no se quedó tranquilo.

Por eso Eivind, antes de que se sentaran a la mesa del comedor, fue corriendo al baño y abrió una aplicación en el teléfono que, además de darle las coordenadas geográficas exactas de su móvil, le dice también dónde está el de Mia. Quería comprobar si estaba en casa, como dijo que estaría, antes de irse.

No estaba.

Estaba saliendo de la ciudad, hacia el sudeste. En un coche, probablemente, pues se movía rápido. Ahora Eivind ansia comprobarlo de nuevo, aunque en realidad no quiere. La idea de adonde se dirige y qué podría significar, para ellos y para el futuro, es… insoportable.

Pero tiene que hacerlo.

—Seguimos con el mar —continúa el chef, que arranca algunas risas— con un delicioso fletán, servido con hinojo, cebolletas y una exquisita alga. Acompañado por una deliciosa *velouté* de pescado un poco ahumado.

Eivind no tiene ni idea de lo que significa eso, pero nadie más se molesta en preguntar, así que él tampoco. No le importaría levantarse de la mesa ahí mismo para irse a casa. Estar ahí en ese momento, con todo lo que estaba pasando…

Mientras el chef sigue elogiando el siguiente plato (*tataki* de salmón y espárragos), Eivind saca el teléfono con discreción. Parece que Mia ha parado. Aumenta el zum. No puede estar muy lejos de la casa de verano de Son. Pero no tiene sentido: Eva y Hedda están ahí. Mia las ha llevado ese mismo día.

¿Y si las chicas han olvidado algo? ¿Algo importante? ¿Podría ser así de sencillo?

«Tiene que serlo», se dice, y aumenta aún más el zum.

Entonces, no puede evitarlo, se le escapa un gemido.

El chef para en seco. Los demás comensales también miran a

Eivind. Preocupados.

Eivind se excusa.

—Ahora vuelvo. Por favor, seguid.

Tiene las piernas entumecidas. Vuelve corriendo al baño, se sienta en el retrete y procura respirar.

Así que ahí está. Eivind reconoce el sitio en el mapa. La granja.

No hay nada más cerca. Ahora recuerda que Mia siempre alaba las verduras que consumen de ese sitio. ¿Cómo se llamaba el dueño?

Filip.

Filip Falch.

—Joder —exclama Eivind, y reprime un sollozo. Ahí está.

Mia tiene un lío con Filip Falch. ¿Por qué si no iba a ir a su granja un viernes por la noche?

Este verano, Erik bromeaba sobre que el granjero iba mucho a su casa, a entregar cualquier cosa, «merodeando», y que seguro que estaba loco por Eva. Pero Filip Falch no iba por Eva, sino por Mia.

Eivind siente el frío en todo el cuerpo, pero nota que suda. Sabe que tiene que volver con sus clientes. Necesita sonreír, comer, beber. Mantener a flote la conversación, poner buena cara. Pero lo único que verá y oirá será a Mia sonriendo, riendo con otro hombre, y a saber qué más.

Le da un puñetazo a la pared, pero no siente el dolor del impacto. No sabe qué sentimiento predomina, la rabia o la tristeza. «Tienes que hacer algo —se dice—. No puedes quedarte aquí sentado mientras otro hombre te quita a tu mujer».

Vuelve a la mesa y se disculpa por ausentarse. Por suerte, el chef ha terminado con su absurda actuación egocéntrica, como si la gente no fuera capaz de leer el menú.

En la mesa, sus clientes hablan de un viaje de golf que hicieron a un complejo en Turquía el año pasado. Eivind se ríe cuando los demás se ríen. Bebe cuando alguien quiere brindar. Pero todo le sabe a papel mojado.

«Mia», piensa.

»Dios mío, Mia. ¿Por qué lo haces?».

¿Por qué?

La cena se le hace eterna. Cuando los demás se quedan absortos revisando la tarjeta de puntuación de Viktor Hovland de su torneo actual de la PGA, Eivind saca el teléfono. Mia sigue ahí.

Dios, tal vez hasta se quede a pasar la noche, sabe que él no va a ir a casa.

Eivind se toma unas copas después de la cena con el grupo. Tiene que hacerlo. Cuando dos de sus clientes se retiran, él está encantado de seguir su ejemplo. Desbloquea la puerta de su habitación y se sienta en la cama.

¿Qué diantres va a hacer?

Comprueba la aplicación una vez más.

Sigue ahí.

—A la mierda —dice, y coge las llaves del coche. Sí, se ha tomado unas cuantas copas, pero ¿qué más da? En los treinta y siete años que lleva conduciendo, nunca le ha parado la policía para que soplara en una maquinita.

Son las once pasadas cuando se sienta al volante. La noche es oscura y fría.

Conduce mucho más rápido de lo que debería. Demasiado: es incapaz de contenerse. El trayecto hasta la granja dura cuarenta y un minutos.

Durante el último kilómetro reduce la marcha, cruza un bosquecillo y los faros del coche iluminan los árboles. Cuando termina la pista, para, apaga el coche y se queda sentado al volante en la profunda oscuridad de la noche. Toda la finca se extiende ante él: las tierras, la granja, el garaje, el granero. El invernadero, aún iluminado. Ve el coche de Mia aparcado en la entrada de la casa. Hay luces encendidas en las ventanas.

Eivind rompe en sollozos.

Sabe lo que está pasando ahí dentro, pero no osa acercarse más. En cambio, baja del coche. Será mejor acercarse a la casa a pie. Así no lo verán ni lo oirán llegar.

A medio camino, se para.

No. No puede soportar llamar a la puerta o al timbre. No quiere saber. Aunque lo sabe. No quiere ver la mirada culpable en su cara cuando se dé cuenta de que la han pillado mintiendo. Eivind no sabe con exactitud cuándo ni cómo va a hacerlo.

Pero no será esa noche.

45

—Después de aquello —me dice Eivind—, volví al hotel. No soportaba la idea de volver a mi propia casa, a mi cama. Arrasé con el minibar de mi habitación y bebí hasta desplomarme en el sofá. Tal vez dormí unas horas. Me desperté cuando sonó el teléfono. Era… la policía.

En mi cabeza, suelto un «madre mía». El dolor que debió de soportar Eivind esa tarde y noche, por no hablar de la mañana siguiente.

—No sé cuál era mi nivel de alcohol en sangre esa mañana, pero me daba igual. De hecho, no recuerdo nada de ese trayecto. Llegué a Son vivo de milagro.

En sus palabras había algo vacío y crudo. No llora ni solloza al contar la historia. Tal vez sea por la medicación que le han dado, o quizá ha repasado tantas veces lo sucedido en su cabeza durante los últimos días que ha quedado inmunizado. Sea como fuere, le compadezco de todo corazón.

—Después, durante los primeros días —prosigue—, lo que Mia estuviera haciendo esa noche, o a saber durante cuánto tiempo antes de eso, no importaba. Pero al final me resultó imposible no pensar en ello. La tenía cerca todo el tiempo, claro, mintiendo a la policía sobre dónde había estado.

Levanta la mirada la mirada al techo y cierra los ojos un instante.

—No sé por qué no hablé con ella en lugar de…, ya sabes…, ir a

esa granja, pero tal vez sentía la necesidad de…, no sé…, hacerle algo a él, quizá. Por lo menos, ese era mi sueño.

—Lo entiendo.

—Nunca me había peleado a puñetazos. Estuve a punto unas cuantas veces, hace muchos años. Pero no le pegué. ¿Sabes qué hice? —Responde antes de darme la opción de contestar—: Le di la mano. Ni siquiera sé por qué lo hice.

Exhala con fuerza.

—Y Filip… No negó la realidad. Eso se lo reconozco. Incluso se disculpó. Dijo que nunca tuvo intención de hacerle daño a nadie.

Se echa a reír.

—Hacerle daño a nadie… ¿Cómo pensaban que iba a acabar? ¿Que iba a limitarme a sonreír y decir: «adelante, tranquilos, pasadlo bien»?

La carcajada se convierte en un bufido, un espasmo de dolor que le surca la cara. Comprendo que lo más probable es que tenga que irme pronto.

—Llevaba una botella encima —continúa Eivind—. En el coche. Bebí un poco de camino, un poco de coraje líquido. Sé que no está bien. De hecho, no está nada bien, en ninguno de los sentidos. Lo sé. Sin embargo, durante el camino de vuelta bebí mucho. Y rápido. Si te soy sincero, no prestaba atención a la carretera, básicamente me daba igual, todo.

Una vez más, me mira a los ojos con franqueza antes de proseguir con su confesión.

—De pronto noté que el coche impactaba con la barrera de la izquierda. Giré el volante con fuerza para devolver el coche a su carril, pero entonces se fue directo al otro lado y se salió de la carretera.

Aparta la vista y guarda silencio unos instantes.

—Cuando comprendí que iba a estrellarme —continúa, casi en un susurro—, en realidad me alegré. Pensé que tal vez se había acabado, y que desaparecería todo el dolor. Así que, cuando empecé ir de un lado a otro como una pelota en una lavadora, me crucé de

brazos y me relajé. ¿A lo mejor por eso sigo aquí? —añade con un suspiro.

Son casi las diez de la noche, paro un momento en las puertas automáticas del hospital y dejo que el aire nocturno me refresque la cara ardiente. Encima de mí, una gruesa capa de nubes tapa las estrellas. Saco el teléfono y, cuando estoy a punto de llamar a mi padre, veo un coche en el aparcamiento con una cara conocida al volante.

Mia no me ve mientras me acerco a ella; solo tiene la mirada perdida al frente. Para no asustarla, doy un golpecito con el dedo en la ventanilla. Aun así, el sonido le hace dar un respingo. Levanto las manos en un gesto de disculpa.

Mia tarda un momento en recomponerse antes de bajar la ventanilla.

—Kari —dice—. ¿Qué haces aquí?

No es una pregunta fácil de responder. Tengo la explicación de por qué los coches de Mia y de Eivind estaban en la E6 en dirección a Son la noche de los asesinatos. Casi entiendo por qué no le contaron la verdad a la policía. Los dramas familiares de este calibre hacen que sientas el impulso de guardártelos durante el mayor tiempo posible.

Al ver que tardo en contestar, Mia dice:

—Llevo aquí sentada un rato. No he sido capaz de reunir el valor para entrar.

—¿Quieres que me siente contigo un momento? —me ofrezco, y señalo el coche con la cabeza. La noche fría me hace sentir escalofríos.

Mia parece dudar un momento, y luego asiente. Rodeo el coche y subo. El vehículo también está congelado, pero por lo menos ya no estoy a merced del viento.

Mia ha recuperado la mirada perdida; las manos se agarran los muslos. Tal vez el cuerpo de Mia está ahí, pero ella no está presente.

Dejo pasar unos minutos.

—Eivind me ha contado dónde estuvo, y por qué. Lo siento

mucho, Mia.

Me mira con los ojos desorbitados. Puede que no imaginara que Eivind fuera a compartir algo así. Veo en su mirada de sorpresa que tampoco esperaba que yo me mostrara compasiva con ella.

Pero siento su dolor. De verdad.

Y lo entiendo. Mientras asesinaban a su hija, Mia estaba a solo unos kilómetros, en brazos de su amante. La culpa, se lo veo en la cara, es enorme, tal vez incluso mayor que la pena.

A Mia le tiemblan los labios.

Le agarro las manos y aprieto.

46

Petter Enerly sabe que la ha cagado.

Jamás debería haber añadido esa última apuesta, hizo saltar las probabilidades de siete a uno a casi cuarenta a uno, aunque podría haber llevado esa apuesta al banco. El Wolfsburgo estaba en plena forma últimamente, además iban ganando dos a cero en la segunda parte. ¿Quién iba a pensar que el Augsburgo conseguiría darle la vuelta a la tortilla y ganar tres a dos?

Hoy va a ir sobre seguro.

Del todo.

Va a buscar tres partidos y no apostará más de diez; un bonito número redondo que le facilita el cálculo de las ganancias. Con una probabilidad total de ocho contra uno, le resultará fácil llevarse ocho mil coronas directas al bolsillo.

Así tiene que pensar, y jugar. Día a día, lento pero seguro, coger impulso de nuevo y saldar sus deudas. No hacer más de una apuesta al día, y poco a poco ir remontando. Es muy importante no pensar demasiado a lo grande, ni muy a largo plazo. Cuando te va bien una temporada, se dice, a lo mejor puedes permitirte un pequeño capricho al día o cada tres. Solo hay que volver a la fórmula ganadora.

El pan salta en la tostadora, y el sonido le hace dar un respingo. Cálmate, se dice, coloca las rebanadas en un plato y se acerca el tarro de mermelada de fresa. Cuando lo abre, ve una fina capa de

moho encima. La retira y hunde el cuchillo en lo bueno que hay debajo. Huele bien. Unta una buena cantidad en el pan. Tampoco sabe a caducado.

Es una locura lo caro que está todo, piensa. Todo lo que es imprescindible: la comida, la electricidad, el alquiler, la ropa…, lo que sea. Los precios suben a cada minuto.

Nunca ha entendido qué sentido tiene la inflación. Al parecer, es bueno que la gente no pare de gastar dinero. Significa que trabajan más para poder ganar más dinero. ¿Para qué? No tiene sentido. Por qué no decimos basta, dejemos las cosas como están. ¿Salir de la puta rueda de hámster? ¿No sería mejor?

Petter sabe que a esas alturas debería haber podido comprarse un piso, con treinta y tantos años. Pero no tiene un trabajo fijo ahora mismo, ni tampoco perspectivas de conseguirlo en un futuro próximo. Lo único que le dejó su padre fue un trastero lleno de porquerías, y no podía llevar eso a los dioses de la hipoteca del banco, ¿no?

Bueno, se dice, ese viejo idiota sí dejó un cheque de oro. Pero Petter no puede hablar a las autoridades fiscales de ese dinero. De hecho, no puede contárselo a nadie, y es una lástima. Pero así es. Es uno de los motivos por los que lleva tres años y medio atrapado en un piso de una habitación de Fossveien. Se lo alquila a una vieja víbora. Sin duda, no es la vida con la que soñaba de niño.

Desde luego que no.

Petter iba a ser el vocalista de un grupo de *rock*.

Famoso. Un tío molón y *sexy*, con la voz ronca y el pelo largo y negro, con ese imán sofisticado de las superestrellas. Con sexo todas las noches. Pero debe admitir que nunca tuvo el oído de su padre para la música, ni la perseverancia para levantarse cada vez que caía. Al final, renunció a su carrera de músico y se puso a pensar en otras maneras de hacerse millonario. Todavía es su sueño, el plan; solo necesita que se vuelvan las tornas. Un poco de suerte. Conseguir otra buena racha. Puede hacerlo.

Diez de los grandes, piensa.

Que esta noche van a aumentar por lo menos a dieciocho. Tal vez veinte. O puede que veinticinco, depende. Con eso pagaría algunas facturas.

—Sí, papá —dice Petter en voz alta, y levanta la vista al techo—. Ya sé lo que estás pensando. Apuesta solo el dinero que tengas.

Petter emula la voz del viejo que sisea. «A ver, recuérdamelo, ¿qué has hecho tú con tu vida?», le dan ganas de contestar, pero no lo hace.

Le hinca el diente a la tostada crujiente y revisa las páginas web, se siente a gusto consigo mismo, busca un buen encaje, un ganador seguro. O un perdedor, es lo mismo. Es irritante lo bajas que son las probabilidades en los juegos en los que el resultado es impredecible. Es absurdo apostar en ellos, de verdad; por lo menos, junto con otros con riesgo.

Suena el teléfono. Petter aparta la mirada de mala gana de las páginas web de las casas de apuestas y observa la pantalla.

—Mierda.

Es el mismo número. Es decir: no es un número, solo dice «desconocido». Ayer llamó cuatro veces. Y dos hoy, de momento.

No hay que ser un genio para imaginar quién intenta localizarlo. No va a contestar ni loco.

Petter ha terminado de recoger después del almuerzo cuando llaman con fuerza a la puerta.

«Joder».

Se para a escuchar. Tal vez sea un vendedor o un vecino. Si no hace ruido, el idiota, quien sea, se irá. Ya no es Halloween, ¿no? Tampoco son horas de truco o trato.

Contiene el aliento. Espera un poco más.

Entonces se oyen unos pasos en el rellano. ¿Bajan? Sí, puede ser.

Petter se acerca a la ventana y mira la calle. Cuesta ver la acera de enfrente de su edificio. Por un momento se plantea abrir la ventana para ver mejor, pero enseguida lo descarta porque no sabe si la persona que ha llamado a su puerta se ha ido o no.

En la otra acera hay un coche aparcado, con el motor aún en

marcha. Desde la atalaya de Petter es imposible distinguir la cara del conductor, pero podría ser un tipo mayor. No tienen por qué ser buenas noticias. De hecho, a veces son peores, si aún siguen en el juego.

No se oye nada en el rellano.

Petter camina de puntillas y observa por la mirilla.

Al cabo de un segundo da un salto atrás, con el corazón desbocado, asustado por otro golpe fuerte en la puerta.

—Pero qué coño —suelta al abrir la puerta con brusquedad.

—Oh, lo siento. —La mujer que tiene delante retrocede un paso. Tiene el pelo rubio y una bufanda gris al cuello.

—¿Qué quiere?

—Lo siento —repite—. No quería molestarlo.

—Entonces ¿por qué ha llamado a mi puerta?

—Me llamo Kari Voss. Soy psicóloga y…

—¿Psicóloga? —se burla—. ¿Qué hace aquí? ¿Quién la ha enviado?

—No me ha enviado nadie, he venido porque…, bueno, porque su nombre ha aparecido en un caso que estoy investigando. David e Irene Gregersen, ¿le suenan de algo esos nombres?

Agarra con fuerza el pomo de la puerta y la mira, impasible.

—No —contesta, procurando mantener la calma—. ¿Por qué coño iban a sonarme?

—Porque ellos saben muy bien quién es usted —responde la mujer—. Todos los meses…

—No tengo nada que contarle.

Petter está a punto de cerrarle la puerta, cuando la mujer dice:

—¿Y Eva Eek-Svendsen o Hedda Bülow, reconoce esos nombres?

Se para y la vuelve a mirar. ¿Qué demonios le pasa? Está a punto de decirle justo eso cuando se lo piensa mejor y decide no decir nada.

Aun así, cuando le cierra la puerta en las narices de golpe, grita:

—¡Que le den!

47

Esta mañana hemos enterrado a Eva y Hedda.

La ceremonia ha sido tan sentimental y desgarradora como todos esperábamos. Los tonos lúgubres y melancólicos del órgano que llenaban la iglesia, acompañados de continuos sollozos y llantos, algunos fuertes y quejumbrosos. En un momento dado, Mia se ha aferrado al ataúd de su hija. Eivind y Erik han tenido que apartarla. El vicario ha hablado de pena y esperanza con voz lenta y cálida. Samuel Gregersen ha tocado una pieza preciosa y sugerente que ha compuesto en honor a las chicas.

No he podido parar de llorar. Nadie podía.

Después de la ceremonia, todos nos hemos reunido en la puerta de la iglesia para dar el pésame a William y los Eek-Svendsen. Cuando he abrazado a Mia, se ha entregado a mis brazos y las dos hemos caído en un llanto irrefrenable, nuestros destinos como madres volvían a unirse, a las dos nos habían arrebatado a nuestros hijos. Eivind y yo también nos hemos dado un abrazo, pero breve, me rehuía la mirada, con el rostro aún amoratado por el accidente, y también el cuerpo, sin duda. He visto contracciones en los músculos de alrededor de los ojos. Podrían deberse al dolor, pero se han hecho más intensas al apartar la vista de mí, así que sabía cuál era el motivo: mi presencia le ponía nervioso. Era de esperar, he pensado, pues ahora sabía dos grandes secretos de la familia: la aventura de Mia y la adopción de Erik. Tal vez Eivind se arrepentía

de haberlos compartido conmigo.

Ramona también estaba. Hemos cruzado la mirada varias veces, pero no era el momento adecuado para hablar. Supongo que en algún momento tendremos que hacerlo, pero no puedo decir que me haga ilusión.

Mi padre conduce. De camino a casa, ninguno de los dos tiene ganas de hablar. Él nunca ha sido de abordar los sentimientos, ni los suyos ni los míos. Es una cuestión generacional, quizá. No lo sé.

Cuando me deja en casa, decido ir a dar una vuelta en bicicleta, pienso que tal vez un cambio de escenario sea la mejor medicina para mí en ese momento. Me pongo la ropa de ciclismo y empiezo a preparar la bicicleta de carretera en el garaje.

Han pasado semanas desde la última vez que monté en bici o la revisé, siempre ando justa de tiempo, pero hoy la limpio, primero con un poco de agua jabonosa, luego la repaso con un cepillo de fregar gastado para quitar todo el polvo y la suciedad. Después de enjuagar los cojinetes de las ruedas y la cadena con cuidado, lubrico la cadena y los cables con aceite de teflón, y también mimo un poco los engranajes y los frenos. Por último, inflo los neumáticos con un poco más de aire. En otras circunstancias lo haría mucho más a fondo, pero está apagándose la luz solar y quiero salir antes de que anochezca.

Las hojas yacen gruesas y pesadas sobre el asfalto, aplastadas por la lluvia reciente. La poca gente que veo por ahí va bien tapada con abrigos, manoplas y gorros. Como hace frío igual que en un día de invierno, empujo los pedales con un poco más de intensidad de la habitual, y pronto lo noto en los pulmones y las piernas. Pese a que el aire frío me pica en la cara, es una delicia estar al aire libre, viendo el mundo pasar.

Prefiero la bicicleta de carretera, aunque también tengo una de montaña. La guardé en la cabaña de invierno de Blefjell, cuando me resultó imposible usarla por los senderos de bosque de Bygdøy, como solía hacer cuando Vetle era pequeño y mi padre lo cuidaba. Ahora, cada vez que me acerco a esos caminos mi mente entra en

bucle, imagina que mi niño sigue ahí fuera en algún sitio, pidiéndome ayuda.

Enseguida dejo atrás Bygdøy y me dirijo a Sørkedalen, tal vez como una especie de tributo a Caroline Mikkelsen, pero también porque en esa carretera no hay mucho tráfico.

Cuando cae la noche, me sorprendo pensando en cuál debería ser el siguiente paso. Han pasado dos semanas desde los asesinatos. Se acerca otro viaje a California. Tengo alumnos allí a los que atender. Un proyecto de investigación que está acumulando polvo en el despacho. En cuanto a mis indagaciones sobre los asesinatos, he agotado todas las vías posibles sin encontrar respuestas útiles ni nuevas pistas a seguir. Aun así, tengo la sensación de que se me escapa algo. Pero no sé qué.

Desde mi casa en Bygdøy hasta el punto más al interior de Sørkedalen hay unos diecisiete kilómetros. Mi objetivo es recorrer todo el camino y dar media vuelta cuando termina sin salida, un trayecto que he hecho cientos de veces.

En las granjas del valle han encendido el fuego y el humo se eleva en las chimeneas. En esta época del año anochece rápido, como si corrieran una cortina en el día. Tengo una luz penetrante delante y una que parpadea detrás. No me preocupa que no me vean.

Cuando regreso del final del camino veo un coche oscuro en sentido contrario. Estamos a punto de cruzarnos cuando el conductor levanta el brazo delante de la cara, para taparse. Al cabo de unos minutos giro la cabeza para mirar atrás, preguntándome por qué el coche no está detrás de mí. Es la única carretera. No se puede ir a ningún otro sitio. A lo mejor ha parado a hacer pis o a enviar un mensaje o algo. A saber.

Estoy un poco mareada, puede que por el esfuerzo y la falta de sueño.

De pronto me arrepiento de haber seguido esa ruta. Ha oscurecido del todo, y mis luces solo permiten un pequeño túnel de visibilidad por delante de mí. Me sorprendo anhelando las luces de la

ciudad. Pedaleo más rápido, noto que me arden los músculos y la presión en los pulmones aún más. Paso por una curva.

De repente, un coche pasa a toda mecha por mi lado desde atrás, la presión del aire se apodera de mi bici y me obliga a agarrarme con más fuerza al manillar.

—Por Dios —mascullo para mis adentros cuando el coche, un Volkswagen azul marino, avanza a toda velocidad. ¿Era el conductor extraño con el que me he cruzado antes? Podría ser, no estoy segura.

Hay gente que no soporta compartir la carretera con los ciclistas. También les gusta dejarlo claro, a veces limpian el parabrisas cuando pasan por el lado para salpicarnos a propósito. Tal vez ese imbécil es uno de ellos.

Al cabo de unos minutos, oigo que otro coche se acerca rápido por detrás. No reduce la marcha. Intento concentrarme en la carretera que tengo delante y resisto la tentación de volverme a ver qué pretende este conductor. Me mantengo lo más cerca posible del borde del asfalto y la rueda delantera se sale un poco hasta que consigo retomar el control.

¿Qué pasa hoy? Todo el mundo conduce raro.

El coche se está acercando a mí, el motor ruge como una bestia furibunda y me obliga a agarrarme con más fuerza. Casi presa del pánico, viro aún más hacia el borde de la carretera, esta vez las ruedas se salen a la gravilla y hacen que la bicicleta se tambalee. Cuando el coche pasa volando por mi lado un segundo después, es tarde: he perdido el control del todo. La rueda delantera choca con una roca y me catapulta por encima del manillar. Mientras vuelo por los aires, lo último que veo es el contorno de unas grandes piedras angulosas que me esperan para el impacto.

48

—Mira, está volviendo en sí.

Una voz lejana hace que parpadee unas cuantas veces, mientras los ojos se adaptan a una luz deslumbrante.

Alguien carraspea, tose.

Conozco ese sonido.

Mi padre.

Cuando se me despeja la vista, cada vez veo un poco más de él. No sé dónde estoy, pero entonces mi padre me dice:

—Estás en Ullevål, Kari.

El Hospital de Ullevål.

¿Qué?

Intento moverme, pero la manta que tengo encima pesa un quintal, hace que me sienta clavada, atrapada.

—Suerte de los cascos de bicicleta —dice mi padre—. Y del servicio de ambulancias. Han respondido con una celeridad increíble. Has tenido mucha suerte, cariño.

No tengo ni ningún recuerdo de que me trasladaran hasta ahí.

—Alguien paró y los llamó —dice mi padre, que se adelanta a mi pregunta—. El accidente debía de ser muy reciente, porque por lo visto la rueda delantera aún giraba.

Estoy a punto de decirle que no había sido un accidente cuando se aparta un poco a un lado. Tras él, una cara conocida me observa.

Ramona.

Siento una punzada en la zona del estómago. ¿O es el pecho? No estoy segura. Duele, y me cuesta más respirar.

—Hola, Kari —saluda Ramona. El tono es amable. Muy distinto a como sonaba la última vez que hablé con ella.

Intento tragar saliva. Mi padre va a buscar un vaso de agua. Me ayuda a levantar también la cama para que me resulte más fácil sacar las manos.

Tengo las puntas de los dedos vendadas, y las palmas de la mano rojas. Los guantes debieron de amortiguar el impacto. Cojo la taza de plástico, le doy un sorbo y noto que el líquido baja por la garganta hasta la barriga. En ese momento me doy cuenta de que también noto un dolor de cabeza punzante.

Miro a Ramona. Ella también me mira, las palabras que no hemos dicho penden en el aire. Tal vez las bloquea la presencia de mi padre. Su mirada es un tanto distante, pero atemperada por la inquietud y la cordialidad.

—El jefe —dice, mirando a mi padre con una sonrisa—. Me ha enviado un mensaje. He venido en cuanto he podido.

Asiento.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta.

Miro a mi padre y pienso en qué decir. No le veo sentido a intentar edulcorarlo.

—Alguien ha intentado matarme. O… por lo menos me ha sacado de la carretera.

Mi padre abre los ojos de par en par.

—¿Matarte? ¿Qué…? ¿Estás segura?

—Sí.

—¿Qué tipo de coche era? —pregunta Ramona.

—No lo sé, ha sido muy rápido.

—¿Has visto de qué color era?

Niego con la cabeza.

—Había uno azul marino que se cruzó conmigo un minuto o así antes de que ocurriera. Un Volkswagen. ¿A lo mejor han visto algo? No lo sé.

Ni Ramona ni mi padre dicen nada.

—También he pasado por una granja —continúo—. O… varias granjas; hay muchas por esa zona. Y casas, junto a la carretera.

Había más gente en bicicleta. A lo mejor…, a lo mejor alguien ha visto el coche que ha intentado atropellarme. Podríais…

Mi padre y Ramona intercambian una mirada rápida antes de volver a mirarme.

Cierro los ojos y el dolor de cabeza se extiende hacia la nuca, palpitante.

—La persona que ha parado, ¿era un hombre? —digo.

—Un hombre, sí —contesta mi padre.

—¿Y si ha visto algo? —pregunto, y me obligo a abrir los ojos de nuevo—. ¿Cómo se llamaba?

—No lo sé —responde mi padre, sacudiendo la cabeza.

—¿Puedes averiguarlo y preguntarle qué coche conducía? ¿El color?

Ninguno contesta.

—No me lo estoy inventando —les digo, elevando el tono, y un dolor agudo me atraviesa de la garganta hasta los oídos—. Un coche, un conductor, ha intentado atropellarme.

—Nadie dice lo contrario —afirma mi padre—. Pero… ¿quién iba a hacer algo así, Kari?

—No lo sé. ¿Alguien a quien no le gusta que ande husmeando, intentando encontrar a la persona que mató a Eva y Hedda, tal vez? ¿Alguien que tiene la sensación de que me estaba acercando demasiado?

Es un argumento absurdo, porque la sensación es que no estoy cerca de descubrir absolutamente nada. Miro rápido a Ramona. No le veo sentido a contarle con quién he estado hablando esta semana…, ¿o quizá debería?

Tal vez era Petter Enerly, el bestia a sueldo de los Gregersen, quien había intentado atropellarme. Pero ¿por qué iba a ir a por mí? ¿Por qué iba a hacerlo nadie? Aun así, hace siete años alguien raptó a mi hijo.

Un hombre con el uniforme verde de médico entra en la sala. Asiente y saluda a mi padre y Ramona antes de dedicarme una sonrisa afable.

—Ahí está. Bienvenida de nuevo. ¿Cómo te encuentras?

—Como si alguien me hubiera atropellado con un coche.

Lanzo una mirada a Ramona y mi padre y me abstengo de añadir que estoy asustada. Sin embargo, menciono el dolor de cabeza.

—No tienes una conmoción cerebral, lo cual es fantástico. Por suerte, también te has salvado de sufrir fracturas, pero te has hecho un esguince en una muñeca. También hay algunas abrasiones, claro. Tendrás morados, pero nada que haga saltar las alarmas. Unos días de descanso y estarás como nueva.

Pregunta si necesito la baja, pero niego con la cabeza y dejo de escuchar. Cierro los ojos y procuro evocar las imágenes del coche oscuro y el conductor que se tapaba la cara. No veo nada. Solo recuerdo el brazo. El color de la chaqueta… ¿Negra, puede ser?

—Un poco de descanso —dice Ramona cuando el médico sale de la habitación—. No suena muy propio de ti. —Pretende ser una broma, pero no se ríe.

Yo tampoco.

—¿Por qué no nos vamos unos días a la cabaña? —propone mi padre—. ¿Y vemos si sigue en pie y ha nevado ya?

—Buena idea —reconoce Ramona. Suena aliviada, seguramente por la perspectiva de sacarme de la ciudad un tiempo. O quizás estoy analizando de más—. Un poco de aire de montaña te sentará bien —añade.

49

El maletero del viejo Volvo destartalado gruñe bajo el peso de provisiones suficientes para mantenerlos un mes. Hans Christian Voss sabe que es una exageración, pero siempre ha sido así, no quiere correr el riesgo de quedarse corto de suministros. No van a utilizar la mitad de lo que han metido ahí. Por mucho que la cabaña de invierno le guste a Kari, Hans Christian sabe que no durará más de uno o dos días ahí. Por lo menos ahora, con todo lo que está pasando. No conseguirá estar tranquila.

Kari va a su lado en el asiento del copiloto, con la mirada fija en un punto distante al otro lado del cristal manchado del parabrisas. Hans Christian se muere por preguntarle en qué está pensando, pero consigue reprimirse. El silencio se prolonga, interrumpido solo por el ruido del motor o algún golpe ocasional en el maletero cuando pasan por un bache.

Llegan a la cabaña al cabo de cuarenta minutos.

Kari insiste en ayudar a deshacer las maletas, pese a que le duele la muñeca.

—Es bueno usarla un poco —aduce—. Pararé si me supera.

El ritual de abrir la cabaña les resulta tan familiar como respirar, una danza que han ido perfeccionando durante innumerables inviernos. En cuanto ponen un pie dentro, Hans Christian enciende un fuego en la vieja chimenea de piedra, y atiza las llamas con golpes rápidos y hábiles. Mientras tanto, Kari empieza a ordenar la

comida, mete los productos frescos en la vetusta nevera, que emite zumbidos y pitidos como un moribundo. Los productos secos, latas y botellas encuentran su sitio en la despensa fría y modesta, a la que se accede por una trampilla que chirría en la cocina.

Hans Christian observa a Kari mientras limpia todas las superficies y saca el aspirador, cuyo quejido compite con el viento ululante de fuera. Al limpiar, estudia a fondo el lugar, en busca de señales de visitas no deseadas. Revisa los cajones y levanta los cojines del sofá en busca de indicios reveladores de ratones y otros bichos. Satisfecha al ver que están solos, se pone a hacer las camas.

La cabaña es testigo de la austeridad del padre de Hans Christian. La construyó en la década de 1950 con los materiales que consiguió sablear. Entraba el aire por las paredes, los tablones del suelo eran irregulares y el baño no era más que una caseta exterior donde el frío se colaba por las múltiples grietas. Pero todo eso forma parte del encanto. Es el sitio perfecto para desprenderse de las trampas de la vida moderna y regresar a lo básico, reconectar con algo primario y genuino que te hace sentir que estás viviendo en una era distinta, menos complicada.

En lo más duro del invierno, Hans Christian solía pasar semanas ahí solo, se levantaba antes del amanecer para atizar el fuego y disipar el frío nocturno. Luego, después de calentar la cabaña, se aventuraba al paisaje helado, con los esquíes de fondo que lo llevaban sobre la nieve prístina. El frío le mordía la cara y le cortaba el aliento, pero gozaba de esa sensación. A veces paraba y se maravillaba con cómo daba la luz en los cristales de nieve y convertían el paisaje en un escenario perfecto.

Sin embargo, en ese viaje no habría aventuras con los esquíes. Es demasiado pronto para eso. En cambio, prepara un plato sencillo de pasta mientras Kari le hace compañía, bebiendo una copa de delicioso tinto.

—Cuando vengo aquí, siempre pienso en Michael —dice, con tono melancólico.

—¿Y eso? No veníais mucho, ¿no?

—No. Michael prefería su cabaña, supongo. Un poco más moderna, sí. Y más arriba.

Hans Christian utiliza una cuchara de madera para remover la cazuela. La carne picada hierve en una deliciosa salsa de tomate.

—Le encantaba la montaña. Su amplitud. La paz y tranquilidad. Preparar las rutas con los esquíes. Cocinar la trucha que había pescado en un río o en los lagos.

Suspira.

—Estaba ansioso por enseñar a pescar a Vetle.

Sacude la cabeza con suavidad.

—Qué giro tan cruel del destino —dice—. Quitarle la vida a un hombre justo cuando más la amaba. En cierto modo es casi irónico.

—Sí —reconoció Hans Christian—, lo es.

Nunca sabe qué decir cuando el tema de conversación es Michael.

Kari escurre la pasta, guarda una cucharada y la añade a la salsa.

—Empecé a preparar *penne all'arrabbiata* casi sin darme cuenta —explica—. Era el plato que Michael siempre hacía el primer día que llegábamos a la cabaña.

Sonríe, la pena vuelve a tensar su bello rostro, y se sienta.

Después de cenar, recogen la mesa juntos y se acomodan en el sofá, Kari bajo una manta, con la mente perdida en las llamas bailarinas de la chimenea. Hans Christian saca una novela y se pone a leer, de vez en cuando le da un sorbo al vino y nota que su frecuencia cardiaca se adapta de forma natural a un ritmo más pausado. Ahí reina un tipo de paz que no encuentra en ningún otro sitio.

De vez en cuando levanta la vista del libro y mira a su hija. Pasar tiempo con ella, y que ella quiera pasar tiempo con él, es lo que más aprecia del mundo. No hay nada mejor. Nada en absoluto.

Sin embargo, ve que algo titila en sus ojos. Hacía mucho que no le veía esa mirada. Es obvio que el incidente de la bicicleta la ha asustado.

Está punto de ofrecerle más vino cuando ella dice:

—Necesito hablar con Jesper.

—Jesper… ¿Te refieres a Jesper Bach-Hansen?

—Sí.

Hans Christian está a punto de echarse a reír cuando comprende que ella va muy en serio.

—No puede ser, Kari. Lo sabes.

—Lo único que sé es que Jesper es inestable y no está recibiendo una atención adecuada. Soy psicóloga. No debería costar mucho convencer a las autoridades de que Jesper necesita a alguien con quien hablar.

—Tienen sus propios psicólogos para eso, Kari.

—Sí, de acuerdo, pero a lo mejor su abogado puede conseguir que entre de alguna manera.

Gira la cabeza y mira a los ojos a su padre. Hans Christian siente que los ojos de su hija le perforan el cerebro.

—Lo dudo —responde al fin—. De verdad que lo dudo.

—¿Podrías preguntarlo? Lo conoces un poco, ¿no? ¿A Arne Jan Dahl?

Hans Christian suspira.

—No sé de qué serviría, Kari.

—Solo quiero hablar con él. Observarlo. Ver si… —Se interrumpe.

Hans Christian no sabe qué decir. El caso se ha convertido en una cruzada para ella. Teniendo en cuenta lo poco que duerme, cuesta saber lo que realmente le pasa por la cabeza. Y, para colmo, ese accidente de bicicleta…

Ramona ha hablado con el conductor que se paró: Tom Kåre Syltevik, un hombre que vive en Sørkedalen. No vio coches con un comportamiento raro justo antes de encontrar a Kari. Tampoco vio a nadie más.

—Por favor, papá… —Apenas se oye la voz con los chasquidos y el crepitar de la chimenea—. De verdad que necesito hablar con él.

50

Un ruido repentino me despierta de un sueño inquieto. Es el sonido de una pala al rascar el suelo. Me deshago del enredo de mantas y me doy cuenta de que estoy tumbada en un sofá desconocido. Entonces recuerdo dónde estoy.

Debí de quedarme dormida después de cenar. Mi padre no me despertó antes de acostarse. El fuego sigue ardiendo, pero parece que las llamas se extinguirán pronto si no añadimos uno o dos troncos.

Miro a mi alrededor y me pregunto qué me ha despertado. Me levanto, y me envuelvo en la manta de nuevo. Me estremezco.

Cuando estoy a punto de meter otro tronco en el fuego, vuelvo a oír el mismo ruido.

Viene de fuera.

Me traslado por instinto a la ventana que da a la entrada principal de la cabaña. Se me enredan los pies en la manta, así que la dejo. Por el rabillo del ojo, capto un movimiento fugaz fuera.

Cruzo la cabaña corriendo de puntillas y llamo a la puerta de mi padre. Está entreabierta, así que empujo hasta abrirla.

—¡Papá! —mascullo, procurando no gritar—. ¡Hay alguien ahí fuera!

Se incorpora como un resorte.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—He oído un ruido fuera —digo—. Creo que he visto a alguien.

Se pone en pie al instante.

Abre el armario que hay contra la pared izquierda de la habitación, saca un rifle de caza y coge la linterna que hay sobre el taburete de al lado. Sin decir nada, sale dando zancadas del dormitorio, desvelado.

—Quédate dentro —ordena desde la puerta de entrada, mientras se pone el abrigo y las botas a toda prisa.

Me quedo rígida junto a la chimenea mientras abre la puerta principal.

Una ráfaga de aire gélido entra en la sala. Entonces sale, con la culata del rifle al hombro y la boca formando una línea horizontal iluminada por la linterna. Sale al porche y desaparece.

De pronto, lo siento en el corazón. Si le pasa algo, no tendré a nadie.

El pánico se apodera de mí. Salgo a la noche. Me engulle entera, espesa como el hollín. No hay estrellas, ni claro de luna. Solo el sonido de ramitas que crujen y hojas secas que susurran al viento y acaban con el eco en el claro.

Cierro los ojos unos segundos para que se adapten a la oscuridad. Cuando los vuelvo a abrir, no ha cambiado nada. La oscuridad ha devorado a mi padre.

Un crujido casi me da un vuelco al corazón. Aprieto los labios para no gritar.

Una rama cruje como un hueso. Contengo el aliento y doy un pequeño paso atrás, deseando tener un arma yo también. Vuelvo a pensar en Petter Enerly, me pregunto si nos ha seguido hasta ahí para terminar su trabajo, a la espera de la ocasión perfecta para atacar.

Mi padre aparece doblando la esquina de la cabaña, el haz de luz de la linterna casi me ciega. Las botas crujen en la tierra helada cuando se acerca a mí. Siento tal alivio al verlo que me flaquean las piernas.

Sacude la cabeza.

—No hay nadie ahí fuera —dice.

Volvemos dentro en silencio, y mi padre cierra la puerta. Pasa el cerrojo y apoya el rifle contra el marco. Se quita la chaqueta y las botas con un suspiro cansado, con un deje de reproche mudo.

Me siento en el sofá, tiritando de frío.

Mi padre recoge la manta del suelo y me la coloca sobre los hombros.

Luego se agacha, mete dos troncos en la chimenea y remueve las brasas con un atizador para que el fuego se mantenga.

—Había algunas huellas de ciervo ahí fuera —apunta—. Unas cuantas más pequeñas, también. Puede que de un zorro. Y, por supuesto, algunas huellas humanas, pero podrían ser las nuestras al llegar, o tal vez las de Gunnar, nuestro vecino, cuando se para a comprobar que todo esté bien. Se me olvidó decirle que veníamos.

El fuego crepita.

—Nadie sabe que estamos aquí, cariño. Salvo Ramona. Y William, supongo.

Me quedo sentada, con la manta sobre los hombros. Mi padre se endereza y se sienta a mi lado en el sofá.

—Me preocupas —dice al final, y me coge de la mano. Siento la piel áspera de los dedos envejecidos contra la mía.

—Puede que tengas razón —concedo tras una pausa pesada—. A lo mejor no había nadie ahí fuera. No lo sé, papá.

Respiro.

—Pero esto es lo que sí sé: alguien intentó matarme el otro día, o por lo menos sacarme de la carretera. Voy así en bicicleta desde que era adolescente, estoy acostumbrada a los conductores impacientes, y a los idiotas también. Ese tío no era ninguna de las dos cosas. Esa persona quería hacerme daño, eso te lo garantizo.

Mi padre me mira fijamente.

Le aguanto la mirada y sonrío.

—Entiendo que estés preocupado, papá. De verdad. Pero no soy yo la que debería preocuparte.

Parece desconcertado.

—Jesper solo tiene dieciséis años. Tú piénsalo. —Lo miro a los

ojos—. Si Vetle estuviera en la piel de Jesper, ¿no querrías que alguien luchara por él? ¿Que estuviera a su lado? Están a punto de destruirle la vida a Jesper, papá. Del todo. Por algo que no hizo. Aunque no me creas, por lo menos déjame que intente averiguar qué pasó exactamente esa noche.

51

No paro de rascarme el esparadrapo de la muñeca.

Estoy nerviosa.

No acostumbro a estarlo, las cárceles no me asustan, pero ahora mismo no puedo evitarlo.

Una perturbadora luz amarilla se cuela por la ventana e ilumina todos los detalles. Se pega a todas las superficies y destaca la dureza del mobiliario. Las paredes, pintadas de verde claro, parecen absorber la luz, mientras que de las plantas artificiales, con sus hojas de plástico brillantes y lustrosas, parecen saltar chispas con ella, un gran contraste con la lúgubre realidad de la sala de visitas de la cárcel de Ullersmo.

En el rincón, una cesta torcida contiene una colección de juguetes gastados, con los colores desteñidos y las formas distorsionadas por el tiempo y el juego. Toda la escena parece salida de una escenografía mal ejecutada, donde los elementos son una imitación de la realidad. La sala entera rezuma cautiverio.

Estoy aquí en parte con un falso pretexto. Debido a la naturaleza del caso, Jesper tiene restringidas las visitas y las cartas. Está aislado de los demás internos y presos preventivos, y ni siquiera sus parientes tienen permiso para verlo. Sin embargo, como ha confesado y está colaborando con la fiscalía, se pueden y deben hacer concesiones. Entre otras, si necesitara hablar con un psicólogo. Ese es justo el argumento que ha aducido el abogado de

Jesper y por lo que me han autorizado a verlo.

Se supone que estoy aquí para trabajar con él y evaluar su estado mental, pero es imposible saber hasta qué punto podré ayudarlo. Ni siquiera estoy segura de que conteste a mis preguntas. Pero ha accedido a verme cuando podría haberse negado, así que hay esperanza. Tal vez ayuda el que sea la madre de Vetle. A lo mejor tiene buenos recuerdos de mí de la infancia.

Mi padre insistió en que informara a Ramona de dónde estoy, no porque necesite su permiso, sino para incluirla en lo que estoy haciendo. Aun así, he esperado a estar ya aparcada delante de la cárcel para enviarle un mensaje. Luego he apagado el teléfono de inmediato para no ver su respuesta. Estoy segura de que la habrá. No es mi estilo rehuir el conflicto, pero no tengo tiempo de discutir con ella ahora mismo. Ni la energía, para ser sincera. Tres días en la cabaña no han sido suficientes.

Me gustaría obtener respuestas para dos puntos en concreto, de los que estoy segura que Jesper no ha contado toda la verdad. En el primer interrogatorio, cuando sus recuerdos aún no estaban manipulados ni bajo la influencia de preguntas tendenciosas, Ramona preguntó qué más hizo con Eva y Hedda esa noche aparte de beber, bailar y colocarse. Jesper contestó: «Nada». Pero justo antes de contestar se le hincharon las fosas nasales, un signo claro y clásico de excitación. Poco después, cerró los ojos y se reclinó en la silla, en un intento de distanciarse de todo: de la pregunta, de sus pensamientos, de la sala. Habría salido corriendo si pudiera. Una reacción clásica de huida. Lo segundo es que, al mencionar Ramona que Hedda tenía el pecho al descubierto cuando la encontraron Jesper se quedó helado, como un ciervo al que enfocan los faros de un coche. Esa reacción instintiva procede de épocas en las que nos atacaban los depredadores. Como el movimiento llama la atención, la respuesta era la inmovilidad: nos quedábamos quietos para que no nos mataran. Y quedarse petrificado aún es la manera que tiene el sistema límbico de reaccionar al peligro. Por tanto, en ese momento Jesper se sintió amenazado. Pero ¿por qué?

No sé si esas reacciones tienen algo que ver con los asesinatos, pero necesito descubrir qué las provocaba durante los interrogatorios. Tengo que saber qué esconde. Tal vez sus respuestas me ayuden a llegar al fondo de todo esto. O su cuerpo.

Un arañazo sordo me saca de mis cavilaciones.

Se abre la puerta y aparece Jesper. Está aún más demacrado que cuando lo vi en comisaría el día de su primer interrogatorio. Se acerca a mí arrastrando los pies y con la cabeza gacha; la ropa casi se le cae. El funcionario de prisiones ata las esposas de Jesper a un gancho que hay encima de la mesa donde estoy sentada. Por fin estamos cara a cara, separados solo por una pequeña cantidad de aire.

El funcionario me enseña qué botón pulsar si lo necesito. Me informa de que estarán observando desde fuera de la sala, pero sin escuchar la conversación. A fin de cuentas, un paciente tiene derecho a hablar con su psicóloga en privado.

Miro alrededor buscando una cámara, pero no veo ninguna. Eso no significa que no estén.

Espero a que el funcionario cierre la puerta antes de forzar una sonrisa y romper el hielo.

—Hola, Jesper. Gracias por aceptar verme.

No obtengo respuesta. Tiene la mirada fija en la mesa. Pienso en sus padres. Renunciaron a su propio hijo mucho antes de que la batalla siquiera empezara. Qué solo debe de estar ese chico.

—¿Cómo te va? —pregunto.

Se encoge de hombros y se hunde un poco más en la silla. Espero a que conteste.

—Bien —responde al fin. Levanta un poco la barbilla, pero aún no me mira a los ojos.

Lo veo exhausto y avergonzado, pero ante todo lo noto aterrado.

—¿Qué tal duermes? —pregunto—. ¿Comes?

Una vez más, se encoge de hombros.

Quiero preguntarle cómo llena los días, pero concluyo que eso solo reforzaría lo lamentable de su situación. Probablemente no esté

haciendo casi nada.

—¿Qué haces aquí? —pregunta al fin—. Mi abogado me contó que fuiste a televisión a decir que soy inocente… No lo soy.

La voz es débil. Impotente.

Pienso en la mejor manera de formular mi respuesta.

—Antes de nada, he venido porque he pensado que tal vez necesitabas hablar con alguien.

—No tengo mucho más que decir —replica.

—Creo que hay mucho más que decir.

—¿Como qué? —Por primera vez me mira. La mirada es suspicaz. Está en guardia.

—Me gustaría hablar contigo de unos cuantos aspectos de esa noche.

Jesper baja la cabeza y la menea rápido.

—Intento olvidar lo que pasó esa noche —responde—. No soporto hablar de eso. No hay nada más que decir.

La cabeza se mueve de izquierda a derecha. Posa la mirada en mí un momento, y luego la vuelve a apartar.

Asiento y lo dejo por un rato.

—¿Sabes cómo empecé a trabajar con la memoria y el lenguaje corporal, Jesper? —Sigo sin esperar respuesta—. Estudiaba Derecho, estaba en el tercer año de carrera. Por aquel entonces quería ser juez. Hice algunos trabajos para pagarme los libros de texto y comprar la ropa que necesitaba para hacer de becaria en bufetes de abogados pijos. Y claro, para pagarme las fiestas.

Los recuerdos me arrancan una sonrisa.

—Un día vi un anuncio en la biblioteca. La Facultad de Psicología buscaba voluntarios para un «estudio de memoria emocional», así lo expresaban. Estaba bien remunerado y solo eran unas horas a la semana, así que me apunté. Uno de los requisitos era que les diese los datos de contacto de mi padre. Por lo visto, necesitaban hablar con él.

Consigo mirar a los ojos a Jesper. Estaba escuchando.

—En la primera entrevista —continúo—, los profesores me

preguntaron por la muerte de mi madre. Habían hablado de ello con mi padre, decían, y querían que reviviéramos ese recuerdo doloroso, y lo hicimos. También comentamos otro incidente del que les había hablado mi padre. Siendo una adolescente, robé algo de una tienda. No tenía ningún tipo de recuerdo de eso, pero el profesor repasó el episodio con todo detalle conmigo, utilizando la información que le había dado mi padre. Tras la primera entrevista, me mandaron a casa con instrucciones estrictas de no hablar con mi padre de la muerte de mi madre ni del incidente del robo. No podía decir nada de eso hasta que volviera para la siguiente entrevista.

Me humedezco los labios.

—La siguiente vez les dije que había empezado a recordar fragmentos de lo ocurrido el día del robo. Recordaba la música que iba escuchando en el *Walkman*, y que el cielo estaba despejado y era de un azul inusual. Pasados unos días, cuando volví con los profesores, mis recuerdos eran aún más precisos sobre lo que había ocurrido ese día.

Esbocé una breve sonrisa.

—Pero, lo creas o no, esos recuerdos eran falsos. Los profesores lo habían inventado todo. Nunca había pasado. Yo nunca había robado nada.

Jesper frunce el ceño y se incorpora un poco en la silla.

—Ese estudio de la memoria trataba de «piratear la memoria», así lo llamaban: sobre lo fácil que era manipular los recuerdos, implantar imágenes en nuestras mentes que luego nuestro cerebro convierte en recuerdos. A base de repetir una y otra vez lo que en teoría ocurrió cuando robé en una tienda, los profesores activaron mi imaginación. Introdujeron falsos recuerdos que mi cerebro no podía distinguir de los reales porque las imágenes que mi cerebro había creado escuchando relatos repetidos sobre mi robo se habían vuelto tan reales para mí como los recuerdos de verdad.

Suelto un bufido y sacudo la cabeza, incrédula.

—Imagínatelo: esos dos investigadores habían conseguido convencer a jóvenes con estudios superiores de que habíamos

robado o que habíamos agredido a alguien cuando éramos más jóvenes. Es casi increíble. Once de cada veinte estudiantes incluso acabaron diciendo que la policía los interrogó tras los incidentes, cosa que, por supuesto, nunca sucedió, y dieron una media de doce detalles concretos que los investigadores no habían mencionado. No me enorgullece en absoluto admitir que yo fui una de esos once.

Jesper tiene las manos entrelazadas sobre la mesa, y el torso un poco inclinado hacia delante.

—Ese estudio me cambió la vida, Jesper. Experimenté lo fácil que es manipular la memoria. Jamás pensé que podría ocurrirme algo así. Me consideraba, ya sabes, una persona relativamente lista y sensata.

El recuerdo despierta en mí un brillo de entusiasmo y fascinación. Espero unos momentos y luego lo miro a los ojos.

—No he cambiado de opinión, Jesper. Sigo pensando que eres inocente.

No dice nada.

—Eres más joven que yo cuando participé en ese experimento de memoria. Acababas de vivir una conmoción horrible: encontrar a tus dos amigas asesinadas de una forma brutal. Te detuvieron y todo el mundo estaba convencido de que habías sido tú. Te interrogaron una y otra vez. Te presentaron todos los detalles imaginables y un escenario que encajaba en la teoría policial de lo que había ocurrido. Te enseñaron imágenes de la escena del crimen, y te hicieron preguntas tendenciosas.

Esperé unos segundos antes de seguir.

—Todo eso disparó tu imaginación; te hizo crear imágenes nuevas en la cabeza, imágenes que son pura ficción, pero que tú y tu mente, tú y tu memoria, habéis absorbido e integrado. Y ahora tu cerebro las trata como si fueran recuerdos propios y reales.

Jesper me mira con la boca entreabierta. Su cuerpo no se mueve.

—¿Has oído hablar de George Franklin?

Jesper duda unos instantes; luego niega con la cabeza.

—Tal vez no te sorprenda; es algo que pasó hace unas décadas en Estados Unidos. La hija de George Franklin lo acusó de violar a una amiga suya. Las pruebas de la hija se basaban en un recuerdo que había resurgido veinte años después de la supuesta agresión. A George Franklin lo condenaron y acabó en la cárcel. Más tarde se descubrió que el recuerdo de la hija era falso. Tardaron cinco años y medio en absolverlo.

Jesper baja la mirada al suelo. Me dan ganas de ponerle una mano en el brazo, pero me contengo.

—Todos somos víctimas inocentes de recuerdos manipulados, Jesper. No solo tú: yo…, el guardia de ahí fuera… La hija de George Franklin. Hay infinidad de ejemplos de lo que le ocurrió a George. Y de lo que vives ahora mismo. Le puede pasar a cualquiera, en cualquier sitio.

Me reclino en la silla.

—Es un hecho: cada vez que revivimos un recuerdo, lo cambiamos, sin ser conscientes de ello. Y lo que nos dicen los demás también reconfigura e influye en nuestros recuerdos. No controlamos este proceso, es la manera de procesar recuerdos de nuestro cerebro. Una vez contaminada la memoria, nos resulta imposible distinguir la realidad de la ficción.

Jesper se endereza en la silla. Me mira.

—Sé que hay mucho que asimilar —añado—. Mucho que digerir. He invertido años de estudio para comprender cómo funciona la memoria. No espero que seas capaz de entenderlo en cuestión de minutos.

Jesper cierra los puños. Veo que no le gusta lo que le digo. Trago saliva rápido. Dudo un momento. Decido seguir de todos modos.

—Hubo dos puntos que no aclaraste a la policía. Dos cosas que vi en tu lenguaje corporal que te guardaste en tu primer interrogatorio, Jesper, que, por cierto, es el más importante. De verdad que me gustaría hablar contigo de esos dos aspectos…

—¡Vale, pare ya, joder! —Jesper se levanta con brusquedad. La silla se balancea hacia atrás y casi se vuelca. Tira de las esposas

sujetas a la mesa, se produce un sonido agudo que me provoca una punzada. Jesper tiene todo el cuerpo tenso—. Dice que he confesado algo que no hice —masculla—, que me lo he inventado todo.

—No todo, Jesper, solo…

—Las maté, ¿vale? ¿Puede meterse eso en la puta cabeza? ¡Las maté!

—Jesper, yo…

La puerta de la sala se abre. Un guardia asoma la cabeza.

—¿Va… todo bien por aquí?

Jesper me fulmina con la mirada.

—No —contesta—. Nada va bien. Eh… Sáqueme de aquí.

52

Silencio, piensa Ramona.

Que haya silencio.

Dios, permíteme elaborar un pensamiento hasta el final sin intromisiones.

En una casa con cuatro niños, poco estimulados como solo los preadolescentes noruegos pueden estar un gélido miércoles por la tarde, nunca hay un momento de paz o tranquilidad. No tiene sentido gritar, porque lo más probable es que se pongan a la defensiva y respondan a gritos. Tampoco sirve de nada ser amable, porque entonces te muerden la mano. ¿Hay algún punto medio? Al poco acaban en tierra de nadie sin control, y eso no es una solución, ni a corto ni a largo plazo.

«Niños», piensa Ramona al entrar en la cocina a preparar té. Todos y cada uno de ellos deberían incluir un manual de instrucciones al nacer, además de mandos a distancia y fórmulas muy precisas sobre cómo evitar crisis, sean grandes o pequeñas. La paciencia de Ramona se ha ido desgastando y lidia con la necesidad desesperada de estar sola, aunque solo sean unos minutos.

Sin embargo, pasa tanto tiempo sin la familia que en realidad no es justo pedir aún más tiempo para revisar el trabajo o satisfacer sus propias necesidades. Sí, es comisaria de policía, pero también madre, pareja, parte de una familia donde todos, de una manera u otra, la necesitan.

Desde que llegó del trabajo, Ramona está pendiente del fuego; es noviembre con toda su gloria helada. En el salón, Leah y Magnus se hallan en plena partida, otra, de Monopoly. Hay billetes de dólar falsos esparcidos por toda la alfombra. Magnus ya ha derramado zumo por lo menos una vez. Linnea está sentada en el sofá, se ha autoproclamado árbitro mientras intenta dibujar un boceto para su nuevo libro infantil. Además, vigila el tiempo de pantalla de August y Sofie, que están tumbados en el sofá, con las narices metidas en los iPad. Es una batalla que Ramona y Linnea libran a diario, conscientes de que están condenadas a perderla. Por lo menos, a largo plazo.

Cuando el agua empieza a borbotear en el hervidor, una luz deslumbrante baila en las paredes de la cocina. Ramona asoma a la ventana, y ve que un coche se detiene en la entrada.

—Pero ¿qué…? —dice en voz alta.

—¿Qué pasa? —pregunta Linnea desde el salón.

Ramona pasa junto a todos dando zancadas, directa al pasillo.

—Ha venido Kari. —El tono trasmite cierto enfado.

—¿Kari? —pregunta Linnea.

Ramona no contesta. Se pone los zapatos de invierno de Linnea porque son los que le quedan más cerca y sale a la oscuridad; ni siquiera lleva chaqueta.

El suelo frío cruje bajo las suelas de los zapatos. Los tres grados bajo cero la envuelven enseguida. La sensación es como si una capa de hielo le cubriera las mejillas de inmediato y la respiración se convirtiera en una nube de escarcha. Cuando Ramona llega al coche de Kari, la encuentra aún sentada dentro, con las dos manos colocadas en el volante con firmeza y la mirada perdida al frente. Como si no se hubiera dado cuenta de que Ramona se acercaba.

Algo en las mejillas pálidas y la mirada perdida de Kari suaviza el ánimo de Ramona de inmediato. Tira del pomo y abre la puerta con suavidad.

Por fin Kari levanta la mirada, busca palabras. Ramona ha empezado a tiritar. El frío es infernal.

—Ven —dice, y le tiende una mano.

—Yo… no quiero estropear tu tarde con la familia —dice Kari.

—Tonterías, no estropeas nada. Ven. Pasa dentro.

Al final, Kari agarra la mano de Ramona y deja que la saque del coche. Ramona le agarra del brazo y la lleva hacia la casa.

—Los gremlins aún están despiertos —dice Ramona—. Se alegrarán mucho de verte.

Ramona deja pasar primero a Kari.

Como esperaba, sus niños acuden corriendo, uno por uno. El nivel de ruido que lleva toda la tarde atormentando a Ramona se convierte en una música dulce y bella, estallidos espontáneos de júbilo, entusiasmo y sorpresa. Leah llega primero y se lanza a los brazos de Kari. Ella la coge y se aferra a la niña, que es la más pequeña, la besa en la cabeza y la mece adelante y atrás con unos cuantos balanceos fuertes y cariñosos. Luego afloja unos instantes para mirarla bien. Sofie no quiere esperar a que su hermana termine el abrazo; también se acerca y sube con Kari, que, de repente, tiene las manos llenas.

Kari no acaba de contestar una pregunta cuando le llega la siguiente: ¿por qué hacía tanto tiempo que no iba de visita? ¿Quiere jugar al Monopoly con ellos? ¿Pueden volver al parque de camas elásticas? Fue muy divertido.

Linnea también ha salido al pasillo a saludar. Ramona se quita los zapatos de una patada y la mira, desconcertada.

—Bueno, bueno —dice Linnea—. Dejad que Kari respire un poco primero.

Linnea le da un abrazo largo y cálido antes de que Ramona ayude a Kari a quitarse la chaqueta.

—Creo que tenemos que hablar un poco —le dice Ramona a Linnea.

—Claro —responde ella—. Tomaos vuestro tiempo. Si hace falta, ya los acuesto yo.

Ramona se vuelve hacia Kari.

—Vamos a la cocina. Acabo de poner el agua a hervir.

Cruzan el salón. El fuego crepita y chisporrotea. Los niños han retomado sus actividades. La discusión sobre si Leah puede comprar otro hotel en Rådhusplassen se ha encendido. Parece que Linnea ha empezado lo que sin duda será el primero de muchos intentos de mediar.

Ramona cierra la puerta corredera de la cocina y Kari se sienta a la mesa.

La comisaria le da otro hervor al agua mientras busca otra taza, una cucharita y la amplia gama de bolsitas de té. Lo deja todo en la mesa y lleva el hervidor.

—Qué mayores se han hecho —dice Kari con un hilo de voz cuando Ramona se sienta enfrente de ella.

—Ni que lo digas.

Ramona se abstiene de hacer comentarios hirientes sobre las peleas triviales de su familia, convencida de que Kari aceptaría encantada cualquier disputa absurda o preocupación con tal de que Vetle pudiera estar sano y salvo en casa con ella en ese momento.

—Bueno, ¿cómo ha ido con Jesper? —pregunta Ramona al final.

Kari pone las manos sobre la mesa.

—Nada bien. Se ha… enfadado. Ha sufrido un arrebato. Me ha gritado en la cara. Ha sido culpa mía, Ramona, lo he presionado…

Sacude la cabeza y empieza a contarle toda la entrevista a Ramona. Cuando termina, se quedan sentadas en silencio un momento.

—Lo siento —dice Kari—. Por lo que dije en televisión. Me pasé, y era demasiado pronto. No debería haber…, yo… —Se interrumpe.

—Es cierto que lo que dijiste molestó a mucha gente de la comisaría de policía —comenta Ramona—. Unni perdió los estribos. En cuanto a mí…

Ramona hace una pausa antes de continuar.

—Me dolió, ¿sabes? Me dolió mucho. Yo fui una de los dos agentes que interrogamos a Jesper, y básicamente desacreditaste mi trabajo. Y lo hiciste delante de todo el maldito país. O sea… Joder, Kari.

Kari no dice nada.

—No fue nada propio de ti. No entiendo por qué hiciste algo así. Sin… No lo sé.

—Lo siento. De verdad.

Ramona se restriega la frente.

—Aun así… Siento el mismo respeto y admiración hacia tus habilidades y tu compromiso con el caso y con Jesper.

—Probablemente seas la única que piensa así.

Ramona se ríe por lo bajo.

—Probablemente no: puedes estar segura.

Se levanta. La sonrisa se desvanece.

—Bueno, ¿te apetece tomar algo? —pregunta con cautela—. ¿Un té? —Ramona señala con la cabeza el hervidor y las tazas—. ¿O a lo mejor prefieres algo más fuerte?

—No…, no lo sé.

Los ojos de Kari trasmiten una profunda tristeza. Como si se hubiera desorientado y no supiera cómo encontrar el camino de vuelta a casa.

—¿Lo que ha pasado hoy en la cárcel implica que ya no crees que Jesper sea inocente?

Kari levanta la mirada y dice:

—No lo sé. Creo que ya no estoy segura de nada.

53

—¡Para!

Abro los ojos, dudando de si la voz que acabo de oír es un eco de un sueño. Parpadeo, en un intento de adaptarme a la densa oscuridad, procurando distinguir los contornos de la habitación en la que estoy.

Los segundos se prolongan como si fueran minutos. Nada me resulta familiar.

¿He vuelto a recaer?

—¡He dicho que pares! ¡Idiota!

—¡Eh, Sophie! No hablamos así. —Es la voz de Ramona.

Ahora me acuerdo.

Busco a tientas el interruptor de la lámpara que hay junto a la cama y la enciendo. Despacio, me siento en el sofá cama donde he pasado la noche. El sudor ha hecho que el pijama viejo que me ha prestado Linnea se me pegue a la piel. Me visto rápido, me peino el pelo desgreñado con una mano cansada y voy a la cocina, donde oigo el tintineo de los platos y los cubiertos.

—Mami, ¿en serio? —dice Sophie cuando pongo un pie en la cocina, indecisa.

—Sí, en serio —replica Linnea—. Tienes diez años. No quiero oír ni una palabra más de eso de los ojos… de rizar.

—Rizador de pestañas —la corrige Sophie, con cara de desesperación.

Veo la mirada amable y adormecida de Ramona. Está sentada a la mesa, entre los dos pares de gemelos, agarrada a una taza humeante.

—No tienes edad para tontear con el maquillaje —continúa Linnea, que se inclina para meter una bandeja en el lavavajillas—. Dios mío, incordiando con eso y no son ni las ocho de la mañana. Buenos días, Kari. —Ahora pone ella cara de desesperación—. Perdona. ¿Quieres un café? —Le da un bocado a la rebanada de pan que tiene en la mano. Sin esperar respuesta, se acerca a la cafetera que está sobre la encimera.

—Sí, por favor.

Linnea sirve una taza y me la da.

—Muchas gracias.

Leah me retira una silla y da unos golpecitos en el asiento al tiempo que muerde con cuidado una rodaja fina de kiwi. Me siento, y Leah apoya la cabeza en mi hombro. Cierro los ojos y meto la nariz en sus rizos que huelen a flores. Pienso en lo deliciosos que son los sonidos de la vida en torno a la mesa del desayuno. Y en el insoportable silencio de la mía.

Leah señala con la cabeza el pijama que llevo.

—A mami ya no le va —dice la niña—. Parece una salchicha cuando se lo pone.

—Ah, gracias, mi querida hija —replica Linnea—. Cuánto amor un miércoles por la mañana.

Leah me guiña el ojo y me dedica una sonrisa picara.

—Kari, dime un jugador de fútbol que conozcas —ordena Magnus entre dos cucharadas de avena.

—Oh, no —gruñó Sophie—, ya estamos otra vez. —Recoge su plato vacío y se va de la mesa.

—Santo cielo, Magnus, deja de comer bocados tan grandes —dice Ramona—. Se te está cayendo por todas partes. Tienes nueve años. ¿Cómo es posible que sigas comiendo como un…?

—¿Cerdo? —completa Leah.

—Ka-i. Ju-dores fú-bol —insiste Magnus con la boca llena, como

si no hubiera oído ni una palabra de lo que había dicho Ramona.

—Diego Maradona —anuncio, y bebo un sorbo de café.

Magnus mastica y chasquea los labios. Ramona hace una mueca. Está a punto de corregirlo, una vez más, pero Magnus contesta antes de que tenga oportunidad de hacerlo.

—Vale, es bueno. También está muerto, pero supongo que es lo único a lo que podemos aspirar. —Me guiña el ojo.

Madre mía, ese niño va a ser un encantador de serpientes.

—¿Y tú, mamá?

—Eh… Ese noruego grandullón —contesta Ramona—. El que parece un vikingo. ¿Cómo se llamaba?

—Erling Braut Haaland —declara August, que engulle medio plátano en solo cuatro bocados.

—Ese, sí.

—¿Y tú, mami? —Magnus alza la vista hacia Linnea, que cierra los ojos para pensar.

Me conmueve y me encanta oír a los niños llamar a sus madres «mamá» y «mami». Hace mucho tiempo se lo sugerí, para que no fuera tan confuso.

—No lo sé —contesta por fin Linnea—. ¿Pelé? —Levanta su tostada al aire, como si fuera un vaso.

—Madre mía, ¿alguna puede nombrar a alguien que no esté muerto? —replica Magnus.

—Tengo uno. ¡Tengo uno! —dice Ramona emocionada, y levanta el dedo índice—. Marcus Ødegaard. No… Mattias…

—Martin —le corrige Magnus en tono desagradable.

—Ah, sí. Martin.

Sophie ha vuelto. Lleva un bolso amarillo a juego con el gorro y la bufanda de lana.

—¿Quién nos lleva al colegio? —pregunta.

—Mami —contesta Ramona, y se pone leche en el café.

Leah y Magnus se levantan de la mesa con sus platos y cuencos.

—Vamos, August —dice Linnea—. Se nos está haciendo tarde.

Nos da a Ramona y a mí un beso a cada una y añade:

—Luego tengo una reunión en la ciudad. Nos… veremos cuando nos veamos.

Ramona asiente con una sonrisa afectuosa.

—No sé cuándo…

—Me lo imaginaba —replica Linnea—. August, ¿has oído lo que he dicho? Acelera. Ya. Tenemos que irnos. ¡Venga!

Me vibra el teléfono.

—¡Nada de teléfonos en la mesa! —exclama August, y se levanta. Para cuando llega al lavavajillas, las migas del plato han caído al suelo.

—Lo siento —digo con una sonrisa, cojo el teléfono, que estaba boca abajo, le doy la vuelta y miro la pantalla.

Es Arne Jan Dahl.

Me voy al salón.

En el pasillo, los niños están listos para irse. Me lanzan besos de lejos. Se los devuelvo.

Me llevo el teléfono al oído y contesto.

—Buenos días, Kari. Soy Arne Jan Dahl. Espero no molestar.

—Ah, no —digo—. En absoluto. ¿En qué puedo ayudarlo?

Veo a Ramona en la cocina, escrutándome con la mirada.

—Es por Jesper. No sé cómo decirlo, pero…

Por un momento temo que le haya ocurrido algo horrible en la cárcel. Que mi visita, mis preguntas, hayan hecho que… No quiero terminar la reflexión.

—Jesper casi no ha dormido en toda la noche —dice Arne Jan Dahl, y aplaca de inmediato mis preocupaciones—. No sé si ha sido por algo que le dijo o qué, pero quiere verla otra vez. No me ha dicho por qué. ¿Cree que sería posible?

54

Cuando entro en la cárcel por segunda vez en dos días, una sensación de desasosiego se apodera de mí como un mal olor. Esta vez es un guardia distinto. Teniendo en cuenta el tumultuoso final de la visita del día anterior, supongo que eso es bueno. Puede que haya un registro del incidente en algún lugar de los archivos de prisión, pero el guardia, un hombre corpulento con unas cejas espesas y asalvajadas, me lanza una mirada estoica, y en su actitud no hay indicios de prejuicios ni preocupación.

Me vacía los bolsillos con actitud metódica, mete cada objeto en una caja con la precisión meticulosa de un hombre versado en el arte de la confiscación. Una vez finalizado el procedimiento, me guía a través de un laberinto de pasillos, nuestros pasos resuenan contra las paredes frías e inflexibles.

—Póngase cómoda —dice cuando volvemos a la sala de visitas—. Ahora mismo vuelvo con Jesper.

—Gracias.

Pienso en Ramona, que en un principio quiso estar conmigo esta vez, intrigada por la petición de Jesper de verme de nuevo. Sin embargo, teniendo en cuenta todas las entrevistas que le ha hecho y lo que provocaron, lo hemos descartado. No obstante, ha insistido en llevarme. Está fuera, en el coche, esperando a que acabe.

Esta vez la sensación es distinta al estar ahí. Aún más claustrofóbica, si cabe.

El aire está cargado con el peso de los numerosos encuentros que han tenido lugar entre esas cuatro paredes, gente que se reúne con sus seres queridos, niños que ven a sus padres o madres y luego se van sin ellos. Me dan lástima todas esas vidas terribles que hay ahí fuera. O, mejor dicho, aquí dentro.

La puerta se abre y Jesper entra en la sala, con movimientos aún más indecisos que ayer. Su aspecto descuidado, con una camiseta blanca desaliñada, pantalones vaqueros con agujeros y unas manchas marrones de suciedad en las rodillas y unas zapatillas marcadas por el desgaste, no hacen más que acentuar el desasosiego en el ambiente.

—De acuerdo —dice el guardia después de unir las esposas de Jesper a la mesa—. Estaré ahí fuera por si necesitáis algo.

Jesper se sienta.

Lo saludo en tono neutro, pues no quiero que piense que estoy disgustada con él por el arrebato de ayer.

Jesper no aparta la vista de las manos esposadas en el gancho metálico de la mesa.

—¿Cómo estás? —pregunto.

Igual que sucedió ayer, se encoge de hombros.

Como ha sido Jesper quien me ha pedido que vaya, y no al revés, mi estrategia es que tome él la iniciativa. Así que espero. Relajo los hombros y me centro en la respiración, de manera que mis recelos no se suman al ambiente ya de por sí cargado que reina en la sala.

Jesper hace un ruido con los labios. Parece masticar o algo así. Se inclina hacia delante. Luego se reclina en la silla.

—Ayer… —dice de pronto, con la voz ronca. Se aclara la garganta —. Ayer dijo algo sobre el primer interrogatorio.

Al ver que no continúa, respondo:

—¿Sí?

—Me dijo que el primer interrogatorio era el más importante. ¿Qué quería decir con eso?

—Que las respuestas que das en el primer interrogatorio son las

que más importan. Para mí, son las únicas fiables.

—¿Por qué?

—Porque… —Busco las palabras adecuadas—. Porque son las más puras. Cuanto más tiempo pasa después de que ocurra un incidente, mayor es la probabilidad de hallarse bajo influencia externa. Las ideas, comentarios y preguntas de otras personas… sus reacciones: cuanta más información, más cambian tus recuerdos.

Las piernas de Jesper no descansan. Está pálido. Tengo que ir con pies de plomo.

—Se me ha ocurrido una idea, Jesper: ¿por qué no me cuentas cómo fue ese viernes? ¿Qué hiciste después de clase y cómo acabaste en Son? Y, si quieres, qué pasó después. Y me lo cuentas tal y como lo recuerdas.

Me mira. Un silencio eléctrico se impone entre nosotros. Cualquier cosa puede encender la mecha.

Tras lo que parece una eternidad, por fin dice en voz baja:

—De acuerdo. ¿Por dónde quiere que empiece?

55

LA NOCHE DE LOS ASESINATOS

JESPER

Jesper observa incrédulo la preciosa cara que acaba de aparecer en la pantalla del móvil, bajo las cinco letras de su nombre. Hedda lo está llamando.

Ella… lo está llamando a él.

Tiene que ser un error. En el instituto apenas lo mira.

Jesper no se anima a contestar. ¿Y si se ha equivocado al marcar? Le daría vergüenza contestar, emocionado, y no recibir nada a cambio o, lo que es peor, un «perdona, me he equivocado».

Cuando deja de sonar siente cierto alivio, pero al mismo tiempo está molesto consigo mismo. Ahora nunca sabrá qué quería, o si quería algo. Tal vez debería devolverle la llamada y decirle que estaba en el baño o algo así, y luego…

No, no, no puede decir eso. Demasiado soso.

Es viernes, no han pasado ni quince minutos desde que se ha despertado de su siesta vespertina de después de clase. Aún no se ha molestado en salir de la cama. Le entran mensajes, todo el mundo necesita algo, lo que tenga, ¿puede conseguírselo? Mierda, vuelve a llamar.

De acuerdo, entonces trata de localizarlo. No es un error. Además, lo está llamando, no le envía un mensaje.

Despacio, Jesper desliza el pulgar por la pantalla.

—¿Hola? —El tono le sale mucho más dócil de lo que pretendía, suena como un niño.

—¡Por fin! —grita Hedda—. ¡Hola, Jesper! Soy Hedda.

Se oyen ruidos de fondo. Música. Alguien que ríe. Está en una fiesta.

Se hace el indiferente y dice hola.

—¿Qué tal, Jesper? ¿Qué haces?

—Eh… Nada.

«No, no», se dice. «No estás sin hacer nada, estás haciendo algo molón».

—Nada aún, digo —se apresura a añadir—. ¿Y tú?

Durante unos momentos, suena como si Hedda se hubiera apartado del móvil; el sonido de su voz se desvanece, pero Jesper oye su risa contagiosa de fondo. Hedda sigue riendo cuando vuelve a acercarse al teléfono.

—Pues, Jesper —dice, con esa voz tan *sexy*—, estaba pensando que eres el tío más guay del mundo y todo eso.

Jesper se levanta de la cama. El colchón cruje.

—Tenemos… un pequeño problema aquí.

—Ah…, ¿sí?

—Ya sabes…

Se imagina a Hedda con el dedo índice en la boca mientras piensa en cómo expresar lo que vaya a decir. Quiere algo. Eso lo ve.

—Queremos… probar algo. O algunas… cosas. —Suelta otra carcajada. Esta vez escandalosa—. Sería increíble poder…, ya sabes… Sabemos que tienes… cosas.

De pronto, la música suena muy fuerte. Durante unos segundos, no oye más que un grave profundo. Hedda hace callar a alguien, Jesper deduce que es Eva. Apagan la música.

Jesper entra en la cocina. Aún huele a la *pizza* que se ha comido después de clase.

—¿Crees que podrías ayudarnos? —pregunta Hedda.

Abre la nevera. Saca una lata de Coca-Cola mientras piensa en el

alijo actual. Hace unos días que recogió la entrega de la «empresa de videojuegos» holandesa con la que tiene tratos.

No le gusta comunicarse con clientes nuevos por teléfono, pero…, eh…, es Hedda Bülow.

—Depende —contesta—. ¿Qué queréis? ¿Y dónde estáis?

—En la casa de verano de Eva.

—¿Eso no está…, en plan…, en medio de la nada?

—No, no, está en Son, en las afueras de Oslo… Venga, no seas soso.

Jesper cierra la nevera. Abre la lata con un siseo. El primer sorbo le provoca hipo.

—No lo sé.

—Por favor —ronronea Hedda.

Jesper sabe que Niklas quiere un poco de eme, y puede que Harald también. No, probablemente Harald quiera coca. Es lo habitual. Pero tal vez puedan esperar a mañana. Entonces todo el mundo estará celebrando Halloween.

—Te lo prometo —dice Hedda—. Si eres bueno con nosotras, conmigo, entonces yo puedo ser muy buena contigo.

Jesper se apoya en la encimera.

—¿Qué quieres decir?

—¿Por qué no vienes aquí a averiguarlo?

—¿Qué? ¿Quieres que… vaya a veros? ¿A Son?

—Sí.

A Jesper empieza a darle vueltas la cabeza.

—Venga. ¡Por favor…!

Ahora tiene una imagen muy vivida de ella, y oye el eco de sus insinuaciones en su mente.

«Madre mía».

—No… No sé cómo llegar.

—¿No puedes hacer que te lleve alguien?

Tal vez.

Conoce a unos cuantos chicos con carné de conducir. Pero entonces iría acompañado de un tío mayor. No es lo ideal: lo más

probable es que las chicas piensen que mola más que él.

No, que no.

Podría ir en taxi. Aunque pensándolo bien, sería muy caro. ¿En autobús o en tren? Joder, no.

—Por favor, Jesper —suplica Hedda una vez más con voz de gatita.

Jesper lo piensa. Hedda va a ser buena con él. «¿Por qué no vienes aquí a averiguarlo?».

Podría…

No. Demasiado arriesgado. Solo ha conducido unas cuantas veces. Tampoco es que aparente dieciocho años. Si lo para la poli…

Pero ¿cuántos coches patrulla hay en realidad en la carretera un viernes por la noche? No recuerda haber visto ninguno jamás. Y quedaría muy bien si apareciera por ahí en un Porsche, ¿no?

Claro que sí. Se lo imagina. Con las gafas de sol puestas. No, gafas de sol no, es tarde. Está oscuro. Llueve, joder. Pero podría pisar el freno al llegar. Hacer que chirriaran los neumáticos. Justo antes que Hedda…

Se sonroja. Podría funcionar.

Sí, claro que podría funcionar.

—Vale —dice. Como con tono neutro—. Envíame la dirección y llegaré lo antes posible.

—*Ouiiiiii*. ¡Mil gracias, Jesper, eres el mejor!

Conducir es fácil.

Por lo menos, más de lo que pensaba, sobre todo en un Porsche. Lo más difícil es salir del centro de la ciudad, con obras por todas partes y calles estrechas. Lo último que quiere es hacerle un rasguño al coche, o algo peor. Y, encima, llueve. Hay mucho tráfico.

Jesper lleva gorra y bufanda. Le hace parecer mayor. Va despacio, no se la juega. Necesita llegar de una pieza, pero se muere por saber qué le va a hacer Hedda. O con él. Le cuesta parar la mente. No sabe cuántas veces se ha masturbado con imágenes de

Hedda, desnuda, encima de él…, o debajo.

Sigue las indicaciones del GPS y se ciñe al límite de velocidad. Nunca se fija en nada que no sea lo que tiene delante del capó o en los retrovisores. La carretera, los coches. Los semáforos. Se asegura de mantener el parabrisas limpio de una lluvia que, por suerte, ha amainado un poco.

La sensación de conducir de forma ilegal es intensa, brutal. Tiene los nervios de punta. Es un tipo de embriaguez totalmente distinta. Pero le gusta. Mucho.

Hedda lo vuelve a llamar. Jesper deja caer una mano del volante y contesta.

—¿Dónde estás?

—Cerca —contesta Jesper, con el teléfono apretado contra el oído. Cuesta girar con una sola mano en el volante—. A tres minutos, según el GPS.

—Uala. Vale. ¡Genial!

Está a punto de decirle que va en coche, pero se alegra de no hacerlo. Será una sorpresa chula. Una entrada triunfal.

La entrada tiene su intríngulis: debe girar en una curva y subir al mismo tiempo, como en la mitad superior de una ese. Para y aparca delante de la casa; la reconoce por las fotografías que las chicas han colgado en internet. Necesita unos segundos para descubrir cómo apagar el motor. Cuando está a punto de abrir la puerta, ve por la ventanilla a Eva tumbada en el césped junto a un árbol pequeño. Parece que tenga sangre en la cara.

Además está pálida.

«Dios mío», piensa Jesper. Parece muerta.

—Joder —exclama, baja del coche y corre hacia ella.

Cuando está a punto de agacharse para comprobar si está viva o no, ella abre los ojos y grita: «¡Bu!».

Jesper da un salto atrás y se le escapa un grito de pánico, el corazón le late como un animal salvaje. No le gustan las sorpresas.

Eva se incorpora, muerta de la risa, tapándose la boca con la mano. Luego aparece Hedda, que estaba en el garaje. También se

retuerce de la risa.

A Jesper no le gusta que se rían de él. De hecho, lo odia.

—No pensaba que estuvieras muerta de verdad —asegura, consciente de que suena a la defensiva—. Me has asustado, nada más.

—Tendrías que haberte visto la cara —dice Eva, y se limpia las lágrimas de risa.

Hedda la ayuda a sacudirse la hierba que se le ha pegado a la espalda.

—Madre mía, ha valido la pena mojarse —continúa Eva.

Jesper espera a que paren de reír. Odia la sensación de sentirse tonto. Ahora las chicas creen que se asusta con facilidad.

—Perdona —dice Hedda—. Teníamos que hacerlo. Es Halloween, ¿no?

Le sonríe a modo de disculpa.

Jesper afloja un poco.

—Madre mía —suelta Eva, mirando el coche—. ¿Has venido conduciendo?

Jesper asiente con orgullo, contento de que por fin hayan cambiado el centro de atención.

—Es una locura —dice Hedda. Jesper ve que la ha impresionado —. Gracias por venir —continúa, y se acerca un poco.

—Sí, con tan poco tiempo de antelación —añade Eva.

—Es un placer.

—¿Qué has traído?

Jesper abre la puerta del copiloto y saca una bolsa.

—Eme, antes que nada —dice, y ve la ilusión en sus ojos—. También he traído un poco de cocaína, pero he pensado que podríamos empezar por esto. —Sacude la bolsa con suavidad.

—¿Cuánto te debemos? —pregunta Hedda.

Jesper hace un cálculo mental rápido.

—Podemos acordarlo luego. —Se plantea si debería correr por cuenta de la casa. La primera dosis, gratis. Nada mejor que tener a Eva y Hedda de clientas habituales.

—No lo habéis hecho nunca —pregunta.

Las chicas niegan con la cabeza.

—No os preocupéis, yo os enseño. —Ahora él está al mando, por lo menos en ese asunto.

Las sigue adentro, Eva va primero, Hedda sube la escalera solo unos peldaños por delante de él. Las vistas son preciosas. Los pantalones vaqueros que lleva le quedan perfectos.

Por fin es consciente de dónde está. Está solo, con ellas. Y Hedda va a ser buena con él porque él está siendo bueno con ellas. Jesper piensa que va a ser la mejor noche de su vida.

Empieza hablándoles del MDMA, les explica que es el ingrediente activo del éxtasis y que se vende en polvo o en cristales diminutos.

—Se suele poner en un papel, luego lo arrugas hasta que queda una pelotita y te la tragas. Sabe un poco amargo y químico. También te puedes poner un poco de saliva en el dedo y meterte el polvo directamente en la boca. Tragáoslo con agua. Pero yo os recomiendo los cristales.

Se siente mucho mayor que ellas al ver cómo están pendientes de todo lo que dice, con los ojos abiertos de par en par.

—No tarda mucho en colocar —continúa—. Pero no os preocupéis, he pesado y preparado las dosis. Lo he hecho antes de salir de casa.

Ve que Eva duda; probablemente es de las que van de duras, pero luego se rajan cuando las cosas se ponen feas.

Se coloca un cristal en la boca, y aprieta los labios. Traga.

—¿Qué… estás…? —pregunta Eva.

—¿A qué te refieres? —responde él.

—¿Te… has tomado uno tú?

—Sí, claro.

—Pero… —Eva mira a Hedda.

Entonces se da cuenta de que no tenían previsto que se quedara. Pero ha corrido un gran riesgo para llegar hasta ahí. No va a dejar la bolsa, dar media vuelta y volver a casa. No lo han invitado a su fiesta del día siguiente, así que puede vivir la suya esa noche. No

tiene ningún problema.

—¿Quién quiere ser la primera? —pregunta sin inmutarse, saca otro cristal y se lo ofrece.

Hedda se acerca, le coge el cristal de los dedos y se lo mete en la boca sin parpadear. Se encoge de hombros, como si no hubiera de qué preocuparse.

—¿Tarda mucho en hacer efecto? —pregunta.

—No.

—A la mierda —dice Eva—. Yo también quiero uno.

El colocón llega rápido. Lo ve también en las chicas: las dudas que tuviera Eva desaparecen en un instante. Suben la música, saltan, bailan y se cuelgan del cuello la una de la otra mientras el grave late contra el suelo del salón. Eva se lanza también al cuello de Jesper. Hedda grita que es lo más increíble que ha experimentado en la vida.

Abren una botella grande de champán y arrasan la nevera. El ambiente es bueno. De hecho, es perfecto. Es como si volviera a ser uno de los suyos: su mejor amigo.

Jesper baja la música y clava la mirada en Hedda, se siente seguro. Ha ido hasta ahí por un motivo. Ha llegado el momento de cobrárselo.

Le recuerda lo que le ha dicho por teléfono. La incertidumbre tiñe el rostro de Hedda.

—¿Yo he dicho eso?

—Sí —dice Jesper—. Lo has dicho.

—Pero… ¿no he sido buena contigo?

Jesper se ríe.

—No hagas como si no supieras a qué te referías.

Hedda agacha la mirada. De repente, parece serena.

—Entonces… ¿qué quieres?

Jesper se ríe de nuevo.

—Debías de tener algo especial en mente —dice, y nota que el deseo va en aumento—. No te cortes en ser generosa. Si eres buena conmigo —añade, con una sonrisa burlona—, seguro que yo puedo

seguir siendo bueno contigo.

Hedda mira a Eva.

—De acuerdo —dice, y se encoge de hombros—. Vale. Siéntate.

Jesper encuentra una silla en la cocina y obedece a lo que le dicen. Hedda se hace con una silla y la coloca enfrente de la suya.

Se sienta.

Le ha salpicado algo en el top blanco, es una mancha de color rosa rojizo. Se lo levanta, despacio, y se le ve la piel.

—Oooooh —dice Eva en broma.

Hedda se levanta el top por encima del sujetador. Luego, sin dudar un momento, se levanta también la parte izquierda del sujetador. Y, de pronto, ahí está, lo que tanto tiempo llevaba soñando ver.

«Madre mía».

—Tendrás que dejar que te toque también —dice Eva.

Hedda niega con la cabeza, pero no dice nada. Tampoco se vuelve a colocar bien el sujetador. Jesper se lo toma como una señal de que no ha terminado.

Se levanta de la silla y se arrodilla delante de ella. Despacio, sube la mano derecha hacia el pecho de Hedda, temiendo que en cualquier momento ella le dé una buena bofetada.

—Venga, vamos —dice Hedda—. Acaba ya con esto.

Jesper traga saliva cuando le pone la mano encima.

Y suelta un grito ahogado.

Es esto.

El momento.

Madre mía.

Este. Momento.

No quiere que acabe, solo se mira incrédulo la mano y lo que contiene. Pero, de pronto, Hedda retrocede. Se vuelve a bajar el sujetador y el top, y le lanza una mirada rápida a Eva.

Jesper se levanta. Sonríe, aunque la habitación da vueltas.

Dios mío. No puede creer lo que acaba de ocurrir. Cierra los ojos.

La música fuerte vuelve a inundar la estancia. Eva y Hedda

bailan, saltan, cantan, gritan. Es como si, para ellas, lo que acaba de ocurrir no haya pasado. Pero, para él, vaya si ha pasado. Y se lo va a guardar para siempre.

La canción termina.

Hedda se acerca a él de nuevo, y le tiende la mano.

—¿Puedo un poco más? —dice, con una expresión decidida.

Jesper le devuelve la sonrisa. Aún está colocado. Y cómodo.

—¿Y yo?

Pone una cara rara, y vuelve a mirar a Eva.

—¿Qué quieres esta vez? —le pregunta Eva, que está ocupada buscando otra canción en el móvil.

—Que bailes en mi regazo —dice sin pensar.

Hedda suelta un bufido.

—Sí, claro, sigue soñando.

Eva se ríe.

Jesper coge la bolsa igualmente y deja que sea Hedda quien elija esta vez. Saca otra bola y se la pone en la lengua, tal y como él le ha enseñado. Se la traga sin nada de beber. No parece que le moleste.

Jesper también toma uno.

Las paredes a su alrededor no tardan en empezar a moverse. La música alterna entre un volumen ensordecedor y un sonido suave y seductor.

Al cabo de un rato, Eva baja la música.

—Vale, tengo una pregunta: ¿cuál sería la peor manera de morir?

Hedda lo piensa.

—Morir quemada —contesta—. Sería horrible. ¿Y para ti? —le pregunta a Eva.

—No quiero caer por una ventana. Imagínate: mirar abajo, sentir cómo caes, saber que vas a acabar aplastada como un puto mosquito. —Eva se tapa la cara con las dos manos—. ¿Y tú, Jesper? ¿Cuál es tu peor pesadilla?

—Ahogarme —dice sin pensar—. No. Que me apuñalen. Desangrarme hasta morir, o sea, segundo a segundo. Eso tiene que

ser lo peor.

—Me han dicho que ahogarse es bastante apacible —dice Eva—. Por lo visto, es como flotar. Bailar en el aire.

Jesper mira a Hedda. Ella le devuelve la mirada. Algo pasa por detrás de esos ojos. Está tramando algo. Maquinando.

Le hace una señal con la cabeza para que se acerque.

—Siéntate —dice, al tiempo que señala la silla de la cocina. Jesper no lo entiende, pero parece que Hedda tiene una especie de plan con él, así que le hace caso.

—Las manos en la espalda.

Jesper las coloca alrededor de la silla, gira la cabeza hacia la cocina, donde Hedda está abriendo un cajón y saca un manojo de bridas. Como si lo hubiera hecho cientos de veces, lo ata. Cuando Hedda se da la vuelta delante de él, tiene un cuchillo en la mano.

Eva se ríe.

—Estás enferma, joder, Hedda.

Hedda se sienta a horcajadas encima de él y le desabrocha a medias la camisa. Le pone el cuchillo en el cuello; primero, con el lomo; luego lo gira. Jesper nota la hoja afilada, está a punto de rasgarle la piel, se hunde en su cuello. Quiere tener las manos libres para poder tocarla.

«Esto no está pasando», piensa.

Nota el aliento de Hedda en el oído, la mejilla, su olor dulce por todas partes, que lo embriaga.

Hedda le agarra la cara con las manos. Como si estuviera a punto de besarlo. Jesper abre los labios y busca los suyos, pero está fuera de su alcance.

En ese momento sucede.

Lo siente: el deseo que siente por ella está a punto de desmadrarse. Intenta zafarse de la silla, pero no puede. Jesper le dice que pare.

«¡Para, por favor, tienes que parar!».

Pero Hedda sigue ejecutando su baile más seductor en su regazo. Jesper solo puede pensar en que tiene que parar. Tiene que

parar, joder…

56

Jesper se levanta con brusquedad, las patas de su silla protestan con estridencia, me asusta. Respira rápido y con dificultad, tira de las esposas aún unidas al gancho de la mesa.

Durante los interrogatorios en comisaría, Jesper nunca mencionó que Hedda bailara en su regazo. Ahora entiendo que estaba enamorado de ella. Y no hay duda de que un momento así le suscitaría un fuerte deseo y excitación.

Así que ese momento recordó su mente cuando Ramona le preguntó qué más había ocurrido esa noche. Por eso se le inflaron las fosas nasales.

Se abre la puerta.

El guardia corpulento se asoma.

—¿Va todo bien? —pregunta.

—Sí, claro —me apresuro a decir—. Todo bien.

—¿Estás bien, Jesper?

Jesper no se vuelve hacia el guardia, pero al final susurra un «sí» controlado. El vigilante espera unos segundos, sin quitarnos el ojo de encima, antes de asentir e irse.

Jesper se sienta de nuevo. Se inclina hacia delante, planta los codos en la mesa y se tapa con las manos la nariz y la boca. Creo que está a punto de romper a llorar, pero no lo hace. En cambio, el cuerpo se le desploma, como si el peso de lo que acaba de contarme y lo que ha sufrido estas últimas semanas se hubiera instalado de

repente sobre su espalda.

Dejo que el silencio nos envuelva, interrumpido solo por la respiración agitada de Jesper. Nada indica que quiera salir de la sala.

Solo necesita encontrar la manera de recuperar cierto equilibrio. No es de extrañar, teniendo en cuenta la profunda inmersión que acaba de hacer en su oscuro infierno personal.

Tarda unos minutos en lograr que los hombros y la espalda dejen de agitarse. Las manos siguen tapando la parte inferior de la cara. ¿Qué me está ocultando?

Coloco las palmas de la mano sobre la mesa. Es una señal de paz. Me dan ganas de tocarle el brazo o la mano, pero me contengo. En cambio, pregunto en voz baja:

—¿Qué pasó después de eso, Jesper?

No me mira. Tampoco contesta. Respira hondo y vacía despacio los pulmones. Los hombros se hunden unos centímetros. De nuevo, el silencio inunda la sala.

Espero a que lo rompa.

Pasado un minuto largo, por fin retira las manos de la boca y se reclina en la silla, mirando al suelo.

—¿Seguimos? —pregunto con tacto—. ¿Seguimos por donde lo habíamos dejado?

Jesper levanta la barbilla. Me mira a los ojos. Luego suelta un suspiro lento y prolongado.

57

LA NOCHE DE LOS ASESINATOS

JESPER

Jesper intenta a la desesperada liberarse de la silla, pero no puede. Suplica a Hedda que pare, pero no le hace caso. Sigue bailando en su regazo, restregándose contra él. Dios, pero qué buena está, y la sensación es genial, increíble, pero solo puede pensar en que tiene que parar. Tiene que parar ya.

Jesper tira histérico de las bridas que se le siguen clavando en las muñecas. Todo el cuerpo convulsiona. Se hace un ovillo. No puede parar las bocanadas de aire que le salen por la boca, las olas de placer que arrasan su cuerpo. No tiene ningún tipo de control de sí mismo. Todo él se agita, el cuerpo entero se sacude mientras jadea y lucha contra ello a la vez, todo el tiempo siente como si lo levantaran, arriba, arriba, arriba…

Cierra los ojos y al final se deja ir, se rinde al momento y a la sensación irreal. Al alivio extremo.

Dios…

Jesper teme abrir los ojos, ver los de Hedda.

La música palpita, tapa todo lo demás.

Hedda se baja de su regazo, aún cantando la canción. Por fin, Jesper parpadea varias veces para adaptar la vista a la luz cegadora de los focos del techo. Un viento fresco sopla por la sala procedente

de la ventana abierta y se lleva el sudor del rostro. Todavía traga aire; aún le tiembla todo el cuerpo del orgasmo arrollador. Hedda se desliza por el suelo hasta llegar a Eva. Se achuchan, sin ni siquiera mirarlo.

¿No lo han visto? ¿No han visto lo que acaba de pasar, joder? Jesper no puede creer la suerte que ha tenido. ¿Cómo…, cómo pueden no haberlo visto?

Tira de las bridas, vuelve a sentir el dolor en la piel. Necesita limpiarse, moverse, levantarse de la silla.

De pronto, se siente atrapado. No se puede levantar lo bastante rápido, se le retuerce el cuerpo.

—Desátame —dice, tirando de nuevo de las bridas—. ¡Desátame! —repite, esta vez un poco más fuerte. Ahora está acalorado. Suda. Pero las chicas no reaccionan. No lo oyen, o tal vez les da igual. A lo mejor pretenden dejarlo ahí sentado, pudriéndose toda la noche. Puede que sí sepan lo que ha pasado. Quizá van a dejarlo ahí para reírse de él otra vez. Reírse, reírse, reírse, decir: «¿Qué tipo de hombre eres, Jesper?».

—¡Desatadme, joder!

El grito repentino hace que las chicas den un brinco.

—¡DESATADME! —ruge de nuevo, con la cara encendida.

Eva es la primera en reaccionar, camina rápido a la cocina mientras Hedda baja la música. El brusco silencio es asfixiante. Pero entonces Hedda suelta una risita. Eso incita también a Eva.

«Se están riendo de mí», piensa Jesper. «Serán zorras. Se están riendo de mí otra vez».

Tras él, Eva corta las bridas. Cuando un brazo queda libre, lo suelta de golpe. Eva no tarda tanto con el otro. Cuando está del todo libre, Jesper empuja la silla hacia atrás y cae al suelo.

—Madre mía, Jesper —dice Eva—. Lo siento por ayudar.

Jesper pasa por su lado, directo al baño. Cierra la puerta tras él y se desabrocha los pantalones, maldiciéndose, sacudiendo la cabeza.

«Eres un perdedor», dice. «Eres un patético perdedor. Todo el instituto lo va a saber. Todo el mundo se va a reír de ti. Todo el

mundo».

Se limpia y tira el papel al retrete. Se sonroja. Intenta respirar. ¿Y ahora qué coño va a hacer?

No puede volver a casa en coche: ha consumido demasiado. Ni siquiera recuerda dónde están las llaves del coche. No puede quedarse en el baño toda la noche. Zorras. Van a volver a reírse de él.

«Contrólate», se dice. «Vuelve con ellas. Han intentado asustarte al llegar. Devuélveles el susto. Ríete en su cara. Mañana es Halloween, ¿no?».

Vuelve a subirse los pantalones y se mira en el espejo.

De acuerdo.

Abre la puerta.

La música fuerte lo recibe como un muro de ladrillos. Le baja el colocón. Las chicas están bailando, no se dan cuenta de que ha vuelto. Entra en la cocina, abre la nevera y coge algo de beber. No reconoce la etiqueta, pero contiene alcohol. Se lo bebe a grandes sorbos. Casi lo vacía.

Hay un cuchillo de cocina sobre la mesa. Unas cuantas bridas más en una bolsa, junto a la que contiene lo que ha traído de casa. Hay mucho menos que hace una hora, y eso hace que se enfade aún más con ellas. Esas niñatas se han servido lo que han querido.

Coge unos cuantos cristales y los engulle con algo que hay encima de la mesa, y que tal vez sea agua, o tal vez no. Sabe amargo, agrio.

Eso. Mejor.

Van a pagar por esto.

Van a pagarlo, pero bien.

El efecto llega sin avisar. Como un golpe inesperado. El suelo y las paredes se disuelven, la cocina gira de un modo enfermizo. Todo lo que ve se mueve: ventanas, armarios, sillas. El cuerpo le parece de goma. Oye su propia risa. Un sonido agudo, volátil. Se ríe de sí mismo, de la broma cósmica que es su vida. También está furioso, mucho, consigo mismo y con las chicas. Les ha dejado de importar

que él esté ahí. Vuelve a ser invisible para ellas, y eso no hace más que enfurecerlo más. La rabia le sube por la garganta.

De pronto siente que está a punto de vomitar, se le revuelve el estómago. Necesita llegar al baño.

Pasa por el lado de Eva, no, es Hedda, mierda, no encuentra el camino. Suelo blanco, paredes grises, sonidos desgarradores que lo arrasan. Jesper está llorando, llora. Grita en arrebatos incontrolables. Todo se está tiñendo de rojo. El mundo entero rezuma carmesí.

Cierra los ojos y ve una oscuridad tan absoluta que podría quedarse atrapado: es un abismo, muy profundo. Lo último que oye antes de que la negrura lo envuelva del todo es a las dos chicas riéndose de él.

Riéndose de él sin parar.

Otra vez.

Odia que se rían de él.

58

—¿Y entonces fue cuando vomitaste? —pregunto.

Jesper apoya los codos en la mesa y se inclina hacia delante, tapándose los ojos con las manos. Asiente.

Para un chico o un hombre nunca es fácil aceptar una experiencia sexual humillante, lo haya presenciado alguien o no. Le ha costado mucho hablar de esto.

—Los recuerdos de después —dice, con la mirada fija en mí—. Los recuerdos de los asesinatos… —Sacude la cabeza—. No son tan nítidos como los demás, como los de justo antes de matarlas o cuando me desperté en el suelo del baño la mañana siguiente.

—¿En qué sentido no son tan nítidos?

Aparta la cabeza un poco y deja el cuello al descubierto, la arteria principal. Tiene total confianza en mí.

—No… no están ordenados, no sé si sabe a lo que me refiero. Todas las imágenes de mí al matarlas están mezcladas. Son fragmentos. Estaba muy colocado. Probablemente sea por eso. —Se detiene un segundo—. Pero las imágenes que veo en mi cabeza… Es como si de pronto las iluminara una linterna. Las veo a ellas, a Hedda y a Eva. Pero no solo les veo la cara. Es como un primer plano con un velo rojo encima. O más bien como una fotografía pintada con un barniz transparente rojo. —Agacha de nuevo la mirada. Sé que suena raro.

—No, Jesper, no suena nada raro. Al contrario.

Estoy a punto de explicarle por qué cuando sacude la cabeza, esta vez con más vehemencia.

—No quiero… —murmura. Para y traga saliva—. No soporto entrar en más detalles sobre los asesinatos. Es… demasiado doloroso. —Cierra los ojos. Le tiemblan los labios.

—No pasa nada, Jesper —digo—. No hace falta. Ya lo has hecho bastante con la policía.

Asiente, y baja la mirada al suelo sucio.

Espero unos segundos antes de decir:

—En el primer interrogatorio, dijiste que lo primero que recordaste después de vomitar es lo que ocurrió al día siguiente. Ahora acabas de decirme que las imágenes de esa mañana eran más nítidas que las de la noche anterior. ¿Qué te parece si continuamos por ahí?

Asiente enseguida. Una vez más, veo que mi propuesta lo tranquiliza. Jesper abre la boca para hablar, pero tarda unos segundos en empezar.

59

LA MAÑANA DESPUÉS DE LOS ASESINATOS

JESPER

Un dolor agudo en la mejilla hace que Jesper abra los ojos, y poco a poco las paredes grises de la estancia ganan nitidez. Le palpitan las sienes, tiene la boca seca y el sabor de licor rancio y vómito en la lengua. Un mal viaje.

Estira el brazo con un gruñido para buscar a tientas el teléfono. Roza con la mano algo frío y duro, y nota un fuerte dolor en la palma de la mano. Retrocede mascullando y examina la sangre que empieza a gotearle de la mano.

—¡Mierda!

Se incorpora con una mueca. Es un cuchillo. Hay un cuchillo en el suelo, delante de él. La hoja está teñida de granate, el mango ensangrentado.

—Pero ¿qué…?

Jesper retrocede mientras gatea. Hay manchas de sangre en el suelo, gotas secas.

La sangre fresca se desliza por los dedos y la palma, ya pegajosa y de color granate. Deduce que es sangre anterior, no puede ser otra cosa.

Jesper se levanta con brusquedad, jadeando. El suelo bajo sus pies empieza a bambolearse. Con las manos temblorosas, se palpa

el cuello, la nuca, la cara, la cabeza, para comprobar si tiene más cortes o heridas. Posa la mirada en sus pantalones, cubiertos de manchas oscuras.

Más sangre.

—Mierda —susurra.

El sudor frío le eriza la piel.

Intenta tragar saliva, respirar, pensar, todo a la vez. Se palpa los bolsillos. Tiene algo en uno de ellos, pero no es su móvil. Saca una llave.

Mierda… La llave del Porsche…

Ahora se acuerda. Está en la casa de veraneo de Eva. Le vuelven las imágenes a ráfagas. Otra náusea se apodera de él.

Jesper corre al retrete, se inclina y espera a que resurjan los restos de lo que comiera y bebiera la víspera. Sin embargo, no sale nada. Un viaje malo, muy malo.

Se acerca dando tumbos al lavamanos y se limpia la mano ensangrentada. El agua hace que el corte le escueza. Se envuelve la herida con un montón de papel higiénico y se pone un poco de pasta de dientes directamente en la boca. El sabor a menta apacigua el mareo.

Se enjuaga la boca con agua, bebe un poco y, cuando se encuentra un poco mejor, sale del baño.

Está cruzando el pasillo cuando se para en seco: parece que un reguero de sangre va del baño al salón.

La casa está en silencio. Por la ventana del final del pasillo ve que aún está oscuro.

Se dirige a la entrada del salón.

Eva y Hedda están sentadas en sillas de la cocina delante del televisor, como si viesen un programa, pero la tele no está encendida. Se acerca. Tienen las cabezas contra el pecho, y las manos atadas en la espalda. Enfrente, se ha formado un gran charco de sangre en el suelo; algunas partes de la alfombra están empapadas. La ropa de las chicas también está cubierta de sangre, o eso parece.

Posa la mirada en Hedda. Lleva un pecho al descubierto. Durante unos segundos, Jesper lo mira boquiabierto.

—Vale —dice, y parpadea—. Me habéis pillado. Bu. Tengo mucho miedo.

Aunque una de las ventanas está abierta, dentro se nota un olor extraño. ¿Es… orina?

—Decid algo. —Se acerca a ellas—. Venga, ya podéis parar. No tiene gracia. No me toméis el pelo otra vez.

Odia ese tipo de bromas.

—De verdad, no tiene gracia. —Está empezando a enfadarse de nuevo.

Lo que parece una herida en el cuello de Hedda hace que se pare de repente. Lo saca de sus pensamientos. Es un enorme tajo que se extiende de lado a lado del cuello.

Empieza a notar el sudor frío.

Siente el corazón desbocado, latiendo en sus oídos.

—Mierda —dice—. ¡Joder, joder, joder!

60

Ahí está.

Ahí está otra vez.

En el momento en que Jesper ha mencionado el pecho de Hedda, se ha quedado quieto como un ciervo enfocado por los faros de un coche. Igual que en la primera entrevista con Ramona y Henrik Meyer. Ese preciso recuerdo hace que se sienta expuesto, amenazado; hay un elemento de pánico en su reacción. ¿Por qué?

—¿Qué pasó cuando viste el pecho de Hedda?

Jesper se encoge ante sus ojos. Intenta enterrar la cabeza entre los hombros, esconderse.

—¿Qué pasó en ese momento? —presiono—. ¿Qué te dio miedo?

Guarda silencio, con los ojos clavados en el suelo.

—¿Sabes qué, Jesper? Ahora estás aquí. —Levanto los brazos para hacer hincapié en el entorno sórdido de la sala en la que estamos—. Has confesado los asesinatos de Eva y Hedda y, dentro de unos meses, tu caso acabará en los tribunales.

Los labios de Jesper dibujan una u invertida.

—No puede empeorar mucho. Así que ya no tiene sentido que te guardes nada. Por favor, dime qué te dio miedo.

Se yergue y apoya la espalda en la silla, que cruje. Se coloca los dedos en los párpados.

Cuando vuelve a hablar, su voz no es más que un susurro.

—Le estaba mirando el… el pecho —dice—. A Hedda. Y yo…

Respira hondo, retira las manos de la cara y las junta delante de él sobre la mesa. Luego me mira a los ojos, con una mueca de repulsión.

—Estaba de pie en medio de la sangre. Literalmente. Tenía los calcetines empapados en la sangre y me estaba poniendo… cachondo. ¿Cómo se puede estar tan enfermo? ¡Hay que ser un puto psicópata para que se te ponga dura al ver algo así! —Le temblaban los labios—. ¿No?

Me inclino hacia la mesa y espero unos segundos.

—Jesper, has dicho que pensabas que era una broma. Pensabas que las chicas intentaban engañarte de nuevo, igual que el día antes, al llegar, cuando Eva se hizo la muerta en la hierba, ¿No?

Jesper no contesta.

—Acababas de despertar. Era Halloween. ¿Por qué no ibas a considerarlo una broma? ¿Quién iba a pensar que semejante pesadilla podía ser real? ¿Que esa noche habían asesinado a las dos chicas con las que el día anterior estabas de fiesta? Y, para colmo, estaban atadas, igual que tú la víspera. Hedda incluso tenía el pecho al descubierto, igual que la noche antes. Era casi un recordatorio, una repetición. El tipo de truco cruel que te harían las chicas. Claro que te excitó. No pensaste que fuera real, ¿por qué iba a serlo? ¿Cómo podías saber que estaban muertas? No lo sabías, Jesper.

Jesper parece aturdido.

—Solo eres un chico de dieciséis años en un cuerpo de tu edad, Jesper, y reaccionaste exactamente de la misma manera en que reaccionaría cualquier adolescente sano después de ver a la chica de tus sueños ahí sentada, medio desnuda.

Estiro el brazo sobre la mesa y esta vez coloco la mano encima de la suya.

—No eras un monstruo entonces, Jesper. Y tampoco lo eres ahora.

61

El frío atroz me mordisquea las mejillas cuando me acerco presurosa al coche de Ramona, cuyos humos del tubo de escape se elevan en el aire gélido. «Se acerca el invierno», pienso, y esbozo una pequeña sonrisa. También. Abro la puerta de un tirón y me meto en el asiento del copiloto, me alegro de que el coche esté caliente.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Ramona, que estudia mi cara en busca de alguna pista. Veo que la espera ha sido angustiosa para ella. Estoy emocionada y quiero contárselo, pero necesito un momento para recobrar la compostura y ordenar las ideas. La magnitud de las revelaciones de Jesper es una responsabilidad enorme.

—Por fin he conseguido que se abra.

Cuando Ramona pone el coche en marcha y sale despacio del aparcamiento, reproduzco los detalles de la historia de Jesper: le he pedido permiso antes de irme. Necesito que Ramona me crea para que la policía empiece a buscar al verdadero asesino.

Ella escucha con atención, con el ceño fruncido por la concentración. Veo los engranajes girar en su mente mientras lo procesa, envolviéndolo todo con el cerebro.

—A mí me suena a que aún tenía un motivo más poderoso para matarlas —dice Ramona cuando termino—. Que te humillen así.

Acelera al entrar en la autopista, y la gasolinera de la salida de Kløfta se desvanece con rapidez en el retrovisor.

—Las chicas no lo humillaron, Ramona, fue más bien humillante para él. Hay una enorme diferencia. Se sintió pequeño y tonto. Cualquier cosa menos un hombre, básicamente.

—Bueno —replica Ramona—. En todo caso, se sentía así por su culpa. Ellas lo pusieron en esa situación. Si estaba enfadado y rabioso consigo mismo, tal vez necesitaba desahogar esa rabia. Créeme, he visto a gente matar por mucho menos.

—Sí, pero…

—Además, las chicas eran objetivos fáciles —continúa Ramona—. Probablemente estaban hasta más afectadas que Jesper al no haber tomado drogas nunca. Y no había nadie más alrededor. Y eso, justo eso: la ausencia de otra persona en la casa hace más probable que tengamos al asesino correcto. Es decir, ¿quién más podría haber sido?

«Esa es la pregunta del millón», me digo. Y un apunte muy acertado.

—Aun así, en mi opinión se trata de lo que Jesper recuerda y de lo que no. La diferencia entre los recuerdos reales y los falsos es que los primeros tienen mucha más textura y profundidad que los segundos. Contienen más información sensorial; recuerdas más olores y sonidos, y lo que viste de verdad también aparece con mucha más claridad. Con los recuerdos falsos, suele ocurrir lo contrario. Los detalles son más vagos. Insípidos, por así decirlo.

—Lo sé, Kari. Eso ya me lo has explicado.

Me estoy frustrando con Ramona. ¿Escucha lo que le digo?

—En todos los interrogatorios que Meyer y tú le hicisteis —prosigo, como si no la hubiera oído—, Jesper era vago con los detalles de los asesinatos en sí. No recordaba cómo las había atado. No se acordaba de la sensación del cuchillo en la mano al matarlas. No recordaba oírlas gritar antes de degollarlas, ni que les saliera sangre a chorros del cuello como una fuente, una imagen que habría sido muy difícil de olvidar, por cierto. No recuerda el olor de la sangre. Nada. No mentía en eso, Ramona. De verdad no lo recordaba. Acaba de repetirme la historia del asesinato. Sus

recuerdos de los asesinatos son muy borrosos.

Paro un momento, y me recuerdo que necesito respirar. Calmarme. Ramona solo hace su trabajo.

—Lo que sí recuerda, en cambio, hasta el más mínimo detalle, es cómo se sintió al despertar en el suelo del baño por la mañana. Recuerda estar tumbado con la mejilla contra las baldosas del suelo del baño. La sensación cuando se cortó con el cuchillo y que se vendó la mano con papel higiénico después. Recuerda que la pasta de dientes sabía a menta. Esa mañana, sus sentidos estaban en pleno funcionamiento, pero no la noche antes, cuando en teoría las asesinó.

—Llevaba un colocón como una casa, Kari, no me extraña que no recordara el olor o el sabor de las cosas.

—También es una explicación muy oportuna, ¿no? Porque nadie puede poner en duda una laguna, ¿no? Y así es mucho más fácil meterle imágenes en la cabeza.

—Kari…

—Es extremadamente difícil distinguir los recuerdos reales de los falsos. Necesitamos pruebas independientes y físicas que confirmen de qué tipo son cada uno, pero el hecho de que se excitara al volver a ver el pecho de Hedda la mañana siguiente más tarde reforzaría la idea de que él las mató. Porque solo un completo tarado se excita al ver a sus dos amigas muertas delante de sus narices, ¿no? Todo eso os facilitó a Meyer y a ti trabajar con él, reescribir sus recuerdos y hacerle creer vuestras teorías.

—¿Nuestras teorías? Hedda tenía un pecho al aire, reproduciendo justo lo que había ocurrido la noche antes. ¿Quién iba a saberlo, aparte de él?

—Otra persona que estuviera en la propiedad esa noche.

—Venga ya, Kari.

—Alguien que vio a Hedda enseñarle el pecho a Jesper y no le gustó lo que vio.

Ramona suspira. No quiere iniciar otra discusión conmigo sobre el tema.

—No digo que el asesino dejara expuesto el pecho de Hedda para tenderle una trampa a Jesper —continúo—. También pudo ser una manera de hacerle daño y castigarla por permitir a Jesper tocarla. Por promiscua.

—Entonces, te refieres a alguien que estaba enamorado de ella.

—Por qué no. Era una chica guapa y popular.

—Así no reduces precisamente la lista de sospechosos.

Ramona espera unos segundos y añade, recelosa:

—Y tampoco demuestras que Jesper no lo hiciera.

—Lo sé —admito, porque técnicamente tiene razón—. Pero nunca habéis tenido en cuenta de verdad a nadie más para estos asesinatos, ¿verdad? Por lo menos, no en serio.

—Bueno, desde el primer día todo apuntaba a Jesper. Y ahora han pasado, ¿qué, veinte días? Para mí, no ha cambiado ni ha ocurrido absolutamente nada que indique que hemos detenido a la persona equivocada.

—Creo que esa es la palabra clave —digo.

—¿Cuál?

Ramona adelanta a un taxi. Conduce más rápido de lo normal.

—Has dicho que no ha ocurrido nada. Nunca lo has investigado. William y yo hemos descubierto un montón de cosas porque estábamos investigando.

Sé que me la juego, pero no me queda más remedio.

—Además, hablando de cosas que ocurren, alguien intentó echarme de la carretera la semana pasada. Sé que no fue un accidente. ¿Fue para darme un susto de muerte? ¿Para matarme? No lo sé. Lo que sí sé es que alguien me seguía, guardando las distancias, a la espera del momento oportuno para atacar. Y, quién sabe, a lo mejor esa misma persona sabe que estoy ahora mismo aquí, contigo.

Media hora después, Ramona me deja en casa. La última parte del trayecto la hemos hecho en silencio. He expresado mi opinión, y nos

separamos con un abrazo y una sonrisa que alivia parte de la tensión que se había generado en el coche. Somos adultas, y todo en el lenguaje corporal de Ramona me indica que no está a la defensiva. Solo que no está de acuerdo conmigo. Puedo trabajar con eso.

—Ten cuidado, ¿vale? —dice—. Prométeme que no vas a hacer nada más sin comentármelo antes.

—De acuerdo —respondo, aunque no estoy segura de poder cumplir esa promesa. Seguramente ya sabe que no lo haré.

Una vez dentro, voy directa al salón y me dejo caer en el sofá, con el abrigo y los zapatos aún puestos. Estoy exhausta, del todo. Intento relajarme, pero la historia de Jesper resuena en mi cabeza.

Solo cuando alguien aporrea mi puerta y me da un susto comprendo que me he dormido. Echo un vistazo rápido a mi teléfono: he dormido unas horas.

Me levanto rápido y voy hacia la puerta mientras me quito el abrigo.

William está en el porche con una bolsa de Alex Sushi en la mano.

—Me he dado cuenta de he pedido para dos, por costumbre —dice, con una sonrisa triste en el rostro—. No lo he pensado. ¿Te apetece?

William necesita compañía mucho más de lo que a mí me hace falta el descanso.

—Nunca puedo negarme al *sushi*. —Sonrío—. Pasa.

William deja la bolsa en la encimera de la cocina y saca las bandejas de plástico, los palillos, los recipientes con salsa y dos botellas de agua mineral. Luego quita las tapas y coloca las bandejas de comida en medio de la mesa.

—¿Cómo te fue el viaje? —pregunta.

Tardo un segundo en recordar a qué viaje se refiere, los incidentes de las últimas semanas me confunden la mente.

—Me sentó bien volver a la cabaña y respirar un poco de aire de montaña. Caminar un poco. Ahí todo es tan apacible…

—Ya me imagino —dice William, y moja un *nigiri* de salmón en la salsa de soja—. ¿Y ahora qué?

No le he hablado de mis visitas a Jesper, y no hace falta que lo sepa. Lo único que ha cambiado desde que he ido a ver a Jesper es que estoy aún más convencida de que hay un asesino cruel por ahí suelto.

—Supongo que tendremos que volver a la casilla de salida —digo con un suspiro de cansancio—. No veo otra opción. Revisar la lista de coches que pasaron por la autopista para ir y volver de Son la noche en que se cometieron los asesinatos.

—Pensaba que eso ya lo habías hecho.

—Sí, pero me gustaría ampliar la búsqueda y ver otra vez esas matrículas, esta vez con más detenimiento. Ver si puedo identificar a los dueños o empleados de los coches de empresa que se registraron. A lo mejor podemos encontrar a alguien relacionado con el caso.

—Puedo ayudar. Irá más rápido si somos dos.

—¿Seguro?

—Sí, claro que estoy seguro. No puedo quedarme sentado esperando a que pasen cosas.

Asiento y digo:

—Gracias. Solo para que lo sepas, es mortal del aburrimiento.

—No me da miedo el aburrimiento. —Sonríe.

—Puede que también vaya a ver a los Gregersen mañana —digo, y me levanto a coger más servilletas.

—¿Por qué? ¿Tu padre ha encontrado algo? —pregunta William, tenso.

Me quedo helada al darme cuenta de que se me había olvidado de contarle a William lo que había descubierto mi padre.

—Cielo santo, lo siento mucho —me disculpo, y me vuelvo a sentar—. Se me pasó por completo.

Tardo unos minutos en poner al día a William sobre las veinte mil coronas que los Gregersen le envían a Petter Enerly todos los meses desde hace medio año. También le cuento mi visita a Enerly y lo

agresivo que se puso.

—Entonces ¿en realidad no sabemos qué pasa entre los Gregersen y ese tal… Petter Enerly?

—No, aún no.

—¿Y la policía qué dice?

—Aún no se lo he dicho a la policía —contesto, pensando en Ramona y en la promesa que ya estoy incumpliendo—. Si interviene, David Gregersen se buscará un abogado y no volveremos a acercarnos a él.

A William se le tensa la mandíbula de la rabia.

—De acuerdo —dice, y se acaba el resto del agua mineral—. ¿Dónde tienes esas matrículas? Manos a la obra.

62

Samuel Gregersen comprende que no hay escapatoria.

Está por todas partes, en sus palabras, sus miradas cargadas, los silencios tensos… es como un trueno ominoso que espera retumbar entre las paredes y reverberar en toda la casa.

Samuel no soporta estar cerca de ellos sabiendo lo que han hecho. Verlos comportarse como si no hubiera pasado nada, como si todo fuera normal, pasando a la siguiente canción, el próximo bolo, la comida de turno, el día siguiente.

No. Lo. Soporta.

No se puede elegir la sangre, pero sí cuánto tiempo aguantas su veneno, por lo menos hasta cierto punto. Le quedan dos años para cumplir los dieciocho. Dos años más y podrá irse de casa, y lo hará. Puede que incluso antes, si el universo le concede la oportunidad.

Los oye en la cocina. Siempre es la misma actuación agotadora: comentan algo, y la voz de barítono de su padre sofoca las acusaciones estridentes de su madre. Una y otra vez, como un disco rayado. Eso es lo que son: un disco rayado. Se ríe para sus adentros por la ironía.

Sin embargo, cuando Samuel está presente declaran un alto el fuego engañoso. Es una fachada, la aversión que sienten el uno por el otro bulle bajo la superficie y amenaza con estallar en cualquier momento. Lo está volviendo loco.

—¿Adónde vas? —Su madre sale de la cocina cuando él se pone

el abrigo. Finge un interés azaroso, como de costumbre, para enmascarar su necesidad constante de seguir todos sus movimientos.

—Fuera —contesta él, y se arrodilla para atarse los cordones—. He quedado con Thea.

La mentira sale con facilidad de sus labios. Thea es una apuesta segura, una buena amiga y una estupenda tapadera. Su madre jamás adivinará el alcance de sus engaños.

—¿Vendrás a casa a cenar?

—No —responde Samuel—. Ya comeré algo por ahí.

Su madre asiente despacio.

—¿Necesitas dinero?

Samuel suelta un bufido y le dan ganas de decir que apenas tiene para darle, pero consigue reprimirse. Tampoco quiere su sucio dinero.

Su madre contrae los brazos, amaga con abrazarle, pero Samuel pasa rápido por su lado y cierra la puerta sin decir adiós.

En la entrada ve a una mujer que se apea de un Audi elegante. La cara le suena de inmediato, y su mirada aguda lo enfoca y hace que descarte la idea de escabullirse sin ser visto.

—Eh, Samuel —grita, y levanta una mano al aire—. ¿Te acuerdas de mí? —dice mientras se acerca, con una sonrisa prudente en los labios—. Nos vimos un momento la semana pasada, en el sótano de tu instituto.

Le tiende la mano.

—Me acuerdo —contesta Samuel, y le da la mano. ¿Cómo lo iba a olvidar? La detectora de mentiras humanas, como la llaman en las noticias—. Kari Voss, ¿no?

—Correcto. Tienes buena memoria. Iba a hablar con tus padres, pero me alegro de haberme encontrado contigo también. ¿Cómo estás?

—Bien —dice, con demasiada precipitación—. ¿Para qué quiere ver a mis padres?

—Es que necesito hacerles unas preguntas.

Asiente. El tono es amable, pero no le convence. Su presencia lo incomoda mucho.

—¿Sobre qué? —decide preguntar.

—Sé que la policía ha detenido a una persona, pero yo sigo trabajando en los asesinatos de Eva y Hedda. Me preguntaba si sabes quién es Petter Enerly.

Espera un momento antes de contestar.

—No —dice, y enseguida mira hacia la casa para ver si sus padres los observan. No ve a ninguno de los dos.

Kari Voss lo escudriña con una sonrisa amable.

—¿Y sabes si tu padre tenía interés de algún tipo en Hedda o Eva? ¿Profesional o… personal?

—¿Qué? ¿De qué habla?

—Tu padre fue a ver a Hedda hace unas semanas. Dos días antes de los asesinatos, de hecho. Cuando el padre de ella no estaba.

Samuel abre la boca en un intento de dar una explicación, pero no le sale nada.

—¿Buscaba trabajar con Hedda en algo, o le interesaba… en otro sentido?

Samuel hace una mueca.

—No, joder.

—Entonces ¿por qué fue? ¿Tenía algo que ver con Petter Enerly?

Una vez más, mira hacia la casa, nota que le arde la cara y el corazón late acelerado. ¿Es que su madre está detrás de una cortina?

—Tu padre no fue a buscarte a ti, ¿verdad?

Kari Voss lo está observando, puede que estudie y analice todos sus gestos. Todas sus mentiras.

—Samuel, ¿sabes a qué me dedico?

—Lee… a la gente.

—Interpreto el lenguaje corporal, sí, entre otras cosas. Cuando antes has dicho que no sabías quién es Petter Enerly, has asentido un momento, has cerrado los ojos y te has presionado los párpados con los dedos. Luego has tardado un segundo de más en abrirlos de

nuevo. Tu cuerpo me decía básicamente lo contrario a lo que me has contestado: sabes quién es ese hombre.

Samuel siente un dolor en el pecho.

—De hecho, no es la primera vez que mientes en mi presencia.

El tono no es de reprobación, ni la mirada. Solo de leve curiosidad.

—El día que William y yo te vimos en tu instituto —continúa—, mentiste al negar que supieras lo que le había pasado a Cecilie Hoff o qué escribía viking0l sobre Eva y Hedda en Instagram. Vi que sí lo sabías. Ahora sé hasta los detalles, pero… no quisiste contárnoslo.

Samuel no sabe qué decir. Necesita un momento para pensar en ello.

—¿Te apetece dar un paseo? —propone ella—. ¿Ir a algún sitio más privado a hablar? —Le sonríe. Hay algo parecido a… la pena en sus ojos.

Lo sabe, ¿no? Ya sabe la montaña de mentiras que ocultan sus padres. Y que él los protege con su silencio. No puede convertirse en ellos. Preferiría morir a acabar como ellos.

—Sí —contesta al fin—. Vamos… a dar un paseo.

Echan a andar. Ninguno de los dos habla y enseguida salen del barrio.

La nieve se ha presentado como invitada esta noche y ha cubierto el mundo con un velo blanco: tal vez quiere tapar lo que el otoño ha dejado desnudo.

Samuel inspira una bocanada de aire gélido.

—Esa historia de Cecilie… —Sacude la cabeza—. Me pareció que era horrible sacarla a colación después de que Eva y Hedda…

Se detiene.

—Fue muy injusto. Muy… ruin. No sé quién es viking0l; pero, quienquiera que sea, no sabe la verdad de lo que ocurrió. Eva y Hedda no tuvieron nada que ver.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad. Cecilie hizo lo que hizo por decisión propia; nadie la empujó a hacer nada.

—¿Cómo lo sabes?

Suspira.

—Solo… lo sé, ¿vale? Pero después, cuando todo el mundo se enteró, dijo que Eva y Hedda la habían obligado. Fue un intento desesperado de guardar las apariencias o algo así. Durante un tiempo, mucha gente la creyó. Y Eva y Hedda estaban muy enfadadas por que las acusaran de algo así.

Siente tanta rabia al hablar otra vez de ello que le entran ganas de darle un puñetazo a algo.

—Lo que pasa muy a menudo —dice Kari Voss— es que la gente tiende a reescribir sus recuerdos cuando es demasiado duro soportar la verdad. Es una manera de protegerse. Le echas la culpa a otra persona. Siempre es más fácil ser víctima.

—Sí, y Cecilie se regodeaba en ese papel. Luego, claro, intentó suicidarse, y eso lo empeoró todo mucho. Al principio, tampoco nos lo creíamos; estábamos convencidos de que también se lo había inventado.

Suspira, cansado.

—¿Sabe? Eva y Hedda… en realidad intentaron echar un cable a Cecilie. Incluso fueron a su casa a hablar con ella, por si podían hacer algo para ayudar. Sabían que estaba enferma. Pero su padre las mandó a tomar viento.

Samuel sacude la cabeza.

—No le conté todo esto porque no quería que William pensara que esa historia contenía algo de verdad. Ya sabe cómo va: la gente siempre cree que, cuando el río suena, agua lleva. Y más ahora, con la manera en que se propagan los rumores en las redes sociales. Pero Hedda nunca haría algo así. Hedda era maravillosa. De verdad. Era encantadora, lista y divertida. También amable. Y leal. Tampoco le importaba decir su opinión cando algo le molestaba… —Se detuvo: afloraban algunos recuerdos bonitos, y otros desagradables.

—¿Las chicas tenían algo que ver con Petter Enerly?

—¿Qué? ¿Eva y Hedda? No. Madre mía, no.

—Entonces ¿cómo sabes de él?

Por encima de ellos, un avión ruge al surcar el cielo, alejándose de Oslo. Ha empezado a oscurecer.

—¿Quién es, Samuel? ¿Qué relación tiene con tus padres?

Samuel siente una angustia en el pecho. Como si un tornillo le apretara las costillas por todas partes a la vez, y también desde arriba. Kari Voss ya sabe mucho. Parece saber más que la mayoría de la gente. Y seguirá indagando, lo ve. Suspira, agotado.

—De acuerdo —dice—. Voy a contarle lo que pasó.

63

—¡No, no, no!

Petter Enerly golpea la mesa con los dos puños y mira incrédulo la pantalla que tiene delante.

—¿Qué coño pasa aquí?

¡Se suponía que Shrewsbury iba a marcar, no a encajar un gol ahora, justo antes del final del partido! Se levanta y empieza a caminar de un lado a otro. Tiene una apuesta de once mil coronas en un triple, los tres partidos más seguros del mundo. Los otros dos han entrado con un buen margen. Los contrincantes del Shrewsbury llevan tiempo sin estar muy en forma, y encima ahora algunos de los jugadores clave están lesionados. ¿Cómo puede ser?

Se sienta y vuelve a la pantalla. Quedan dos minutos. Aún no ha terminado.

—Vamos —dice. Dos goles en tiempo de descuento. En el mundo del fútbol, mayores milagros se han visto.

93:34.

93:35.

93:36.

Vamos, vamos, vamos.

Shrewsbury marca.

¡Marcan!

Y aún queda más de un minuto.

Petter le grita a la pantalla:

—¡Venga, ahora!

Los segundos pasan rápido. Están en tiempo de descuento. Probablemente añadirán un poco más por la celebración del gol y porque el otro equipo está acosando, aferrándose desesperado a ese punto.

95:14.

95:15.

—Entonces…

Los segundos dejan de moverse.

Fin.

El partido ha terminado.

Shrewsbury solo ha conseguido un empate.

Le da la sensación de quedarse sin aire en ese espacio. Petter no puede respirar. Apoya la cara en las manos en la mesa y empuja la silla un poco hacia atrás.

Once mil. Once mil quinientos, de hecho, joder. Que se habrían doblado de haberse cumplido ese triplete. Era la apuesta más fácil y segura que había visto jamás.

A Petter le dan ganas de lanzar el ordenador contra la pared.

Necesita cien.

De hecho, necesita mucho más que eso, pero cien para empezar. ¿Cómo va a encontrarlos ahora?

Los Gregersen, piensa. Esa escoria. Tendrán que apoquinar. Se lo deben.

Hasta un año y medio después de la muerte de su padre no empezó a poner orden en los efectos personales de este. No es que hubiera mucho que limpiar, guardar o tirar. Pero en una de las cajas de viejas maquetas había una copia de una carta del 21 de noviembre de 1995 que el mánager de la pareja Gregersen le había enviado al padre de Petter.

Y este se llevó una gran sorpresa con el contenido.

El mánager le agradeció a Petter la consulta y la copia de la canción. La habían escuchado con gran interés, pero no habían encontrado semejanzas con «Into the Abyss» más allá de algún que

otro cambio de acorde. El autor de la carta, un mánager cuyo nombre extranjero Petter no recordaba, Barry o algo así, añadía con cierta amargura que no era la primera vez que algún cazafortunas se ponía en contacto con ellos acusándolos de plagio. Sin embargo, podían asegurarle que en este caso no había ocurrido nada parecido. David Gregersen ni siquiera recordaba haber recibido ninguna maqueta de alguien llamado Emil Enerly.

Tras el hallazgo, Petter había escuchado todas las maquetas grabadas por su padre, y al final encontró «Into the Abyss», pero con un título distinto. Sin lugar a duda, era la misma canción. Los primeros treinta segundos eran idénticos, nota por nota. La probabilidad de que David Gregersen lograra componer la misma melodía exacta era cercana a cero.

Nada en las pertenencias de su padre apuntaba a que hubiera ahondado más en el asunto. Petter entendía por qué: no había una copia digital de la canción original, por lo que tampoco podía ponerle una fecha. Además, cuesta dinero llevar un caso a los tribunales. No tenía nada que hacer contra el músculo de la familia Gregersen.

Sin embargo, a Petter le resultó imposible dejarlo pasar, consciente de que los Gregersen habían ganado millones con esa canción, la que había marcado la carrera de Irene.

Una noche, cuando David estaba terminando un concierto en el Chat Noir, por una vez sin su egocéntrica esposa, Petter lo esperó en el patio trasero donde había aparcado el coche. Cuando estaba a punto de meter el teclado en la furgoneta, Petter lo agarró por detrás y lo empujó contra la pared que le quedaba más cerca.

David supo enseguida quién era Petter.

Iba a tener que pagar por lo que había hecho, y con intereses. Veinte mil al mes, para empezar.

Unas semanas antes, Petter había ido a casa de ese cabrón para exigir el doble. David Gregersen se quejó de no tener el dinero. Bueno, tenían una casa, ¿no? Y por lo menos un par de pianos de cola.

Ahora va a tener que pagar aún más. Cien de los grandes, como

mínimo.

Si no… Bueno, David tiene un hijo. Resulta que es un prodigio del piano. Seguro que a David le interesa que el chico conserve todos los dedos.

Espoleado por sus nuevos planes, Petter se viste y sale del piso.

Una oscuridad de tinta ya se ha cernido sobre la ciudad y hace que la tarde temprana parezca la noche. Justo por debajo, el río Akesselva fluye en corrientes feroces hacia la zona gastronómica de Vulkan y el Nedre Foss Gård, la granja antigua donde ahora sirven una especie de comida pija. Petter camina presuroso por Fossveien, poco iluminada y tranquila, hacia la plaza Olaf Ryes, con las manos en los bolsillos para protegerlas del frío cortante.

Perdido en sus cavilaciones, Petter no ve el vehículo que se le acerca poco a poco por detrás, con los faros tenues que apenas sondean la oscuridad. Sin embargo, cuando cruza la calle un haz de luz con las largas puestas lo ciega y le obliga a entornar los ojos y parar. En ese momento, suspendido entre la luz y la oscuridad, cuando parece que el tiempo quiere extenderse, Petter nota que algo le da en el pecho. Se ve arrojado al vacío y el cráneo se rompe contra los adoquines con un ruido sordo nauseabundo. Luego… Silencio. Una inmovilidad profunda, persistente, enmarcada por los rugidos de un motor que acelera cerca.

Atónito, con los pulmones luchando por tomar aire, Petter intenta levantarse. Pero oye los neumáticos que crujen en la calle, y sabe que el coche va a por él de nuevo.

Y está acelerando.

64

LA NOCHE DE LOS ASESINATOS

SAMUEL

—Ahí está.

Samuel se levanta del sofá con una sonrisa. La música reverbera en las paredes cuando cruza el salón, los graves palpitan en el suelo.

Le da un abrazo a Thea e inspira el olor del perfume dulce de vainilla mientras se abrazan.

A Thea se le escapa un profundo suspiro cuando se quita los zapatos.

—Dios, qué noche de mierda —dice ella.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Samuel.

—No quiero hablar de eso. Por lo menos, ahora no. Necesito beber algo.

—Bueno —dice Samuel, con aires de suficiencia—, de eso hay mucho aquí.

Thea cuelga el abrigo.

—Genial.

Cuando se vuelve hacia el salón, Samuel la para.

—Solo quiero que sepas —dice, y la rodea con ternura con un brazo— que puedes hablar conmigo siempre que quieras.

Ella le dedica otra sonrisa cansada.

—Lo sé. Eres un sol, Sam. Gracias.

—¿Va todo bien con tu novio? —insiste él.

Acto seguido, ella alza la vista.

—Sí, sí.

—¿Estás segura?

—Sí, todo va bien con Fredrik. No te preocupes.

Samuel la estudia un poco más hasta que al final se rinde.

—Vale. Ya hablaremos de eso en otro momento, entonces. ¿Qué te apetece hacer? Quiero decir, de beber. —Pone los ojos en blanco, juguetón, y le arranca una risa a Thea.

—Cualquier cosa —contesta—. O todo. A la vez.

Thea entra en el salón y, cuando todo el mundo la saluda con un abrazo, corre a la cocina, donde Isabelle está preparando batidos con vodka. Samuel se hunde en el sofá, con la mente distraída mientras la música fuerte hace que todo intento de mantener una conversación en la mesa sea fútil en la práctica.

Consulta el móvil y se le para el corazón un instante al ver un mensaje de Eva:

TE ECHO DE MENOS, SAM. ESTOY ANSIOSA POR VERTE MAÑANA. TE QUIERO.

Esas palabras perforan su corazón como una daga, y al instante vuelve a pensar en Petter Enerly. Qué distinto podría haber sido todo si Eva y Hedda no hubieran estado en su casa ese fatídico día, o si sus padres no fueran unos seres tan horribles.

Samuel nunca había visto a Petter Enerly antes de que llamara a su puerta esa tarde, exigiendo hablar con «David, el capullo de tu papá» o con «la zorra de tu mamá». Enerly era un hombre de aspecto desaliñado. En ese momento no dijo su nombre, pero más tarde Samuel averiguó quién era. Pese a su actitud agresiva lo dejó pasar, otra decisión de la que está muy arrepentido.

Fue a buscar a su padre, que palideció en el acto al oír quién era la visita, y le ordenó a Samuel que entrara en el estudio insonorizado y cerrara la puerta. De todos modos, ya iba allí; tenía que ensayar, aunque Eva y Hedda estuvieran pasando el rato en su dormitorio. Iban mucho, sus padres ni siquiera sabían que estaban en casa,

perdidos en su propio mundo, como siempre.

Los remordimientos se apoderan de él. Si las chicas hubieran estado con él en el estudio, no habrían oído la conversación que tuvo lugar entre Petter Enerly y su padre en la entrada, porque el cuarto de Samuel estaba justo encima. Enerly exigía el doble de lo que ya le estaban pagando, y por lo visto se estaba poniendo muy agresivo. Eva y Hedda lo oyeron todo. Incluso la discusión de sus padres cuando Enerly se fue.

Samuel vuelve a mirar el mensaje de Eva, pensando en qué contestar, si es que debe responder. Esa noche, las chicas hablaron con él y le preguntaron si sabía la verdad que había detrás de «Into the Abyss» y si apretaría a sus padres con eso. Samuel había reaccionado a la defensiva, incrédulo: se negaba a aceptar que sus padres hubieran robado una canción para aprovecharse de ella. Hedda lo llamó ingenuo y cobarde, y eso no hizo más que alimentar su ira.

Y luego se fueron.

Samuel no había hablado con ninguna de las dos desde entonces. Mañana es su gran fiesta de Halloween en Son, a la que, por supuesto, está invitado. Y no solo eso: se suponía que debía llegar a las diez de la mañana para ayudarlas a decorar la casa de verano.

Suspira, consciente de que debe decirles que llevaban razón. Ha hablado con sus padres. Al principio lo negaron, claro. A los mentirosos como ellos les sale con toda naturalidad. Pero Samuel presionó un poco más y les dijo que el padre de Hedda estaba a una llamada de contárselo todo a sus colegas de las noticias de NRK. ¿Qué harían entonces?

Al final se sinceraron y le contaron que «Into the Abyss» era un tema original de un hombre llamado Emir Enerly, el padre de Petter. Rogaron a Samuel que no contara nada a nadie, y le suplicaron que se asegurara de que Eva y Hedda no dijeran nada tampoco, sobre todo a William.

No, joder. No iba a hacer eso por ellos.

Que limpiaran ellos su propio desastre.

65

—Emil Enerly —digo—. Nunca he oído hablar de él.

La carcajada de Samuel es amarga y atraviesa el aire fresco.

—Ni tú ni nadie. Pobre tío. Esa canción nos marcó. Nos convirtió en lo que somos, diría. Nuestro estilo de vida. Lo cambió todo. Pero todo se basaba en una mentira.

El viento frío de noviembre se agarra a nuestras caras mientras paseamos por un parque cercano, con las hojas doradas espolvoreadas con nieve que cruje bajo nuestros pies. Me ajusto mejor el abrigo.

—Entonces, Petter Enerly está extorsionando a tus padres por eso.

—Sí. Y con razón.

—¿Cómo les hace sentir eso?

A Samuel se le oscurece la mirada.

—Ah, no les gusta, claro. Ya van bastante justos. Les encantaría que desapareciera el problema, seguro. Pero no veo la manera.

«Bueno», pienso para mis adentros. No mucha gente lo sabe; por lo menos, no todavía. Además de Petter Enerly y Samuel, puede que yo sea la única. Tal vez el mánager de los Gregersen lo sepa también. Estoy segura de que Hedda no le dijo nada a su padre. De haberlo hecho, William me lo habría contado.

—Vi que discutiste con tus padres ese día, durante la ceremonia en memoria de las chicas en la iglesia de Bygdøy. ¿Era por eso?

Suelta una risa burlona, y el aliento se vuelve visible en el aire frío.

—Querían interpretar una canción —dijo, con un tono de asco absoluto—. Ya sabes, para mostrarse generosos.

Pone cara de desesperación.

—Y mi madre propuso esa canción. Porque es la que todo el mundo conoce. ¿Se te ocurre algo más insensible? —Samuel suelta un bufido—. Sé que es una canción sobre la pena y la pérdida, y esas cosas, pero, venga ya: no es suya.

Sacude la cabeza, y no puedo evitar empatizar con él. Yo también me enfadaría como una mona.

—¿Qué hiciste luego esa noche? —pregunté, con pies de plomo —. Después de que llegara Thea y recibieras ese mensaje de Eva.

Duda, y piensa en lo que va a decir. Baja la mirada al suelo, pero el cuerpo está relajado: queda claro que se ha quitado un peso de encima.

—Le dije a la policía que me fui a eso de las once y que me fui a casa solo. —Se para de repente.

Termino la frase:

—Pero no es verdad.

Sacude la cabeza.

—No, me fui mucho antes. Porque… —Fija los ojos en los míos, la duda ensombrece sus rasgos—. Había quedado con mi novio.

—Ah.

Se me escapó antes de poder parar. No me sorprende en absoluto que Samuel sea gay, se me había pasado por la cabeza, me desconcierta más por qué iba a mentirle a Ramona sobre eso.

Debe de leer la pregunta en mi cara, porque se explica rápido.

—No es que no haya salido del armario. No es eso. Quien me conoce, sabe que soy gay. Es más por… por Víctor.

—Víctor, ¿es el nombre de tu novio?

Asiente.

—Es dieciséis años mayor que yo —dice Samuel, con una expresión desafiante—. Pero no solo eso: trabaja para mis padres.

—Ya —digo, y las piezas empiezan a encajar.

La mirada de Samuel es firme.

—Es su mánager. Y no saben lo nuestro.

—Entiendo. Eso… lo complica un poco.

—Sí, y nos gustaría seguir así de momento, ¿sabe? No hace mucho que nos vemos, pero tenemos la sensación de que sí, ya sabe a lo que me refiero. Y a Víctor, claro, le preocupa lo que mis padres piensen y hagan cuando lo descubran, o si lo descubren. Es una buena oportunidad para él, la de trabajar para ellos, aunque mi madre ya no sea la superestrella de antaño. En parte lo contrataron por eso: querían que alguien entrara y sacudiera un poco los cimientos. Aunque no creo esto formara parte de sus funciones laborales. —Se da un golpecito en el pecho y hace una mueca.

Los dos nos reímos.

—Entonces… ¿saliste con Victor esa noche?

—Sí, pero no mucho rato. Él tenía que irse a un sitio después. Aprovechamos el poco tiempo que podemos, ¿sabe? Aquí y allá.

—Entiendo.

—No es lo ideal. En ningún sentido. Pero es lo que hay. De hecho, ahora iba a verlo.

—De acuerdo. No te quito más tiempo. Gracias, Samuel. Gracias por compartirlo conmigo. Te lo agradezco de verdad.

Mientras lo veo marcharse presuroso, con la espalda encogida contra el viento, me quedo con un torbellino de información nueva. Siento el peso de la complejidad de la situación, que lo cubre todo con un manto de sospecha e incertidumbre. Los Gregersen, antes un modelo ejemplar de talento musical y armonía familiar, habitan un mundo basado en mentiras y Canciones robadas. ¿Hasta dónde serían capaces de llegar para preservar su fachada, construida con tanto mimo? ¿Serían capaces de asesinar a dos adolescentes?

La idea en sí resulta absurda, pero no me quito la sensación de que en esta historia hay mucho más de lo que se ve a simple vista.

Sin embargo, una cosa está clara: Ramona tiene que saberlo.

66

El aire glacial mordisquea la piel de Fredrik Hoff, se cuela en la ropa y hace que el frío penetre hasta los huesos. Con cada exhalación, el aliento forma unas nubes etéreas en el cielo gris oscuro, y aun así Fredrik está sudando. Se le han juntado perlas de transpiración bajo la gorra de béisbol, que gotean despacio por la frente y hacen que le piquen los ojos.

Agarra otra caja de botellas de Coca-Cola de la parte trasera de la furgoneta para sumarla a las diecisiete que ya están dentro del *pub*, donde Thea lo ayuda a almacenarlas. Le encanta trabajar con ella, el que muestre tanto interés en su pequeña cervecería y en el bar, incluso cuando no está trabajando.

Podría haber contratado un servicio a domicilio, pero los gastos se están disparando, así que necesita reducir costes de donde pueda. No le importa la parte física, al fin y al cabo puede que tenga algo de su viejo, pero es una molestia añadida, otra cosa que tachar de una lista que se va ampliando a medida que avanza el día. Los placeres de un trabajador, piensa. Con suerte, un día su criatura andará sola.

Fredrik está a punto de colocarse la última caja al hombro cuando un coche entra en el aparcamiento. Agudiza la mirada hacia la ventanilla del conductor y enseguida reconoce a la mujer que va sentada al volante.

Kari Voss para el coche con brusquedad y se apea a toda prisa.

—Genial, estás aquí —dice, y cierra la puerta con un codazo rápido.

Fredrik nota que se le forma un nudo en el estómago.

—Te acuerdas de mí, ¿verdad? Pasé por aquí hace unos días. Hablamos de tu hermana Cecilie y de Truls, tu padre.

Fredrik asiente y ajusta la caja, que sujeta contra la clavícula en una posición incómoda. En vez de ir directa hacia él, Kari Voss da un rodeo extra como si estudiara algo en la zona de carga de la furgoneta.

—Siento molestarte —se disculpa, y le dedica una sonrisa que se desvanece rápido—. No te robaré mucho tiempo; ya veo que estás ocupado. Solo quería comprobar una cosa contigo, si te parece bien.

Fredrik está a punto de decir que tiene que trabajar y que vuelva en otro momento o, a poder ser, que no vuelva, pero Kari Voss ya ha sacado un montón de papeles doblados del bolsillo interior. Está a punto de entregárselos cuando se detiene y dice:

—Ay, lo siento. —Cae en la cuenta de que no puede coger los papeles mientras carga la caja. Se ríe de sí misma—. Estoy demasiado cansada. Ya te los enseño yo.

Desdobla la hoja de encima del todo, se para justo a su lado y señala algunas columnas y números, además de lo que parecen varias fechas impresas muy seguidas. Una de las filas está subrayada con un marcador verde.

—Este vehículo. —Señala las dos letras y cinco dígitos que hace que Fredrik sienta una opresión en el pecho al instante—. El viernes, 27 de octubre a las 20:33, este vehículo pasó por la cámara del peaje de la E18 cerca de Vestby, hacia el sudeste. El mismo vehículo pasó en dirección contraria… —se lame el dedo índice, retira la hoja de encima y la coloca debajo de la siguiente; ahí Fredrik también ve otra fila subrayada— a las 22:11.

Sujeta los papeles delante de él durante unos segundos, y luego los guarda, doblados.

—Ese vehículo está registrado en una empresa que creó tu padre. Pero lo hemos investigado un poco; eres tú quien paga las

facturas. Y por lo que veo… —señala la furgoneta con la cabeza—, también eres tú el que lo utiliza.

Fredrik traga saliva varias veces.

—Desde luego, este vehículo en concreto podía estar en la H18 justo a esa hora por muchos motivos, pero lo que despierta especial interés es que se trata de la carretera principal para ir a Son, donde asesinaron a Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow esa misma noche. Tu furgoneta pasó por Vestby más o menos una hora antes de que ocurrieran los asesinatos. —Lo mira, y espera a que diga algo.

Fredrik le devuelve la mirada, y luego vuelve a dejar la caja dentro de la furgoneta. Se levanta la gorra y se pasa una mano por el pelo sudoroso.

—La información que acabo de trasladarte —dice Kari Voss al ver que no contesta enseguida— también está en manos de la policía. Ramona Norum no está segura de si sirve de algo indagar en este dato concreto, y entiendo por qué lo dice. Al fin y al cabo, no hace mucho practicaron una detención, de un chico que incluso ha confesado los crímenes. Entonces, te preguntarás qué hago merodeando por aquí. Bueno, resulta que yo creo que Jesper Bach-Hansen es inocente, y estoy levantando todas las piedras que puedo para demostrarlo. Y no pararé hasta conseguirlo. Por eso me gustaría que me explicaras qué hacía tu furgoneta en la zona a la hora de los asesinatos.

Fredrik se quita los guantes de trabajo y se endereza un poco la gorra. Luego suelta un suspiro desesperado y le sale vapor por la boca.

—No veo la necesidad de contarle nada. No tengo nada que ver con los asesinatos.

Kari Voss cierra los ojos y los mantiene cerrados unos segundos. Cuando los vuelve a abrir, dice:

—Fredrik, estoy cansada. Estoy agotada, hecha polvo. —Se disculpa con una sonrisa—. Duermo tal vez una o dos horas por noche, y algunos días nada. A veces mi cuerpo se cierra y bloquea mi consciencia y mis recuerdos. Hay quien cree que imagino cosas,

que la falta de sueño, el estrés general y el agotamiento me están jugando una mala pasada. Me afecta, desde luego, sería raro que no lo hiciera. Puede que me nuble algunos sentidos. Pero aún me funciona el olfato, Fredrik. Sé que sí. Y sé cuándo algo huele mal, y veo cuándo una imagen está un poco desenfocada. Y esto —da un manotazo a los papeles— me parece un poco borroso. Así que, por favor, te agradecería mucho que me ayudaras a verlo claro.

Fredrik gruñe y alza la vista hacia las azoteas. De una de las chimeneas industriales cercanas sale humo, una neblina que emana un aroma distante a malta y levadura. Por lo menos algo en este mundo funciona como es debido, piensa él. Los engranajes de la maquinaria.

Piensa en Cecilie, en la oscuridad infinita tras sus ojos. El vacío que ni él ni nadie más puede llenar. Ni siquiera Thea.

Como si respondiera a una señal, Thea sale del *pub* con una mirada de perplejidad en el rostro.

—Ah, hola —saluda Kari Voss.

Los pasos de Thea se vuelven prudentes y lentos.

—Estaba hablando con Fredrik de la noche en que asesinaron a Eva y Hedda.

Fredrik mira a Thea a los ojos.

—Sabe que fuimos a Son esa noche —dice.

—¿Los dos? —pregunta Kari Voss.

Fredrik asiente.

—Entonces ¿podéis explicármelo, por favor? —dice.

Fredrik siente el corazón acelerado. Pese a sus esfuerzos por reprimirlos, los recuerdos de esa horrible noche regresan. Mira a Thea, y se pregunta hasta dónde debería contar, si es que debería explicar algo. Ella asiente con sutileza y Fredrik sabe que ha llegado el momento de soltarlo todo.

Mira a Kari, y ve una expresión intensa pero agotada en su rostro. Fredrik trata de poner orden en sus ideas y su determinación. Respira hondo y tiembla.

—Todo empezó cuando recibí un mensaje de mi madre.

67

LA NOCHE DE LOS ASESINATOS

FREDRIK

Fredrik maldice en silencio, por suerte las palabrotas se pierden en la cacofonía procedente de la multitud que está delante de la barra, el camarero nuevo acaba de derramar una cerveza mientras servía a unos clientes. Fredrik desahoga la frustración, llena otro vaso y fuerza una sonrisa cuando entra un pedido. No estaba como para ponerse quisquilloso con un solo candidato para el puesto.

Pero no debería quejarse: está contento, mucho, de ver a tanta gente, unos cuantos habituales, y el ambiente va mejorando. Por algo se empieza, aunque le habría gustado tener aún más gente. Al fin y al cabo, es viernes por la noche.

Le suena un mensaje nuevo en el móvil. Es de su madre.

TIENES QUE LLAMARME. AHORA. ES POR CECILIE.

—Mierda.

Se le acelera el corazón de inmediato. Coge el teléfono y se mete corriendo en el almacén que hay en la parte trasera del bar, presa del pánico. No, no, no, se repite. Por favor, otra vez no.

—¿Qué pasa? —grita, con la voz trémula cuando contesta su madre—. ¿Qué ha pasado?

—Cecilie está en Urgencias —dice entre sollozos, en un tono de

máxima preocupación—. Encontró una botella de vodka en casa y se la bebió toda. Estaba completamente ida, vomitando por todo su cuarto. Le están haciendo un lavado de estómago ahora mismo.

—Pero… —A Fredrik le cuesta encontrar las palabras, la cabeza le da vueltas—. Pero… ¿qué ha pasado que la disguste tanto?

Su madre lloriquea, se le rompe la voz.

—Estaba viendo Instagram, viendo fotos de Eva y Hedda en la casa de verano, preparando una gran fiesta de Halloween para mañana. Se le ha ido la cabeza. Se ha metido en su cuarto, se ha encerrado y… —Hace una pausa y se recompone—. Ni siquiera sé cómo ha conseguido esconder la botella. Revisamos su habitación, sabes que lo hacemos todos los días, por si…

Se queda a medias, incapaz de terminar la frase.

—No ha bajado a cenar —sigue un momento después—. Así que he subido a su habitación y me la he encontrado. Estaba tumbada boca abajo en su propio vómito…

Fredrik siente una rabia latente en su interior y aprieta los puños.

—¿Se va a recuperar?

—No lo sé —llora su madre, con la voz rota, débil—. No lo sé, Fredrik.

Cierra los ojos, aprieta los dientes. Esas zorras cabronas, está que echa humo en silencio.

—Vale, mamá. Llego dentro de diez minutos.

—No, no, no puedes. Solo permiten una persona. Tu padre está en la sala de espera. Le he dicho que se vaya a casa, pero…

Thea entra en el almacén. Le cambia la cara nada más verlo.

Al teléfono, su madre resopla.

—Tú quédate trabajando, cariño —añade—. Te llamo en cuanto sepa algo, ¿vale?

—¿Qué pasa? —pregunta Thea cuando cuelga.

—Cecilie está en el hospital. Coma etílico —le suelta sin rodeos. No tiene sentido ocultarlo.

—Dios mío. —Thea se tapa la boca con las manos—. ¿Se pondrá bien?

—No lo sé.

La rabia va en aumento, le dan ganas de gritar. Masculla como si soltara palabrotas, luego endereza la espalda y vuelve corriendo detrás de la barra.

—Tengo que hacer una cosa —le dice a Jørgen, que le está dando una pinta a un pelirrojo con barba—. No sé cuándo volveré.

Jørgen asiente.

Fredrik coge al vuelo las llaves de la furgoneta, sale corriendo y ve que Thea lo ha seguido.

—Te acompaño al hospital.

—No voy a ver a Cecilie —dice al entrar en la furgoneta.

Thea sube a su lado.

—Entonces ¿adónde vas? —pregunta, y se pone el cinturón.

—A Son —responde, con las mandíbulas apretadas.

—¿A Son? ¿Por qué? ¿Qué pasa en…? —Palidece—. Fredrik, no. No es buena idea. Pero ¿qué ha pasado? ¿Por qué lo ha hecho Cecilie?

Se salta un semáforo en rojo, le importan un pimiento las consecuencias, pisa el acelerador y le cuenta lo que sabe por su madre mientras entran a toda velocidad en la ronda 3.

—Supongo que mañana vas a su fiesta, ¿no? —pregunta.

—Reduce la velocidad, Fredrik —dice Thea, en un tono estridente por el miedo—. Por favor, afloja.

Fredrik no le hace caso, igual que ella ha pasado por alto su pregunta, y vuelve a concentrarse enseguida en la carretera que tiene delante.

—¿Puedes conseguirme la dirección?

—Fredrik, por favor…

—La puta casa de verano de los Eek-Svendsen, Son. No debería ser muy difícil. Seguro que esas fotos que están colgando tienen geomarcadores.

Se mantiene en el carril de la izquierda, adelantando a un coche tras otro, consciente de que rara vez la policía patrulla un viernes por la noche, tiene peces más gordos que pescar.

—Por favor, Fredrik. —Thea lo intenta de nuevo, la desesperación va tomando su voz—. Cálmate y da la vuelta.

Sus súplicas empiezan a molestarle. Si alguien debería comprenderlo y apoyarlo, esa es ella.

Guardan silencio durante el resto del trayecto.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta al final, cuando se acercan a Son.

—Voy a enseñarles qué pasa cuando se meten con la familia equivocada. Voy a enseñarles un par de cosas sobre el dolor.

Llegan a Son a las nueve en punto. Fredrik aparca el coche en la calle, no quiere poner en alerta a las chicas de su presencia parando justo delante de la casa.

Empiezan a subir por la carretera. Thea va unos pasos por detrás.

—No lo hagas —le ruega, su voz es apenas un susurro—. Por favor.

Cuando giran en la última curva antes de la casa de verano, se ve un Porsche aparcado enfrente. La música retumba en las ventanas abiertas de la casa.

—No sabemos quién más hay ahí dentro, Fredrik —dice Thea, en un último intento de disuadirlo—. Sean quienes sean, son inocentes.

Fredrik se mira los nudillos, blancos por la tensión. Duda un segundo, su determinación se tambalea. Piensa en su hermana, tumbada en una cama de hospital, con su vida pendiendo de un hilo. La imagen de ella sufriendo por culpa de las crueldades de esos monstruos que están en la casa vuelve a encender la rabia en él.

Mira a Thea.

Está llorando.

—Tú no lo sabes —dice—. No… no piensas con claridad. Por favor, cariño. Estás enfadado, lo entiendo, pero… podrías acabar en la cárcel. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? —Se seca las lágrimas con el dorso de la mano—. Piensa en Cecilie. Piensa en tu

madre. ¿Cómo saldrían adelante sin ti? ¿Y el *pub*, la cervecería? No eres ese tipo de tío, cariño, no lo eres. —Entrelaza los dedos con los suyos.

Fredrik respira una bocanada de aire cortante y mira hacia la casa, la música y las risas que se expanden por la noche.

Le suelta la mano a Thea y dice:

—Vamos.

68

El interior del coche patrulla apesta a café rancio y restos grasientos de comida para llevar. A Ramona le gustaría abrir las ventanillas, pero fuera la temperatura es de dos grados bajo cero. Puede que más tarde vuelva a nevar.

—¿Alguna vez has escuchado su música? —pregunta, y rompe el silencio.

—¿De quién?

—De Irene Gregersen, Meyer suelta un bufido.

—Por voluntad propia, no. Pero no ha sido difícil evitar ese «Into the Abyss». Lleva treinta años sonando en toda la radio. Incluso la he oído en un par de funerales.

Ramona ve la cara de Kari en su cabeza, y su conversación se reproduce como un disco rayado. La conmoción en la voz de su amiga cuando supo que Petter Enerly había muerto en un atropello con fuga. Ramona se contuvo y no le habló del coche oscuro que había salido a toda velocidad de Fossveien, azul o negro, los testigos no lo sabían. No quería alimentar sus sospechas sobre su accidente de bicicleta. Si es que había sido un accidente.

—¿Y si tiene razón? —murmura Ramona.

—Hoy hablas con acertijos. ¿Quién?

—Kari Voss.

Nota que Meyer cambia la mirada, y todo su cuerpo se vuelve hacia ella.

—¿Y si nos equivocamos? —continúa—. ¿Y si hemos estado equivocados todo el tiempo y tenemos en prisión provisional a un chico inocente?

—Dios, no digas eso.

—Ya ha pasado antes, que tuviera razón. Muchas veces, de hecho.

Siguen su rumbo, las arterias de la ciudad están obstruidas con el lodo habitual de la hora punta.

—Sé que es la hija del jefe y todo eso —gruñe Meyer—, pero ya me conoces, nunca he confiado mucho en esas psicopatrañas del lenguaje corporal y la memoria. Pruebas sólidas, en eso creo.

—Ya lo sé. Yo también. Aun así… —Su voz se apaga, perdida en el laberinto de posibilidades.

—No me gusta —sigue—. Cuanta más luz arroja sobre este caso, más mierda aparece.

Unos minutos después, paran en casa de los Gregersen. Hay una furgoneta blanca aparcada delante de su garaje, y una motocicleta eléctrica al lado.

La puerta se abre y parece un chico joven de pelo moreno y la cara recién afeitada. Al principio, Ramona se queda paralizada al ver sus bellos rasgos y la sonrisa de conquistador. Los saluda con un «¿sí?» confiado. Tiene un deje italiano al hablar sueco, salpicado por unas cuantas palabras en noruego. La comisaria se sorprende al mirar la pajarita rosa que adorna el duro cuello blanco de la camisa, una floritura inesperada junto a su chaqueta de color azul claro.

Ramona se presenta, y también a Mayer.

La sonrisa del chico ni se inmuta.

—¿Lo están esperando?

—No. ¿Usted es…?

—Ah, lo siento. Soy Victor Tardelli. —Se coloca la palma de la mano en el pecho y baja un poco la cabeza en un movimiento teatral—. Soy el mánager. De hecho, soy el relaciones públicas y su *community manager*. Di lo que necesitas, y yo lo hago. —Se ríe—. Por favor, pase —dice—. Les diré que está aquí. Están en el estudio,

trabajando como siempre. Hay que alimentar a las masas hambrientas, ¿no?

Víctor Tardelli le guiña el ojo.

Meyer y Ramona intercambian una mirada elocuente mientras los insta a entrar.

—Irene y David saldrán en un momentito —dice Víctor, tras acompañarlos al salón.

Mientras pasan los minutos, Ramona y Meyer estudian el entorno. Entre las obras de arte seleccionadas con mimo y los retratos familiares, unas placas de discos de oro relucen en las paredes, testigos de su éxito. Ramona advierte la ausencia de «Into the Abyss». Tal vez Samuel la retiró, cavila.

Irene Gregersen entra primero en la sala, y su marido dos pasos por detrás, como una sombra impaciente. El maquillaje aplicado con prisas apunta a que ha interrumpido su trabajo, ve manchas de pintalabios rojo sobre el labio superior. David Gregersen lleva el pañuelo de seda tan apretado que parece que lo estrangula, tiene la cara encendida de un tono rojo alarmante.

Víctor Tardelli también reaparece, rondando al fondo como un centinela.

—Agentes. —El tono de Irene Gregersen es marcado, de trabajo —. ¿En qué los podemos ayudar? —pregunta mientras se sienta.

—¿Dónde estuvieron anoche? —dice Ramona.

Los Gregersen se lanzan una mirada veloz como un rayo.

—¿Por qué? —cuestiona Irene.

—Usted responda a la pregunta, por favor.

—Eh… Yo estuve aquí. En casa. Trabajando.

—De acuerdo. ¿Y usted, David?

—Yo… —Duda, el silencio se prolonga con tensión—. Yo… también estuve aquí.

Irene entorna los ojos y salta la mirada a su marido.

—¿Podemos preguntar de qué va todo esto? —pregunta David.

Ramona sigue presionando como si no hubiera oído la pregunta.

—El viernes 27 de octubre, ¿dónde estuvieron esa noche?

David repite la fecha para sus adentros, con el ceño fruncido.

—No me acuerdo, tendré que consultar el calendario. ¿Tú note acordarás, Victor? ¿Teníamos algo esa noche? ¿La iglesia de Ullensaker, tal vez?

Los dedos de Victor vuelan en la pantalla de su teléfono. Al cabo de unos segundos, niega con la cabeza.

—Entonces probablemente estuve aquí —concluye David.

—Probablemente —insiste Ramona, y la palabra rezumaba escepticismo.

—Sí, es difícil llevar un registro de los días.

—Esa noche asesinaron a Eva Eek-Svendsen y Hedda Bülow.

—Ah. De acuerdo.

—¿Eso le refresca la memoria?

—Eh… No. Bueno, de hecho, sí. Salí un rato. Me tomé algo en Kreutzberg, el bar de por aquí. Pregúnteselo a Harry, el dueño, me conoce.

—¿Fue solo?

—Sí. Era viernes por la noche. No me apetecía quedarme en casa. Pero tú sí te quedaste, ¿no, Irene? ¿Te quedaste aquí? —David ya tenía la cara color carmesí.

—Sí. Estaba cansada. Llevaba toda la semana trabajando.

—¿Escribiendo canciones nuevas? —pregunta Ramona.

—Sí. Por lo menos, intentándolo.

—O robando otras antiguas. —Las palabras de Meyer hienden el aire como un puñal.

Un destello de terror aparece en los ojos de David e Irene.

—¿Perdone? —dice ella al fin—. Claro que no.

Ramona saca una fotografía del bolsillo.

—Este hombre no opina lo mismo. Se llama Petter Enerly. Lo mataron anoche.

David abre los ojos de par en par, y el miedo sustituye a la sorpresa.

—¿Lo asesinaron? —Traga saliva, buscando las palabras—. ¿Qué…? ¿Cuándo? ¿Dónde?

—En Grünerløkka —contesta Ramona—. Acabamos de estar en su piso. Hemos encontrado unos cuantos elementos muy interesantes. ¿Quieren adivinar a ciegas qué era?

A Irene se le ponen los nudillos blancos cuando se agarra al reposabrazos de la silla y desvía la mirada hacia Víctor.

Meyer tose en la palma de la mano y dice:

—No eran recibos de las veinte mil coronas que llevan pagándole todos los meses durante el último medio año, si es lo que están pensando.

David palidece, su compostura se desmorona.

—Pero sí encontramos una maqueta y una carta manuscrita de noviembre de 1995, de su mánager de la época. Trataba de su éxito número uno de todos los tiempos, «Into the Abyss».

Ramona mira a Víctor Tardelli. Pese a sus rasgos juveniles, la inquietud dibuja arrugas profundas en la frente.

—Petter Enerly los estaba chantajeando porque robaron una canción de su padre. Y anoche, como he dicho, lo mataron. —Ramona endurece el tono—. Y por eso ahora —hace hincapié en la última palabra—, sería un buen momento para que ustedes dos nos contaran qué demonios han estado haciendo últimamente. Y, por favor, basta de tonterías.

Los Gregersen se miran, en un diálogo silencioso de pánico y culpa.

—David —dice Ramona—. Sabemos que fue a casa de Hedda Bülow dos días antes de que la asesinara. ¿Por qué lo hizo?

David parpadea rápido, va perdiendo la compostura paso a paso.

—¿Fue para callarla? ¿Para callar a las chicas? Sabemos que estaban al corriente de lo del robo.

David se afloja el pañuelo de seda.

—Creo…, creo que quiero llamar a mi abogado.

—Sí, por supuesto —dice Ramona—. Pero yo tengo otra propuesta. ¿Por qué no se deja de tonterías y se sincera ahora mismo? Está en juego el futuro de un chaval de dieciséis años. Si no habla ahora, David, me aseguraré de que todos los canales de

noticias del país tengan una copia de la maqueta de Emil Enerly y sus registros contables, donde se demuestra que han estado transfiriendo dinero a su hijo. Sus carreras estarán acabadas. Se lo garantizo.

En la sala saltan chispas de tensión. Irene mira a su marido, con la cara desencajada por el miedo.

—Pongamos algunos datos sobre la mesa —continúa—. Dos chicas adolescentes y un hombre que los chantajeaba están muertos, asesinados. Los tres conocían su secreto.

Las palabras penden en el aire. Los Gregersen se quedan petrificados en el sitio, atrapados en la luz cegadora de sus mentiras que salen a la luz, y los ojos trabados en una lucha de voluntades silenciosa.

—A la mierda —dice David, rojo como un tomate—. A la mierda todo. Paso. No voy a decir una palabra más hasta que esté presente mi abogado.

69

—Entonces… ¿qué pasó después? —pregunto.

—Volvimos —responde Fredrik.

—¿Disteis media vuelta y os fuisteis a casa?

—Sí.

Los estudio por turnos, y no detecto indicios de mentira en ninguno de los dos.

—¿Volviste a trabajar, o fuiste al hospital a ver a Cecilie?

—Llamé a mi madre. Cecilie se estaba recuperando. Para entonces estaba claro que iba a recuperarse bien, así que dejé a Thea en la fiesta a la que iba y volví a trabajar.

Fredrik le dedica a su novia una sonrisa de disculpa. Aún le ruedan lágrimas por las mejillas. Sin embargo, no es solo tristeza lo que trasmite. Está de espaldas a mí, con los hombros hundidos y la mirada clavada en los pies, apuntando a la puerta del bar. Todo su cuerpo trasmite vergüenza a gritos. Puede que culpa, también.

—¿Algo que añadir, Thea?

Alza la vista hacia mí y se limpia la cara manchada por el llanto.

—Yo estuve ahí —susurra. Intenta no pronunciar esas palabras, pero las tiene en la punta de la lengua, listas.

Espero y fuerzo una sonrisa suave para animarla.

—Estuve ahí esa noche —dice al fin, rehuyéndome aún con la mirada—. En la fiesta donde pasó aquello entre Cecilie y esos chicos.

Se vuelve hacia mí.

—Eva y Hedda también estaban, pero… no vieron lo que yo vi. Nadie más lo vio. Yo iba al lavabo cuando tres chicos salieron dela habitación de al lado. Dejaron la puerta entreabierta y vi a Cecilie dentro, encogida en el suelo, con la cabeza gacha como si estuviera a punto de vomitar. Entré corriendo para ayudarla, pero… No se encontraba mal. Tan solo se limpió la boca y me sonrió, me dijo que había hecho lo que tenía que hacer, ya sabe, para conseguir entradas de acceso para esos autobuses de celebración con los chicos.

Thea sacude la cabeza.

—Era evidente lo que había ocurrido, con los chicos riendo, sonriendo, al salir. Era una estupidez, una locura hacer eso. Me quedé impresionada. Le pregunté por qué demonios lo había hecho. Cecilie me dijo que lo había hecho por el equipo, que pensaba en Eva, Hedda y ella. Estaba desesperada por acercarse a ellas, por que la aceptaran en su círculo de amigos. Se convenció de que, si les conseguía esas entradas, lo conseguiría. Pero claro, le salió el tiro por la culata cuando esos capullos empezaron a contarle a todo el mundo lo que había hecho. Fue horrible.

Thea se lleva la mano al pecho.

—Y claro, todo el instituto empezó a burlarse de Cecilie por eso, la llamaban puta y a saber qué más. Creo que necesitaba a alguien a quien culpar, para que la gente se apiadara de ella en vez de… —se encoge de hombros—, en vez de atacarla por lo que había hecho. Así que empezó a decir que Eva y Hedda la habían obligado. Que era culpa suya. Una vez escogió ese camino, fue imposible recular. Necesitaba ceñirse a su historia, y me suplicó que no dijera nada. Eva y Hedda lo negaron, claro, y la mayoría de la gente las creyó, pero Fredrik y sus padres nunca supieron lo que decía la gente de verdad por ahí. Solo tenían la versión de Cecilie de la historia. No paraba de contarles la misma mentira, una y otra vez.

Thea hace una pausa para recobrar el aliento.

—¿Qué se supone que debía hacer? No quería traicionarla. Era demasiado frágil. Me preocupaba que se hiciera daño, porque luego

sería culpa mía. Así que le guardé el secreto. No respaldé suversión, pero tampoco dije nada, excepto a Samuel, más tarde. Hice lo que me pareció correcto.

Se para de nuevo un segundo.

—Cuando íbamos de camino a Son esa noche, estuve a puntito de contárselo todo a Fredrik, pero no sabía cómo iba a reaccionar, ni si me creería. Podría pensar que me lo estaba inventando para que no fuera a por Eva y Hedda. Me daba miedo que cortara conmigo si pensaba que le mentía.

Suelta un profundo suspiro.

—Aun así, conseguí explicárselo al cabo de unos días. Cuando las cosas se habían calmado. Bueno…, por lo menos eso. Cecilie se encontraba mejor, pero tenía que contárselo a Fredrik. Me sentía fatal por no haber dicho nada antes. Por toda esa rabia en su casa, todo ese odio.

Fredrik le acaricia la mejilla y Thea se apoya en su palma.

—¿Hablaste con tu hermana al enterarte? —le pregunto a Fredrik.

Él se masajea el cuello con energía, un gesto tranquilizador inconsciente que le baja el ritmo cardiaco.

—Sí. Volvió a contarme que todo era culpa de Eva y Hedda, porque, si hubieran sido más amables con ella desde el principio, ella no tendría que haber hecho lo que hizo.

Fredrik se aprieta los ojos con los dedos. La verdad es dolorosa, una imagen de su hermana que no le gusta ver.

—Fue ella quien publicó esos comentarios de odio en internet —continúa—, después de que asesinaran a Eva y Hedda.

—¿Ella era viking0l? —pregunto.

Fredrik asiente, sin despegar la mirada del suelo.

—No entiendo por qué insistió en esa mentira.

—Porque la verdad es demasiado dolorosa —explico—. Le resultaba más fácil culpar a otra persona que a sí misma.

Thea agarra a Fredrik de la mano.

—De todos modos —dice—, ahora Fredrik y sus padres saben la

verdad, y Cecilie se está recuperando. Espero que esta vez de verdad.

Sonríe. Es una sonrisa tensa que no alcanza los ojos.

—En realidad, me alegro de que la policía detuviera a Jesper tan poco después de los asesinatos —añade.

—¿Y eso por qué, Thea?

—Porque… —Aparta la mirada unos segundos—. Cuando me enteré, pensé que… que el padre de Fredrik las había matado.

—¿De verdad? ¿Por qué?

Posa la mirada un instante en Fredrik, que la mira y le vuelve a acariciar el cuello.

—Porque, tras el intento de suicidio de Cecilie, lo oí decir que iba a matarlas. Lo dijo varias veces. Pero —añade, y deja caer los brazos fláccidos al suelo— fue Jesper. Por suerte, fue él.

Truls Hoff, pienso. Su nombre reverbera en mi cabeza como un disparo. Tenemos que comprobar dónde estuvo Truls Hoff esa noche. Con toda probabilidad, en el hospital. Pero luego…

Podría haber ido a Son, podría haber visto el Porsche, como su hijo, haber visto lo que pasaba en la casa, los juegos de las chicas y Jesper, al chico tocando el pecho de Hedda…

Truls Hoff podría haberlo visto todo.

No hacía falta estar dentro de la casa para ver lo que estaba ocurriendo, pues los ventanales de cristal se ven bien desde el jardín, y no había cortinas que taparan la vista. Entonces, cuando vio la oportunidad, se coló y las mató. Hizo que pareciera que el asesino era Jesper.

Maldigo para mis adentros, la cabeza me da vueltas.

¿De verdad podría ser eso lo que pasó?

—¿Por qué no le contasteis a la policía que habíais ido a Son esa noche? —consigo preguntar, mirando a Thea y luego a Fredrik—. ¿Por qué no me dijisteis nada la última vez que estuve aquí?

—Porque no hicimos nada —repuso Fredrik—. Y tampoco vimos nada. No pasó nada. Nos fuimos a casa. Además, no quería saber nada de la policía. Thea… A sus padres no les entusiasma que

salgamos juntos porque le llevo unos cuantos años. Y no quería que la policía se presentase aquí.

Señala el *pub* con un gesto.

—Habría sido perjudicial para mi negocio.

—Entiendo —digo, y de nuevo la mente se me va a Truls Hoff, el hombretón imponente a quien conocí en la puerta de su casa. Tengo que hablar con Ramona.

Tengo que hablar con ella cuanto antes.

70

Suena el teléfono por un mensaje de mi padre de camino a casa: quiere que me pase por su casa, en Gimle terrasse.

Entro en el edificio y me lo encuentro esperando en la puerta. El piso huele a humo de leña.

—Hola, cariño —me saluda, y me envuelve en un cálido abrazo que dura un poco más de lo habitual y hace que me pregunte si pasa algo.

—No, no —me asegura cuando se lo pregunto—. Solo me alegro de verte.

Sé que el asesinato de Petter Enerly ha hecho que mi padre tema por mi seguridad.

Lo pongo al día de los últimos acontecimientos: la visita de Ramona a los Gregersen, además de mi hallazgo sobre Truls Hoff.

—Bueno —reflexiona, y coge mi abrigo—. Suena a que los dos tenían un buen motivo.

Cuando me quito los zapatos, mi mente regresa al accidente con la bicicleta. En ese momento no sabía nada de Petter Enerly ni del secreto de los Gregersen. No tenían motivos para deshacerse de mí. ¿Y Truls Hoff? Solo nos habíamos visto una vez, cuando quise hablar con su hija. ¿Por qué motivo querría verme muerta?

Me da la sensación de que se me escapa algo.

La voz de mi padre se entromete en mis pensamientos.

—A lo mejor David Gregersen hizo un trato con Enerly para matar

a las chicas. Y luego eliminó a Enerly para no dejar cabos sueltos.

—Buena teoría, pero ¿de verdad lo ves como un asesino?

—¿A quién, a David Gregersen?

Asiento.

—Estaba en juego el legado de la familia. Eso puede poner al límite a cualquiera.

Caigo en la cuenta de que aún no nos hemos movido de la entrada.

—¿Por qué querías verme? —pregunto.

—Pasa.

En el salón, unos gruesos troncos de abedul crepitan en la chimenea. Mi mirada, como siempre, se desvía hacia el estudio de mi padre. La puerta está cerrada, como siempre que voy de visita. Siete años de investigación cubriendo esas paredes: fotografías, palabras clave, fechas… Una representación visual de nuestro infierno compartido. No tengo valor de mirar. No puedo.

Pienso en Caroline Mikkelsen y me doy cuenta de que ha pasado un tiempo desde que perdí la conciencia por última vez. Me pregunto si no he sufrido desmayos porque he visto a Jesper, o porque Caroline verbalizó lo que tenía reprimido. Al expresarlo en voz alta, lo neutralizamos, por lo menos hasta cierto punto.

Puede.

Puede que no.

Sea como fuere, nunca daré por muerto a mi hijo.

Nunca.

No está muerto. No puede ser.

—He pensado que te gustaría echarle un vistazo —dice mi padre, y señala con un gesto de la cabeza una gruesa carpeta de papel manila que hay sobre la mesa del comedor—. Es el expediente del caso de Jesper. He conseguido hacerme con una copia.

—Ah.

Se me dispara el corazón al abrirlo. Los ojos asustados de Jesper me miran desde la fotografía de la portada, con una súplica muda congelada en el tiempo.

Durante la hora siguiente leo con atención entrevistas, pruebas técnicas, fotografías, publicaciones en redes sociales, imágenes del escenario del crimen: un tapiz de horror al desnudo. Ramona tiene razón: las pruebas contra Jesper son abrumadoras. Para colmo, tenía un motivo y la oportunidad.

—¿Puedo llevármelo? —Se está haciendo tarde, y necesito revisarlo con más detenimiento.

—Por supuesto.

Se lo agradezco con un abrazo.

—¿Me enviarás un mensaje cuando llegues a casa?

Sonrío.

—Claro.

—Quiero decir cuando estés dentro de casa.

—Lo sé, papá. Lo haré.

En casa, dispongo las espantosas piezas del rompecabezas en la mesa de la cocina. A medida que avanza la noche, me noto cada vez más adormecida, viendo las atrocidades con un desapego casi clínico. Observo las fotografías que hicieron las chicas, las imágenes de la preciosa casa de verano en todo su horrible esplendor. Las decoraciones de Halloween, el garaje abierto. Llego hasta el final. Vuelvo a empezar.

Son más de las tres de la madrugada cuando por fin me meto en la cama, con la cabeza convertida en un torbellino de información fragmentada. La casa cruje y gruñe ante el invierno inminente.

De pronto, me siento.

Bajo la escalera a toda prisa, los pies descalzos golpean contra el suelo frío. De nuevo en la mesa de la cocina, cojo dos fotografías, una de las chicas en el garaje la tarde antes de su muerte, la otra del mismo espacio a la mañana siguiente, tomada por uno de los técnicos en el escenario del crimen.

Con las manos temblorosas, observo las imágenes una vez más, para asegurarme.

—Dios mío.
Me desplomo en la silla de la cocina.
«Esto lo cambia todo», me digo.
Absolutamente todo.

71

El dolor persiste, como un latido apagado bajo la superficie.

Eivind sale a rastras del taxi, con movimientos indolentes y deliberados. Hasta el sencillo acto de cerrar la puerta le provoca una punzada de agonía en el hombro. En el hospital, los médicos le han advertido de que tardará en recuperar toda la fuerza tras la letanía de heridas, tanto graves como leves. Sin embargo, Eivind sabe que algunas heridas no se curarán jamás.

Cruza la calle de abajo de la comisaría de policía, la fachada cuyas ventanas relucientes atraen su mirada. No es una obra maestra de la arquitectura, ni mucho menos, pero es imponente e inconfundible, eso lo reconoce.

Durante las últimas semanas el sueño se ha convertido en un extraño para Eivind, las últimas noches han sido especialmente horribles. No le importa vivir en hoteles, en principio. El cambio de escenario, que el servicio de limpieza le ordene la habitación, le haga la cama, cambie las toallas. Suele dormir bien bajo un edredón desconocido, pero mejor si Mia está tumbada a su lado.

Se le escapa un suspiro, consciente de que nunca más despertará a su lado. No, después de lo que ha hecho. No, después de lo que han hecho.

La mente de Eivind vaga hasta una mañana perfecta en Noresund, cinco o seis inviernos antes. Estaban tumbados en la cama del hotel, contemplando las montañas nevadas inmersas en la

dorada luz del sol. La víspera habían asistido a una cena que William Bülow había organizado, una velada en la que se había rodeado de sus amigos más famosos. Mia estaba radiante con su vestido de noche negro, disfrutando de los agasajos propios de una cena entre celebridades. Eivind había sentido orgullo y gratitud, consciente de que él era quien se la iba a llevar a la cama cuando terminara la noche.

¿Fue esa la última vez que se sintió feliz de verdad?

A medida que Eivind se acerca a la comisaría, casi le fallan las piernas y tiene que parar a tragarse la rabia, el dolor, el miedo, la pena, todo lo que pensaba que podría dejar a un lado y olvidar.

Debería haber acabado ahí, en ese campo, piensa, con el coche volcado y las ventanillas hechas añicos. Entonces no tendría que hacer esto. Se pregunta si le procurará algún tipo de paz.

La esperanza es lo único que se pierde.

Eivind entra en el edificio. La zona de recepción es un hervidero.

—Hola —le dice a un hombre de uniforme tras el cristal blindado de la recepción—. Necesito hablar con Ramona Norum.

—¿Sobre…?

Las voces zumban alrededor. Un timbrazo cerca le hace dar un respingo. Eivind intenta encontrar el inicio de una frase, una palabra que le dé impulso, pero no puede.

La puerta giratoria tras él se abre de un golpe. Eivind se marea con el movimiento circular, la puerta rota cada vez más rápido. Lo nota en el pecho y en la garganta. De pronto le cuesta respirar, ver, pensar. Los sonidos del vestíbulo alcanzan un volumen insoportable. Eivind tiene que agarrarse al mostrador de enfrente para no perder el equilibrio.

El anciano que tiene detrás lo está mirando. ¿No? De hecho, todo el mundo lo observa. Los labios del policía se mueven, pero Eivind no entiende lo que dice.

—Ah, nada —consigue decir Eivind al final. Se aparta del mostrador y repite—: Lo siento… No era nada.

Luego sale corriendo.

72

Mia abre el paquete de carne picada y lo vacía en la sartén donde dos cebollas y unos cuantos dientes de ajo acaban de dorarse. El chisporroteo cesa un momento antes de reanudarse, esta vez más flojo, mientras remueve la carne y la mezcla con el resto.

A Mia le encantan los sonidos y el olor al cocinar: el crepitar de la comida a fuego lento, el siseo de la mantequilla que se derrite, el sonido hueco de la cuchara de madera mientras da golpes en el borde de la olla. Es todo el preludio de un final exquisito.

Añade sal y pimienta, y piensa que no ha preparado una sola comida desde que murió Eva. Durante días se le olvidó comer. O ducharse. Erik cocina para ellos, para ella, pero tenía que seguir con sus estudios en la universidad y volver a su piso de Briskeby, y Mia se había visto obligada a salir de la hibernación.

Abre la nevera y saca un bote de salsa de tomate que preparó ayer. Suena el timbre, y le da tal susto que casi se le cae.

Se limpia las manos en la falda plisada por costumbre, y hace una mueca al reparar en que no lleva delantal. Mia apaga el gas, cruza a toda prisa la cocina y el pasillo y justo entonces recuerda que se le ha olvidado comprar el pan de masa madre de Kolonial que tanto le gusta a Erik.

Abre la puerta.

Ve a Kari. Parece que la fatiga se ha instalado en su rostro desde la última vez que se vieron. Mia avanza un paso y le da un breve

abrazo.

Kari se aparta enseguida.

—¿Tienes un momento? —pregunta, y termina la frase con una sonrisa cansada, breve, casi por educación.

—Claro —contesta Mia—. Pasa. —Sonríe cuando la invita a pasar —. Ven conmigo a la cocina —dice—. Estoy preparando una comida tardía.

En la cocina, Mia saca la cuchara de madera de la bandeja que ha colocado junto a los fogones y sigue removiendo la carne picada.

—¿Te apetece tomar algo? —pregunta Mia, y se vuelve hacia Kari un momento.

—No, gracias —dice, y se sienta en el banco de madera situado junto a la ventana con el bolso en el regazo.

Mia estruja un tubo de pasta de tomate encima de la sartén y deja que un chorro rojo caiga sobre la carne.

—¿Esperas invitados? —pregunta Kari.

—No, solo a Erik.

«Solo a Erik», repite para sí misma, en silencio.

Mia ni siquiera recuerda a su familia tal y como existía antes de que Eva llegara al mundo. ¿Cómo se vuelve a ser una familia de tres? La sensación es que Eivind, ella y Erik son tres piezas distintas del rompecabezas que, sin una cuarta, no pueden completar la imagen.

—¿Eivind no está? —pregunta Kari, como si Mia hubiera pronunciado su nombre. ¿Quizá lo ha hecho?

—No, está… viviendo en un hotel ahora mismo.

Kari no presiona para obtener más detalles. Siempre ha sido parca en palabras. Tal vez porque no cree en ellas. Y puede que esté en lo cierto: las palabras son pura ostentación, en todos los sentidos. Protegen, tienen significados o intenciones ocultos. Por definición, las palabras son engañosas.

—He descubierto algo que me gustaría comentar contigo —dice Kari. El tono es seco.

Mia coge el tarro de salsa de tomate y lo abre, el ruido hace eco

en las paredes de la cocina y la vierte encima de la carne. De pronto le asquea el glugú de la salsa al caer en cascada en la sartén. Siente náuseas.

—A eso de las cuatro de la tarde de ese viernes —continúa Kari —, Eva y Hedda publicaron un vídeo en las redes sociales. Estaban en vuestro garaje en Son y, de fondo, se ve una bicicleta azul y amarilla colgada de una barra en la pared. Cuando la policía llegó a la mañana siguiente, la bicicleta no estaba. No había indicios de robo.

Mia parpadea. Las palabras de Kari resuenan en su mente. Evocan imágenes y otra oleada de náuseas.

Un escalofrío le recorre la espalda.

Kari espera unos segundos antes de decir:

—Creo que el verdadero asesino cogió la bicicleta y huyó. Lo digo desde el principio: no fue Jesper quien mató a tu hija, Mia. Fue alguien que sabía que la bicicleta estaba ahí, alguien que o tenía llaves del garaje, o por lo menos sabía dónde encontrarlas.

A Mia el corazón le late tan fuerte que lo nota oprimido en el pecho. Oye los golpes amortiguados bajo las costillas. En la superficie de la salsa, las burbujas se forman y estallan con la misma rapidez con que habían aparecido. La boloñesa empieza a salpicarle la blusa a Mia, pero ella no reacciona.

—Si sabes algo de eso, tienes que contárselo a la policía. —La voz de Kari hace que Mia dé un respingo.

No quiere darse la vuelta, no quiere rendirse ante esa mujer que va a desmenuzar su alma y hacerla hablar sin tan siquiera abrir la boca.

—Está en juego la vida de un chico inocente, Mia.

Apaga el gas para que la salsa no salpique aún más. Deja la cuchara de madera en equilibrio en el mango de la sartén. Da un paso a un lado y abre el segundo cajón de la izquierda. Saca un cazo. Se queda petrificada unos segundos, como si ya no supiera por qué lo ha sacado, y luego lo pone en los fogones, añade los cubos de mantequilla que ha preparado y enciende el gas.

¿Qué más necesita para la salsa de bechamel?

Harina. Leche. Sal. Pimienta. Y nuez moscada, claro.

—¿Mia?

Mantequilla. Harina. Leche. Sal. Pimienta. Y…

—Mia, entiendes que tengo que comunicárselo a la policía, ¿verdad?

La mantequilla se está derritiendo en la sartén. Tiene que añadir la harina antes de que se vuelva marrón.

—Sí —consigue decir—. Lo… entiendo.

Kari se levanta y la silla de madera protesta con un chirrido.

Mia se queda inmóvil.

El silencio absorbe el aire de la habitación hasta que los pasos cansados de Kari lo rompen de nuevo. Los segundos se hacen eternos hasta que abre la puerta principal y la vuelve a cerrar con un gemido.

73

Veo a Ramona en cuanto pongo un pie en Kaffebrenneriet. Baja de la silla alta que ocupa junto a la ventana, con vistas a la ajetreada calle, y me saluda con un abrazo rápido.

—No puedo creer que de verdad quisieras verme en comisaría. ¿Te has vuelto loca o qué? Soy la única de ahí que no quiere matarte. —Señala con la cabeza el edificio, a un tiro de piedra de ahí. Me dedica una sonrisa afable—. He de reconocer que tienes un par de ovarios enormes.

—Tengo que enseñarte algo.

—Seguro que sí. Descansemos el trasero para hablar. Te he pedido un *latte* grande y un bollo de canela.

—Ah, perfecto. Gracias.

—No es perfecto en absoluto. Ya he devorado el mío.

Se ríe cuando nos sentamos.

—¿Cómo va con los Gregersen? —le pregunto.

—Como esperábamos —contesta Ramona—. David ha llamado a su abogado, pero niega en rotundo cualquier implicación en los asesinatos. ¿Qué querías enseñarme?

Por suerte, no tenemos a nadie a los lados, así que saco el teléfono y abro la carpeta de fotos.

—Es una bici S-Works Venge especializada —le explico, y señalo la bicicleta colgada en la pared del garaje detrás de Eva y Hedda—. Cuesta entre setenta y cien mil coronas.

Ramona le echa un vistazo, luego desvía la mirada hacia mí.

—El garaje estaba cerrado cuando llegasteis esa mañana, ¿verdad? —Me acerco el vaso de café y lo rodeo con las manos frías.

—No fui la primera en llegar, pero sí, creo que sí. Pero antes de entrar en todo eso: la segunda imagen. Es de nuestro expediente del caso, hecha por uno de nuestros técnicos en el escenario del crimen. Dime, ¿cómo ha acabado en tu teléfono?

Pienso en mi padre y me quedo sin palabras.

Pregunto con cautela:

—¿De verdad importa?

Ramona me observa un momento.

—No —admite—. Supongo que no. No tanto.

Me invade un enorme alivio. Continúo, cojo el bollo y arranco un trozo.

—Así escapó el asesino —digo, y doy un mordisco—. Se llevó la bicicleta.

La mirada de Ramona es penetrante.

—No fue Jesper, Ramona. Y esta es la prueba.

—Bueno —dice Ramona, y bebe un sorbo de café—. En el mejor de los casos, es circunstancial. Y la gran pregunta sigue siendo quién más las mataría y podría hacerlo.

—Alguien que conocía la casa —insisto—. Alguien que sabía que la bicicleta estaba en el garaje. Alguien que sabía que hace falta un mando a distancia para abrir la puerta del garaje.

—Todo el mundo sabe eso, ¿no?

—Puede. Pero el que usaba Eivind estaba en el cajón superior de la entrada. No todo el mundo sabe eso. Probablemente Mia y Eivind tienen también uno en el coche.

Ramona permanece en silencio, procesando toda la información.

—Hay otro aspecto que me parece extraño: ¿por qué Eivind no dijo que faltaba la bicicleta ese día? Estuvo delante del garaje, observándolo. Incluso guardó un cortacésped dentro. ¿Cómo no iba a darse cuenta de que la bicicleta no estaba?

—¿A lo mejor no sabía que estaba ahí antes?

—Tal vez…

—¿Tú sabes exactamente lo que tienes en tu garaje? —pregunta Ramona.

—No, pero creo que sabría bastante bien dónde tengo guardada una bicicleta de cien mil coronas. Además, esa bicicleta en concreto es más bien una bici de verano. Tendría sentido que estuviera ahí, en la casa de vacaciones.

—Lo que llegas a saber —dice Ramona con una sonrisa fugaz—. De todos modos, mucha gente sabe cómo funciona ese tipo de garajes y se le podría ocurrir buscar un mando a distancia en la entrada, donde se suelen guardar las llaves.

—Sí, pero supongamos que acabas de matar a alguien y solo deseas salir de ahí lo antes posible sin que nadie te vea. Digamos que tal vez no te conozcas la casa de verano al dedillo, sobre todo si hace ya un tiempo que no la frecuentas. ¿Tendrías la sangre fría para pensar que tal vez haya una bicicleta de carretera en el garaje que podrías usar para huir, luego encontrar el mando a distancia, abrir el garaje y volver a guardar el mando a distancia?

Ramona no dice nada.

—Exacto. No tiene sentido. Es más probable que el garaje se abriera desde el coche de Mia o el de Eivind, o que el asesino supiera dónde estaba el mando a distancia.

Nos quedamos calladas un rato, las ideas arremolinándose en la cabeza.

—Mucha gente podría saber eso —apunta Ramona—. Hace treinta años que tienen esa casa. Estoy segura de que allí han ido muchos invitados. Vecinos, amigos de la familia.

—O podría haber sido Erik.

—¿Erik?

—Sí, ¿por qué no? Es el único, aparte de Mia y Eivind, que conoce bien la casa de verano.

—Te lo dije: tiene coartada para esa noche. Estuvo en una fiesta de Halloween en el centro. Hay fotografías de él ahí. Y Mia y Eivind también tienen coartadas.

—¿De verdad? ¿En algún momento has hablado con Filip Falch para confirmar que Mia estuvo con él ese viernes por la noche?

—Eh… No.

—Y Eivind, sabemos que fue en coche hasta ahí ese día, solo. Y volvió a Oslo más tarde esa misma noche.

—Pero es demencial, Kari, que uno de los dos le hiciera algo así a su propia hija.

—Estoy de acuerdo. Aun así. La gente comete los actos más horribles e inhumanos, incluso a personas alas que quieren más que nada en el mundo. Probablemente lo sabes mejor que nadie.

No responde a eso.

—Sabemos que Jesper se fue en el Porsche de su padre a la mañana siguiente. Así que no pudo llevarse también la bicicleta. No tendría ningún sentido para él.

—De acuerdo. —Ramona frunce el entrecejo—. Digamos que sigo esa línea argumental. Supongamos incluso que Mia o Eivind fueron en coche hasta la casa de verano, abrieron el garaje y se llevaron la bicicleta. Eso no prueba que mataran a Eva y Hedda.

—No, como tal, no.

—¿Y por qué iban a matar a su propia hija y su mejor amiga?

—No lo sé.

—¿Y qué sentido tendría coger la bicicleta en ese momento, y por qué no lo mencionaron en los interrogatorios posteriores?

—Son muy buenas preguntas que creo que deberías plantearles directamente.

Ramona mira la mesa, muy concentrada. Frente a nosotras pasa un camión que hace sonar la bocina y la sirena.

—Y hay algo más —dice Ramona, cuando el ruido se apaga—. Si el asesino se fue en esa bicicleta, ¿cómo llegó hasta ahí?

—No lo sé.

—¿Fue en tren? ¿En autobús? ¿Vivía en la zona? ¿Lo llevaron hasta ahí en coche? Eso significa que tenía un cómplice, y, en ese caso, ¿quién? ¿Por qué el asesino no volvió con la misma persona?

—No lo sé, Ramona.

Se me ocurre una idea.

—Pero espera un minuto —digo, y abro mi teléfono. Entro en una de mis aplicaciones. Mantengo una amistad digital con Eivind desde hace muchos años. Hace bastante que no la uso, pero sé que Eivind es un ciclista activo.

En su perfil aparece con una bicicleta, pero no es la que ha desaparecido. Lo mismo ocurre con las demás bicicletas de las que ha publicado fotografías.

Me pasa otra idea por la cabeza.

Abro Instagram y busco la etiqueta #especializada. Obtengo 5,1 millones de resultados. La etiqueta #sworksvenge da muchos menos; aun así, son setenta y una mil publicaciones. Bajo en la página rápido para echar un vistazo, y enseguida comprendo que es una tarea imposible. Hay imágenes y cuentas de todo el mundo.

Ramona recibe una llamada y se disculpa por tener que atenderla. Se levanta y se aleja unos pasos de mí.

Sigo con mis búsquedas en internet mientras espero a que vuelva. Sé que Eivind no está en Instagram. Mia, en cambio, tiene dos cuentas, una personal y otra para su empresa de interiorismo. Como es lógico, hace unas semanas que no publica nada.

Abro su lista de amigos y me encuentro entre miles. Veo a Eva, Erik, Hedda, William. También están todos los miembros de la familia Gregersen. Hago clic en el perfil de Samuel. Ha publicado muchas imágenes de las chicas; las más recientes, del funeral. Antes en su perfil hay imágenes de partituras y elegantes pianos de cola. Veo también una fotografía de Thea. Están juntos sentados en una cafetería con unos vasos grandes de café y unos bollos de canela en el medio.

Me muevo entre varias cuentas, hago clic en algunas imágenes, paso a la siguiente.

De pronto, me paro.

Observo mejor.

Abro la imagen y veo que es un vídeo. Le doy a reproducir. Tengo el volumen apagado, pero no necesito sonido para ver y registrar lo

que hay de fondo y lo que representa.

Vuelvo a reproducir el vídeo.

Una tercera vez, una cuarta.

Congelo la imagen y aumento el zum, con el corazón desbocado.

No cabe duda.

Ninguna.

—Dios mío —exclamo en voz alta, tratando de controlar la respiración. Noto los ojos de Ramona clavados en mí.

—Ahora te llamo. —Deja el teléfono y vuelve a sentarse—. Kari, ¿qué pasa?

Parpadeo unas cuantas veces y miro incrédula la pantalla que tengo delante. La miro a los ojos. Me encuentro mal.

—Sé quién es —logro decir—. Sé quién mató a las chicas.

74

Mia coloca cada plato con meticulosidad en el centro de un mantel individual, y los ajusta de manera que los arabescos que adornan el borde queden de espaldas al comensal y hacia el tallo de la copa de vino. Dispone la cubertería y los vasos de agua, distribuye la jarra de agua, el salvamanteles para el vino, los molinillos de sal y pimienta en el camino de mesa y deja un espacio a la izquierda de la fuente, junto a la cesta llena de gruesas rebanadas del pan de masa madre que acaba de ir a buscar.

Dobla las servilletas, las mete en unas arandelas de plata y las coloca en medio de los platos. Como toque final, coloca dos candelabros de cristal a ambos lados de un jarrón decorado con un ramo de rosas blancas y lirios, un regalo reciente de un vecino simpático.

Mia retrocede un paso, se alisa la cintura de la falda plisada con un gesto ausente y revisa la mesa puesta para cuatro.

Se acerca a la silla donde se habría sentado Eva, posa las manos en el respaldo y cierra los ojos. En su mente reproduce la música que crea la voz y la risa de su hija. La imagina ahí sentada, sus palabras mezclándose con el tintineo de la cubertería y el sonido de las bocas al saborear la comida.

De pronto, interfiere un recuerdo: entre los dedos, nota el cabello de Eva, todas las noches le hizo una trenza hasta que tuvo diez años, como si cumplir esa imponente edad hubiera sido la

sentencia de muerte de su intimidad. Casi una década de acariciar los tirabuzones de su hija, y luego nada. Solo el recuerdo del pelo al deslizarse despacio entre los dedos como cintas de satén.

Eva…

Mia echa de menos los momentos en que podía cocinar y hacer repostería para ella. Los desayunos tardíos de los domingos, cuando Eva se levantaba tarde, se sentaba a la mesa de la cocina con los ojos aún llenos de noche, el pelo con la trenza hecha por ella todavía enmarañado y las mejillas calientes. La somnolencia borraba las barreras que había erigido la adolescencia. Eva dejaba que Mia le diera besos y abrazos mientras devoraba la tortilla o las tortitas bañadas en sirope de arce. O la tostada francesa que Mia preparaba a primera hora, cuando la casa aún dormía, y anticipaba ese momento con su hija antes de volver a la vida que vivía sin ella.

En cuanto Kari se fue, Mia llamó a Eivind. Sobrevino un largo silencio antes de que Mia pudiera hablar, pero solo hizo falta una pregunta atroz para que se desmoronara y rompiera a llorar.

Mia oye abrirse la puerta principal y luego cerrarse. Echa un último vistazo a la mesa, después cruza el comedor y el pasillo para recibir a su hijo.

75

Las calles del centro de Oslo se difuminan cuando el coche patrulla de Ramona serpentea entre el tráfico, con las luces azules encendidas, las sirenas sonando, y los demás conductores se apartan hacia el bordillo para dejarles pasar.

Ramona tiene los nudillos blancos sobre el volante, la mente le va a mil. Ya llegará la autopsia, cavila, mientras disecciona sus pasos en falso. Unni Flem hará lo posible para contener la hemorragia, pero rodarán cabezas. Puede que la suya, entre otras. Pero esa batalla queda para otro día. Ahora hay que ser precisos y eficaces, para minimizar otros posibles daños. Piensa en Kari y la invade la sensación de culpa.

Mira de soslayo a Meyer en el asiento del copiloto, con una mano apoyada en el salpicadero y la otra agarrada al teléfono como si fuera un salvavidas.

En la entrada de Bygdøy, Ramona apaga la sirena y las luces azules. El coche patrulla que lleva detrás sigue su ejemplo. Están autorizados para entrar con armas, teniendo en cuenta cómo asesinaron a Eva y a Hedda, y el hecho de que los animales acorralados resultan impredecibles.

Ramona reduce la velocidad y gira en la calle donde Mia y Eivind han construido sus vidas durante los últimos dieciocho años. Ahí criaron a Erik y Eva. Ahí echaron raíces y probablemente es donde pensaban envejecer.

A unos metros de la entrada, Ramona para. La grava cruje bajo los neumáticos cuando apaga el motor; el coche patrulla es un espejo de sus acciones.

Meyer se apea primero.

Ramona lo sigue y comprueba el cargador de su arma. La enfunda y les indica a Meyer y los demás que está lista.

Aparece la cara de un vecino en una ventana. Un perro ladra a lo lejos. Ramona se mueve con agilidad, con Meyer pisándole los talones, cruza la entrada de hierro forjado, sube por la entrada, pasa por el garaje. Sube los peldaños y llama al timbre.

Silencio.

Lo vuelve a intentar, y aporrea la puerta.

Nada.

Uno de los agentes saca el arma. Ramona le indica con señas que pare: es pronto.

Vuelve a llamar a la puerta. No hay respuesta.

Ramona se inquieta. ¿No están en casa?

Prueba con la puerta, y el pomo gira sin problema.

No está cerrada. Eso le gusta aún menos.

Mira con preocupación a Meyer. Luego grita:

—¿Mia? ¿Eivind?

Nadie responde.

—Soy Ramona Norum, de la policía de Oslo. ¿Estáis en casa?

La única respuesta es el silencio.

«Mierda».

Meyer asiente, y apunta a la puerta con la pistola.

Saca el arma, y comunica:

—Vamos a entrar.

La recibe el aroma de una comida reciente en el pasillo. Hay varios pares de zapatos en fila en la entrada.

—¿Mia? —Ramona alza la voz—. ¿Eivind?

Si estuvieran conscientes, ya habrían contestado. Levanta la pistola y avanza con precaución.

—Policía de Oslo. Si alguien me oye, que se pronuncie.

Nada.

En la cocina sale a la luz un cuadro intacto: una botella de vino sin abrir, un sacacorchos, una mantequera con un cuchillo apoyado encima.

—¡Ramona! —Una voz grita por detrás.

Se da la vuelta y ve a Meyer en el pasillo, que gesticula nervioso hacia el comedor. Ramona pasa corriendo por su lado, luego se queda petrificada.

Mia está sentada ante el extremo de la mesa, con la cabeza desplomada sobre el pecho. Por un instante, la escena es un reflejo de la de Eva y Hedda, fallecidas en una pose idéntica. Entonces Ramona levanta la mirada hacia la pared de detrás de Mia, y ve un grotesco lienzo de sangre y masa cerebral.

—Joder. —Ramona respira, y la expresión es a la vez un rezo y una maldición.

En el otro extremo de la sala, Erik está tumbado en el suelo sobre un charco de sangre. Está empapado hasta la ropa, con una silla volcada al lado.

Ramona masculla:

—¿Alguien puede hacer el favor de averiguar dónde está Eivind?

76

Estoy sentada en un taburete en mi cocina, con el móvil delante. Acabo de llegar a casa, y solo he encendido la luz de la encimera, por lo que el resto de la casa ha quedado bañada en la típica penumbra de un día de noviembre, cuando el cielo es un tapiz de nubes grises, salpicadas por destellos fugaces de sol. En menos de una hora empezará a imponerse el ocaso.

Ramona y Meyer están en casa de los Eek-Svendsen, y yo espero noticias. Me tiemblan las manos, tengo todo el cuerpo en tensión.

El repicar de la campanilla de la entrada me da un susto. No puede ser Ramona, es demasiado pronto. Tal vez sea mi padre; antes le he enviado un mensaje al salir de comisaría. ¿O quizá sea William, que ha visto que acabo de llegar a casa?

Bajo de un salto del taburete y cruzo la cocina y el pasillo a paso ligero.

De pronto la memoria me juega una mala pasada cruel y me devuelve a esa tarde de junio de hace siete años, cuando Ramona estaba en ese mismo pasillo, contándome que no habían encontrado a Vetle.

Abro la puerta con la mano temblorosa y me quedo helada.

Veo a Eivind delante, con el rostro pálido.

—Tengo que hablar contigo —dice, y parpadea muy rápido.

Pasa por mi lado y entra directo en la casa. Sin quitarse los zapatos, cruza el pasillo y entra en mi cocina, como si no hubieran

pasado siete años desde la última vez que puso un pie ahí.

Lo sigo, con el corazón saliéndoseme por la boca. Mia debe de haberle contado que sé lo de la bici. Siento escalofríos.

Eivind se planta delante de la encimera, entre el teléfono y yo. No puedo cogerlo sin que se dé cuenta.

Se restriega las manos rojas por toda la cara.

«¿Qué hago ahora?».

Mientras me acerco a él, no puedo evitar recordar nuestros encuentros recientes, me pregunto cómo no pude ver la verdad, y me doy cuenta de que no se me había pasado. Solo había fallado al colocarla en el contexto adecuado. La imagen de Eivind petrificado delante de su propio garaje en la casa de verano, palideciendo, con el cuerpo entero inmóvil, cobra ahora un significado nuevo y escalofriante.

—Es raro —dice—. Intentas hacerlo bien para todo el mundo. Te esfuerzas de verdad, te estás dejando la vida, creas un bonito hogar, te aseguras de que tengan todo lo que necesitan y quieren. No hablo solo de los chicos; también de Mia. Y aun así…, nunca es suficiente.

Clavo la mirada en sus puños relajados, la espalda encorvada, los pies que me apuntan.

—He ido a comisaría antes —continúa—. Quería… No sé. Confesar. Pero me he dado cuenta de que la persona con quien necesito hablar, la que de verdad merece oír todo esto primero, eres tú.

Por primera vez desde su llegada, me mira, con lágrimas en los ojos.

—Lo sabes desde hace un tiempo, ¿no? —le pregunto.

—Sí —dice, al tiempo que asiente—. Lo sabía. Y lo siento mucho, muchísimo.

77

EL DÍA DE LOS ASESINATOS

EIVIND

De joven, Eivind sabía muy poco sobre Briskeby. Si salía de Bygdøy, siempre se sentía atraído hacia Majorstua o Frogner, solo a veces se enfrentaba al ruido y las multitudes del centro de Oslo, y cada incursión ahí le servía de firme recordatorio para mantenerse alejado de la zona. Al hacerse mayor, descubrió la tranquila sofisticación de Briskeby: los edificios más antiguos, las calles más anchas. Había tiendas que no se encontraban en el centro de la ciudad. Lo único que no le gustaba de Briskeby era el aparcamiento: no había quien encontrara sitio.

Después de dar varias vueltas, Eivind por fin consigue meterse en un espacio vacío. Coge la caja del asiento del copiloto y sale al aire fresco otoñal.

Pese a tener llave, Eivind siempre llama al timbre en casa de Erik. La puerta se abre de golpe con una fuerza sorprendente, casi le da a Eivind en la cara.

—Vaya. —Eivind retrocede un paso—. Hola.

—Hola —contesta Erik, con tono apagado. Sin sonrisas, como siempre.

—¿Cómo estás? —Eivind lo tantea con amabilidad—. ¿Todo bien?

Erik se encoge de hombros.

—Bien.

—¿Algún plan para el fin de semana?

Erik aparta la mirada. Eivind espera a que conteste, muy consciente de que su hijo no va a invitarlo a pasar.

—¿Eh? —dice Erik, que vuelve al presente.

—Te he preguntado si tienes planes.

—Lo siento, estoy un poco… —Erik no termina la frase, sacude la cabeza—. Anoche me acosté tarde, estudiando. Luego voy a una fiesta de Halloween.

—Ah, genial. ¿Dónde?

—En el centro. En Lykos.

Eivind reconoce el nombre.

—¿Es la fiesta con famosos de la que hablaba tu madre?

—Puede ser. Esta noche hay muchas en la ciudad.

—Bueno, mírate —dice Eivind, y fuerza una sonrisa—. Haciéndote un sitio en el mundo.

Erik le responde con una sonrisa rápida; no parece muy ilusionado con esta noche.

Eivind insiste:

—¿Hoy no sales con la bici?

—A lo mejor salgo un poco más tarde.

—¿Adónde?

—No lo sé. Aún no lo he decidido.

—Bueno, supongo que luego lo veré en Strava.

—Sí.

Las respuestas concisas de Erik no son nada nuevo; aun así, duelen. Eivind no recuerda la última vez que su hijo demostró auténtico interés por sus conversaciones.

Piensa en la infancia de Erik, cuando reinaba la armonía en todos los aspectos. Sin embargo, incluso entonces, una sombra acechaba siempre en sus ojos, un descontento que Eivind siempre achacó a los turbulentos primeros años del niño.

Eivind deja la memoria a un lado y le da la caja que le ha llevado.

—Han llegado hoy.

Erik la coge e inspecciona el paquete con falso interés. Las Nike Air Max de color negro, llegadas a propósito desde Estados Unidos.

—Fantástico —dice Erik y, pese a la falta de entusiasmo, deja la caja y abre los brazos.

Eivind acepta el abrazo y lo atrae hacia él, le da unas palmaditas en la espalda a su hijo, sin parar de pensar: «Eres demasiado amable con él. Lo estás malcriando. Demasiado». Pero Eivind nunca ha sido capaz de contenerse. El difícil inicio en la vida de Erik había sembrado en Eivind la necesidad desesperada de garantizar su felicidad. Y así era incluso ahora que Erik tenía veintidós años y era independiente. Bueno, no era lo que se dice «independiente». «Vivir solo» sería más adecuado. Mia aún no sabía el alcance del apoyo económico de Eivind: el alquiler pagado, los «préstamos» ocasionales. Sabe lo de la bicicleta que Eivind le compró a Erik cuando cumplió veinte años: una Specialized S-Works Venge. Opinaba que era demasiado y carísima. Pero podían permitírselo, así que, ¿por qué no? Al fin y al cabo, ella no para de llevarse a Eva de viaje de chicas y a hacer tratamientos de *spa*. ¿Qué diferencia hay?

—De acuerdo —dice Eivind—. Tengo que irme. Esta noche tengo una cena importante con unos clientes. No me apetece ir, pero es lo que hay que hacer, ¿no?

Le guiña el ojo a su hijo, que recibe el gesto con un silencio sepulcral.

—Muy bien. Disfruta del fin de semana.

—Eso haré —dice Erik, y cierra la puerta.

78

Eivind aún no se ha sentado.

Yo tampoco me he movido: estoy delante de él, no quiero interrumpir la confesión.

—Y… cuando fuimos a Son esa mañana, con Ramona Norum —continúa, con la mirada clavada en un punto distante por detrás de mí—, las zapatillas Nike que llevé a Erik el día…, el día en que Eva y Hedda… —La voz se extingue, y Eivind sacude la cabeza como si quisiera disipar la niebla de sus recuerdos—. Al principio ni siquiera lo vi yo, pero… esas zapatillas estaban en la entrada de la casa. Me di cuenta cuando estaba frente al garaje después y vi que faltaba la bicicleta de verano de Erik.

Las piezas del puzle empiezan a encajar en mi cabeza.

—Llevaba esas zapatillas nuevas cuando fue a Son esa noche —digo.

—Sí. Y luego se puso las zapatillas de ciclismo. Después de…

Para.

Mis pensamientos regresan al vídeo que Erik publicó en las redes sociales más tarde, esa misma noche: llevaba una máscara colgada de la coronilla, y una capa oscura le envolvía el torso. Alrededor, la gente vestida con disfraces espeluznantes charlaba, bebía, fumaba. Algunos posaban ante una pared negra engalanada con varios logotipos corporativos, sin duda los patrocinadores de la fiesta de Halloween. Por detrás de Erik, una señal luminosa decía LYKO. Erik

hasta había geolocalizado el vídeo, «Lyko, Karl Johans 13, Oslo, Noruega», como para disipar toda duda.

Daba una vuelta entera, sonriendo. «Es increíble y aterrador», decía. «La fiesta de famosos del año». El ruido de fondo era un zumbido de gente cantando y riendo, era evidente que iban colocados. Una mujer de negro se acercó a Erik, lo rodeó con los brazos y le gritó algo al oído. Unos pasos más allá, una chica vestida con unos harapos ensangrentados soltaba una carcajada maligna.

«Ya veis», decía Erik. «Una locura».

Esas palabras ahora entraban en un nuevo contexto atroz.

El vídeo no duraba más de veinticinco segundos.

Al principio, cuando se lo enseñé a Ramona, no ató cabos. Erik había dicho que esa noche estaba en una fiesta de Halloween y, para Ramona, eso confirmaba su coartada. Pero no se había fijado en la hora de publicación del vídeo, a las 00:26, ni había estudiado el fondo.

La prueba estaba ahí, oculta a simple vista.

Paré el vídeo en el medio, y amplié la imagen sobre la bicicleta apoyada contra el poste de una farola unos veinte o treinta metros por detrás de Erik.

Una Specialized S-Works Venge azul y amarilla.

Después de matar a Eva y Hedda, Erik había ido en bicicleta directo de Son a esa fiesta. Una jugada inteligente. Llegó tarde, en un momento en que la gente ya estaba borracha, lo que los convertía en buenos testigos para él porque no eran muy de fiar. No tuvo necesidad de ir a casa a cambiarse: los rastros de sangre pasarían desapercibidos en una fiesta de Halloween, y la capa y la máscara tapaban los accesorios de ciclismo. La distancia entre Son y Oslo no supera los cincuenta kilómetros, fácil de recorrer para un entusiasta de la bici de veintidós años.

Esa bicicleta estaba en Son esa misma tarde. Colgada de una barra del garaje de Eivind, como se demostraba en los vídeos que Eva y Hedda habían publicado en redes sociales.

No cabía duda.

La única pregunta era por qué.

—¿Qué hiciste? —le pregunto a Eivind.

A Eivind le tiemblan las manos cuando las junta, con los nudillos blancos por la tensión. Los ojos no paran de dar saltos, como si buscaran una escapatoria. Se alarga el silencio entre nosotros. Cuando por fin habla, tiene la voz ronca y apenas lo oigo.

79

TRES DÍAS DESPUÉS DE LOS ASESINATOS

EIVIND

Eivind se estremece al meterse en el coche.

El frío se ha colado a través de la ropa, y ahora está helado. Aun así, le arde la cara. Le palpita. Por suerte, ha insistido en ocupar el asiento trasero detrás de Ramona y Kari.

No puede ser.

Es que… no.

Tiene que haber una explicación.

Erik dijo que saldría a dar una vuelta esa noche. ¿Tal vez tuvo un problema con la bicicleta? ¿A lo mejor había decidido, por capricho, ir a Son a buscar la bicicleta de verano?

Pero ¿por qué no dijo nada? ¿Por qué no se lo contó a ellos, sus padres, o a la policía? ¿Para evitar que lo examinaran cuando no quería? ¿Porque sería… incómodo? O…, y a Eivind le repugnaba la idea, ¿fue para evitar sospechas?

Para cuando vuelven a Oslo, Eivind lo ha repasado mil veces desde todos los ángulos, pero sigue sin entender nada.

—Ahora cuídate —dice Ramona cuando para delante de su casa, y se vuelve en su asiento—. Y cuidaos entre todos.

Eivind asiente en un gesto mecánico, sale del coche y observa cómo se alejan las luces traseras cuando se dirigen a casa de Kari,

un poco más allá en Bygdøy, preguntándose si, con su habilidad sobrenatural para leer a la gente, ha notado o visto algo en él. Quizá se lo confiará a Ramona cuando estén solos en el coche. Tal vez antes de que se dé cuenta tenga coches patrulla en la puerta.

Alza la vista hacia la casa. Las ventanas están a oscuras, no hay nadie detrás. Sin duda, Mia está durmiendo: toma muchos tranquilizantes. Erik lleva la mayor parte del tiempo en casa, en su antigua habitación, haciéndose el hijo responsable. De pronto le importa, pregunta qué puede hacer para ayudar.

Con las piernas temblorosas, Eivind sube los peldaños de la entrada, agarrándose a la barandilla para apoyarse. Duda al llegar a la entrada: no sabe si puede cruzar el umbral. Espera unos segundos, o tal vez más, hasta que por fin entra.

La casa está en silencio, pero se nota una carga eléctrica en el aire, como si el silencio estuviera listo para hacerse añicos con la más mínima interrupción. Se quita la chaqueta, cuelga la bufanda y se inclina para descalzarse. La sala empieza a dar vueltas y le provoca un mareo instantáneo.

Eivind oye pasos en la escalera y casi le da un ataque de pánico.

—Hola. —La voz de Erik corta el silencio—. ¿Cómo ha ido?

Eivind intenta controlar la respiración. No es fácil. Se pone las zapatillas gastadas y se acerca a Erik arrastrando los pies. Sin embargo, es incapaz de hablar, así que pasa de largo para buscar refugio en la cocina.

—¿Faltaba algo? —pregunta Erik—. ¿Fue un robo?

Eivind mira a ciegas la nevera, intenta ganar tiempo. Sacude la cabeza. «¿Por qué no puedes enfrentarte a él?», se pregunta. «¿Por qué eres tan débil?». Vuelve a ser lo de Filip Falch, solo que esta vez se trata de su hija muerta. Está harto de sí mismo.

—¿Estás bien? —Erik lo sondea con cautela.

De pronto, Eivind cierra la puerta de la nevera de golpe. Los tarros y las botellas tintinean dentro.

—Voy a dar una vuelta en coche —dice, y por fin clava la mirada en su hijo—. Y tú vienes conmigo.

En el coche, Eivind pone la calefacción al máximo. Necesita todo el ruido posible para ahogar el silencio ensordecedor que se ha impuesto entre ellos.

Mientras conduce, de vez en cuando nota la mirada de su hijo fija en él, pero Kivind no le quita ojo a la carretera que tiene delante, procura concentrarse en el tráfico, conteniendo la rabia. No sabe adonde van; solo necesita sentir las vibraciones de la carretera a través del volante.

—¿Has salido en bici últimamente? —pregunta al fin, y baja el ventilador. Se sorprende: la voz es firme y sosegada.

—Estos últimos días, no.

—Dijiste el viernes que ibas a salir.

Una vez más, nota los ojos de su hijo clavados en él.

—Sí, salí —contesta Erik—. Antes de la fiesta de Halloween. Es verdad, salí.

—¿Adónde fuiste?

—Eh…, a Langhus…, y volví.

—Langhus —repite Eivind.

—Sí, la ruta de siempre.

Eivind agarra el volante aún con más fuerza.

—¿Qué bici usaste?

—¿Qué bici? La que siempre uso, claro.

—La Bianchi.

—Sí.

Siguen en el coche un rato.

—¿Cuál fue tu velocidad media? —dice Eivind.

—Ah, casi treinta y cinco kilómetros por hora.

—No subiste la salida a Strava.

—¿No?

—No.

—Ah. Pensaba que sí.

—Sí, siempre lo haces.

Siguen hacia Maridalen. Eivind se ciñe al límite de velocidad. —¿Cómo fue la fiesta de Halloween de después?

—Fue divertida —contesta Erik—. Había muchos famosos. Sigue hasta Skar. No hay más coches en el aparcamiento. Eivind para del todo y apaga el motor.

—Ven —dice Eivind, y coge los guantes que se ha llevado.

—¿Adónde vamos?

Eivind no responde, solo se apea del coche. Erik tarda un momento en seguirlo. Eivind se percata de que no está acostumbrado a que le den órdenes, por lo menos él.

—En serio —dice Erik cuando llevan unos minutos caminando por el camino ancho y rocoso—. ¿Adónde vamos?

Los arboles de alrededor se balancean con brusquedad y tapan el sonido de sus pasos. A Eivind le cuesta más respirar: ya no está acostumbrado al ejercicio físico. Tras él, Erik arrastra los pies, las suelas de las zapatillas rascan las piedras.

Llegan a una pendiente larga y empinada. No hay nadie en el sendero, ni por delante ni por detrás. Eivind se da la vuelta con brusquedad.

Erik lo mira con cara de perplejidad.

—¿Qué pasa?

—Necesito preguntarte algo —dice Eivind, con la voz tomada por la rabia—. Y vas a contarme la verdad.

En el rostro de Erik se dibuja una mueca de incredulidad.

—Vale —dice.

—Las zapatillas Nike —continúa Eivind—. Las que te di el viernes. ¿Por qué me las he encontrado en Son esta mañana?

Erik abre la boca.

—¿Cuándo fuiste? —presiona Eivind—. La policía tiene acordonada la casa desde el sábado por la mañana.

Erik no contesta, solo mira a su padre, parpadea rápido.

—Tu bicicleta de verano tampoco estaba… Cuéntame qué ocurrió. ¿Por qué fuiste? Sé que no fuiste a Langhus. Así que dime, ¿qué hiciste en Son?

Da un paso hacia Erik.

—¡Dímelo! —ruge Eivind de pronto.

Erik se queda en silencio durante lo que parece una eternidad.

—Sí —dice por fin, con la barbilla levantada, desafiante.

—¿Sí qué? —pregunta Eivind, con un hilo de voz. Tiene el corazón desbocado. Nota el eco palpitante en todo el torso.

Erik aprieta la mandíbula.

—Sí, estuve ahí.

Eivind abre los ojos de par en par.

—¿Qué hacías ahí, Erik? Por favor, dime que no lo hiciste tú. Dime que no fuiste tú.

Erik se limita a mirarlo.

—Dios mío —exclama Eivind, sin aire—. ¿Fuiste tú? ¿Tú las mataste?

Al ver que Erik no contesta, Erik se tapa la cara y la boca abierta con las manos.

—Las mataste tú —dice, y niega con la cabeza con los ojos desorbitados—. Oh, Dios, Dios, Dios…

Erik se queda quieto, con las piernas separadas y las manos en los bolsillos, con la mirada clavada en su padre.

—Estás enfermo —suelta Eivind—. ¡Estás loco, joder! ¡Las degollaste, cabrón! ¡A tu propia hermana! —grita, escupiendo baba.

Erik no se mueve ni un centímetro.

—¡Las mataste! —Eivind agarra a Erik de la chaqueta y lo acerca, solo unos milímetros separan sus caras—. Las mataste, y luego viniste a vernos a casa fingiendo sentir pena. Cocinaste para nosotros, nos consolaste. Ayudaste con todo, eras el hijo perfecto, cariñoso. Dios…, ¿y dejaste que policía detuviera a Jesper? Qué retorcido… —El resto de la frase se le queda atragantada.

Entonces Eivind rompe a llorar; el llanto va en aumento a medida que se deja llevar poco a poco. De pronto suelta la chaqueta de Erik, como si se hubiera quemado. Luego se inclina hacia delante, apoya las manos en los muslos, le cae la baba de la boca. Tiene la sensación de que va a vomitar de forma tan violenta que se va a

partir en dos.

—¿Por qué? —consigue susurrar entre dos potentes llantos. Su voz es un chillido. Por qué. Por qué. ¿Por qué?

Le sale un leve resuello de la boca, y con él las palabras:

—Eres un monstruo… Mi niña… Mi niñita…

Erik guarda silencio, congelado en su postura desafiante.

—Di algo… —suplica Eivind con voz ronca; apenas puede respirar —. Dime… tú…, monstruo…

Erik mira a su padre. Hay una rabia en sus ojos que no debería estar ahí. Eivind debería ver remordimientos. Miedo. Pena. No miedo.

El viento se cuela entre los árboles de alrededor.

—Tú no sabes cómo era —dice Erik de pronto. La voz es de acero —. Ninguno de vosotros lo sabía —escupe, sacudiendo la cabeza—. Ella era el monstruo, no yo. Tu Eva angelical no existía, te lo prometo. No lo veíais. Me lo quitó todo. Todo lo que era mío. —Se golpea el pecho—. Toda mi infancia, no soportaba que yo recibiera una pizca de atención. Pero vosotros… Nunca lo visteis. Nunca visteis su lado oscuro.

Eivind se limpia la boca y mira a su hijo con incredulidad.

—Y mamá… se dejó engañar. Permitió que jugara con ella. Eva, Eva, Eva… Su niña preciosa, su hija milagro. Era taaaaan especial.

Erik pone los ojos en blanco y luego sonríe: es una sonrisa amplia, enfermiza.

—¿Sabes qué pasó al principio del verano? Me encontré con Eva y Hedda en una fiesta. De casualidad, no sabía que iban a ir. Hedda estaba tan contenta de verme. Tendrías que haberla visto. Nos… enrollamos esa noche. Era lo mejor que me había pasado en la vida. Y ella se sentía igual. Lo notaba. Pero luego, claro, Eva se enteró. Y no pudo soportarlo. Claro que no. No, no. ¿Por qué iba a tener yo algo que me hiciera feliz? Sobre todo, si era su mejor amiga.

Gira la cara, sacudiendo la cabeza un poco.

—Eva hizo lo que mejor se le daba: me quitó a Hedda. Consiguió que me evitara, que no contestara a mis mensajes. Incluso hizo que

me bloqueara en las redes sociales. ¿No es increíble? Un día conseguí estar a solas con Hedda y la obligué a hablar conmigo. Me dijo que lo que había pasado esa noche había sido un error. Que yo no era su tipo. Pero yo sabía que no lo decía en serio. Era solo que Eva manejaba los hilos, como siempre. Hedda llegó a decirme que era asqueroso, los mismos insultos que Eva me ha dedicado siempre. Eran palabras suyas, en boca de Hedda.

Eivind sigue mirando a su hijo, incrédulo.

—¿Sabes lo que vi cuando llegué esa noche? Vi a ese pedazo de mierda, el camello, Jesper. Los vi a todos desde el jardín. Hedda estaba sentada en su regazo. Esa zorra hasta le dejó tocarle el pecho.

Erik está temblando de la rabia. Aprieta las mandíbulas.

—Así que recuperé lo que era mío. Las hice mías. A las dos. Y las dos tuvieron su merecido.

Eivind se inclina hacia delante de nuevo, agarrándose los muslos.

Lleva veinte años velando por ese chico. Le ha dado una buena vida, lo ha cuidado, protegido. Lo ha defendido cuando daba un paso en falso. Todas esas veces que salían juntos en bici. Los viajes para esquiar en invierno. Todo lo que habían hecho juntos, los dos solos.

¿Para qué?

Eivind se incorpora y le da la espalda a Erik, a ese niño a quien tanto amor ha dado. No puede mirar a ese monstruo. Y se da cuenta de que le provoca más pena que odio.

Un hombre que baja corriendo por la pendiente se los queda mirando al pasar.

Eivind da un paso hacia su hijo.

—También me has matado a mí —dice, sorbiéndose la nariz, y se quita las lágrimas de los ojos parpadeando—. Y has matado a tu madre.

Eivind pasa por su lado y emprende el camino de vuelta. No le importa si Erik lo sigue o no. Al final oye sus pasos, y en parte espera que lo ataque por detrás con una piedra pesada.

«La policía ha detenido a Jesper», piensa. Tienen pruebas más que suficientes que lo incriminan. Eivind es el único que sabe que es inocente. Que Erik mató a las chicas. Es el único que puede mandar a Erik a la cárcel.

De alguna manera, poniendo un pie delante de otro, Eivind llega al aparcamiento. Abre el coche y sube. Se quita los guantes y mira por la ventanilla.

Se abre la puerta de al lado. Erik entra, despacio. Con cuidado. Cierra la puerta tras él, con suavidad.

Dentro, los cristales empiezan a empañarse. Se quedan ahí sentados en silencio. Eivind no sabe cuánto tiempo.

Luego arranca el motor.

El sistema de ventilación.

El calor en el volante, en la espalda.

Pone el coche en marcha y suelta el freno.

El coche se aleja despacio del aparcamiento, hacia la carretera. Todas las lágrimas le han acartonado la piel de la cara con la sal. Es como llevar una máscara. Tiene el estómago revuelto. El cuerpo entero es una mezcla de dolores pegajosos.

Ninguno de los dos dice nada de camino a casa. Eivind deja a Erik en la entrada y aparca en el garaje, siente la tentación de cerrar la puerta y dejar el coche encendido. En cambio, apaga el motor, sale y se pone a ordenar cosas en el garaje. Para mantenerse ocupado. Para que las ideas dejen de dar vueltas.

Cuando por fin entra en la casa, Mia está sentada con una manta encima en el salón, con la mirada perdida al frente. A su lado, en la mesa, hay una taza de té. Eivind no sabe dónde está Erik.

—¿Dónde estabas? —pregunta ella al fin.

Eivind no sabe qué contestar.

—Estás pálido —comenta ella, y alza la vista hacia él—. ¿Te encuentras bien?

Eivind la mira. A los ojos, que pueden contener o no auténtica preocupación. Se pregunta dónde está Filip Falch y si han estado en contacto durante estos últimos días. Si en su teléfono hay mensajes

entre ellos. Declaraciones de amor, de deseo, en medio de todo ese horror.

¿Cómo va a ser capaz de soportarlo todo?

Unos pasos cruzan el suelo arriba.

Son pasos tranquilos. Una puerta se cierra. El colchón cruje en la habitación de Erik.

Eivind saca aire.

—Hemos ido a dar una vuelta en coche —dice—. Estamos bien. Todo está bien.

80

Eivind se agarra a la encimera de la cocina y se arrastra hasta un taburete, con la cabeza hundida entre los hombros.

—He sacrificado la vida de otro niño en el altar de mi familia… —Se le quiebra la voz, que se disuelve en sollozos—. Mi familia, que… que ya estaba rota.

Hace una pausa, las lágrimas no le dejan hablar.

—Pero quiero… arreglarlo. Espero que no sea tarde. Para Jesper, me refiero, espero que pueda…

Eivind no sabe qué espera. ¿El perdón de Jesper? No, eso no va a pasar. ¿El perdón de alguien? Eso tampoco va a suceder. Nadie lo entenderá.

Entonces ¿qué? ¿Qué espera? ¿Le está permitida la esperanza?

¿Qué queda?

Eivind se pasa la mano por la cara, y se limpia las lágrimas persistentes.

Kari no dice nada. Lo observa, lo escudriña. Lo está juzgando. Él tampoco quiere mirarla.

¿Cómo ha acabado así? Eivind ha perdido la cuenta de sus lamentos. Ahora mismo el mayor es cómo criaron a sus hijos. Erik y Eva nunca se llevaron bien. No, era más que eso: a veces parecía que se odiaran. Eivind siempre lo achacó a la rivalidad entre hermanos habitual en todo el mundo. Él también había tenido sus discusiones con Johannes de niños, su padre nunca se molestaba en

parar las peleas y los dejaba que se arreglaran entre ellos. Con sus propios hijos, Eivind había puesto en práctica la misma filosofía. Con él y su hermano había funcionado. Con el tiempo, tal vez Erik y Eva aprenderían a quererse también. Lo pensaba de verdad.

¿Quizá Mia y él deberían haber inculcado más amor entre ellos?

Pero ¿cómo?

A veces, con el amor no basta. Eivind lo sabe mejor que nadie. Los quería mucho a todos. Demasiado, probablemente.

Dios, necesita una copa.

Inclina la cabeza y fija los ojos en Kari. Ella lo observa, aún de pie, inmóvil, a la espera.

—Casi me convierto yo en un asesino —dice, en un tono calmado, tranquilo. Le sienta bien liberar la carga. Confesar de una vez.

—¿Qué quieres decir?

Eivind lleva tanto rato hablando que casi le asusta oír la voz de Kari. Como si fuera una campanilla que le recordara que todo esto es real. Que no es una pesadilla de la que despertar.

No reúne el valor para mirarla cuando le cuenta la siguiente parte. En cambio, se mira las manos en la encimera.

—El día en que enterramos a las chicas —continúa— necesitaba salir de la casa, así que cogí el Audi que tenía pensado regalarle a Erik cuando aprobara el examen de conducir. No me importaba una mierda que la policía hubiera anotado mi matrícula después del accidente. No soportaba el… Necesitaba pensar. Entonces te vi. En tu bicicleta.

Kari suelta un grito ahogado.

—No ibas a parar, ¿sabes? El caso. Decías que Jesper era inocente, hasta fuiste a televisión y te jugaste tu carrera. Seguías indagando. Sabía que no podías dejarlo, que solo era cuestión de tiempo que vieras que estaba mintiendo, que lo estaba protegiendo. Ya había perdido a mi hija, y a mi esposa. No…, no podía perder también a mi hijo. Por lo menos, esa fue mi conclusión. —Se le quiebra la voz—. Dios —exclama—, Dios.

Kari aún no se ha movido ni un centímetro. Eivind nota su mirada clavada en él.

—Por eso te seguí —dice—. Todo el camino hasta Sørkedalen.

De nuevo, hace una pausa.

—No era mi intención… No quería atropellarte, solo que… Ni siquiera lo sé. No sé qué estaba haciendo, si te soy sincero. No pensaba. No era yo. Pero me alegro de que las heridas no fueran graves. Gracias a Dios.

El silencio sepulta la cocina, solo lo interrumpe el zumbido constante de la nevera.

—¿Sabes? Me he estado preguntando si se me pasaron señales de alerta cuando Erik era niño. Una conducta violenta, agresiva…, ese tipo de cosas. Sus inicios en la vida fueron horribles, así que sería de esperar. Y sí, de vez en cuando se peleaba con sus compañeros del colegio, pero nada fuera de lo normal. Jugaba mucho a videojuegos violentos, matar esto, hacer volar por los aires lo otro. Pero dime un niño que no lo haga ahora mismo.

Suspira.

—Hace seis o siete meses reaccionó muy mal cuando le contamos que era adoptado. Estuvo una temporada muy deprimido. Pensaba que lo protegíamos al no hablarle de su madre biológica, pero quizá le hicimos daño.

Kari asiente en silencio.

—Pero mira, incluso sabiendo lo que ha hecho, estoy convencido de que no le hizo nada a esa chica, Tone Solem, en Nueva York. Tendrías que haberlo visto, Kari, lo perdido y asustado que estaba. No fingía. No es tan bueno, ya te lo digo yo.

El cansancio se apodera de él. Ahora quiere tumbarse. Dormir. Acabar con todo eso.

—Mia nunca supo que protegías a Erik —deduce Kari, más que preguntar.

—Ah, no —responde Eivind, que sacude la cabeza—. No, no. De haberlo sabido, me habría matado. Y habría matado a Erik también.

81

TRES SEMANAS DESPUÉS

La luz del sol atraviesa mis gafas de sol, los rayos bailan sobre la superficie como esquirlas de cristal. En la orilla de la parte interior de Frognerkilen, una cacofonía de cisnes y patos compite por un puñado de pan viejo, y sus riñas perturban la serenidad del lugar.

Aguardo cerca de la pista para monopatines, mientras observo a jóvenes y mayores que tratan desafiar la gravedad, en la mayoría de casos fallando de forma espectacular. Por detrás, la E6 resuena con el flujo constante del tráfico, como un río de metal y humos del tubo de escape que va y viene del centro de Oslo.

Me duelen las piernas de la caminata de tres cuartos de hora, y tal vez por el peso emocional que soporto. William y yo hemos empezado el día visitando la tumba de Hedda; dos almas rotas unidas por una ausencia que no se puede expresar en palabras. Ante nosotros había una sencilla cruz blanca de madera con su nombre, clavada en el suelo helado, una imagen que se me ha quedado grabada en la mente. Yo no tengo tumba que visitar, pero mi pena es omnipresente. La siento más cerca en un cementerio, aunque aún me aferró a la esperanza.

¿O en realidad mi hijo se ha ido para siempre?

Me obligo a pensar en otra cosa. Me vienen a la cabeza los Gregersen. Anoche, un periodista de *Dagbladet* publicó un artículo en el que se desvelaban todos los entresijos de su estafa. Atribuía a

Emil Enerly, el padre de Pétter Enerly, la autoría de «Into the Abyss», su canción más famosa. Ahora todos los medios del país intentan arrancarles una declaración, de momento sin éxito. Víctor Tardelli, su mánager, apareció en una cita en la que aclaraba: «Ya no trabajo para ellos».

Según Ramona, David admitió haber ido de visita a casa de William unos días antes de que asesinaran a Eva y Hedda, con la leve esperanza de que las chicas no revelaran lo que habían oído. Nada más. Y uno de los informantes de Henrik Meyer le dijo que Petter Enerly debía dinero por todas partes, y que un jugador albanokosovar de la base de la delincuencia de Oslo le había puesto precio a su cabeza. Ramona no podía contarme más.

Un trío de ciclistas pasó por mi lado zumbando. Me muero por volver a la carretera. Iré a dar una vuelta de una hora antes de ir a casa de Ramona y Linnea a cenar esta noche. A lo mejor, cuando los niños estén acostados, podremos hablar de algo que no sea Erik.

O no.

Me niego a pensar que algunas personas nacen malas. Creo que la vida te pone trabas en el camino, y a veces crea traumas difíciles de superar para determinadas personas. En fechas recientes he descubierto que hace menos de seis meses que Erik sabe la verdad sobre sus primeros años de vida. Tal vez ese fue el momento que lo arrastró hacia la vía del asesinato.

Durante toda su vida, Erik se sintió rechazado, primero por su madre biológica, y luego cuando nació Eva, la niña milagro de Mia. Erik siempre había creído que Mia prefería a su hermana antes que a él. Eva no le dio el amor de hermana que él anhelaba de forma tan desesperada. Todas las mujeres de su vida, aquellas a las que quería, incluida Hedda, lo habían rechazado, y al final lo habían llevado al límite.

Tone Solem fue otra mujer de la que se enamoró, una que lo había escogido a él. La intensidad de las relaciones sexuales de Erik y Tone desató años de sentimientos reprimidos, y fue el desencadenante de su comportamiento agresivo durante las

relaciones. Lo que empezó como un juego excitante entre amantes se convirtió en un alarde de dominación y dolor. Cuando Tone le dijo que parara, su reacción activó el trauma profundo de Erik con el rechazo. Y ese incidente provocó un cambio preocupante: hacer daño a la persona que lo rechazaba le hacía sentir poderoso, que ejercía el control.

El psiquiatra francés Philippe Pinel aseguró a principios del siglo XIX que existe un tipo de locura en las personas que no implica manía o depresión, ni siquiera psicosis. Lo llamó *manie sans delire*, locura sin delirio, que es lo que en la actualidad llamamos TPA, trastorno antisocial de la personalidad.

Erik entra en esa definición. Su vena manipuladora, su falta de empatía y remordimientos, su incapacidad o dificultad para diferenciar entre el bien y mal, el descarte de su propia responsabilidad, son todos rasgos de este trastorno. Cuando hablé con él esa mañana en casa de sus padres, no detecté ninguna mentira. Lo que vi fue una verdad expuesta con astucia: que tanto Tone como su hermana Eva lo habían rechazado, y cómo lo hacía sentir eso.

Sea cual sea la etiqueta que le pongamos a Erik, era un joven muy inteligente que había orquestado el asesinato de su propia hermana y de su mejor amiga y había conseguido también, sobre la marcha, idear una manera de tenderle una trampa a Jesper y casi salirse con la suya. Incluso se grabó en un vídeo para asegurarse de que la gente lo viera en una fiesta esa misma noche y eso le sirviera de coartada. No le importó destrozarle la vida a Jesper.

Muy oportuno, cuando vuelvo a pensar en Jesper lo veo caminando hacia mí con una chaqueta gruesa de invierno y unas gafas de sol oscuras. Cuando por fin me alcanza, el abrazo es rígido y la colonia una pizca demasiado madura para su edad. Noto una lágrima en el rabillo del ojo. Cuando por fin se planta delante de mí, caigo en la cuenta de que es libre.

—Dios mío, me alegro de verte.

Jesper asiente, incómodo.

No sé por qué en ese momento, pero me doy cuenta de que no me he desmayado ni una sola vez desde mi sesión con Caroline Mikkelsen. Desde que decidí obedecer a mi instinto de pleno y defender la inocencia de Jesper. Desde que fui fiel a mí misma. Sin embargo, no me siento curada, si esa es la palabra adecuada.

Esas lagunas en la memoria son como un sarpullido alérgico que puede aparecer en cualquier momento.

Caminamos por la orilla, con los campos cubiertos de escarcha de la Royal Farm a la derecha y un bosque de juncos y barcas amarradas durante el invierno a la izquierda. Se palpa la incomodidad que siente Jesper, no le salen las palabras con facilidad. No ha hecho gran cosa desde que salió, me cuenta. Sobre todo, ha estado en casa, solo. Me pregunto qué se siente al volver a estar con sus padres, consciente de que ni se molestaron en luchar por su hijo.

Pero no se lo pregunto.

Durante las últimas tres semanas, no he visto ni un solo comentario en las noticias de Anita o Tor Bach-Hansen. Tampoco se han puesto en contacto conmigo desde que soltaron a su hijo. No puedo decir que me sorprenda.

Caminamos por un sendero de madera y entramos en una espesa arboleda, con la bahía de Frognerkilen ante nosotros y el ferri danés destacando en el horizonte. Hablamos sobre el caso y su horrible final. Jesper aún está conmocionado con que Mia matara a su hijo antes de suicidarse. No puedo compartir lo que pienso con Jesper, ni con nadie, en realidad, pero, como madre, entiendo a Mia. ¿Cómo vas a seguir con tu vida sabiendo que has educado a un monstruo, un asesino, que decidió asesinar a sangre fría a tu propia hija? Eivind está en el hospital, la culpa del superviviente y el estrés postraumático lo tienen en cama. Fui a verlo. Solo queda la cáscara de un hombre, padre y marido.

Jesper se para de improviso, las zapatillas arañando los tablones de madera, con la mirada fija en el suelo. Se le hunden los hombros y advierto que le tiemblan las manos a los lados.

Me recorre un escalofrío.

—¿Qué pasa, Jesper?

Permanece en silencio, le cuesta respirar. Cuando por fin alza la vista, sus ojos son pozos de lágrimas sin derramar. Inspira con fuerza por la nariz, luego abre la boca para hablar, pero se para y aparta la vista de mí.

Se me revuelve el estómago cuando mi temor va en aumento.

—Jesper, me estás asustando. ¿Qué pasa?

Se da la vuelta, tiene todo el rostro marcado por la angustia.

—Yo… —empieza a decir, luego titubea. Traga saliva, la nuez sube y baja—. Necesito contarte algo.

Doy un paso hacia él, y el corazón me late con fuerza contra las costillas. El grito distante de una gaviota desgarra el aire y hace que me encoja de miedo.

Me mira, le tiemblan los labios mientras intenta formar las palabras.

—Hice algo horrible —suelta al fin—. Hace siete años.

82

HACE SIETE AÑOS

Jesper cierra de golpe la puerta principal y se abre la cremallera de la chaqueta, con una sonrisa traviesa en la cara.

—Eres un gallina, Vetle —se mofa, y sacude la cabeza.

Vetle lo fulmina con la mirada, nada divertido.

—En serio —dice Jesper—. Tienes que crecer un poco. Hasta Eva y Hedda juegan al *Call of Duty*.

—No es verdad —replica Vetle—. Hay que tener dieciocho años para jugar.

Jesper se ríe con disimulo.

—¿Sabes? No siempre tienes por qué hacer todo lo que dice tu mamá.

Vetle se pone el casco y coge su bicicleta.

—Y tú no tienes por qué venir siempre conmigo.

—Venga, vamos —dice Jesper—. No seas así.

—Lo digo en serio.

—Solo era una broma —insiste Jesper, y coge su bici—. No seas llorica.

Vetle abre la verja, mira a ambos lados antes de cruzar la calle. Se sube al sillín y empieza a pedalear hacia el atajo que cruza el bosque.

—La próxima vez podemos jugar al FIFA. Venga, Vetle —suplica Jesper, que lo atrapa en un instante—. Solo es que me ha hecho

gracia verte tan histérico. Casi te haces pis en los pantalones.

Jesper se ríe.

—Puede que a ti te haya hecho gracia —dice Vetle al entrar en el sendero de madera—. No sé por qué eres tan malo todo el rato. Desde hace un tiempo eres un cretino.

—A lo mejor es que estoy creciendo más rápido que tú.

Pedalean uno al lado del otro un rato, y enseguida llegan a la playa de Paradisbukta, solo rompe su silencio el crujido de los guijarros y las ramitas bajo las ruedas. Pese a que es tarde, aún hay gente con barbacoas portátiles, el olor a salchichas y hamburguesas a la brasa impregna el aire.

—Mi madre dice que la gente mala es solo gente triste —dice Vetle de repente.

—Ah, ¿sí?

—Sí —contesta Vetle.

—¿Eso dijo de mí?

—Sí.

—No me lo creo —dice Jesper—. Mamá nunca diría eso de mí.

Vetle frunce el ceño.

—¿Mamá?

Jesper se queda petrificado al darse cuenta del error.

—Tu mamá, quería decir.

Vetle se vuelve hacia Jesper.

—Pues claro que es mi mamá. Nunca tendría un hijo como tú.

—Vete al cuerno, Vetle.

Vetle le lanza una mirada asesina, una sonrisilla le baila en los labios.

En un arrebato de ira, Jesper gira y lo empuja hacia el borde del camino. Vetle pierde el equilibrio y su bicicleta se sale del camino y cae por la pendiente.

Todo ocurre en una fracción de segundo.

Jesper se para de repente y salta de la bicicleta, el pánico se apodera de él al instante.

—¡Vetle! —grita, corre al borde de la pendiente y forma un hueco

con las manos alrededor de la boca.

Entonces, de repente, ve a Vetle. Está tirado al pie de la colina, no se mueve.

—Oh, Dios, Vetle, no, no, no…

A Jesper empieza a darle vueltas la cabeza, respira con jadeos irregulares, el corazón le late con fuerza y rápido mientras asimila la terrible verdad:

Lo ha matado.

Ha matado a su mejor amigo.

83

Cierro los puños, las palabras de Jesper me provocan un temblor.

—¿Lo…, lo dejaste ahí, sin más?

Se le tuerce el gesto mientras las lágrimas ruedan por sus mejillas, el cuerpo convulsiona con cada sollozo.

—Estaba cagado de miedo —se asfixia entre las respiraciones entrecortadas—. No sabía qué hacer.

Me invade una ola de rabia. Intento tragármela. Pero no puedo.

—¡Podrías haber llamado a alguien!

—En esa época no tenía teléfono —lloriquea Jesper.

—No, pero podrías haber parado al lado de la playa. Has dicho que había gente. Podrías haber dicho algo cuando volviste a casa. Podrías haber hecho que tus padres…

Me interrumpo. Las posibilidades de lo que se podría haber hecho, lo que se debería haber hecho… Vetle podría haber recibido ayuda. Podría…

Respiro hondo, procurando calmarme.

—¿Ni siquiera se te ocurrió decir nada cuando la policía se presentó en la puerta de tu casa?

El llanto de Jesper arrecia, le tiembla todo el cuerpo.

—No, estaba… estaba seguro de que lo hubiera matado.

Cierro los ojos. Para ordenar las ideas. Para volver a pensar. Centrarme. Entender qué significa eso para mi Vetle.

¿Murió allí? ¿De verdad Jesper lo mató?

No. No tiene sentido. Vetle habría estado allí cuando el grupo de búsqueda encontró la bicicleta. De alguna manera, debió de volver al camino.

O…

Un escalofrío me recorre la espalda cuando se presenta una nueva posibilidad.

Tal vez el secuestrador le ayudó.

Mi mente se dispara, encajando los escasos fragmentos de las pruebas que tengo desde hace siete años. La bicicleta estaba rota; la cadena, suelta; la rueda delantera, torcida. Pesaba demasiado para que un niño de la edad de Vetle cargara con ella.

El casco…

No encontraron el casco. Seguramente aún lo llevaba puesto. Tal vez le salvó la vida, por lo menos de la caída.

Eso fue lo que debió de pasar.

Vetle consiguió subir al camino.

Y entonces conoció a su secuestrador.

84

HACE SIETE AÑOS

Algo le provoca un picor en la cara. Vetle intenta levantar la mano para rascarse, pero tiene el brazo atrapado.

Huele raro también.

Parpadea unas cuantas veces.

La cabeza le palpita de dolor. Los pantalones y la sudadera están húmedos y cubiertos de lodo.

Pero… ¿dónde está?

Está rodeado de árboles. Brezo. Ramas, pinochas. Y arañas que se arrastran. Casi las oye. Lo que sin duda oye es un barco, lo que significa que el agua está cerca.

Gira la cabeza. El movimiento le causa un dolor agudo en el cuello. Despacio logra liberar el brazo a base de contonearse. Se incorpora. Está sentado sobre el brezo. Mira alrededor, desconcertado, y ve que está al pie de una pendiente. Muy abajo.

Entonces se acuerda: Jesper. Ese malnacido.

Vetle intenta levantarse. Nota un dolor punzante en la pierna. Se le tuerce el gesto. También nota una sensación hiriente en la nuca, justo por debajo del casco. Se pasa un dedo por la zona dolorida. El dolor gana intensidad. El dedo vuelve ensangrentado.

Ha tenido una muy mala caída y Jesper lo ha dejado ahí.

O tal vez ha ido a buscar ayuda.

O no.

Vetle intenta reprimir las lágrimas, pero no puede: le bajan a chorro por las mejillas calientes. Necesita de verdad ir a casa, lo antes posible. Su madre estará furiosa por haber llegado tan tarde. Pero en cuanto le explique lo que ha hecho Jesper, se enfadará con él.

Vetle utiliza las manos para subir por la pendiente hacia el camino. La pierna le duele horrores. Parece que también se ha hecho daño en la rodilla. Tiene un agujero en los pantalones, y más sangre debajo. Pero no le importa ensuciarse o mojarse más. Ya lo está.

Agarra una rama. No tiene sentido intentar subir la bici a rastras con él. La rueda delantera está rota. Y pesa demasiado.

Por fin llega a lo alto del camino.

La cabeza le da vueltas y está muy cansado. Podría cerrar los ojos y dormirse ahí mismo. Pero tiene que seguir adelante. Tiene que llegar a casa.

Da un paso a la izquierda con cuidado, con una mueca en el rostro. Nota como si la parte exterior del pie, no sabe cómo se llama, estuviera hinchada. Nota que palpita dentro de la zapatilla.

Paso a paso. Eso es lo que diría su abuelo: paso a paso. Y luego otro. A lo mejor tiene suerte y se encuentra con alguien que pueda ayudarle.

«Ahora me iría bien un teléfono», piensa. Pero no le han regalado uno por su cumpleaños. Tampoco un perro. Aunque le han regalado un montón de cosas. Está ansioso por llegar a casa y jugar con ellas. A lo mejor mamá lo deja irse a dormir un poco más tarde. Al fin y al cabo, sigue siendo su cumpleaños.

Hay algunos charcos en el camino. Pero ya es tarde cuando Vetle los ve. Tiene las zapatillas empapadas. Pasa cojeando junto a unos abedules a la derecha.

¿No vendrá alguien pronto?

Pero no debería hablar con desconocidos. Su madre se lo ha dicho muchas veces. Lo sabe, claro, pero es una emergencia. El pie… Parece que lo tenga roto o algo así. Y no todos los

desconocidos son peligrosos. Probablemente su madre estaría de acuerdo.

Vuelve a venirle a la cabeza Jesper.

Ese desgraciado.

«Mamá». En serio. «Ve a buscar a tu madre», piensa, y sigue cojeando. Se lo va a contar a su madre. Que no le quepa duda a ese idiota.

Las ramas crujen bajo las suelas y le hacen dar respingos. Solo es madera muerta, pero debe admitir que da un poco de miedo andar por ahí tan tarde. Por suerte, aún hay luz. El cielo está cubierto por un velo rosado.

Por fin sale del bosque. Solo hay un coche en el aparcamiento. Y un perrito. Un jack russell. Se acerca a toda prisa a él de inmediato, y le arranca una sonrisa a Vetle. Se para y el perro le salta encima un poco, pero no importa. Hasta le duele menos el cuerpo, por el perro, está convencido. El perro le lame la mano. Es muy mono.

El perro sale huyendo cuando oye un silbido. Vetle se incorpora y mira hacia donde ha salido corriendo. Menea la cola, no se queda quieto ni un segundo.

—Hola. —El dueño del perro levanta una mano en el aire—. Parece que le gustas.

Vetle lo sabe. Los perros lo adoran. Pero su madre, por mucho que suplique, no le regala ninguno.

El hombre se acerca. El perro corre de un lado a otro y dando vueltas. Vetle empieza a caminar de nuevo, sabe que no está lejos de casa. El perro se acerca una vez más, quiere volver a saludar.

—¿Qué te ha pasado?

Vetle ha olvidado que cojea. Que tiene una herida ensangrentada en la cabeza y en una rodilla y que lleva la ropa sucia. No sabe qué decir.

«No hables con desconocidos».

—No tiene buena pinta —dice el hombre, y señala la rodilla.

Vetle lo mira bien por primera vez. Tiene un aire que le resulta familiar. Vetle se queda quieto, el dolor del pie es horrible. Estudia al

hombre.

Lleva una gorra puesta.

Se la quita. Tiene pelo por todas partes, mojado. Sudado.

Sonríe cuando se acerca.

—Madre mía —dice.

Vetle lo mira. Conoce a ese hombre. Pero ¿de qué?

—¿Sabes… sabes quién soy? —pregunta el hombre.

Vetle traga saliva varias veces, tiene la garganta seca. «No», se dice. «No, no puede ser».

—¿Me reconoces? —insiste el hombre.

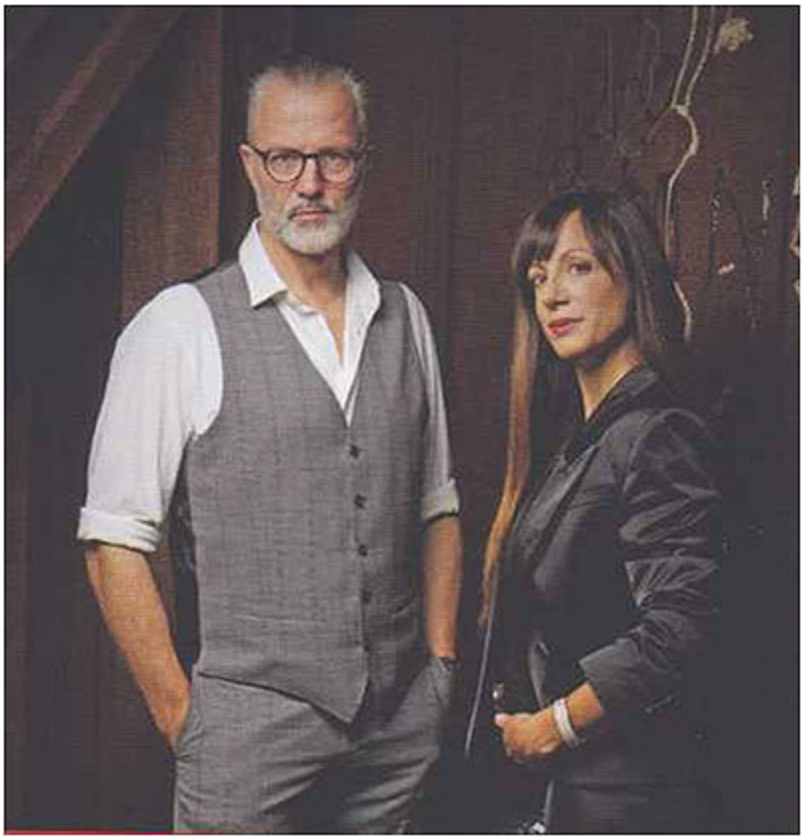
Pero ¿quién más podía ser? Vetle se aclara la garganta.

—¿Papá?

El hombre espera unos segundos.

Luego dice:

—Hola, hijo.



JOHANA GUSTAWSSON es conocida como la reina del noir francés. Es una de las autoras francesas más prestigiosas y galardonadas, ganadora del prestigioso Premio Ligue de L'Imaginaire por su *thriller* histórico L'île de Yule. Entre sus libros más vendidos se incluyen *Block 46, Les morsures du silence* y *Sang*. Johana vive en Suecia con su familia.

THOMAS ENGER trabajó como periodista y es uno de los mayores impulsores del género noir nórdico.

Sus libros se han traducido a veintiocho idiomas. Es autor de la serie Henning Juul y, junto con Jørn Lier Horst, de la serie Blix & Ramm, éxito de ventas internacional. Reside en Oslo.